Recensiones

Jaime ALVAR (coord.), *Diccionario de la Historia de España*, Madrid, Ed. Istmo, 2001, 621 pp. [ISBN: 84-7090-366-7].

Este diccionario de pequeño formato, específico de la Historia de España, irrumpe con fuerza en el panorama cultural, carente hasta ahora de una obra tan completa y asequible como esta. Sus entradas, más de mil quinientas, están referidas no sólo a personajes ilustres, sino también a acontecimientos, instituciones, yacimientos, conceptos y fuentes.

El sistema de citas cruzadas, ya presente en otras obras, permite al lector obtener una mayor y más detallada información, al relacionar diferentes aspectos sobre el tema referido. Cada entrada es muy completa, sin perder el carácter sintético y preciso presente en cualquier diccionario. En cada una aparece indicado el investigador responsable y en algunas se incluye una pequeña cita bibliográfica al final para una posible ampliación de la información referida.

Aparecen consignadas algunas entradas curiosas, por su novedad, como *Corral de Saus* (necrópolis iberica levantina), *Netón* (divinidad ibérica relacionada con el Sol), *Norax* (en la mitología iberica, el nieto de Gerión), *Igabrun. Dombate. Macroesquematismo o Monte Bernorio*. Referidas en su mayoría a términos relacionados con la prehistoria o la Edad Antigua muy específicos. Destacamos también el acierto de incluir procesos históricos como *Crisis del siglo III d.C. Crisis de subsistencia, Conquista y descubrimiento de América, Semana Trágica*, de tal forma que no se limita a mencionar el hecho sino que lo explica incidiendo en sus causas y sus consecuencias, ofreciendo una visión general muy completa del proceso.

Aparecen citadas fuentes metodológicas como *Arqueometría, Arqueología del Paisaje, Etnogénesis, o Zooarqueología*, no solamente definiéndolas, sino profundizando en aspectos más específicos, explicando sus posibles subdivisiones y su aplicación concreta.

Se incluyen términos referentes al proceso colonial, poco conocidos, como *Camilo Polavieja*, términos relacionados con los nacionalismos y también nombres de Instituciones (*Justicia de Aragón*), impuestos (*Tasa de granos*) y términos específicos de la Edad Media en los diferentes reinos peninsulares (*Servicio y Montazgo o Semas*). Se echan de menos un mayor número de entradas relacionadas con la Historia Contemporánea española, tanto en procesos (*Desastre de Annual* que no aparece), en Instituciones (solamente se hace una entrada especial para la Constitución de 1812, incluyendo las demás

co Diogene di Babilonia e, soprattutto, da varie teorie poetiche, cosmologiche e geografiche di Cratete e dall'..sua esegesi omerica improntata alla convinzione della πολυμαθία del Poeta. Stabilire la vicinanz«di Cratete allo Stoicismo è importante anche per valutare i rapporti tra questo sistema filosofico e l'prassi etimologico-allegoristica, un nodo problematico su cui occorre ancora studiare. La stessa Broggiato, infatti, a p. xlv auspica opportunamente un lavoro sistematico sull'allegoresi stoica, che in effetti manca ancora, come pure manca una raccolta organica delle opere allegoristiche antiche; l'augurio che un lavoro del genere venisse compiuto era già stato formulato da Glenn Most nel suo articolo dedicato ad Anneo Cornuto in *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt*[3]: una simile opera è presentata quale unica premessa possibile a qualsiasi studio valutativo del ruolo dello Stoicismo nella storia dell'allegoresi e del significato e del valore rivestiti dalla prassi allegorica nel sistema filosofico stoico.

Anche se la Curatrice avrebbe potuto eventualmente approfondire ancora, magari nell'introduzione, gli aspetti dell'allegoresi cratetea –anche in parallelo con Apollodoro di Atene, che purtroppo non viene mai preso in considerazione–, in virtù del ruolo importante svolto da Cratete nella storia dell'allegoresi stoica, la serietà e la completezza dell'edizione della Broggiato –a parte forse l'omissione di qualche frammento che si sarebbe potuto menzionare almeno tra quelli incerti o nelle testimonianze[4]– ne rendono un importante strumento di lavoro per ogni studioso che si accosti a Cratete sia dal punto di vista filologico sia da quello della storia dell'allegoresi antica e dell'esegesi omerica.

Ilaria RAMELLI
Università Cattolica di Milano

K. E. MEYER - C. BASAS - F. TEICHNER, *Mulva IV* (*Madrider Beiträge 27*), Maguncia, Philipp von Zabern, 2001 [ISBN: 3-8053-2718-8].

Con el título *MULVA IV* ha visto la luz recientemente otro volumen monográfico sobre las investigaciones del Instituto Arqueológico Alemán de Madrid en la ciudad romana de *Munigua* (Castillo de Mulva, Villanueva del Río y Minas, Sevilla). Al igual que en los volúmenes anteriores, el libro forma parte de la colección *Madrider Beiträge* (nº 27), que, como nos tiene acostumbrados, presenta una edición muy cuidada y de gran calidad. Se incluye un extenso apéndice fotográfico así como abundante material gráfico, en el que destacan los dos planos generales muy detallados, los dibujos de los cortes estratigráficos y las reconstrucciones en tres dimensiones de las casas. Conviene resaltar que para el publico español es de agradecer que la monografía se cierre con amplios resúmenes en castellano de los trabajos de K.E. Meyer y F. Teichner redactados en alemán.

---

[3] CC.W. Most, *Cornutus and Stoic Allegoresis: A Preliminary Report*, in *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt*, II, 36, 3, Berlin-New York 1989, pp. 2014-2065.

[4] Penso a quelli sui πίνακες pergamenei, già inclusi da Wachsmuth nella sua raccolta (p. 63; Dion. Hal. *De Din.* 1 [pp. 297, 14 Usener-Radermacher]; 11 [p. 317, 3]; Athen. VIII 336 E), dove è vero che non compare il nome di Cratete, in quanto i cataloghi sono anonimi, ma poiché la connessione è altamente probabile, sarebbe stato forse interessante comprenderli per completezza di documentazione. Questi miei rilievi, del resto, sono del tutto personali: è buona norma, infatti, recensire un libro per quello che è e non per quello che sarebbe potuto essere.

En comparación con los volúmenes anteriores, la novedad principal de esta monografía es que recoge los resultados de las investigaciones sobre las casas de *Munigua*. Si bien es cierto que la investigación sobre las casas de este yacimiento tiene una larga tradición —de hecho se han excavado total o parcialmente 6 casas— y se han publicado resultados parciales de estas investigaciones, hasta el momento no contábamos con una monografía como la presente —dedicada a tres de las seis casas—, sobre los aspectos arquitectónicos de las casas de *Munigua*.

La primera y más amplia contribución es obra de K. E. Meyer, titulada «Die Häuser 1 und 6», en 150 páginas trata sobre las casas 1 y 6, dos magníficas *domus* de peristilo, localizadas muy próximas al área monumental y de cuyos propietarios se ha supuesto que eran miembros del *ordo decurionum* de este municipio flavio. El estudio de esta autora, que en realidad es un resumen de su Tesis doctoral, se divide en dos grandes partes. Por un lado, realiza una descripción y análisis detallado y pormenorizado sobre de los materiales y las técnicas de construcción, así como de las distintas fases de ocupación de ambas casas. Por otro lado, dedica una treintena de páginas a un estudio comparativo de las casas peristilo de época imperial en el contexto de Hispania y del norte de África, capítulo que sin duda será de enorme interés para aquellos especialistas en la casa romana.

El estudio de la casa 6 se completa con el trabajo de C. Basas, «La cerámica de la casa 6». El autor se propone completar la información que sobre la cerámica publicó en su día Mercedes Vegas, y por ello se centra especialmente en incluir los dibujos de piezas nuevas y en realizar diversas puntualizaciones a las conclusiones de esta autora. Se cierra este trabajo con un catálogo de los materiales recuperados en la casa 6 agrupados por cortes y estancias, pero no sólo recoge los hallazgos cerámicos, también los numismáticos, metálicos, de vidrio, etc.

El último estudio, a cargo de F. Teichner, está dedicado a la casa 2, «Das Haus 2». Este edificio destaca por ser el único de época imperial excavado al completo, por lo que tanto la casa como la estratigrafía desempeñan un importante papel para la reconstrucción de la historia de la ciudad. Por otra parte, esta vez nos encontramos ante un edificio cuya principal función es comercial. Su ubicación entre las dos principales calles lo convierte en inmejorable para un uso comercial, completado con el residencial en la planta superior. Prueba de la función comercial es que se ha identificado un taller de prensa de aceite, un almacén y estancia para la venta. Asimismo, desde el flanco sur porticado se accede a una amplia estancia, probablemente una taberna (*thermopolium*) con comedor (*popina*) y en el lado de la calle de las termas había dos *tabernae*. El autor incluye también el catálogo completo de los hallazgos. Dos pequeños anexos cierran el estudio de la casa 2. El primero trata de los análisis de zooarqueología a cargo de K. Kerth, en el que ha documentado un caballo, un asno, cerdos, cabras y ovejas, un perro, siete gallinas, etc.. El anexo 2 analiza los residuos materiales sobre un caldero, realizados por R.C.A Rottländer.

En definitiva, la publicación de esta nueva monografía sobre las investigaciones arqueológicas en *Munigua* pone a disposición de los especialistas una obra imprescindible sobre el urbanismo de esta singular ciudad de la Bética y por extensión de la Hispania romana.

David MARTINO GARCÍA
Universidad Complutense de Madrid

en el término de constitución) como en figuras políticas y sociales como *Clara Campoamor, Floridablanca o Jovellanos*, que tampoco han sido registradas.

Los autores incluyen términos relacionados con el arte, pero exclusivamente prehistórico, así aparece: *Arte Megalítico, Paleolítico, Macroesquematismo, Venus paleolíticas, Verracos, Damas de Elche y Baza*, de nuevo echamos en falta términos artísticos referidos a otros periodos o figuras claves en la historia artística de nuestro país como Velázquez, Goya, Murillo, Herrera y un largo número; de hacerlo así estaríamos hablando de una obra muy extensa, cuando una de las principales virtudes de este libro es su pequeño tamaño, pero entonces debería haberse cuidado más la elección inicial de términos y limitarlo exclusivamente a la historia, no dando cabida al arte.

El diccionario abarca cronológicamente la totalidad de la Historia de España, incluyendo conceptos de actualidad, fundamentalmente políticos y sociales hasta el año 2000, aunque se nota la preferencia por aspectos de la Prehistoria y la Historia Antigua española, registrándose un gran numero de entradas exhaustivas referidas a estos dos periodos, muchas de las cuales son solamente de interés para un lector muy especializado.

En definitiva, resulta una obra interesante tanto para el público en general como para el especialista, y obra de referencia como elemento auxiliar de un buen manual de Historia de España, tanto para niveles universitarios, como para bachillerato.

Paloma AGUADO

Michael GRANT, *Atlas Akal de Historia Clásica del 1700 a.C. al 565 d.C.*, Madrid, Ed. Akal, 2002, 104 pp. [ISBN: 84-460-1182-4].

El libro de M. Grant se encuadra dentro de las publicaciones de «Atlas Akal», cuyos ejemplos como el Atlas del estado del mundo, el de la mujer en el mundo, el de las religiones o el estado medioambiental ya nos son conocidos. El presente libro es un atlas del mundo clásico, fundamentalmente referido a Grecia y Roma antiguas, analizando sus diferentes fases políticas y sociales, compaginándolas con la geografía de la zona estudiada. La novedad que aporta es que no solamente se centra en aspectos políticos, sino que incluye temas económicos, culturales, religiosos y planos de ciudades. El periodo histórico abordado por el autor que comprende desde 1700 a.C. hasta 565 d.C. no se limita propiamente a los límites de la Historia Antigua, que finalizaría en el 476 d.C. con la invasión de los pueblos germánicos, sino que continua hasta el reinado del emperador Justiniano un siglo después. Las razones de esta decisión del autor no están claras, se limita a indicar en el prólogo que va a extenderse hasta la época de Justiniano, aduciendo que la abdicación del último emperador romano de Occidente no le parece un hecho muy significativo y prefiere continuar hasta el siglo VI con Bizancio.

No es una obra muy novedosa, ya que se inscribe dentro de una amplia tradición de atlas de Historia Antigua de la escuela inglesa y alemana. Se inicia el libro con el índice de los 91 mapas que componen la obra. Los dos primeros se refieren al Próximo Oriente durante el segundo milenio, mostrando los imperios hitita, asirio, babilonio y egipcio, así como la localización de ciudades claves para la economía de la época como Karkemish, Alepo o Biblos. El siguiente mapa, antes de entrar en el bloque puramente clásico es de Egipto. Se abarca en el mismo mapa toda su historia desde el Imperio Anti-

Genaro CHIC GARCIA, *El mundo Mediterráneo Arcaico. Apuntes para la compresión de una época* (Serie Historia), Sevilla, Padilla Libros Editores & Libreros, 2003, 129 pp. + 10 láms. [ISBN 84-8434-210-7].

La dedicación del profesor Genaro Chic a la investigación y, en particular, al estudio de las ánforas es sobradamente conocida dentro y fuera de nuestras universidades. Fruto de ella son sus numerosas publicaciones, referencia obligada para los especialistas en el tema. Quizá menos conocida es, sin embargo, su entrega a la enseñanza en la Universidad de Sevilla: sus clases teóricas y prácticas, sus programas de curso, su creación de nuevas asignaturas (en concreto «Pensar la sociedad: introducción al análisis social e histórico»), sus artículos de prensa en defensa de la universidad pública, en definitiva su dedicación al alumnado le han valido –según he podido saber recientemente en un acto celebrado en Madrid en homenaje a otro gran maestro de la misma Universidad, el profesor Presedo– un merecido premio universitario. Desde este mismo punto de vista –el docente más que el investigador– hemos de ver la presente publicación.

En efecto, como nos advierte el propio autor, el presente libro ha sido concebido como una ayuda para los estudiantes de la asignatura «El Mediterráneo arcaico» que se imparte en la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad de Sevilla. Nos dice también que lo que en él figura se trata de un «conjunto de reflexiones» efectuadas tanto en las clases como en las entrevistas con los alumnos. Sin embargo, pese a los propósitos modestos del autor, estamos ante mucho más que un simple apoyo a otras lecturas más especializadas. La obra reune, ciertamente, las características de un manual: sin renunciar nunca al uso de los términos griegos o latinos no incorpora notas ni citas y la bibliografía no pretende ser la que normalmente se suministra a los alumnos junto con el programa del curso «sino una indicación práctica sobre las lecturas en base a la cual se ha montado el discurso explicativo desarrollado en las clases». Pero no es menos cierto que se trata de un estudio muy reflexivo fruto de muchísimas lecturas (la obra está llena de continuas alusiones a esas obras) y sobre todo del pensamiento personal del autor tras sus muchos años de docencia y su preocupación por los problemas teóricos y metodológicos (recordemos en este sentido, por ejemplo, sus *Principios teóricos de la Historia*, Écija, 1990).

Llama la atención los esfuerzos del autor por no perder nunca de vista a lo largo de la presente obra las coordenadas de espacio y tiempo, tan esenciales para el alumnado. De hecho el libro se abre con una breve pero esclarecedora introducción geográfica («Los condicionantes geográficos»). Cuántas veces nos lamentamos de las fatales consecuencias que los escasos conocimientos geográficos de los alumnos de los primeros años de nuestras Facultades tienen en la comprensión de los acontecimientos históricos, una carencia particularmente evidente, por ejemplo, en temas como el de la colonización griega. La importancia que Chic concede al marco geográfico explica sin duda la inclusión de los mapas y planos que aparecen insertados a lo largo de los diferentes capítulos.

La obra está centrada sobre todo en el mundo griego y cubre un período rico en transformaciones profundas aunque no exento de dificultades para su estudio: el que va desde el II milenio («Pelasgos e Indoeuropeos», «El mundo minoico», «El mundo micénico») hasta la constitución de la Liga del Peloponeso y Clístenes. Los acontecimientos históricos pero, sobre todo, los problemas políticos, económicos y sociales de las *poleis* griegas son el foco de atención de la mayor parte de las páginas del libro. No obstante, Chic procura a lo largo de su trabajo tener presente la influencia ejercida por los estados orientales sobre el Mediterráneo reservando algunas páginas a las transformaciones del

Mediterráneo oriental en el cambio del segundo al primer milenio. Pese a que el centro de gravedad del trabajo descansa, pues, sobre la Grecia Arcaica continental, Chic no se olvida de los griegos de ultramar: un capítulo está dedicado a «El desarrollo de los griegos de la costa turca» y otro a los «Griegos, etruscos y cartagineses en el Mediterráneo Occidental». La Roma primitiva y arcaica está presente en un capítulo –«Roma latina y etrusca: entre el estado étnico y el político»– en el que satisface ver cómo los aspectos de tipo religioso, tan ligados en aquella época a la ideología política, no han sido olvidados. El libro se cierra con un capítulo –«El tránsito a una nueva época, en Occidente y Oriente del Mediterráneo»– dedicado a los problemas del siglo V.

En definitiva esta obra, sin duda de características muy personales, siendo útil para los alumnos se nos presenta, sobre todo, como una invitación a un ejercicio de reflexión y opinión que quienes nos dedicamos a la docencia universitaria de la Historia Antigua debiéramos hacer obligadamente tras el paso de los años.

Santiago MONTERO
Universidad Complutense

I. MORRIS, *Archaeology as Cultural History. Words and Things in Iron Age Greece*, Oxford, 2000, 358 pp. [ISBN 0-631-19602-1].

La «época oscura» de Grecia no sólo ha suscitado en los últimos años un creciente interés, sino que también ha sido el objeto de varios estudios bastante exhaustivos y esclarecedores, a partir, sobre todo, de los trabajos pioneros de A. Snodgrass. Después de la conocida obra de I. Morris –de la escuela de Snodgrass– de 1987 (*Burial and Ancient Society*, Cambridge), en la que el autor llegaba a conclusiones interesantes sobre la organización social a partir del registro material de los enterramientos (tema abordado también en I. Morris, *Death-Ritual and Social Structure in Classical Antiquity*, Cambridge, 1992), con su teoría del «formal burial» que marca una línea clara entre los «agathoi» y los «kakoi», este autor se adentra de nuevo en época oscura y arcaica, esta vez para intentar hacer una «historia cultural», poniendo el acento de forma especial en el estudio de la ideología de este período con el objeto de explicar la posibilidad del desarrollo de la democracia del s.V a partir de la formación de los que él llama «the middling culture» o «middling ideology», en la que tiene un peso especial un «fuerte principio de igualdad».

I. Morris sitúa su estudio de este período, de forma consciente y meditada, dentro del contexto de las nuevas tendencias de la arqueología postprocesual (por ejemplo en M. Shank y C. Tilley, *Re-Constructing Archaeology*, Cambridge, 1987; idem, *Social Theory and Archaeology*, Alburquerque, NM, 1987), abordando en las dos primeras partes del libro cuestiones teóricas e historiográficas de carácter general dentro de los estudios de arqueología e historia, y atendiendo de forma particular al período concreto que le ocupa: la época oscura.

Su concepción de la arqueología como historia cultural (cercana, por tanto, a disciplinas como la sociología, la antropología e incluso la crítica literaria) que pone el énfasis en el estudio de las representaciones y construcción de significados (ideologías), rechazando o matizando la preeminencia o determinación de los material sobre lo cultural, poniendo el acento, además, en el voluntarismo, no deja de lado, sin embargo, los avances de la arqueología e historia social, evitando por tanto la desvin-

Mediterráneo oriental en el cambio del segundo al primer milenio. Pese a que el centro de gravedad del trabajo descansa, pues, sobre la Grecia Arcaica continental, Chic no se olvida de los griegos de ultramar: un capítulo está dedicado a «El desarrollo de los griegos de la costa turca» y otro a los «Griegos, etruscos y cartagineses en el Mediterráneo Occidental». La Roma primitiva y arcaica está presente en un capítulo –«Roma latina y etrusca: entre el estado étnico y el político»– en el que satisface ver cómo los aspectos de tipo religioso, tan ligados en aquella época a la ideología política, no han sido olvidados. El libro se cierra con un capítulo –«El tránsito a una nueva época, en Occidente y Oriente del Mediterráneo»– dedicado a los problemas del siglo V.

En definitiva esta obra, sin duda de características muy personales, siendo útil para los alumnos se nos presenta, sobre todo, como una invitación a un ejercicio de reflexión y opinión que quienes nos dedicamos a la docencia universitaria de la Historia Antigua debiéramos hacer obligadamente tras el paso de los años.

Santiago MONTERO
Universidad Complutense

I. MORRIS, *Archaeology as Cultural History. Words and Things in Iron Age Greece*, Oxford, 2000, 358 pp. [ISBN 0-631-19602-1].

La «época oscura» de Grecia no sólo ha suscitado en los últimos años un creciente interés, sino que también ha sido el objeto de varios estudios bastante exhaustivos y esclarecedores, a partir, sobre todo, de los trabajos pioneros de A. Snodgrass. Después de la conocida obra de I. Morris –de la escuela de Snodgrass– de 1987 (*Burial and Ancient Society*, Cambridge), en la que el autor llegaba a conclusiones interesantes sobre la organización social a partir del registro material de los enterramientos (tema abordado también en I. Morris, *Death-Ritual and Social Structure in Classical Antiquity*, Cambridge, 1992), con su teoría del «formal burial» que marca una línea clara entre los «agathoi» y los «kakoi», este autor se adentra de nuevo en época oscura y arcaica, esta vez para intentar hacer una «historia cultural», poniendo el acento de forma especial en el estudio de la ideología de este período con el objeto de explicar la posibilidad del desarrollo de la democracia del s.V a partir de la formación de los que él llama «the middling culture» o «middling ideology», en la que tiene un peso especial un «fuerte principio de igualdad».

I. Morris sitúa su estudio de este período, de forma consciente y meditada, dentro del contexto de las nuevas tendencias de la arqueología postprocesual (por ejemplo en M. Shank y C. Tilley, *Re-Constructing Archaeology*, Cambridge, 1987; idem, *Social Theory and Archaeology*, Alburquerque, NM, 1987), abordando en las dos primeras partes del libro cuestiones teóricas e historiográficas de carácter general dentro de los estudios de arqueología e historia, y atendiendo de forma particular al período concreto que le ocupa: la época oscura.

Su concepción de la arqueología como historia cultural (cercana, por tanto, a disciplinas como la sociología, la antropología e incluso la crítica literaria) que pone el énfasis en el estudio de las representaciones y construcción de significados (ideologías), rechazando o matizando la preeminencia o determinación de los material sobre lo cultural, poniendo el acento, además, en el voluntarismo, no deja de lado, sin embargo, los avances de la arqueología e historia social, evitando por tanto la desvin-

culación de una «historia de las mentalidades» de una profundización en la historia social y en las contradicciones de la sociedad.

Dentro de la historiografía de Grecia y especialmente en el contexto de los estudios de época oscura que examina en detalle, Morris parte de la tradición inaugurada por Snodgrass que se acerca a la realidad social a partir de un estudio minucioso y empírico de la cultura material, pero trata de incorporar además la tradición de historiadores que han puesto un énfasis en aspectos sociales y económicos como Finley (y en última instancia M. Weber), desde su planteamiento de «arqueología como historia cultural» que procura integrar, por otra parte, las conclusiones emanadas del análisis de las fuentes escritas además del registro de la cultura material (aspecto abordado por el autor en otros trabajos: I. Morris y B. Powell, eds., *A New Companion to Homer*, Leiden, 1997).

Desde este punto de vista, en la tercera parte del libro, el autor realiza un estudio «sociológico» a partir de las fuentes escritas de época arcaica, la poesía épica y lírica, que trata de poner de manifiesto «tipos ideales weberianos» de «largo alcance» que sirvan para explicar en términos ideológicos la posibilidad del desarrollo de la democracia, poniendo el acento, además, no sólo en representaciones sino en valores y actitudes. Dos son las ideologías contrapuestas que según Morris se perciben en época arcaica: la «middling ideology» basada en un fuerte principio de igualdad (en Hesíodo por ejemplo), de la que quedan o quedarán excluidos extranjeros, esclavos y mujeres, y la ideología elitista que se manifiesta preeminentemente en Homero. Es la primera la que triunfa y hace posible y factible la democracia. El autor postula, además, el origen de este «fuerte principio de igualdad» en el s.VIII que sigue valorando como un momento crucial de cambios importantes a todos los niveles, pero se plantea al mismo tiempo cómo se producen las continuidades y discontinuidades con la época oscura, poniendo de relieve lo que considera la existencia de una mentalidad de «larga duración» desde el s.X hasta época arcaica y clásica con respecto a lo que significa «el pasado y el Este».

Precisamente es en la última parte del libro (IV parte) en la que el autor trata de hacer, desde la arqueología, una «historia cultural» de la época oscura en la que a partir de un estudio bastante pormenorizado que se centra en lo que considera una zona más o menos homogénea, «Grecia central», interpreta los datos de la cultura material tratando de adentrarse en las motivaciones, actitudes, esquemas y concepciones mentales, en definitiva y sobre todo, en aspectos ideológicos que «interpretan» y asumen los cambios materiales (como por ejemplo la destrucción visible del mundo micénico o la escasez de bronce y la generalización del hierro) para construir nuevas identidades y parámetros mentales y culturales. En este sentido proyecta al s.X el mito de las razas de Hesíodo postulando la formación «griega» (a partir de un mito oriental) del mismo (especialmente la raza de héroes y la de hierro) en el momento en el que se desarrolla una sociedad dividida en una clase de nobles iguales y otra de dependientes, en la que los primeros tratan de «construir» su propia identidad alejada tanto del pasado (la raza de héroes) como del Este (se cortan casi por completo las comunicaciones en el s.X), autoimaginándose a sí mismos como la «raza de hierro». Esta construcción le permite explicar, en términos de ideología, la excepción que supone (de momento, en el estado actual de los hallazgos arqueológicos) la construcción monumental y atípica del «héroe de Lefkandi», que frente a esta ideología homogénea se habría decantado por una identificación y emulación consciente del pasado «heroico», asociado, además, con la idea del contacto e influencia de la zona próximo-oriental.

La actitud y «mentalidad» frente al pasado y al Este que postula para el s.X y que comienza a «resquebrajarse» durante el s.IX es la misma que percibe (señalando por tanto una continuidad en este

aspecto ideológico) en la corriente de la «middling ideology» o cultura del «*to meson*» (de la «medianía» de una ciudadanía de varones que empieza a desarrollarse en el s.VIII) en época arcaica y clásica, sin por ello dejar de destacar y poner el énfasis en el cambio cultural fundamental del s.VIII que comienza a gestarse ya en el s.IX. La interpretación de Morris, aunque estimulante, plantea también problemas y cuestiones, como el por qué y cómo la actitud y postura de los nobles del s.X pervive en cierto modo o continúa y se «reencuentra» en la ideología que considera en principio no aristocrática ni elitista (middling ideology).Tampoco termina de verse claro y, en cierto modo, resulta algo arbitrario el atribuir al s.X el origen del mito de razas hesiódico, pudiendo, de la misma manera, adscribirse al s.IX, momento en el que el reinicio de las comunicaciones frecuentes con el Este y el reavivamiento del pasado más lejano pudo hacer percibir éste como un pasado heroico «positivo», identificando al mismo tiempo, la edad del hierro, peyorativamente considerada en el mito de Hesíodo, con el siglo inmediatamente precedente (el s.X) que continúa en esos momentos (s.IX). Tampoco queda del todo claro ni suficientemente explicado, aunque el autor advierte que sus «tipos ideales» no son más que eso (tipos *ideales*) y que se encuentran muchas veces mezclados (recurriendo a la imagen del espectro —de actitudes—, propia, en el campo de la organización social, de los planteamientos de Finley: espectro de estatutos en época oscura y arcaica), cómo y por qué aristócratas como Teognis o Solón pueden ser los exponentes claros de la ideología del «*to meson*».

El reconocimiento de la existencia de una ideología ciudadana que Morris identifica con la «middling ideology» que nace ya en el s.VIII, contrapuesta y claramente diferenciada de la ideología aristocrática de carácter más bien internacional (o panhelénico), orientada a la recuperación y manipulación del pasado heroico y de las relaciones con el Este, que tiene la ventaja de llamar la atención sobre el papel ya desde el s.VIII del *demos* en los procesos históricos de época arcaica que desembocarán en la democracia de Atenas del s.V (en la línea de J. Ober, *Mass and Elite in Democratic Athens*, Princeton, 1989 y de K.A. Raaflaub, «Soldiers, Citizens and the evolution of the Early Greek Polis», en *The Development of the polis in archaic Greece*, L.G. Mitchell y P.J. Rhodes, eds., London-New York, 1997, 49-59), no termina de explicar por sí solo cómo y por qué se produce una transferencia de valores aristocráticos en las concepciones ciudadanas del s.V (como la *eugeneia* por ejemplo), así como el sentido de igualdad y pertenencia a una «ciudadanía» (exclusiva) fuertemente desarrollado por aristocracias arcaicas como la de los Baquíadas de Corinto.

El análisis que hace el autor del s.IX y especialmente de lo que llama «la revolución cultural» del VIII que toma como puntos de referencia ideológicos para la construcción de identidades el pasado y el Este, no pierde, sin embargo, de vista las peculiaridades y desarrollos internos y la adaptación de lo externo entendiéndolo dentro de la construcción de la identidad propia y de los cambios fundamentales y estructurales que experimenta Grecia en determinados momentos como el s.XI o el s.VIII.

En definitiva, la obra resulta empírica y teóricamente rica y elaborada, con una interpretación estimulante a partir de un estudio y dominio minuciosos y claros de la Edad de hierro, sin descuidar además las fuentes literarias que le permite acercarse a la historia, y en concreto a una «historia cultural de la sociedad» para intentar comprender y explicar tanto las continuidades como el cambio histórico, planteando e introduciendo, de este modo, nuevas vías de discusión y de acercamiento a la historia y a la arqueología desde una reflexión teórica e historiográfica necesarias.

Miriam VALDÉS GUÍA
Universidad Complutense de Madrid

Jennifer MARCH, *Diccionario de Mitología clásica, Barcelona*, editorial Crítica, 2002, 469 pp. + 148 ilustraciones. [ISBN: 84-8482-392-7].

Se incorpora a la colección Referencia Crítica este nuevo diccionario de mitología clásica, que en lengua inglesa apareció hace cuatro años publicó la editorial Cassell. No se puede poner en duda el acierto que supone la publicación de este tipo de obras que ayudan a difundir el patrimonio cultural que el mundo clásico nos ha proporcionado.

En el mundo griego, los mitos estaban íntimamente unidos a la vida de los hombres. Aparecen reflejados en todas sus actividades, desde las más privadas dentro del hogar a las ceremonias públicas más solemnes. Los podemos observar en todas las manifestaciones del arte (pintura, escultura, cerámica, orfebrería, etc.), también en la literatura, son objeto de poemas, obras de teatro, intervienen en las epopeyas, etc. Lo que para nosotros son simples relatos fruto de la imaginación, para los griegos eran historias verdaderas que les hablaban de su pasado más remoto. Los romanos aceptaron con complacencia el legado que Grecia, a través de las colonias del Sur de Italia y de Sicilia, les transmitía, añadiendo a él algunos mitos propios, pocos sin embargo.

La doctora Jennifer March se propone en esta obra contar los mitos clásicos de una manera sencilla que sea fácilmente comprensible y que recoja todas las variantes de cada uno de ellos siempre y cuando ello vaya en beneficio de la narración. Ello hace que la obra sea accesible al gran público, pero también la convierte en un instrumento indispensable dentro del ámbito universitario, tanto para alumnos como para profesores.

A lo largo de la lectura de las diferentes entradas, agrupadas por orden alfabético como es natural en este tipo de obras, la autora deja constancia de las influencias de los mitos en la literatura y su influjo en el arte, lo que supone un valor añadido a la obra, además de las inevitables referencias bibliográficas a las fuentes clásicas, destinadas a que el lector pueda acudir con mayor comodidad y facilidad a los textos antiguos originales que recogieron todos estos mitos. Tal vez habría sido conveniente incluir alguna referencia bibliográfica moderna al lado de las fuentes clásicas, pues la bibliografía selecta que aparece al final de la obra, en algunos casos puede resultar insuficiente.

Cada una de las diferentes voces se completa con una serie de referencias cruzadas que indudablemente son de gran utilidad a la hora de completar el conocimiento sobre los diferentes mitos y las relaciones de complementariedad entre muchos de ellos.

La obra tiene como complemento cinco apéndices: dos mapas, uno del mundo mediterráneo en general y otro más particular que se circunscribe solamente al mundo griego. Diez mapas genealógicos, en los que se recoge desde la estirpe de los primeros dioses, pasando por la genealogía de Prometeo, Io, la Casa Real de Tebas, Dánae, Europa, Tántalo, la Casa real de Atenas, Troyanos y Romanos, hasta llegar a la estirpe de Egina. Un breve, aunque útil, listado de autores griegos y romanos, una bibliografía selecta, que puede parecer algo insuficiente y, finalmente, un listado de ilustraciones, con la procedencia de cada una de ellas.

J. CABRERO

Pedro OLALLA, *Atlas mitológico de Grecia. Un singular acercamiento al mito griego a través de su geografía y de sus antiguos testimonios literarios*, Barcelona, Lynx edicions, 2001, 499 pp. + fotografías en color + 53 mapas. [ISBN: 960-8189-05-5].

En los últimos años vienen proliferando en nuestra lengua diccionarios de la mitología griega que, en la mayor parte de los casos, son obras totalmente prescindibles escritas, con frecuencia, por simples aficionados al tema. Que las editoriales españolas se interesen por su publicación parece obedecer al enorme interés que este ámbito de la cultura antigua suscita siempre entre todo tipo de lectores. Sin embargo, la presente obra nada tiene en común con aquellas. Para comenzar Olalla recurre a un planteamiento muy novedoso: el punto de vista geográfico. El propio autor dice en su Introducción que para acercarse a los mitos griegos y al contexto donde se generaron acudimos generalmente a las fuentes escritas y a los hallazgos arqueológicos «pero junto a estas dos vías existe una tercera –más intuitiva, más compulsiva, más heterodoxa– que es la de los lugares» (p.21). El *Atlas* trata de proporcionar una exhaustiva información relacionada con la mitología y la geografía de Grecia durante la Antigüedad.

El lector acude a la obra buscando, como en un diccionario al uso, el nombre de un dios o un héroe griego pero encontrará en la voz todos los lugares geográficos relacionados con la historia de este personaje ordenados cronológicamente de acuerdo con el desarrollo de los acontecimientos. Se trata, en cierta forma, de un recorrido del mito a través de los lugares en que se desarrolla. El *Atlas* cuanta con dos valiosos instrumentos para que el lector pueda seguir esta «ruta»: por una parte, un catálogo de soberbias fotografías en color (realizadas por el propio Olalla que ha celebrado ya más de treinta exposiciones individuales en España) y, por otra, un actualizado mapa de viaje de Grecia (53 mapas de carreteras elaborados en colaboración con el Servicio Geográfico del Ejército griego). De esta forma si queremos saber, por ejemplo, el lugar de nacimiento o muerte de un héroe homérico unas coordenadas nos permitirá localizarlo rápidamente en el mapa. Los mapas informan con leyendas también del "grado de pervivencia de restos arqueológicos", es decir, si son abundantes, si de primer orden, etc. No se trata, pues, sólo de una obra para ser consultada cómodamente en casa sino de un libro de viaje, de una obra pensada como guía de viaje.

Pero en las voces de los dioses y héroes griegos y pese a que el criterio de la obra es, como vemos, esencialmente geográfico, también se incluyen otros datos valiosos más como una relación de fuentes griegas que aluden al lugar, cueva, monte o río en cuestión e incluso, tomada de estas, una selección de pasajes (en griego y su traducción castellana) que casi siempre ilustran de forma admirable la fotografía. La formación filológica del autor (que no ha querido renunciar a los nombres en griego y su correspondiente transcripción) se deja sentir no sólo en la cita de las fuentes antiguas sino también en las traducciones de los textos. Cuando la referencia geográfica es un topónimo, una ciudad antigua, por ejemplo en el caso de Micenas, el texto resulta casi siempre demasiado escueto y se echan en falta datos históricos y arqueológicos que completen la voz. Existen al final del libro índices de personajes, de topónimos antiguos, de topónimos actuales y de monosterios que facilita cualquier tipo de consulta.

Una obra de características tan complejas sólo puede llevarse a cabo con una ayuda financiera que, en este caso, según se nos dice, procede de la Fundación Onassis. El resultado no pue-

de ser más satisfactorio tanto por la originalidad de su planteamiento como por su impecable ejecución. Así lo demuestra el hecho de que recientemente la obra haya sido distinguida con algunos premios internacionales de los que todos debemos sentirnos orgullosos.

Santiago MONTERO
Universidad Complutense de Madrid

L. IMPELLUSO, *Héroes y dioses de la Antigüedad*, Barcelona, Electa, 2002, 379 pp. [ISBN: 84-8156-338-2].

Quienes nos dedicamos al ámbito de la Historia Antigua y la Arqueología sabemos de la excelente calidad de las publicaciones (en particular de los catálogos) de la editorial italiana Electa. Desde hace algún tiempo viene ofreciendo la versión española de una excelente colección, *Diccionarios del Arte*, a la que pertenece la presente obra. Su propósito es hacer accesible al gran público un tema tan complejo como es el de los mitos; ciertamente el material iconográfico –como también el que aporta la mitografía– es inmenso y hoy constituye un campo difícil de abarcar incluso por los especialistas. Por eso considero la obra interesante también para el alumnado de Bachillerato o incluso de Universidad.

La obra recoge lo que llamaríamos la «fortuna» de los dioses y héroes mitológicos, también de algunos personajes históricos griegos y romanos, a través de la pintura renacentista, barroca y neoclásica. Comprobamos así, página a página, cómo la mitología griega lejos de quedar confinada en los límites cronológicos del Mundo Antiguo estuvo presente a lo largo de los siglos y fue, incluso, modificada (sobre todo en su aspecto moralizante) hasta convertirse en patrimonio intelectual de la cultura occidental.

Persiguiendo ese fin divulgador cada figura mitológica se acompaña de una ficha descriptiva que se refiere a la historia explicando cómo ha sido representada por los artistas y cuáles son sus características y sus atributos peculiares. La acompañan imágenes que explican al lector algunos detalles e indican la identidad de los diferentes protagonistas. El volumen se divide en cuatro secciones: la primera trata de los dioses, héroes y dioses del panteón griego y romano. La segunda, se ocupa de los personajes del ciclo troyano y de los poemas homéricos. La tercera y cuarta sección describen figuras históricas de la antigüedad clásica (reyes, filósofos, generales). La obra recoge más de 400 composiciones a color.

Sin duda uno de los atractivos que ofrece el presente diccionario y, en general, la colección, son las llamadas explicativas de los diversos elementos de las láminas (personas, objetos). Sin embargo, creo que la autora podría haber incorporado algunas más facilitando la comprensión de figuras u objetos que quizá no siempre quedan claros al espectador. Tampoco hubiera estado de más incorporar en los márgenes (donde figura el nombre griego, el parentesco y origen del mito y la actividad y características del personaje) algunas citas de mitógrafos o de poetas clásicos greco-latinos (por ejemplo de la *Teogonía* de Hesíodo o de las *Metamorfosis* de Ovidio) muchas veces la fuentes directa en la que bebían estos artistas de la Edad Moderna para realizar sus composiciones. De igual forma creo que deberían haberse mantenido los teónimos griegos

(y no su correspondiente versión latina) y, si se opta por esa norma equívoca, al menos evitar que, por ejemplo, a Diana (Ártemis) se la presente como hija de Zeus. Dentro de que la traducción española es correctísima se debe mejorar la transcripción de algunos nombres. Por poner sólo algunos ejemplos se escribe Decio Mure (por Decio Mus), Mucio Scevola (Mucio Escévola), Tarquino (Tarquinio), etc. Algunas imprecisiones aparecen también en la cronología de los personajes históricos; por ejemplo, Zenobia es, en efecto, del siglo III pero después de Cristo. Más grave es fijar la vida de Julio Civil en el siglo I a.C. (p. 331) cuando sabemos por Tácito que luchó contra Roma en el año 68 d.C.. En fin, éstas y otras faltas, fácilmente subsanables en futuras reediciones, no empañan una obra excelentemente editada de alto contenido didáctico.

Santiago MONTERO
Universidad Complutense

Carmen ALFARO GINER - Manel GARCÍA SÁNCHEZ - Mónica ALAMAR LAPARRA (eds.), *Actas del III y IV Seminario de Estudios sobre la Mujer en la Antigüedad* (Valencia, 28-30 abril, 1999 y 12-14 abril, 2000), Valencia, SEMA, 2002, 202 pp. [ISBN: 84-370-5241-6].

Desde hace ya algunos años, los estudios de historia de la mujer viven en nuestro país un momento feliz. Es cierto que ese ámbito de la ciencias de la antigüedad ha sido percibido por algunos como la oportunidad de sumarse a una moda historiográfica que halla fácilmente canales de publicación y que encuentra a su público. Pero hay, sin embargo, un criterio de demarcación infalible para desenmascarar el arribismo y discriminar entre el verdadero investigador y el autor de centón: la trayectoria del historiador y sus líneas de investigación. Si someten a prueba al Seminario de Estudios sobre la Mujer en la Antigüedad (SEMA), dirigido por la Dra. Carmen Alfaro Giner desde el Departamento de Historia de la Antigüedad y de la Cultura Escrita de la Universidad de Valencia, confirmarán que tras las páginas que reseñamos se esconde mucho más que la inquietud, la ilusión o el compromiso efímero con el saber más sobre la condición de la mujer en el mundo antiguo.

El SEMA nació en 1997 fruto del encuentro entre un grupo de estudiantes de la Universidad de Valencia con una profesora comprometida con la docencia y la investigación. Hoy, cumplidos ya los cinco años de existencia, se nos sigue recordando los beneficios de cumplir con el imperativo de Plutarco de que navegar es necesario, de que, como Ulises, hay que fondear en ricos y populosos puertos y ampliar los horizontes, sabedores de que no sólo Grecia y Roma tuvieron su antigüedad, sino que Persia, la India, los celtas o el Islam también poseen su historia. Un lustro puede brillar más o menos, pero en este caso la publicación ya del tercer y cuarto seminarios desmiente el espejismo de que nos hallamos frente a una estrella fugaz. La receta no ha sido por sencilla menos sabia: combinar harmónicamente la edición de sus actas con monografías esporádicas y la organización de conferencias impartidas por especialistas y profesores de otras Universidades. Una genial intuición ha sido el llevar también a escena a los clásicos grecolatinos a través de una programa teatral impulsado por jóvenes dotados de talento para las artes de Dioniso.

El compromiso con la ampliación de horizontes geográficos lo confirman algunos de los títulos compilados en estas actas: una mirada hacia el lejano oriente en «El prototipo de mujer en la épica

india: Sîtâ en el Râmâyana de Vâlmîki», de M. Ángel Andrés Toledo; la representación de las mujeres aqueménidas en el imaginario griego en «Miradas helenas de la alteridad: la mujer persa», de M. García Sánchez; un viaje al pasado celta en «Boudicca según Dión Casio: el retrato alegórico de la "Gran Reina" mítica», de J. M. Gordillo Martín; o una inmersión en ese, todavía desde occidente, incomprendido mundo islámico en «Fátima y Aisha. Dos modelos femeninos del Islam primitivo y su repercusión posterior», de M. Luis Pérez.

Como no podía ser de otra manera, la gente del SEMA una vez más ha sucumbido al embrujo del clasicismo y se ha sumergido en el aburguesamiento de la comedia nueva en «Ética y literatura. La fragilidad de la moral en la comedia: personajes femeninos en la Samia de Menandro», de F. Arenas-Dolç -obra, por cierto, representada durante la celebración del IV seminario; ha labrado la nada baldía tierra de inseguridad y angustia de la antigüedad tardía en «El apostolado femenino en la "Iglesia doméstica" o Comunidad cristiana familiar», de I. Sanchis Bueno; y no se ha desatendido la tradición clásica en «El llanto de Jantipa: la conciencia intrahistórica de la poesía en correspondencia con la expresión femenina de la carta y el tejido en el pensamiento de María Zambrano», de S. Prieto Pérez.

El volumen de las actas se completa con los resúmenes de cinco de las conferencias pronunciadas por profesores invitados. En «Mujer y ley: aspectos de derecho matrimonial en la Grecia Clásica», la profesora I. Calero Secall, de la Universidad de Málaga, nos presenta sucintamente el papel del tutor en el derecho ático y en el código de Gortina; mientras que A. Montañana Casani, en «La viuda y la sucesión en la República romana», y Mª. C. Lázaro Guillamón, en «La situación jurídica de las hijas de familia en el sistema sucesorio romano hasta el siglo I a.C.», ambas de la Universidad Jaume I de Castellón, nos explican un aspecto del derecho romano de importancia capital en historia de la mujer, a saber, el de la herencia. Las otras dos conferencias se mueven en terrenos distintos. Por un lado, X. Ballester Gómez, de la Universidad de Valencia, se adentra en el laberinto del mito en «La cojera del herrero Hefesto»; a su vez, M. P. García Gelabert, de esta misma universidad, en «Muerte y género en la Antigüedad», nos transporta a ese ámbito tan femenino de las sociedades antiguas como es el mundo funerario.

J.M. Blázquez
Universidad Complutense

S. Hornblower - T. Spawforth (eds.), *Diccionario del Mundo Clásico*, Barcelona, Editorial Crítica, 2002, 432 pp. + 5 mapas [ISBN: 84-8432-393-5].

Con el atrayente título de *Diccionario del Mundo Clásico*, la editorial Crítica, en su colección Referencia publica esta obra, publicada por primera vez por Oxford University Press con el título *Who's Who in the Classical World*. Es evidente, por tanto, que el título del libro claramente induce al lector al error, pues no se trata de una obra que de cabida a términos institucionales, culturales o geográficos, que sería lo lógico en una obra que lleve ese título, si no tan sólo personajes, unos 500 aproximadamente, sacados todos ellos, según los propios autores, del *Oxford Classical Dictionary*, en su tercera edición publicada en 1996, obra de mayor alcance que la que ahora nos presenta la editorial Crítica, cuya traducción completa sin duda sería un gran acierto.

Los profesores Hornblower y Spawforth, en la introducción puntualizan que en esta síntesis del diccionario de Oxford han recogido tan solo personajes históricos, excluyendo de él tanto dioses, como héroes o personajes mitológicos, pero manteniendo algunos como Licurgo, el legislador espartano, que presenta muchas características claramente mitológicas.

Los personajes elegidos hay que encuadrarlos en un periodo cronológico que va desde mediados del II Milenio hasta el s. VI d.C., con especial referencia a los encuadrados entre el siglo IX a.C., y el IV d.C. Como es habitual en este tipo de obras se ha empleado la ordenación alfabética para agrupar a los personajes. La nomenclatura utilizada para los personajes es aquella a la que estamos más habituados, para facilitar de este modo su consulta; es decir, para los personajes romanos se ha utilizado su *cognomen* a la hora de clasificarles, y no el *nomen*, que sería lo más preciso. Para los vocablos griegos se ha empleado la grafía convencional, marcando con los signos correspondientes las vocales largas. Las referencias cruzadas van indicadas con un (*) delante de los nombres. Las referencias a los autores clásicos también se han unificado siguiendo el esquema establecido en las primeras páginas del libro, que prácticamente no difieren en nada de las utilizadas habitualmente.

Una breve cronología y cinco mapas (uno de Grecia y el Egeo, otro del mundo helenístico, un tercero de Italia, y los dos últimos del Imperio romano, uno de las provincias occidentales y otro de las centrales y orientales), completan la obra.

J. CABRERO
Universidad Complutense de Madrid

P. AZARA - R. MAR - E. SUBÍAS (eds.), *Mites de fundació de ciutats al món antic (Mesopotamia, Grècia i Roma)*. Actes del Col·loqui Internacional. Barcelona 8/9/10 de Juny de 2000, Barcelona, Museo d'Arqueologia de Catalunya, 2001, 335 pp. [ISBN: 84-393-5598-X].

El coloquio sobre los mitos de fundación de ciudades en el mundo antiguo, celebrado en Junio del 2000 en Barcelona, estuvo íntimamente unido a una exposición realizada en el Centro de Cultura Contemporánea de Barcelona.

El congreso y las posteriores actas se articularon en torno a los tres grandes focos de civilización mediterránea: Mesopotamia, Grecia y Roma.

Las primeras páginas los tres editores las dedican a hacer una crónica científica del congreso con la exposición detallada del contenido de las tres jornadas a lo largo de las cuales se desarrolló el congreso. La primera dedicada al imaginario de la fundación de ciudades en Mesopotamia; la segunda a los mitos y fundación en Grecia y la tercera a la fundación de Roma.

A Mesopotamia se dedican diez trabajos: J.C. Margueron, «Réflexions sur l'idée de fondation et la réalité de l'acte dans le monde syro-mésopotamien»; W.W. Hallo, «Urban origins in cuneiform and biblical sources (Founding Myths of cities in the Ancient Near East: Mesopotamia and Israel»; M. Zazoyer, «Télepinu et le Mythe Fondateur»; J. Goodnick Westenholz, «The Foundation Myths of Mesopotamian Cities: Divine Planners and Human Builders»; S. Lacknbacher, «Fondations Assyriennes»; R.S. Ellis, Mesopotamian Foundation Ceremonias and Deposits»; C. Suter, «Judea of Lagas: The sumerian temple builder par excellence. The rites in the construction of a temple in late 3rd

Millenium B.C. Mesopotamia»; J.-L. Montero Fenollós, «Realidad y simbolismo en la fundación de ciudades sirio-mesopotámicas. Una mirada distinta»; J. Yakar y A. Taffet, «Political considerations in the foundation of cities in Urartu»; J. Gil Fuensanta, «Fundación de las primeras ciudades en el nacimiento del Eufrates y del Tigris».

A los mitos de fundación en Grecia, tratados durante la segunda jornada del Congreso se dedican once trabajos: F. de Polignac, «Héritage, ruptura et projection: aspects du rapport au temps dans les fondations grecques»; I. Malkin, «Heroes and the foundation od greek cities»; M. Detienne, «L'art de fonder l'Autochtonie entre Thèbes et Athènes»; F. Frontisi-Ducroux, «En Marge... Dédale»; C. Calame, «Comment refonder una cité coloniale? Representations discursive du temps et du régime d'historicité»; J. N. Bremmer, «Myth and History in the foundation of Cyrene»; C. Dougherty, «The re-founding of Ithaca: Colonial discourse in Hommer's *Odyssey*»; J. Carruesco García, «Afrodita i la fundació de la ciutat»; J. L. Menéndez, «The myth of Theseus: clues to the exercise of power before the constitution of the polis»; G. Luri Medrano, «Instrucciones para fundar una ciudad en el aire»; M. Jufresa y M. T. Frau, «Referències alimentàries en alguns mites de fundació de ciutats Gregues».

A la fundación de Roma, debatida en la tercera jornada del Congreso se dedican seis trabajos: R. Mar, «Reflexiones en torno a la fundación de la ciudad de Roma. Un estado de la cuestión»; J. Matínez-Pinna, «La etnogénesis de Roma»; D. Briquel, «Romulus»; A. Grandazzi, «Rome et sa fondation: Archéologie, Histoire, Mémoire»; P. Pensabene, «Luoghi Romulei del Palatino»; S. Falzone, «L'Abitato protohistorico dell'area sud-ovest del Palatino alla luce delle nuove interpretazioni».

En un epílogo que lleva por título *Regreso a la ciudad de los héroes*, se recogen otros seis trabajos de difícil inclusión en alguno de los apartados anteriores: P. Azara, «Danzing in the streets: la ciudad y el laberinto»; E. Subías Pascual, «Sobre la conmemoración de los orígenes de la ciudad»; E. Riu Barrera, «La llarga durada de la mitologia sobre els orígen urbans de l'Antiguitat a la Il.lustració»; J. Roma, «El pelegrí diví i la destrucció de poblacions en les llegendes populars»; M.A. Ferrer Forés, «Mahagonny, la ciudad de las redes de Kart Weill y Bertol Brecha»; J.C. Wunenburger, «Images de la Forme Urbaine».

J. Cabrero
Universidad Complutense de Madrid

José Miguel Parra Ortiz, *Gentes del valle del Nilo. La sociedad egipcia durante el periodo faraónico*, Madrid, Editorial Complutense (La Mirada de la Historia), 2003, 481 pp. + 92 ilustraciones en blanco y negro [ISBN: 84-7491-721-2].

Una vez más, la Editorial Complutense apuesta por la literatura egiptológica en lengua castellana, en este caso con un tema tan interesante como el que se presenta en *Gentes del Valle del Nilo*. Aunque se trata de un libro de divulgación histórica, el autor, con un tono fresco y dinámico, realiza en él una importante puesta al día sobre los últimos descubrimientos respecto a la sociedad y ciertos aspectos de la vida cotidiana egipcia. Con un magnífico manejo de las fuentes arqueológicas, iconográficas y tex-

tuales nos ofrece una panorámica de los distintos grupos humanos que conformaron la sociedad del antiguo Egipto.

La investigación de la vida social egipcia implica un amplio conocimiento de los individuos, sus redes sociales y el contexto socio-cultural en el que se desarrollan[1]. En otras disciplinas arqueológicas, los estudios que tienen en cuenta factores sociales tan fundamentales como la división sexual de las tareas, la categoría social, la sexualidad, la etnicidad y la edad son numerosos. Aunque este tipo de análisis empieza a encontrarse ya en las investigaciones egiptológicas, queda todavía mucho camino por recorrer y esta obra es un paso en esa dirección.

El libro está dividido en quince capítulos más unas breves conclusiones, en las que se insiste en la importancia del faraón, figura en torno a la cuál se estructura la sociedad egipcia. No obstante, como el mismo autor señala, la sociedad es un aspecto de la civilización faraónica que quizá «hayamos falseado un tanto», ya que ésta no fue «estamentaria y clasista», sino que es posible apreciar en ella cierta «movilidad» y «cambio». Todos los capítulos están estructurados internamente de forma diacrónica y siguiendo este criterio a lo largo de sus páginas se van aportando y analizando las fuentes disponibles.

El autor comienza con el análisis de la figura del faraón, la cima de la pirámide social egipcia (Capítulo Primero). La relación que los distintos grupos humanos establecieron entre sí en la compleja sociedad faraónica estuvo determinada por su proximidad al rey. El monarca egipcio, centro de toda existencia y pilar de esta sociedad, aseguraba el mantenimiento del orden y la justicia, la *maat*. La muerte del rey suponía la amenaza del caos, por lo que la existencia de un heredero fue fundamental para el mantenimiento de este orden. Precisamente en el Capítulo Segundo se analiza la figura del príncipe heredero. En relación a este tema conviene destacar que, todavía hoy, podemos encontrar en determinados trabajos el «mito» de la existencia de una princesa hereditaria, así como el de la existencia de los matrimonios hermano-hermana. Sin embargo, tras una revisión del material histórico, no son pocos los autores que se oponen completamente a esta teoría[2], incluido el autor de esta obra.

Se enlaza así con el análisis de la figura de la reina egipcia (Capítulo Tercero) desde la perspectiva de lo masculino-femenino, lo que constituye un acierto por parte del autor. El hecho de que el gobierno de una mujer fuera una opción política aceptable, tiene que ser analizado dentro del contexto ideológico de un modelo femenino. La realeza egipcia fue una construcción andrógina en la cual fue posible identificar un aspecto masculino y otro femenino y aquí radicó la importancia de la mujer real. Como queda patente en estas páginas, esta forma de entender la realeza femenina se puede rastrear desde los orígines de la misma civilización egipcia.

El perfecto funcionamiento de *maat*, y por tanto del Estado, pasó por la existencia de una Administración adecuadamente estructurada en manos de un grupo selecto de personajes en los que el monarca depositó, con mayor o menor éxito, su confianza: el Visir (Capítulo Cuarto), los sacerdotes (Capítulo Quinto) y los escribas (Capítulo Sexto), que compartieron con él una serie de privilegios. La información sobre estos grupos de población es abundante, pues la documentación egipcia fue pro-

---

[1] L. Meskell, *Archaeologies of Social Life*, Oxford, 1999.

[2] B. Mertz, *Certain Titles of the Egyptian Queens and Their Bearing on the Hereditary Rigth to the Throne*. Tesis Inédita, Chicago, 1952; G. Robins, «A Critical Examination of the Theory That the Rigth to the Throne of Ancient Egypt Passed through the Female Line in the 18th Dynasty», *GM* 62 (1983), pp. 67-77.

ducida por y para estas elites. Los problemas y los intentos de usurpación del poder por parte de estos grupos en todos los momentos de la historia egipcia son analizados por el autor desde la documentación arqueológica y textual.

En el Capítulo Séptimo, dedicado a los soldados, «el poderoso brazo del rey», queda patente que, al contrario de lo que se pudiera pensar, el ejercito egipcio no quedó configurado hasta el Reino Nuevo, cuando las circunstancias histórico-políticas así lo exigieron.

Los médicos (Capítulo Octavo) se incluyen dentro de la categoría de los personajes importantes y, aunque no sabemos en qué consistió su formación, es bien conocido el renombre internacional que tuvieron. Prueba de ello, y como se recoge en este estudio, son los numerosos papiros médicos encontrados en los que se tratan las más diversas enfermedades y sus tratamientos.

Mención especial merecen las páginas dedicadas a los artesanos (Capítulo Noveno), de los cuales conocemos sus especialidades, sus herramientas y su forma de trabajar aunque, como se señala al final del capítulo, debido a las peculiaridades ideológicas del «arte» faraónico, pocos son los nombres de artistas egipcios que nos han llegado.

Lógicamente, cuanto más descendemos en la escala social, la información disponible en las fuentes egipcias es menor y en muchas ocasiones solo podemos extraer datos indirectos ella. No obstante, un buen análisis de la documentación textual, antigua y moderna, así como de los datos arqueológicos, puede revelar datos muy interesantes. Buena prueba de ellos son los capítulos dedicados a los campesinos (Capítulo Décimo), los extranjeros (Capítulo Decimocuarto) y los esclavos (Capítulo Decimoquinto). Cuando además la información que se pretende extraer de las fuentes es relativa a las mujeres (Capítulo Decimoprimero), los niños (Capítulo Duodécimo) y los ancianos (Capítulo Décimotercero), la labor del historiador es más ardua todavía.

Por último, señalar la actualizada bibliografía utilizada por Parra en este trabajo (incluida al final de la obra y dividida por capítulos), que junto a las abundantes citas textuales incorporadas al relato (cuyas fuentes se citan con detalle) y la cuidada selección de imágenes (siempre al servicio del texto), convierten este libro en una lectura obligada para los amantes del antiguo Egipto.

Begoña GUGEL

María José LÓPEZ GRANDE, *Damas aladas del antiguo Egipto. Estudio iconográfico de una prerrogativa divina*, Barcelona, Museo Egipcio de Barcelona - Fundación Arqueológica Clos - Turismapa, 2003, 159 pp. + 125 ilustr. a todo color [ISBN: 84-88608-86-1].

El estudio cuyo resultado es el volumen que comentamos, pudo ser realizado gracias a la concesión del premio Joaquín Casellas del año 2000 otorgado por la Fundación Arqueológica Clos de Barcelona, y ve la luz de la imprenta merced a la beca Miguel Boladeras, concedida por esta misma institución. Se trata de una investigación iconográfica centrada en el motivo de las figuras femeninas faraónicas caracterizadas por el atributo de unas alas y realizada por la Dra. María José López Grande, profesora del Departamento de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid.

El Capítulo I expone brevemente diversos aspectos de las aves en el pensamiento egipcio. Así por ejemplo las aves sagradas, la relación de las aves rapaces con la realeza faraónica, las imágenes del faraón como ser dotado de alas y, finalmente, el significado de la rica iconografía del disco solar alado.

En el Capítulo II se da un paso más hacia el motivo central de la investigación y se estudian las primeras manifestaciones de las damas aladas en el imaginario egipcio. Tres parecen ser las aves cuyas formas adoptan: milanos, halcones y buitres. Respecto a las diosas, Isis y Neftis, en especial la primera, protectora de Horus, son las diosas-ave por excelencia.

Los modos en que las alas caracterizan a las damas reales y el significado que esas plumas y alas les conferían se estudian en el Capítulo III, que finaliza centrándose en los vestidos de alas plegadas, que «sugieren la asimilación de estas mujeres con los conceptos divinos.»

Objeto del Capítulo IV, son los grifos, el dios Bes y las figuras antropomorfas aladas, que introducen el tema central del Capítulo V, que no es otro que «el tributo iconográfico de las alas adaptado a la figura antropomorfa de carácter divino». El Capítulo VI, dedicado al período amárnico, donde «no encontramos diosas aladas en la iconografía [...]» es complementario del Capítulo VII, donde se estudian las numerosas imágenes de diosas aladas en el ajuar de Tut-anj-amón y en el de sus sucesores hasta el final de la Dinastía XVIII. El estudio diacrónico de las diosas aladas se continúa en el Capítulo VIII, donde se presta atención a la decoración y sarcófagos de las tumbas reales ramésidas, de las tumbas de algunos particulares y de los templos del período.

El Capítulo IX, el último del volumen que nos ocupa, estudia el desarrollo del motivo iconográfico que ha servido de eje a todo el volumen, pero esta vez fuera del ámbito egipcio, en el mundo mediterráneo. En un apartado del mismo, la autora presenta al lector las piezas egipcias conservadas en España que contienen imágenes de mujeres con alas.

El libro termina con la bibliografía y un índice fotográfico de las ilustraciones que acompañan al texto.

José Miguel PARRA ORTIZ

Gustave LEFEBVRE, *Mitos y cuentos egipcios de la época faraónica*, Traducción de José Miguel Serrano Delgado, Madrid, Akal (Akal Oriente, 6), 2003 [ISBN: 84-460-1294-4].

Gracias a la iniciativa de la editorial Akal, que lo ha incorporado como el último número de su colección Oriente, por fin contamos con una versión en español de la obra clásica de Gustave Lefebvre *Romans et contes égyptiens d'époque pharaonique*. A partir de ahora, el lector hispano podrá disfrutar, no sólo de los cuentos más conocidos de la literatura egipcia, sino también de algunos otros que no lo son tanto. Las narraciones que incluye este volumen son: «La historia de Sinuhé»; «El pastor que vio a una diosa»; «El cuento del náufrago»; «El cuento del campesino»; «Los cuentos del Papiro Westcar»; «Cuento profético»; «Leyenda del dios del mar»; «El príncipe predestinado»; «La toma de Joppe»; «La querella de Apopi y Sekenenre»; «Cuento de los dos hermanos»; «Verdad y Mentira»; «Historia de un espectro»; «Las aventuras de Horus y Seth»; «Las desventuras de Unamón» y «La princesa de Bakhtan».

A pesar de sus muchos años (el original fue publicado en París por la librería Maisonneuve en 1948 y desde entonces ha conocidos varias reediciones) el texto del sabio francés sigue siendo de utilidad para aquellos que se enfrascan en el estudio o la traducción de las narraciones que contiene. Su validez como herramienta de trabajo reside, sobre todo, en las abundantísimas notas filológicas que acompañan a cada cuento, donde Lefebvre aclara matices o expone al lector los motivos que le llevaron a elegir una traducción sobre otra (es lástima que los duendes de la imprenta hayan impedido que algunas letras de la transcripción egipcia se lean). Por si esto fuera poco, cada uno de los textos traducidos viene precedido de una breve introducción que lo sitúa en su contexto y de un (en su momento) casi exhaustivo compendio bibliográfico sobre ediciones, traducciones y estudios referentes a los mismos.

Por otra parte, la introducción general es un interesantísimo estudio de Lefebvre sobre la literatura egipcia. Muy probablemente, los lectores que merced a este libro se acerquen por primera vez a la literatura faraónica queden sorprendidos al leer cuántas son las reminiscencias que de ella se pueden encontrar en obras que forman parte del acervo cultural occidental, desde Homero hasta la Biblia.

La traducción española ha corrido a cargo del profesor Serrano Delgado, de la Universidad de Sevilla, que se ha esforzado especialmente en mantener el tono del texto original. Tan es así, que en la presentación pide comprensión al lector porque « hasta cierto punto se haya forzado el castellano, se lo haya moldeado en lo posible y admisible para, siguiendo el francés y el buen criterio de Lefebvre, remontar en cierta medida hasta las formas expresivas de la propia lengua egipcia» (pp. 9-10). No obstante, la advertencia parece innecesaria, pues el texto español resulta fluido y se lee con agrado.

Serrano[1], además, no se limita a traducir las palabras de Lefebvre, sino que incluye en su trabajo unas medidas notas del traductor. Algunas reenvían al lector a trabajos en español que le permitirán ampliar sus conocimientos sobre una época dada (véase la nota 2 de la página 110) o una edición en español del mismo texto (véase la nota 3 de la página 36), otras incluyen bibliografía actualizada sobre un tema concreto (véase nota 14 de la página 61) o matizan un punto interesante del relato (véase la nota 36 de la página 157). En cualquier caso, no hacen sino enriquecer el texto, un recién llegado muy bienvenido a la bibliografía egiptológica disponible en español.

José Miguel PARRA ORTIZ

J.P. ALLEN, *Middle Egyptian. An Introduction to the Language and Culture of Hieroglyphs*, Cambridge, Cambridge Universtity Press, 2000, 510 pp. [ISBN 0-521-77483-7].

Una presentación extraordinaria que nos libraría quizás de hacer la reseña la tenemos en la que hace el autor: *Es una introducción al sistema de escritura del antiguo Egipto y de la lengua de los textos jeroglíficos*. Lecciones, ejercicios, lista de jeroglíficos y el diccionario, la serie de 25 ensayos de los aspectos más importantes del devenir histórico del País del Nilo, su sociedad, religión y literatura, la combinación de las lecciones gramaticales y ensayos culturales, todo esto ayudarán al estudioso a leer y

[1] Autor de una de las escasas antologías de textos egipcios traducidas al español a partir de los originales faraónicos: SERRANO DELGADO, J. M.: *Textos para la historia antigua de Egipto*, Madrid: Cátedra, 1994. Véanse también GALÁN, J. M.: *Cuatro viajes en la literatura del antiguo Egipto*, Madrid, CSIC, 1998 y GALÁN, J. M.: *El imperio egipcio. Inscripciones, ca. 1550-1300 a. C.*, Madrid: Trotta-Edicions de la Universitat de Barcelona, 2002.

entender los textos de la extensa y rica literatura del Egipto antiguo. ¿Qué más podríamos añadir a esta presentación? Sin embargo, permítame el lector resumir, si es posible, el volumen de esas más de 500 páginas de la gramática de Allen. Es una empresa gigante la realizada por el autor. Quien haya manejado, consultado y estudiado las clásicas de Erman y Gardiner podrá apreciar en todo su valor la obra que hoy reseñamos. Es metodológica, bien estructurada, acomodada a las teorías modernas de la gramática. Advertimos que si el tipo de letra fuera el usual el volumen se hubiera duplicado en extensión. Llama la atención en primer lugar la nitidez de la escritura tanto en inglés como en los jeroglíficos. En el sistema de trascripción cambia la *i* por *j*, *š* por *z*, *q* por *q* respecto a Erman y Gardiner.

En el prólogo el autor nos dice *En el proceso hemos descubierto un mundo de imaginación rica, pensamiento sofisticado, y emoción profunda* (en inglés *profounding moving*) (p. XI). No es fácil la lectura y traducción de los textos egipcios y además las gramáticas hasta ahora en uso están anticuadas o son incompletas. Eran para especialistas. Curiosamente el autor se queja de que las que han aparecido en los últimos años están redactadas en lengua no inglesa. ¿Qué diremos de lo publicado en español? Un ensayo, que no podemos silenciar, por ser el primero publicado es la *Gramática egipcia* de F. Martín Valentín. Otros proyectos están en curso y verán pronto la luz. Está ya próxima la aparición de la traducción de la Gramática de Erman por el autor de la presente reseña, pero por desgracia será para especialistas. Lo dicho sería suficiente para dar a conocer el volumen de Allen, pero me parece muy oportuno el dar algún pormenor más para apreciar cuanto nos ofrece el autor.

En la introducción dice que es muchísimo lo avanzado en la traducción de los textos egipcios, pero que no es tarea fácil el de quien desee leerlos por sus propios medios. Las gramáticas existentes, decimos, eran para especialistas. La presente se dirige a los no especialistas. La dificultad del egipcio está no sólo en la propia lengua, sino en la cultura que ella nos revela. Para solucionar este problema en cada lección hay un apartado dedicado al pueblo egipcio y su pensamiento. Aprendemos el egipcio no para hablarlo, sino para poder penetrar su sentido. No se trata de *aprender a expresarse en egipcio*, objeto que no se excluye, *sino de entender la gramática y el contenido de los textos en egipcio medio* (p. XI). Es la labor de más de veinte años pensando en el mejor método para enseñar a los estudiantes el egipcio medio, junto con la práctica. Son 26 lecciones con sus correspondientes ejercicios, un índice de citas de los textos usados en cada ejercicio, lista de los jeroglíficos, siguiendo a Gardiner, los cuadros con la lista según el formato de los mismos, un vocabulario de los términos que aparecen en los ejercicios, la solución a los ejercicios, un índice general de términos ingleses y otro final de términos egipcios transliterados.

La exposición es la de un profesor, acostumbrado a hacer plausible a sus alumnos las lecciones diarias. En la 1ª lección sobre el idioma y escritura egipcia con sus evolución y los ejemplos de las distintas clases de escritura incluido el copto nos ofrece un resumen de la historia de Egipto. En la 2ª lección sobre los fonemas del egipcio medio con su trascripción y fonética presenta la geografía del antiguo Egipto, basada en los jeroglíficos. Los bilíteros y trilíteros, que Allen agrupa bajo el título de *multilíteros* son objeto de la 3ª lección, con un cuadro sinóptico de los primeros y una lista con los signos correspondientes de los segundos, seguida de un resumen de la sociedad egipcia y sus clases. El nombre y la oración nominal se estudian en la lección 4ª y la exposición de los dioses egipcios, en particular del problema del dios Amón de la Dinastía XVIII. El pronombre con sus clases se presenta en la lección 5ª con el ensayo sobre los *dioses en la tierra* y sus lugares de culto, los templos. A partir de esta lección los ejercicios van intercalados en la escritura de izquierda derecha y de derecha a izquierda.

Intuyo que es para motivar la atención del alumno, como buen profesor. El adjetivo, sus grados y la posesión aparecen en la lección 6ª con el estudio de la titulatura de los gobernantes egipcios y un ejemplo didáctico de la misma. La oración adjetival y nominal, por separado, y su uso es el título de la lección 7ª, aunque un inicio de la última se dio en la lección 4ª, y los ejemplos ayudan mejor a su comprensión; en esta lección se habla de la naturaleza humana (cuerpo, sombra, ba, ka y nombre). La preposición con sus múltiples divisiones y el adverbio forman la lección 8ª, donde aparece el gran tema de la muerte y el Más Allá. Los numerales son el tema de la lección 9ª: cardinales, ordinales, uso, la expresión por *dos veces*, las fracciones, pesos, medidas y volumen, las fechas y el calendario. Como muy acorde con este nos habla Allen de la cronología egipcia, recalcando el *Ciclo sotiaco*. En un apéndice a la lección se dan los nombres de los meses en el Reino Medio y el Imperio Nuevo con su trascripción y significado, añadiendo el nombre copto. A continuación vienen las oraciones adverbiales, en la lección 10ª, con el uso de las partículas (*jw, m.k, nn, nHmn, HA, HAA, Hw y A*), los pronombres personales-sujeto, el *m* de predicación, oraciones adverbiales de posesión y sin sujeto. No podía faltar un ensayo especial dedicado a *Maat*. La lección 11ª aborda el tema de las oraciones no-adverbiales, la negación y sus casos, la posesión y las oraciones interrogativas. El mundo primigenio o anterior a la creación es el asunto de la lección 11ª. La cláusula no-verbal corresponde a la lección 12ª. Tras la definición aparece la cláusula de relativo, la nominal y la adverbial con sus diferentes casos. En ensayo de esta lección trata de la creación del mundo. El verbo con sus clases, características (tiempo, aspecto, modo y voz), partes, raíces (en 16 clases), verbos anómalos (*rdj, jwj, jj*), defectivos ocupan la lección 13ª con el tema de la *Palabra creadora*. Como era de esperar el infinitivo tiene un lugar preferente en el egipcio. De ahí la lección 14ª. Lógicamente el infinitivo negativo y el complemento negativo forman parte de esta lección. La *teología menfita* remata la lección del infinitivo. De la 15ª a la 25ª se estudian las oraciones en sus diferentes formas: la construcción pseudoverbal, el imperativo y las partículas que acompañan al verbo, el estativo (su definición y todas sus implicaciones), el perfecto, el subjuntivo, el perfectivo e imperfectivo, el prospectivo y la pasiva, tan importante en egipcio, otras formas de la conjugación-sufijo (*sDm.jn.f, sDm.Hr.f, sDm.kA.f, sDmt.f*), el estilo directo por medio de lo que autor llama *parenthetics* (del término paréntesis), el participio activo, pasivo, prospectivo y su sintaxis, perfectivo e imperfectivo y la negación del participio, las formas relativas y usos especiales de los mismas con todas sus implicaciones. Los ensayos correspondientes a las lecciones 15ª a 25ª son los siguientes: el Creador, Amón, la herejía, alusión clara a Ahenaton/Amnhotep IV de la Dinastía XVIII, la fonología y la escritura (su evolución), la literatura egipcia (una visión general, con la enorme ventaja de poseer una gran cantidad de *textos originales* y varias copias de los mismos), la literatura sapiencial (*Kagemni, Ptahhotep, Herdjedef, Instrucción de un hombre a su hijo*, la *Instrucción de Khety*, la de *Merikare*, la de *Amenemhat*, las *Profecías de Neferty*, las *Admoniciones de Ipuwer*, los *Lamentos de Khakheperreseneb* y el *Diálogo de un hombre con su ba*), las narraciones del egipcio medio (*El Náufrago, Sinuhé/Sanehet, El Campesino elocuente* y el *pWestcar*), textos históricos en el sentido egipcio (autobiografías, graffiti, anales reales), textos religiosos, tan significativos para la vida e historia del pueblo egipcio (*TP, TSarcófagos*, el *Libro de los dos Caminos, Las Puertas*. el *Amduat*, el de las *Cavernas*, el ritual de la apertura de la boca), himnos y textos devocionales (p. ej. el de la *Inundación*) y poesía, que se acompañaba con música, textos no-literarios (*pRhind, pEbers, pEdwin Smith*, etc. y la estela jurídica de Karnak), la correspondencia, que representa el lenguaje hablado (las primeras cartas llegadas hasta nosotros son copias de los mensajes del rey Izezi de la Dinastía V a sus oficiales, otra de la Dinastía VI; se conservan muchas). Con la

lección 26ª sobre la *Gramática del egipcio medio* (resumen de todo lo expuesto indicando la lección correspondiente) y el ensayo de *Dónde ir desde aquí*, en que el autor advierte, que Gardiner sigue siendo fundamental y que es necesario conocer el francés y alemán para adelantar en el egipcio; como instrumentos precisos cita el diccionario de Erman-Grapow, el de Faulkner, el de Hannig y para los estudios de origen hispano hemos de nombrar el de Ángel Sánchez. Muchas más alabanzas e ideas podríamos seguir dando, pero lo dicho nos indica el valor y mérito de la Gramática de Allen. Hoy, que la mayoría de los estudiantes conoce el inglés tendrá un auxiliar y guía extraordinario con este volumen. Enhorabuena al autor y a la editorial.

Felipe SEN

José Miguel PARRA ORTIZ, *La vida amorosa en el Antiguo Egipto* (Colección El Legado de la Historia, nº 36), Madrid, Alderabán, 2001, 278 pp. [ISBN 84-95414-10-4].

Conocido el autor por varias obra sobre Egipto, especialmente dedicado al mundo de las Pirámides y del Egipto predinástico, hoy nos ofrece este tema sobre la vida amorosa en el país del Nilo. Se nota en todo el volumen dominio de los textos y su aplicación al asunto correspondiente. Es libro de divulgación y al tiempo lo dirige el autor a quienes quieran profundizar en su estudio. Bien es verdad que muchos puntos quedan en el aire o pueden tener otra interpretación distinta de la que nos ofrece Parra, pero los textos, todos los textos pueden ser tema de interpretaciones diversas e incluso contrarias. Sí se nota quizá un excesivo deseo de probar sus asertos con textos dudosos, pero hemos de dejar vagar también a nuestra imaginación. El hombre, en sí mismo, ha cambiado poco. Cambiamos en lo exterior, pero en su interior sigue actuando ese dualismo que lo domina todo. Así el autor con frecuencia saca conclusiones a base de la experiencia actual. Los títulos dados a los 13 capítulos son ocurrentes y llamativos desde el I «*Y en un principio fue la mano en la mano. Los egipcios y el placer solitario*», pasando por el VI «*Orgías, lujurias y desenfrenos. Cómo pasarlo bien durante el fin de semana*», para terminar en el XIII «*Aquí hay mucho amor. La representación de la sexualidad en el arte egipcio*». Es de notar la reproducción del *Papiro erótico de Turín, 1-12* (Dibujo de Begoña Lafuerte) en una sola lámina (entre las pp. 228-229). Respecto a este documento recuerda el autor los reparos que los arqueólogos y egiptólogos de los ss. XIX y XX tuvieron para publicarlo por considerarlo contrario a la moral y al pudor. Decíamos antes que el volumen también se dedica a los investigadores y estudiosos y a ellos van dirigidas la notas finales (pp. 231-256). La bibliografía es extensa.

Felipe SEN

José MANUEL GALÁN (ed. y trad.), *El imperio egipcio. Inscripciones, ca. 1550-1300 a. C.*, Madrid, Trotta-Edicions de la Universitat de Barcelona (Pliegos de Oriente. Textos, 7), 2002, 229 pp. [ISBN 84-8164-523-0].

Si hasta hace unos años se podía decir sin faltar a la verdad que la egiptología española era inexistente (con notables excepciones), en la actualidad se puede afirmar ¡por fin! que esta rama del estudio

de la Antigüedad es una realidad que comienza a manifestarse en nuestro país. Lo demuestran no sólo las tesis[1] y tesinas[2] leídas recientemente en varias universidades españolas, sino también la publicación de libros como este que comentamos, cuya importancia reside en que se trata de una recopilación de textos egipcios traducidos por el autor haciendo uso de las propias fuentes faraónicas[3]. *El imperio egipcio. Inscripciones, ca. 1550-1300 a. C.* se suma así a obras similares publicadas recientemente[4], y a futuros títulos de esta misma colección[5], para comenzar a dotar a la egiptología hispana de un corpus de textos históricos egipcios traducidos directamente al español. Unos textos que facilitarán sin duda el acceso de los estudiantes e investigadores a las fuentes egipcias.

El libro del Dr. Galán[6] consiste en una amplia recopilación de textos históricos egipcios cuyo nexo común es haber sido redactados durante la XVIII dinastía, en el Reino Nuevo, la única época histórica egipcia que «reúne algunas de las características que hoy reconocemos dentro del concepto "imperio"» (página 19). Precedidos de una útil introducción general y seguidos de un corto epílogo, cada uno de los textos recopilados viene acompañado de un breve comentario mediante el cual se sitúa al lector en el marco histórico y arqueológico del mismo.

La selección de textos es amplia y muy ajustada, pues no falta ninguno de los que se pueden considerar «clásicos» de la XVIII Dinastía: la biografía de Ahmose hijo de Ebana, la caza de elefantes de Tutmosis I, los Anales de Tutmosis III, la expedición al Punt de Hatshepsut, la presentación de tributos nubios de la tumba del visir Rekhmire, los escarabeos conmemorativos de Amenofis III y alguna inscripción de las tumbas de El-Amarna. Evidentemente, siendo un volumen dedicado al «imperio» los textos más abundantes son los fechados en el reinado de Tutmosis III, el gran conquistador de la historia egipcia.

Las erratas presentes en el texto son mínimas, pero aún así se han escapado algunas que sin duda serán subsanadas en posteriores ediciones. Por ejemplo, en la página 42 se dice: «Conduje a su majestad de vuelta a Egipto en dos días desde la (*sic*) Pozo Superior [...]»; en la página 78 se dice: «La tropa egipcia, por su parte, sitía (*sic*) la ciudad [...]»; en la página 80: «parte integrante del sub-género (*sic*) [...]»; en la página 98 nota 55 se reenvía al lector a otro texto del libro mediante un *supra* que debiera ser un *infra*; y, por último, en el comentario de la página 108 se habla de la segunda campaña de un rey

---

[1] Como por ejemplo la propia Tesis Doctoral del autor de estas líneas, PARRA ORTIZ, J. M.: *Los complejos funerarios reales del Reino Antiguo: aspectos socio-económicos*, leída en la Universidad Complutense de Madrid el 27 de septiembre de 1997 o, más recientemente, ESPINEL, A. D.: *Etnicidad y territorialidad durante el Reino Antiguo*, Tesis Doctoral defendida en la Universidad de Salamanca el 5 de abril del 2001.

[2] Como por ejemplo OLBÉS RUIZ DE ALDA, I.: *Iconografía de nubios en la necrópolis de Tebas: dominio, aculturación e integración en el marco de la XVIII Dinastía*, defendida en la Universidad Autónoma de Madrid el 22 de junio del 2000.

[3] La consulta de primera mano de las fuentes (paredes decoradas de los templos, estelas en museos, etc.) ha permitido a Galán estudiar a fondo los documentos y corregir algunos errores de copista e incluso reconstrucciones erróneas perpetuadas en obras de referencia clásicas.

[4] Nos referimos a SERRANO DELGADO, J. M.: *Textos para la historia antigua de Egipto*, Madrid, Cátedra (Historia. Serie Menor), 1993; CALAN, J. M.: *Cuatro viajes en la literatura del antiguo Egipto*, Madrid: CSIC (Banco de datos filológicos semíticos noroccidentales. Monografías, 3), 2ª ed. 2000.

[5] Están en marcha traducciones como una recopilación de textos literarios (debida al Dr. Jesús López del CNRS francés) y de los textos de las pirámides (Dr. Josep Cervelló, de la Universidad Central de Barcelona).

[6] Formado en la Universidad Johns Hopkins de Baltimore, en la actualidad es científico titular del CSIC y director del Proyecto Djehuty, que excava la tumbas de este importante personaje del reinado de Hatshepsut, la de Hori y la de un personaje aún sin identificar, todas ellas Gurna, en la orilla oeste de Tebas, y comunicadas entre sí.

egipcio que por los textos anteriores hemos de suponer que se trata de Tutmosis III, pero cuyo nombre no aparece mencionado específicamente en el texto.

La base de los comentarios y de las traducciones del libro es la labor realizada por el autor para la redacción de su tesis doctoral[7], donde estudiaba el concepto de frontera y el imperialismo egipcio en la XVIII Dinastía[8] y eso se nota en algunas incorrecciones idiomáticas, presentes en los textos que preceden a las traducciones propiamente dichas, y derivadas seguramente de la lengua en que fue redactada aquella, el inglés. Por ejemplo, en la página 41 nota 12, al hablar de los metros cuadrados a los que es igual una arura egipcia, el autor menciona que ésta equivale a «2.734 m^2, es decir, 2/3 de acre (sic)»; el acre es una unidad de superficie anglosajona ajena por completo al lector hispano, por lo que sería más adecuada una equivalencia en hectáreas. Más chocantes resultan los calcos directos del inglés presentes en ciertas frases, como por ejemplo en la página 48, donde Galán escribe: «El texto es en su mayor parte un panegírico del monarca, evitando (sic) las precisiones y referencias a acciones concretas.» Una redacción en la que resulta evidente la presencia subyacente de un gerundio inglés y que hubiera debido traducirse al español con una construcción del estilo «[panegírico] en el cual se evitan». Error éste que se repite también en la página 129: «Amonemheb fue un oficial del ejército bajo Tutmosis III, participando (sic) como soldado en sus expediciones por Siria-Palestina.» Frase que debería haberse escrito con una construcción semejante a la que propusimos anteriormente: «[oficial] que participó».

Hay que subrayar, no obstante, que esos mínimos descuidos estilísticos detectados están presentes siempre en los textos introductorios a las traducciones,y que si éstas destacan por algo es por la limpieza y claridad de su redacción[9]. Los textos egipcios de hace cuatro mil años no poseen la precisión sintáctica de las lenguas modernas y es mérito del autor haber sabido verter al español las inscripciones seleccionadas con un lenguaje preciso y claro. Sin embargo, al mismo tiempo no dejan de percibirse en las traducciones (a disfrutarse nos atreveríamos a decir) ciertas peculiaridades del estilo literario egipcio, circunstancia que permite al lector apreciar esa lengua sin por ello atragantarse con frases enrevesadas y repletas de signos diacríticos, ininteligibles en general para el no especialista.

Los textos vienen anotados, como no podía ser de otro modo en una edición de estas características. En esas notas, en modo alguno prolijas y sí muy adecuadas, se alternan las referencias que aclaran aspectos lingüísticos con aquellas que profundizan en los detalles históricos; se añaden, incluso, algunas destinadas a los lectores no del todo cómodos con los arcanos egiptológicos, como aquellas en las que se explican en líneas generales la Fiesta *opet* y lo que es un *deben* o incluso un escarabeo. Esta preocupación por el lector neófito se completa con el glosario (sesenta y cuatro términos definidos brevemente) que aparece en las últimas páginas del libro, tras la ajustada bibliografía. Por otra parte, las referencias cruzadas en el seno del propio texto (todas en las notas) facilitan que el lector comprenda las inscripciones estudiadas como un todo relacionado. En el libro únicamente se echa en falta (inve-

---

[7] También en los cursos impartidos por él en el CSIC, como por ejemplo «La expedición de la reina Hatshepsut al Punt y otras Inscripciones (lengua egipcia)», impartido en noviembre de 1997, o «Textos sobre las campañas de Thutmosis III en Siria-Palestina», impartido en noviembre-diciembre del 2001, cursos todos ellos organizados por el Instituto de Filología del CSIC dentro de su ciclo «Lenguas y Culturas del Antiguo Oriente Próximo».

[8] Publicada como GALÁN, J. M.: *Victory and Border. Terminology Related to Egyptian Imperialism in the XVIIIth Dynasty*, Hildesheim: Gerstenberg (Hildesheimer Ägyptologische Beiträge, 40), 1995.

[9] Merece la pena leer atentamente las «Notas sobre la traducción» incluidas por el autor al final de su introducción histórica (páginas 30-34).

terada costumbre de los editores españoles) un índice analítico, por breve que fuera, que convierta al texto en una obra de consulta más fácil, rápida y provechosa.

En resumidas cuentas, nos encontramos ante una obra notable, destinada a gozar de larga vida no sólo en el ámbito hispano, sino también en el de la egiptología internacional, pues el Dr. Galán recoge en este volumen un importante compendio de textos sobre el imperio de la XVIII Dinastía egipcia que, hasta ahora, sólo podían encontrarse en traducciones dispersas por las distintas revistas especializadas. Gracias a este libro el investigador dispone de un volumen de referencia al que recurrir con provecho y que complementa a otras recopilaciones clásicas, como la *Ancient Egyptian Literature* de Miriam Lichteim[10] o los *Ancient Records of Egypt* de Henry Breasted[11].

José Miguel PARRA ORTIZ

Josep CERVELLÓ AUTOURI (ed.), *África antigua. El antiguo Egipto, una civilización africana. Actas de la IX Semana de Estudios Africanos del «Centre d'Estudis Africans» de Barcelon*, Barcelona, Aula Aegyptiaca, 2001, 267 pp. [ISBN 84-607-2429-8].

Con este primer volumen de *Aula Aegyptiaca Studia* se inicia una serie no periódica, que podrá constar de monografías a volúmenes colectivos, como el que reseñamos y abre la colección. Presagia ser una serie científica, dependiendo de la calidad de la colaboración de cada autor, pero todo ello supervisado por un consejo editor. La introducción al volumen está a cargo de Josep Cervelló Autuori. Se plantea el problema de *África antigua*. Se miraba a Egipto como algo muy particular, pero distinto de África. Hoy se estudia el África antigua como *momento genuino*. Ha habido cambios epistemológicos, metodológicos y empíricos. Egipto pertenece a África. Los nuevos descubrimientos arqueológicos y antropológicos están cambiando la visión que se va teniendo de África en general y Egipto en particular. *La civilización del antiguo Egipto es una civilización africana* (p. 11). Se presenta la IX Semana de Estudios Africanos, celebrada del 18 al 22 de marzo de 1996, donde se abordó el problema de fondo y se decantaron las dos posiciones actuales respecto a Egipto: la Academia occidental y la Escuela de Dakar. Se ha abierto la comunicación entre las dos tendencias en este libro o mejor se ha superado la incomunicación. Se exponen los temas principales sobre lo que versó la Semana (Epistemología, Historiografía, Prehistoria y Arte Rupestre, Arqueología, Lingüística y Etnolingüística, Religión y Cosmovisión y Antropología). Abre el volumen el prólogo del Prof. Jean Leclant *Égyptologie et Africanisme*, haciendo ver la importancia y actualidad del problema. Cada colaboración lleva la bibliografía correspondiente más o menos extensa a juicio del autor. Alain Anselin con *Les hiéroglyphes de l'architecture et l'histoire de l'Égypte antique (quatrième millénaire avant J.-C.)* tras unas premisas sobre los primeros signos precursores de la escritura con que se describe el universo. El testimonio de la inscripción más antigua lo encontramos entre Nagada Ib/IIa y Nagada IIIb/c3 h. 3200/3100, siguen los lugares del discurso histórico (la Baja Nubia/*t3-šti*, el Alto Egipto de la Corona Blanca /*t3-šm'w*, el Alto Egipto de la

[10] LICHTHEIM, M.: *Ancient Egyptian Literature. A Book of Readings. Volume II: The New Kingdom*. Berkeley-Los Angeles-London: University of California Press, 1976.

[11] BREASTED, J. H.: *Ancient records of Egypt. Historical documents from the earliest times to the Persian conquest II*. Chicago: University of Chicago Press, 1906.

Corona Roja la *t3-wr* de la Doble Corona / *t'wy*, la *t3-Mḥ* / Delta, la costa palestina. A continuación se estudia la iconografía arquitectural y los jeroglíficos. Parece que el egipcio del IV milenio a.C., quizás antes, de Nagada, se extendió como *lazo social y cultural* a lo largo del Río por los lugares que recorre. Comparando los jeroglíficos con los hallados en Nagada se pueden datar arqueológicamente. Se pueden clasificar en cuatro grupos: formas circulares, los más antiguos O49 y O50 de Gardiner, que asocian al RQ9; capillas y tumbas, los O18, O19, O20 y O21 se pueden confrontar arqueológicamente como primitivos, al igual que los del primer grupo se estudian detenidamente; las formas angulares, el determinativo, el O1, *◊, pr*, son muchos los datos arqueológicos que lo confirman desde el Alto Egipto a la cultura de Bersheva; los elementos y los implementos del poder. Sólo los enumera sin estudiarlos con detalle. De todo ello deduce tres conclusiones: 1) representaciones cronológicas de la historia egipcia por los egipcios; 2) confrontación cronológica de los datos arqueológicos y semiológicos y 3) continuidad y discontinuidad de estos y su significado. Francesca Berenguer Soto dedica su aportación a la necrópolis de Dyebel Barkal con *Descubrimiento de una tumba real inédita en la necrópolis de Dyebel Barkal (Karima, Sudán)*. También se dedican al tema las colaboraciones de Monserrat Díaz de Cerio Juan y José M. González. Vamos a unir aquí los tres trabajos. El primero habla de la descripción del descubrimiento de la necrópolis en 1995 en Napata. Se denominó P-26. Se describe esta con su techo astronómico. Se ha encontrado sólo el Nombre de Horus de la titulatura real, pero no se sabe aún época pertenece. Se trata de un rey no fechado ni documentado aún, pero hay indicios de que fuera uno del Reino Meroítico de Napata (300 a.C. aprox.) El tercero, el de J. M. González, *Resultados preliminares del proyecto de documentación y restauración de las pirámides del grupo norte (sector 1000) de Dyebel Barkal (Sudán), se apoya en los datos proporcionados por Cailliaud, Lepsius y Reisner*. La intervención directa sobre el terreno con todos los detalles que ofrece la moderna técnica avalan la colaboración en el presente volumen. Se excava especialmente en el sector de la necrópolis de mayor riesgo de destrucción. Se da cuenta de los objetivos y primeros resultados, la recuperación de los elementos arquitectónicos originales, reintegración de estos a base de las fuentes documentales, la documentación gráfica y un estudio del estado de conservación para poder proceder a su restauración. Monserrat Díez con el segundo trabajo, *La necrópolis inédita de Dyebel Barkal (Sudán): aspectos de arqueología funeraria*, estimulada por la Fundació Arqueològica Clos, ha sacado a luz distintos tipos de enterramiento: dos nuevas pirámides y una serie de tumbas no-reales. Se describen los enterramientos (P-26, P-27, T-1, T-4, T-5, T-2 y T-3), se establece una cronología (del prenapatiense al premeroítico), estudia el ritual funerario a base de los datos existentes (tumbas piramidales y tumbas menores). Se puede concluir que la necrópolis de Dyebel Barkal es un cementerio mixto, amplía el marco como lógico y los hallazgos son significativos en cuanto al ritual funerario. Retomamos el hilo de las colaboraciones. Mubabinge Bilolo se pregunta: *Isolement géo-culturel de l'Égypte par rapport à la Nubie: mensonge délibéré ou vérité historique?* Plantea el tema del aislamiento de Kemet en sus dos vertientes. Intenta demostrar el autor que Kemet / Kemi no estaba aislado y vivía en ósmosis con sus vecinos del sur a lo largo de toda su historia. La cooperación Kemit-Nubia fue constante en el Imperio Antiguo como lo podemos constatar por sus textos (Anales de Esneferte, graffiti de Khor el Aquiba, Cairo 588146, etc.) citados y comentados. La erección de fortalezas meridionales durante el Imperio Medio *no tiene nada de tribal o racista*; esto también demostrado a base de textos. Al final del Imperio Medio Nubia conquista el Alto Egipto y al contrario al final de la Época Baja. También en el Periodo Predinástico hubo intercambios culturales. La fuerza espiritual de Kemet procede de la cultura-madre nubia. Babacar Sall ha demostrado que

la cultura faraónica es producto de las culturas Kusita-chadienses (se citan pasajes de su obra). Además la Dinastía tinita de negros venidos del sur, queda inmortalizada por la paleta de Narmer. *¿Regicidio ritual en Egipto? Reconsiderando el concepto de sustrato* es la colaboración de Marcelo Campagno. La gran cuestión del origen asiático o africano de la civilización egipcia se vuelve a plantear. Petrie abogaba por la posición asiática con la *Raza dinástica*. A partir de 1960 se pone en tela de juicio esta opinión. Una idea básica es la de *sustrato*. Se intenta aquí *poner a punto un postulado en torno al origen de la realeza egipcia*. Un fenómeno que llamó la atención de los estudiosos fue el *regicidio ritual*. Es un sustrato africano. Se impedía que el líder divino pudiera morir de muerte natural. Los monarcas estatales habrían sustituido el regicidio ritual por el simbolismo del regicidio ritual egipcio. Pero parece aceptable por el sustrato cultural común. Josep Cervelló plantea el problema principal de la IX Semana de Estudios Africanos en *Africanística, egiptología, difusionismo y sustrato*. La colaboración se basa en su libro *Egipto y África*... Hay paralelismos culturales entre la civilización del antiguo Egipto y las civilizaciones negroafricanas actuales y subactuales. Son muchos los rasgos comunes. La primera teoría fue la del *difusionismo* (s. XIX y mitad del XX), ampliamente estudiada. Junto al difusionismo surgió a principios del s. XX la noción de *sustrato*. Se analiza detalladamente el primero. Se puede considerar este como matriz cultural, *cuna de las civilizaciones* o como sub-estrato, una primera esencia con estratos superpuestos. El sustrato puede ser paleo-africano y general. Atendiendo al alcance geográfico puede ser nilótico y pan-africano. A continuación se estudian algunas de estas divisiones en particular con sus nombres (Petrie, Frankfort, Jesi, Leclant, Muzzolini, Le-Quellec). Se estudia el término *sustrato* y cómo funciona. Las civilizaciones africanas tienen *otra historia*. Hay que relativizar la *dimensión* tiempo para entender la noción de *sustrato*. *The God behind the Mask: Notes on the Human-animal-divine Interface in Egyptian and other African Religions* se titula la colaboración de Terence Du Quesne. El estudio de las máscaras animales representativo de la divinidad correspondiente es merecedor de unas páginas. El uso del rostro de un chacal / otro animal no era metafórico. No hay pruebas hasta el Periodo Ptolemaico, pero se basa en los indicios para probarlo. Hay algún ejemplo de estas máscaras. Se puede llegar a la prehistoria egipcia. Si hay evidencia de la vestimenta de los sacerdotes con piel de leopardo. Un hecho importante es el emblema *-imyut*. Se estudia en particular TP793a-c, 798b-797b, 799b-800 con sus paralelos. Se puede aceptar la ecuación de Hornung: hombre-animal = dios. Es un inicio de investigación. Christopher Ehret colabora con *The African Sources of Egyptian Culture and Language*. La africano del antiguo Egipto. Para el autor la cultura egipcia es fundamentalmente *africana*. Plantea el problema actual. Ha de considerarse la noción de *civilización*. Se acentúa la idea cultural occidental, especialmente en el s. XIX. Se actualiza el tema, sobre todo en lo referente a la lingüística. Se plantea el problema de esta y la historia de África. Es importante la primera para el estudio de la segunda. Ante todo hay que establecer las relaciones genéticas de los idiomas correspondientes. Después se ha de ver la historia de los términos de un área determinada. Deben tenerse en cuenta los afijos que han ido apareciendo y préstamos lingüísticos de un idioma a otro. Hay que echar mano también de la mal llamada *glosocronolgía*. La primera evidencia lingüística es la de que la cultura egipcia procede las áreas del sur de Egipto. Los hablantes de las primitivas lenguas afroasiáticas comprendían un conjunto de pueblos que se extendían desde Nubia al O a la Somalia septentrional al E entre 15000 a 13000 a.C. Unos mil años después estas comunidades afroasiáticas penetraron en Egipto. Trajeron un idioma antecesor del egipcio antiguo e introdujeron costumbres antiquísimas (la circuncisión y probablemente la clitoridectomía). También llegó una nueva religión con estos pueblos. Entre

10000 y 6000 a.C. Egipto sufrió nuevas influencias del Sur. También aparece la *cría* del ganado (no procedente del Oriente Medio). Igualmente el liderazgo segundo procede del Sur. Se puede concluir que *africanos* = negros, los que introdujeron el idioma en Egipto. El antiguo Egipto estaba en África y era africano. Por supuesto que hay elementos del Oriente Medio. Emma González Gil aporta nuevos datos con su trabajo *Sobre la muerte en Egipto y África: creencias, mitos y símbolos*. Trata de la muerte en África y Egipto con una visiónde conjunto. Habla en primer lugar del discurso mítico. El mito pertenece al registro oral. Los mitos *tanáticos* de África pueden ser de dos clases. La escatología negro-africana excluye la extinción del universo. La muerte hace posible una nueva vida. De entre los mitos destaca el del *buen óbito*. Los *mina* lo expresan muy bien. También los nayau, los wabe y los lola y diola. Se trata de una muerte benéfica. El óbito también es el acceso al conocimiento. La tercera parte del trabajo y la más extensa trata del *sentido de la muerte*. No se puede eludir el hecho terrible de la muerte. En el Egipto faraónico tienen gran importancia la placenta y el cordón umbilical. El recién nacido es un difunto para el Más Allá. La muerte es un lazo, una transición del mundo de los vivos al mundo de los muertos. La muerte no es más que apariencia. Lo que denominamos la muerte es una modificación de la armonía vital. Morir es volver al *ka* del mundo. Para los egipcios la muerte era partir hacia el *Camino de dios*. Ferrán Iniesta formula una cuestión *¿Protomodernidad en Kémit?* El autor dice que este breve texto pretende plantear el problema de la modernización del presente por parte de amplios sectores científicos. Tomo como ejemplo Kémit y como corriente universitaria la Escuela de Dakar. Resalta la personalidad del físico e historiador Cheik Anta. Formula una primera cuestión, Kémit, ¿Una visión lineal de la historia? Los seguidores del citado historiador y de la Escuela de Dakar se esfuerzan en probar lo parcial e injusto de la afirmación occidental. El poderoso pensamiento de Kémit fue más que una cosmo-teología fue un conocimiento metaontológico o metaóntico. La modernidad no tuvo su origen en África. Egipto es genuinamente africano. Kémit no fue grande por su modernidad, sino por su saber estar en el mundo de su época. Jean-Loïc Le Quellec se pregunta *Les arts graphiques du Sahara et de l'Égypte ancienne: que comparer?* Una mirada restrospectiva a la escena del *Apolo Agramante* y las explicaciones de Barth y la de Graziosi con los datos que hoy poseemos quedan como testimonio de la investigación. La Quellec advierte que su contribución también es temporal. Quizá nuevos estudios le pondrán en entredicho. Pero vale la pena hacer un esfuerzo para actualizar los conocimientos. En 1876 Duveyrier, citando a Barth sostenía la relación entre los grabados de Messak y Egipto. Flammand en 1921 le siguió. Oric Bates repitió lo mismo. En 1937 Frobenius especialmente los comparó con amuletos de la Dinastía XII. R. Vaufry en 1936 los relacionó con los del geerzense. En 1942 Graziosi, más prudente, no halla más que semejanza en los objetos. Galazzi ese mismo año relaciona las figuras de Awenât con las de Nagada. Paridisi puso los puntos sobre las íes y presentaba la lista de 12 grupos de grabados del Sáhara comprarándolas con los de Egipto. Otros trabajos han seguido al de Paradisi. El más importante es el del General P. Harvard en 1968 y otro en 1980 en colaboración con Leclant. El autor acepta la lista de Paradisi. Analiza cada uno de los elementos (disco o esferoide sobre la cabeza de bueyes y carneros, personajes con la postura de Bes, portadores del estuche del pene, etc), hace una comparación general. Han de seguir estudiándose las relaciones entre los distintos grabados. Estudia un ejemplo de lo que debe hacerse, como el de Messak, comparado con Egipto. La colaboración de José Luis Menéndez Varela lleva por título *La concepción no africana de Egipto en los albores de la historiografía*. Se parte del supuesto de la superioridad de la cultura occidental. El fenómeno hunde sus raíces en la Grecia clásica. Por otro lado está la tesis del influjo africano en Egipto. El autor no toma partido en

la discusión. Comienza con Heródoto. Para este Libia es distinta de Egipto. Para Heródoto lo geográfico queda en segundo plano. Atiende sobre todo a la cultura / civilización. África no reviste una gran importancia en el pensamiento de Heródoto. Este compara Grecia con Egipto, hallando similitudes especialmente entre el Istro y el Nilo. Son grandes los lazos entre ambos países en material cultural. También existen referencias comunes respecto al gobierno y las leyes. Se contraponen tanto Grecia como Egipto a Persia. Guillermo Alonso Meneses nos ofrece *Reflexiones en torno a la etnogénesis y el sustrato cultural africano de las etnias protoafricanas de las Islas Canarias*. Es incuestionable el fenómeno que estudia Alonso. Pero debido a su aislamiento tienen características propias. Son de origen norteafricano y se las denomina *bereberes insulares* o *amazigh insulares*. *Etnias amazigh* son las culturas autóctonas del África del NO. Existe un sustrato cultural antiquísimo. Hay varios argumentos para defender la etnogénesis africana de Canarias (lengua, arte culinario). Pero también hay dificultad a la hora de datar la llegada a las Islas de los primeros pobladores. Tema, aunque ya muy tratado, y sigue interesando, es el de *La circuncisión en el antiguo Egipto*, de Anna Montes. Es práctica actual común a varias etnias de distintas regiones del globo. Para los egipcios no tiene carácter religioso. Era una manifestación cultural de época remota. Las fuentes para su estudio son escasas. La iconografía es fragmentaria. Heródoto es uno de los primeros autores griegos que la menciona. Los papiros que hablan de ella son *pEbers* y el *pHearts*. La representación iconográfica más antigua conocida es la de la mastaba de Anjmahor (Dinastía III). Hay otra representación en la capilla de Amenofis III del templo de Mut. Son difíciles de interpretar. Era un acto festivo. En varias imágenes aparecen adultos circuncidados. Sí hay documentación sobre la circuncisión de los sacerdotes y quizá de los reyes. En Egipto es de tipo higiénico. A continuación Alfred Muzzolini habla de *Les relations entre l Égipte et le Sahara aux temps néolitiques*. Trata de probar el autor que las relaciones entre Egipto y el Sáhara no fueron imposibles. Fueron posibles al comienzo del Holoceno. Se plantea el estado de la cuestión. Es un tema frecuente de investigación ese de las relaciones entre el Sahara y Egipto en el Neolítico. Hace un resumen histórico del problema. Oum Ndigi con *Gb / ḳb / Gbbg / Kobá / Kòbábòbá ou le nom du dieu de la terre et de l'oiseau créateur mythologique chez les Égytiens et les Basaá du Cameroun: Un cas typique du paranté cosmologique* habla de relacionar esos nombres con el dios griego *kronos* y el dios egipcio *gb, gbb3, ḳbb3* y sus variantes. Estudio filológico a través del copto y el nombre del dios y sus derivados y homófonos en egipcio y basaá, con el comentario fonético correspondiente. Demostrada la antigüedad e importancia de la grafía *gbbA*, se pasa a estudiar el nombre del dios, sus derivados y homófonos en egipcio y en basaá, con el comentario fonético subsiguiente, por medio de unos cuadros comparativos. De entre los cuatro nombres basaá de pájaros relacionados con nombres egipcios solamente *kòbákòbá* designa tanto el tiempo como una divinidad. Confronta el autor las opiniones de los diversos investigadores del término (Wilkinson, Montet, Kuente, Lefébure, Vandier). El citado término basaá debió designar un pájaro típicamente africano, como la *pintada* o *dindón* basaá. El sentido etimológico implica la idea de ser y tiempo. Existe también relación entre el pájaro mitológico, el huevo y la creación. Albert Roca Álvarez plantea un problema de actualidad en *Continuidades y discontinuidades en el África antigua: del método y otras miserias*. El autor reabre la brecha de la investigación postmoderna, de la africanidad del antiguo Egipto. La oposición *egiptólogos-africanistas* es evidente. Al final de la colaboración aparece la réplica de Marcelo Mangano al artículo de Albert Roca en cuatro puntos. La última colaboración es la de Helmut Satzinger *Ancient Egyptian in the Context of African Languages*. Inicia su artículo con la cuestión *¿Es el egipcio un idioma africano?* Para su respuesta se vuelve a plantear cuatro nuevas preguntas.

Primeramente se ve que el antiguo egipcio en algunos rasgos no concuerda con el semítico, pero sí con las lenguas africanas. Se estudian a continuación la concordancia entre el egipcio y el swahili a base de tres ejemplos con sus comentarios. Además existen semejanzas entre la oración adverbiales, la construcción progresiva, las *clause conjugations* y las *cleft sentences* con los ejemplos correspondientes. Es un bien comienzo para una serie que promete investigaciones a fondo. Cada uno con su granito de arena irá dando cuerpo a la Egiptología en España.

Felipe SEN

José Mª BLÁZQUEZ, *Dioses, mitos y rituales de los semitas occidentales en la Antigüedad*, Madrid, Ediciones Cristiandad, 2001, 319 pp. + 30 láms. [ISBN:84-7057439-6.].

El libro que el profesor Blázquez nos presenta en esta ocasión se centra en el estudio de los rituales, mitos y divinidades adoradas por los semitas occidentales que desde sus asentamientos en el extremo oriental del Mediterráneo, se expandieron por toda la cuenca, al menos por lo que a los fenicios se refiere, trayendo consigo costumbres y divinidades que enraizaron profundamente en las nacientes sociedades del Mediterráneo occidental.

Divididos en dos grandes grupos (occidentales y orientales) y utilizando diversas lenguas (ugarítica, amorrita, cananea, hebrea, amonita y aramea), los principales estados semitas, por lo que al grupo occidental se refiere se asentaron en las actuales Siria y Líbano (cananeos y fenicios), Israel (hebreos), y Jordania (arameos).

Para el estudio de la religión de los semitas occidentales, J.M. Blázquez utiliza tanto las fuentes literarias llegadas hasta nosotros, como las arqueológicas, y epigráficas (muy exiguas en número), que a pesar se ser estás últimas muy difíciles de interpretar, completan las escasas informaciones escritas que han pervivido. Señala el autor, además, que las fuentes epigráficas son muy poco ilustrativas y que los semitas occidentales frecuentemente utilizaban, para sus documentos, materiales perecederos como el papiro. Se conocen algunas leyes sagradas, tarifas de sacrificios y algunas listas con los gastos de los santuarios o del personal de los templos así como algunas menciones a fiestas o asociaciones religiosas, pero por norma general ninguno de estos documentos aporta datos de excepcional relevancia para el tema. De este panorama que se podría calificar de desolador, es una excepción Ugarit, ciudad que ha proporcionado un conjunto de archivos que nos suministran una rica y variada información sobre ritos y aspectos litúrgicos. En este contexto, continúa J.M. Blázquez, no se puede descartar la importante aportación de la Biblia, los escritos de Heródoto, Polibio, Diodoro Sículo, Estrabón, Plutarco y Plinio el Viejo así las obras de Luciano de Samosata (*Diosa Siria*) y de Filón de Biblos (*Historia Fenicia*) recogida fragmentariamente por Eusebio de Cesarea.

El profesor Blázquez apunta que todo estos nos lleva a poder afirmar que no había una religiosidad común a todos los semitas y que existían claras divergencias en el campo religioso y mitológico entre las diferentes ciudades. A pesar de que los nombres de los dioses se repiten, su importancia varía en cada una de los núcleos urbanos. A pesar de todo ellos si que se pueden encontrar algunas constantes en lo referente a la concepción de la divinidad o en la actitud de los hombres hacia los dioses.

La parte central del estudio comienza con una aproximación a la situación de Siria a comienzos del II milenio a.C., estudiando el panteón de Emar, el de Ebla, el de Mari y más brevemente el de Alalah y los de Qatna y Tekk-Ta'anekh. A continuación pasa a estudiar a los cananeos centrándose en Ugarit, sus mitos, comenzando por el ciclo de Baal (la lucha entre Baal y Yammu, elm Palacio de Baal, la licha entre Baal y Motu); luego el ciclo de la fertilidad (mitemas de Baal y Anatu, y de la Virgen Madre Anatu, junto con otros fragmentos); el ciclo de Ilu (mito de los dioses apuestos y hermosos, las bodas de Yahru y Nikkal, la orgía divina); la mitología y religión de la épica (epopeya de Kirta, epopeya de Aqhatu, los Rapauma); los mitos sirio-cananeos; y, finalmente, la mitología real. El capítulo tercero está dedicado a otras ciudades fenicias comenzando por Biblos, Sidón, Tiro y Sarepta donde estudia las distintas divinidades que recibieron culto en estas lo calidades, como Eshmún, Baal de Sidón, Dagón, Reshef, Shadrapha, Tanit, Paam, Baalat Gubal, Adonis, Baal, Chusur, Sydyk, Misor, Melqart, Baal Malage, Baal Safón, Baal Hamón y Shamash. También estudia el panteón fenicio de algunos lugares de Occidente. Es estudio de la cosmología fenicia de Filón de Biblos recogida por Eusebio de Cesarea es la parte central del siguiente apartado de este capítulo, que se concluye con el estudio de los lugares de culto y la organización de la religión fenicia. Los arameos, tanto su panteón como sus creencias funerarias, son estudiados en el cuarto capítulo, mucho más breve que el anterior. El quinto capítulo, uno de los más extensos, está dedicado al pueblo hebreo, comenzando por las aportaciones que la arqueología hace al conocimiento de la religión de Israel; la monolatría judía; la pluralidad de los nombres divinos; los cultos astrales en Israel; la prohibición de las imágenes; el monoteísmo israelita; la desmitologización de la religión hebrea con los relatos de los orígenes, el paraíso, el diluvio, el matrimonio de los ángeles y la torre de Babel; las huellas de mitos en la *Biblia*, para concluir con el influjo de la religión cananea en la hebrea.

La obra se concluye analizando la religiosidad de Palmira y la de los árabes anteriores al Islam.

Javier CABRERO

C. SAGONA, *The Archaeology of Punic Malta* (Ancient Near Eastern Studies. Supplement series; v. 8), Herent: Peeters, 2002. [ISBN 90-429-0917-X].

Arduo trabajo que ofrece la versión revisada de la Tesis Doctoral realizada por la autora, Claudia Sagona. Básicamente se trata de un catálogo, cronológico y secuencial, de la cerámica púnica (manteniendo el término propuesto por la autora) en la isla de Malta. Aunque la consulta de fuentes ha sido exhaustiva, el conjunto del material, por no decir casi la investigación en exclusiva, se centra en los hallazgos en tumbas.

Evidentemente, no sólo se trata de un mero catálogo, ya que la autora, a través de seis capítulos más uno final de conclusiones, ha elaborado un trabajo en el que inserta el análisis de las piezas en su contexto, historia de la investigación e historia de la propia isla de Malta desde la implantación de población fenicia estable, alrededor del 900 a.n.e., hasta el final de la pervivencia de la cultura púnica en el archipiélago bajo dominación romana, sobre el 200 n.e.

El primer capítulo supone la introducción al estudio (pp. 1-22) con la ubicación geográfica, en pleno centro Mediterráneo, lo cual permitió desde un primer momento su elección como lugar de pobla-

miento en la red de expansión comercial de los fenicios a través de este mar. Someramente se anota una aproximación geológica y climática. Tras ello, se presenta el elenco de textos clásicos que hacen referencia a la isla, lamentablemente consideramos, debido a la calidad de la edición, que se deberían de haber incluido todos los textos en su lengua original así como la traducción de los mismos. No se debería tampoco haber obviado los propios textos fenicios que aunque escasos en número y datos, son la única fuente directa. A partir de este momento se sitúa al lector en la historia de la investigación y en la problemática que de ella se deriva. Dentro de ésta se debe en todo momento considerar que la mayor parte de los hallazgos se han debido no a una investigación sistemática planificada, sino que a medida que el crecimiento de las actuales ciudades se iba generando, salieron a la luz la mayor parte de los datos. Además hay que añadir que «Punic settlements, on the other hand, are poorly known, remaining sealed beneath the magnificent historic cities and towns such as Rabat/Mdina, out of reach to archaeological investigations» (p. 4). Asímismo se insertan breves notas sobre la problemática de la terminología con el fin de describir los periodos. Como ya se ha señalado anteriormente, la autora prefiere el término púnico en contraste con la actividad de la costa levantina oriental. La historia de los descubrimientos es pareja a la ocupación de la isla por las diferentes órdenes religiosas, así como cuando a partir de 1700 los coleccionistas «touched by the age of enlightenment and a fascination for the ancient world, filled their halls with quantities of ancient objects» (p. 5). De ahí la fragmentación a veces en colecciones o incluso la salida de materiales de la propia isla de Malta como regalos diplomáticos. Hay que esperar a la década de 1860 para comenzar a hablar de trabajos de investigación científica. Claramente el lector puede apreciar el denodado esfuerzo que conlleva el trabajo que aquí se nos presenta.

Un segundo capítulo entra de lleno en la periodización del estudio (pp. 23-76). A las cinco fases tradicionales en la investigación, como se refleja en el Museo Arqueológico Nacional de La Valetta (p. 23), la autora opta por una periodización en seis fases (p. 24), cuya primera fase inserta una etapa de primeros contactos que la autora denomina orientalizante junto a una etapa de mayor estabilización del poblamiento de origen fenicio. Será en este periodo de colonización, cuando el torno se inserta dentro del mundo maltés. Respecto a las formas presentadas salta a la vista un cambio en la denominación de los jarros de boca trilobulada por el de «piroform jug»; éstas enlazan perfectamente con el material aparecido en las tumbas del levante oriental, aunque se comienza en la etapa de transición a la segunda fase con un cambio de coloración en las pastas: «Coarse Grey Gritty Ware with pale grey to yellow slip becomes the predominant fabric in Phase II» (p. 51). Esta es una de las tres características de la segunda fase junto a la escasa práctica de la cremación y «the essential equipment of a burial included the jug, lamp, bowl, and urn» (p. 52), en este momento las ánforas no están presentes en las tumbas. Durante la tercera fase se observa una más depurada producción local con una mayor calidad de las pastas. «Although the range of forms is limited, pottery shapes are refined and skillfully wheel-produced» (p. 54). En la transición a la cuarta fase aparecen nuevas formas, la reutilización de tumbas comienza a ser una constante, predominando las inhumaciones con una mayor planificación de las tumbas y una ejecución más rectangular en su pozo y cámara. La cuarta fase se caracteriza por el control cartaginés sobre Malta. «Unfortunately, there are only a few tombs of limited use which can be assigned to Phase IV» (p. 64), desapareciendo del repertorio «the tall, wide neck and trefoil mouth jugs, once popular in Phase III», los pequeños vasos, sobre todo ungüentarios y el desarrollo de ánforas locales, indican una actividad industrial en la isla a raíz del envase de productos derivados de la

agricultura o la producción textil (probablemente tintes). La etapa de transición a la quinta fase se observa el empleo de contenedores como ataúdes para enterramientos de niños; éstos se hallan dentro de los cementerios junto a adultos, el escaso número hasta el momento no tiene por qué sugerir, como indica la autora, la existencia de uno o más *tofet*, ya que, como señala, la presencia de dos estelas de sacrificio *molk* aparecidas en Rabat en la década de 1800 confirma esta existencia que se debe recalcar solo alberga los restos incinerados de niños de corta edad. Evidentemente la investigación italiana en los últimos tiempos ha confundido esta presencia de niños inhumados en cementerios con su afán de establecer a toda costa el *tofet* como un cementerio infantil. La quinta fase continúan las formas de tradición púnica. «Toward the end of Phase V, bright, red-slipped Roman-Punic wares increase and by Phase VI, they predominate in the tomb furniture» (p. 72). La masiva presencia de ánforas importadas desde la fase cuarta es un perfecto indicador de la red comercial entre los diversos centros del Mediterráneo. Por último, la fase sexta presenta una profusión de pequeños cuencos y copas debidas a una producción local. La reutilización de tumbas es más que evidente, continuando la costumbre de inhumar a niños en contenedores. Se debe añadir la importación de cerámica aretina. Los restos de personas de cultura púnica llegan incluso a ser latentes en las catacumbas (p. 76). Estas tres últimas fases, con la caída de la isla en el 218 a.n.e., se insertan dentro de la ocupación romana.

El tercer capítulo muestra propiamente el repertorio de la cerámica púnica de Malta (pp. 73-236). Un previo catálogo de la materia prima para la elaboración de la cerámica, es decir, las diferentes arcillas, permite al lector aproximarse a una visión no solo del lugar de hallazgo sino a una posible ubicación de los centros de producción. Su presentación se establece según la etapa de desarrollo de la misma, basándose en la periodización propuesta por la autora. Las categorías para la elaboración de la tipología se basan en formas cerradas, formas abiertas y el resto de formas particulares que por su singularidad merecen una clasificación aparte (tapaderas, incensiarios, braseros, cerámica de cocina, pies o soportes y lámparas). Las variaciones se han encasillado en la medida que es posible dentro de las fases que vienen expuestas en números romanos (puesto que la evolución es sincrónica), mientras que las diversas variantes en números árabes. Las descripciones de color siguen los códigos del *Munsell Soil Color Charts*.

Dentro del cuarto capítulo se analiza el lugar de los hallazgos, es decir, los tipos y desarrollo de las tumbas (pp. 237-264). Como se ha mencionado, a partir de la tercera fase las tumbas se estandarizan haciéndose más rectangular el pozo y la cámara. La reutilización de éstas en fases más tardías algunas veces ha complicado la investigación establecida por la autora que presenta unas 502 tumbas, clasificando unas 583 cámaras. Las diversas clasificaciones que los investigadores han establecido son recogidas, así el esquema de Bellanti (tabla 2, p. 241) o el de Zammit (tabla 3, p. 242), presentando C. Sagona una nueva clasificación de diez tipos con sus diferentes variantes (tabla 4, p. 242). Aparte de la estructura de los lugares de enterramiento, se muestran otros elementos complementarios. Así los monumentos en piedra, sobre todo estelas y cipos, cuya mención no va seguida de un análisis de los textos que en alguna ocasión portan, como las halladas las paredes del pozo de la tumba de Hannibal. También los elementos de cierre de las tumbas, a pesar de que la mayor parte de ellas se encontraron abiertas. Y por último los sarcófagos que pueden ser de madera, terracota, piedra, plomo o los propios contenedores cerámicos que, como ya habrá apreciado el lector, suelen contener los restos de niños.

La distribución geográfica de las tumbas, la planificación territorial y las estimaciones sobre la población caracterizan el estudio del capítulo quinto (pp. 265-280). La ubicación del poblamiento y su

estudio se complica con la reutilización del terreno por posteriores poblaciones. Un dato de interés es la presencia de tumbas no en zonas de gran poblamiento sino en zonas de explotación claramente rural (observación ya apuntada por P. Vidal, *La Isla de Malta en Epoca Fenicia y* Púnica, BAR Int. Series 653, 1996, pp. 92-94) que confirma el panorama de la propia Cartago con su hintherland o el de explotaciones agrícolas en la isla de Ibiza. Otro de los factores que se insertan es la posible presencia de vías de comunicación. Actualmente se considera que el universo púnico pudo contar con vías de comunicación estables en el sentido de las vías romanas. Estas seguirían las rutas ya trazadas en tiempos prehistóricos y se enriquecerían con la ubicación de nuevos asentamientos de explotación rural. A ello se debe de añadir los puertos o zonas de fondeadero. Otros restos arquitectónicos del archipiélago vienen establecidos por su carácter sagrado. De ahí los templos con especial mención a Ras il-Wardija, Gozo, o Tas Silg; nuevamente se debe considerar la presencia de un *tofet* o la conexión de los lugares sagrados con fuentes o pozos. Un hallazgo en Rabat en el año 1950 nos aporta un área de cremación. Respecto a la estimación de la población se considera que entre los siglos VIII y VII a.n.e. la isla vió incrementada su tamaño por el aporte de elementos poblacionales procedentes del Próximo Oriente. Un dato histórico se somete a la consideración del lector, aquel de la cifra de 12.000 habitantes en el año 1525.

El último capítulo recoge el resto de hallazgos aparecidos en las tumbas (pp. 281-291). Su análisis no sólo nos permite un estudio de la jerarquía social de los individuos, cuyo bagaje familiar se puede deducir de los datos hasta ahora aportados, la reutilización de lugares de enterramiento puede estar ligada a grupos familiares, cuestión explícitamente señalada en las conclusiones del estudio a pesar de la escasez de estudios paleopatológicos que permitirían esclarecer esta y otras hipótesis de trabajo. Además permite un estudio con otras áreas del Mediterráneo con presencia fenicia así como la identificación cultural a un grupo poblacional. Joyería, monedas, vasijas de piedra e incensiarios, figurillas y máscaras, objetos de cristal, hueso y marfil, artefactos de metal y otros objetos como pequeños guijarros o la presencia de suelos forman parte de este universo al que se añaden las inscripciones aparecidas en contextos funerarios.

Tras unas someras conclusiones donde se indica que el estudio presenta una primera fase que deja abierta la investigación (pp. 293-294), la bibliografía utilizada por la autora (pp. 295-318) y la magistral presentación de las figuras, un total de 349, en las que se presentan fotos y diseños antiguos junto a nuevos dibujos y fotografías que permiten al lector corroborar el exhaustivo trabajo del catálogo presentado, y 13 mapas donde solo se inserta un topográfico de una población, aquel de Rabat y Mdina (pp. 319-682) [las descripciones o leyendas de las figuras se presentan en las siguientes páginas 683-743]; se insertan dos apéndices uno en relación al número de enterramientos según la periodización de fases establecida (apéndice 1, pp. 745-747), se echa de menos en el texto anterior unas consideraciones sobre el ritual de enterramiento, otro en relación a los lugares de los hallazgos de éstos listados alfabéticamente y presentados junto a la fecha de su descubrimientos (apéndice 2, pp. 747-756).

Finalmente se inserta un Gazetter, en concreto, un listado de las tumbas púnicas halladas en el archipiélago maltés, con toda la información disponible de dichas tumbas y su contenido. La información se presenta listada alfabéticamente por el topónimo del lugar del hallazgo, y por los siguientes campos: *Found* (fecha del descubrimiento, excavación o registro de entrada en el Museo), *Location* (descripción de la localización), *References* (documentación), *Illustrations* (fotografías, planos y figuras, tanto de la tumba como del contenido), *Discovery* (en que circunstancias se halló la tumba), *Investiga-*

tors/Informants (tanto los descubridores, como el personal de excavación o de museos, incluso los propietarios), *Preservation* (no sólo el estado de la tumba sino también de sus contenidos), *Tomb* (tipología) con mención a la orientación, el material en que se ha ejecutado la tumba, plano y dimensiones del acceso, cerramiento de la tumba, entrada, cámara, elementos característicos (nichos, hoyos, zanjas, así como esculturas e inscripciones), contenido, datación y otros comentarios. En total 761 registros de tumbas (pp. 757-1149), cuya presentación en papel es de agradecer, pero que podría haber sido incluido en un soporte electrónico que hubiera descargado el volumen de la edición, haciendo incluso más manejable la misma. Además se podría en este caso haber añadido una presentación a través de tablas comparativas.

Por último, un índice general permite al futuro lector, facilitar su trabajo en futuras investigaciones cuando inevitablemente, y más en concreto para el análisis de las formas cerámicas o de las formas de enterramiento, se deba adentrar no solo en la temática referente al área geográfica del archipiélago maltés, sino al universo del mundo fenicio-púnico.

No se puede más que felicitar a C. Sagona por su inestimable trabajo, así como al editor por apostar por un trabajo casi con seguridad expuesto a la crítica pero útil para la investigación. Solo resta apuntar a la cuidada edición algún detalle insignificante, pero que debido a la indiosincrasia del que escribe, castellano parlante, merece la pena incidir, y es la falta del uso de la letra ñ (véase en el texto Almunécar por Almuñécar).

Luis Alberto RUIZ CABRERO
Universidad Complutense de Madrid

Pablo A. TORIJANO, *Solomon the Esoteric King. From King to Magus, Development of a Tradition*, Leiden-Boston-Köln, Brill, 2002, 333 pp. [ISBN: 90-04-11941-8].

La prestigiosa casa editorial Brill, tan atenta siempre a los estudios religiosos relativos a épocas pretéritas, nos presenta ahora una obra verdaderamente importante en el volumen 73 de la serie «Supplements to the Journal for the Study of Judaism».

Resulta verdaderamente gozoso ver cómo los estudios e investigaciones hechas por españoles van teniendo puertas abiertas en los mejores foros científicos. Al resultado extraordinario de este libro han contribuido no poco los maestros del Dr. Pablo A. Torijano, en primer lugar por su formación en la Universidad Complutense de la mano del profesor Julio Trebolle, completada posteriormente en la Universidad de Nueva York, al lado de agregios *curatores* y amigos que han conducido al investigador y a su obra (resultado de su Tesis Doctoral) hasta feliz puerto.

.... Quienes nos hemos interesado en algún momento por el mundo de la magia en la Antigüedad tenemos aquí una obra de referencia ineludible, aun cuando sabemos que el contenido de este libro, que sus señas de identidad, sus fuentes y su «espíritu», son inequívocamente «judíos», y sólo judíos.

Uno de los grandes logros de esta investigación ha sido presentarnos todo el *corpus* textual esotérico y mágico relativo a Salomón con tal coherencia que el retrato que se obtiene tras examinarel conjunto, tras acabar de leer el libro, es que Salomón, *merito proprio*, se convierte en paradigma del «mago judío». Y esto no se había hecho hasta ahora, o al menos no se había hecho con tanta amplitud de

miras. Torijano no se limita a presentarnos acumulativamente textos relativos a Salomón (a su «sabiduría» y/o a sus conocimientos y dominios, siempre sutiles, de los arcanos) sino que se ocupa en mostrarnos la evolución —a lo largo del tiempo y a través de los documentos— de la idea que los demás tenían de Salomón, primero como rey, luego como rey-exorcista o astrólogo, y finalmente mago-rey. Lo que se nos muestra, por tanto, es la *transición* de rey a mago en la literatura judía (principalmente) desde *1 Reyes* hasta los prolijos textos mágicos de la Antigüedad tardía, cuya corola constiyen dos fuentes fundamentales: por un lado, el *Sepher ha-Razim* o *Libro de los Misterios* (aquí estudiados en pp. 198-208), obra del siglo IV d.C., y por otro, la *Hygromanteia de Salomon*, un tratado mágico astrológico, o de astrología mágica, que la tradición pseudoepigráfica atribuye el propio rey sabio. Torijano demuestra un cariño especial por este escrito (del que ya ha publicado una edición en español, de fácil acceso: «La *Hygromanteia* de Salomón», *Ilu*, 4, 1999, pp. 347-369), y al que ahora presta atención en el hilo conductor (y también conductivo) de su discurso, como una prolongación o complemento «del espíritu mágico» del *Sepher ha-Razim* (pp. 209-222). Pero el autor nos da, además de la versión moderna de la *Hygromanteia* (apéndice 1, pp. 231-253), una sinopsis de esta obra en cuatro manuscritos griegos (el *Monacensis* 70, el *Harleianus* 5596, el *Parisinus* 2419, y el *Ath. Dyon.* 282; ver al respecto apéndice 2, pp. 254-309), para concluir el aparato documental con la edición del texto bilingüe del «*Selenodromion* de David y Salomón» (pp. 310-315), un texto interesantísimo relativo a las predicciones basadas en el movimiento de la Luna, al que antes había dedicado sustanciosas páginas de análisis y de exégesis a propósito de la maestría de Salomón como astrólogo (pp. 198-190).

El libro se ordena en nueve secciones o capítulos, que, tras el primero de introducción radriografían bien el recorrido temático que hace el investigador en estudio de su personaje. Dos de estos capítulos (a los que habría que sumar los apéndices I, II y III), están dedicados al estudio de la tradición literaria más antigua (cap. II), en la biblia hebrea, esto es, *Reyes, Crónicas, Salmos, Proverbios, Qohelet y Cantar de los Cantares*; completándose, en el cap. III, con los testimonios de la literatura rabínica del Segundo Templo (*LXX. Ben Sira*, en las *Antigüedades* de Flavio Josefo, y en Eupolemo). Los capítulos siguientes no tienen como finalidad analizar los textos alusivos a Salomón sino el estudio de distintos aspectos «magicos» de Salomón a través de los documentos, principalemte textos literarios (sólo se ahonda en aspectos iconográficos en el cap. VII dedicado a Salomón-jinete; y parcialmente en el cap. VI con el estudio de algunos amuletos judíos y cristianos con la fórmula «Hijo de David» para referirse a Salomón). Este despliegue de capítulos centrales, sumados a los primeros de fuentes «tradicionales», nos dan una imagen completa y poliédrica de Salomón, en los siguientes aspectos: Salomón exorcista (cap. IV, con el estudio de la interesantísima fórmula «Quién eres tú?»); Salomón y la ciencia hermética (cap. V); Salomón «Hijo de David» (recorrido de amplio espectro que va desde el estudio del Salmo 17 hasta el apócrifo veterotestamentario llamado *Testamento de Salomón*); Salomón astrólogo (cap. VIII); y finalmente Salomón mago (cap. IX).

El manejo de las fuentes alusivas a Salomón hebreas y greco-hebreas es minucioso, y la bibliografía es abundante y bien traida a los pies de páginas, no sólo como simple referencia sino, casi siempre, con indicación de su contenido que completa, matiza o disiente del discurso principal.

Hay que destacar el hecho de que muchos de estos textos «salomónicos», atribuidos al rey sabio o relativos a su ciencia, se nos hayan transmititido en griego, que es la lengua que vehicula en la Antigüedad la mayoría de los textos mágicos. El hecho reviste importancia, pues significa que el acervo mágico hebreo era conocido por los magos, exorcistas o embaucadores que, por ejemplo, escribieron

sus recetas terribles en los papiros mágicos griegos. Es más, la lengua griega vulgar que utilizan estos magos está frecuentemente corrompida por fonemas o trasliteraciones del la lengua hebrea, y es frecuente encontrarse en los papiros griegos de magia nombres de profetas y patriarcas bíblicos (Elías, Jacob, Abraham, Moisés), y por supuesto el mismo Salomón, como sabios teúrgos o, más aún, como démones. Esta casuística puede hacerse extensiva al mundo «mágico» de los amuletos y a los grabados sobre piedras duras semipreciosas, donde no faltan alusiones a entidades o potencias mágicas de cuño hebreo para librar al portador del objeto de todo mal. Basta en enste sentido recordar los textos de la sección llamada de los «Siete Firmamentos» de la obra antes citada *Sepher ha-Razim*.

Por éstas y otras razones este libro interesa no sólo a los hebraístas y a los estudiosos de la heterodoxia judía, sino también a todo aquel interesado en el estudio de la religiosidad popular y el mundo de la magia en el mundo antiguo. Y del mismo modo, proyectado en el tiempo más cercano a nosotros, la sabiduría salomónica perduró muchos siglos; ejemplo de ello es el popular tratado mágico que circulaba desde la Edad Media con el nombre de *Clavicula Salomonis*, que no es sino una *versio, quasi interpretatio*, de la *Hygromanteia*.

Los estudios sobre la magia en la Antigüedad sigue creciendo a ritmo fuerte y sostenido; y son frecuentes las perpepciones inter-religiosas o inter-culturales de la magia y de los exorcismos, donde no hay grandes diferencias de técnicas, de fórmulas o de contenidos en las tres grandes corrientes religiosas del mundo de la Antigüedad tardía, esto es, el paganismo greco-romano, el judaísmo y el cristianismo (compárense a modo de ejemplo los trabajos de N. Janowitz titulados, respectivamente, «Greco-roman, christian and jewish concepts of magic», y «Daimons and angels and the world of exorcism», en su libro *Magic in the Roman World. Pagans, Jews and Christians*, 2001).

El estudio de la magia y de las creencias populares es, pues, un trabajo «en progreso», casi diría yo «de moda», y libros como el presente demuestran que ese avance no es únicamente «acumulación» sino multiplicación en el abanico de perspectivas susceptibles de estudiar el fenómeno complejísimo de la magia, ya sea a través de los textos judíos (como en este libro de Torijano), y de los papiros griegos, de la epigrafía (gemas, *tabellae defixionum* y *lamellae*) o de los textos literarios latinos y coptos. Invitamos cordialmente al autor a que, con el mismo rigor científico y con la misma santa paciencia del investigador minucioso, se adentre en los testimonios y fuentes griegas paganas, y las coptas, tan importantes, relativas a la figura de Salomón, y que, al cabo de algún tiempo nos regale otro libro que, como éste, «saque a la luz» a los protagonistas y a los artificieros de los ámbitos de las sombras del espíritu humano, a los actores que transitaron, y quizás transitan todavía, por las vías de «la otra religión».

Quiero felicitar al autor por su trabajo, que he leído con pasión, y deseo, como un humilde tributo e intercambio por tan buenos ratos de lectura, mandarle esta «postal» con el texto de un cuentecillo copto titulado SALOMÓN Y DE LA REINA DE SABA, que dice así:

[El rey Salomón] tomó después [una copa de] vino en la mano y la pasó [a la reina de Saba echando en ella] su anillo, pues [la reina] le había dicho [un día]: «Beberé una copa de vino de tu mano, me humillaré ante ti..... En mi país hay una columna, ¡oh, Salomón!, señor de reyes: si tú envías a buscarla y si la haces transportar aquí, te será útil en tu palacio!»

[Cuando la reina de Saba hubo bebido, el rey Salomón gritó:] «¡Reuníos en mi casa todos los demonios que estáis bajo mi poder! [¿Cuánto tiempo necesitáis para traerme] la columna?»

El primer demonio respondió: «Yo te la traeré esta noche».

El segundo dijo: «Yo te la traeré en una hora».

El tercero, que no tenía más que la mitad [del cuerpo], dijo a Salomón: «Yo te traeré la columna [en el intervalo entre] dos de tus respiraciones».

De hecho, la palabra [que iba a decir] estaba todavía en la boca de Salomón, y el demonio, que no tenía más que la mitad [del cuerpo], se encontraba ya de vuelta; la columna estaba sobre su ala, se volvía de un lado a otro como..... Toda la ciencia terrestre está escrita en esta columna: se encuentra en ella inscrito [el curso] del sol y [de la luna]...

Sabino PEREA YÉBENES
Universidad de Murcia

S. RIBICHINI - M. ROCCHI - P. XELLA (eds.), *La questione delle influenze vicino-orientali sulla religione greca: Stato degli studi e prospettive della ricerca. Atti del colloquio internazionale, Roma, 20-22 maggio 1999*, Roma, Consiglio Nazionale delle Ricerche, 2001. [ISBN 88-8080-023-X].

Monografía que recoge casi la totalidad de los trabajos presentados al Coloquio Internazional organizado en 1999 por el Istituto per la Civiltà Fenicia e Punica «Sabatino Moscati» y por el Istituto per gli Studi Micenei ed Egeo-Anatolici, ambos pertenecientes al Consiglio Nazionale delle Ricerche. De los presentes, veinte están escritos en lengua italiana, seis en lengua francesa y tres en lengua inglesa. Ya en la portada que ofrece la edición se elige como imagen un cilindro sello hallado en el palacio micénico de Tebas, s. XIV-XIII a.n.e., con figuras de divinidades y escritura hititas, hecho en lapislázuli. Evidentemente, parte de la asociación y adquisición de mitos y rituales del Próximo Oriente debió de establecerse vía Anatolia, cuna de gran parte de la civilización griega, aunque no se debe olvidar, que a pesar de la animadversión que nos presenta las fuentes griegas hacia el mundo oriental, sobre todo fenicios y cartagineses mantuvieron un estrecho contacto con el mundo griego a través de barrios en las ciudades griegas y viceversa.

A ello se debe añadir, como bien hacen los editores en el prefacio, que «in passato, correnti culturali legate a specifici momenti storici e a posizioni ideologiche spesso preconcette hanno condizionato la valutazione dei rapporti tra Vicino Oriente antico e civiltà greca», aunque no se debe aseverar que en la actualidad halla una «valutazzione storica più equilibrata», pues evidentemente los avances científicos han progresado, pero ello es debido a la diversidad de enfoques y a la confrontación de los mismos entre autores tan dispares como M. Astour, M. Bernal, E.W. Said, W. Burkert y M.L. West citados por los editores.

Evidentemente y como se nos señala en el prefacio, «il ruolo che svolsero in tale fenomeno l'area sirio-palestinese e la civiltà ivi fiorie» junto a la documentación de Anatolia y la propiamente de Asiria es importante para el primer milenio a.n.e. aunque es diversa la realidad en el segundo milenio con la civilización micénica génesis, o parte, de la cultura griega, de ahí que la primera reflesión presentada a cargo de Walter Burkert (La religione greca all'ombra dell'Oriente: i livelli dei contatti e degli influssi, pp. 21-30) incida en el estudio de los descubrimientos y la historiografía, que evidencian estas dos realidades no solo cronológicas, sino que además llama la atención sobre la resistencia de los estudios clásicos a tomar parte de las nuevas prospectivas orientales, y de la importancia del paso de las influencias a dos niveles: el mito y las prácticas rituales.

Nota Korou (The Sacred Tree in Greek Art. Mycenean versus Near Eastern Traditions, pp. 31-53) hace una lectura iconográfica del árbol sagrado cuyas primeras representaciones aparecen en Mesopotamia desde el IV y III milenio a.n.e: con el dios sentado o el monarca, pasando en el II milenio al arte del Próximo Oriente: con el árbol en el centro flanqueado por figuras humanas (árbol sagrado) o por animales o monstruos (árbol de la vida). A éstas añade la representación del altar (bamah) y el árbol (ashera), a cuyo rol retorna el autor en Chipre con el culto de «the old Nature Goddess» cuya ejemplarización creemos se trate más bien, en cuanto a Ashera, a un culto a la diosa madre, aunque un objeto de madera próximo a un altar, según desprendemos de las lecturas bíblicas, podría caracterizar o no una diosa, pero lo que es evidente que un árbol jamás es un divinidad *in se*. A ello añade la tradición egea del mundo minoico-micénico, es decir, el II milenio a.n.e., donde el árbol es asociado a la diosa de la naturaleza, la cual influye en la posterior concepción del mismo en Grecia y en Chipre; durante la Edad del Bronce, en la religión popular, el culto al árbol sobrevive. Como bien se nos presenta está el hiato que supone la denominada Edad Oscura, sin embargo, el autor señala en este espacio temporal el motivo decorativo del árbol con pájaro y figura humana.

Maria Rosario Belgiorno (What is the Link between Ammon and the Golden Fleece?, pp. 55-65) presenta a Ammon como el dios del oro cuyo símbolo era el carnero, y sitúa al vellocino de oro no en la Cólquida sino en Egipto. Evidentemente no habría que esperar como se nos sugiere a la Edad del Bronce para la realización de objetos en oro y cobre, puesto que esta tarea ya había sido iniciada en el Calcolítico, ni hasta el momento se puede hablar de un vínculo entre el carnero y la metalurgia, a pesar de poder usarse la piel de este animal en la extracción fluvial del metal. Sin embargo una duda asalta al lector respecto a la génesis del mito y a los sistemas de extracción que se nos indican, ya que dichas técnicas resultan un tanto arcaicas para Egipto en ese momento, y las fuentes de riqueza, en concreto el oro, como se señala, proceden de Nubia o de la zona de Ofir. Además, se debe nuevamente señalar la Cólquida como elemento innato al mito, cuya proximidad a las fuentes de riqueza son obviadas. Curiosa es la asociación del fósil de Ammonites con los auríferos de Nubia, cuya vinculación a la deidad vendría dada por el término latino médico Cornu Ammonis de Bruguière en un parecido entre el fósil y los cuernos de Júpiter Ammon.

Francesco Adorno, Silvia Maria Chiodi y Giovanni Pettinato (Lo studio del cielo tra scienza e religione ovvero la trasmissione delle credenze mesopotamiche nel mondo greco, pp. 67-85) ofrecen un interesente trabajo multidisciplinar que nos plantea en ocasiones más preguntas que respuestas, pero que evidencia la transmisión de los conceptos y leyes cosmológicas, astronómicas y astrológicas de la zona mesopotámica a Grecia.

En el plano de la medición del tiempo, Antonio Panaino (Riflessioni sul concetto di Anno Cosmico, pp. 87-101), presenta «l'idea di un grande periodo» que pueda ayudar a la estructuración temporal del mundo basando su estudio en la concepción griega, hindú y persa, con una serie de conexiones entre ellas que probablemente hayan también tenido «in ultima istanzia un'origine babilonese». El punto de inflexión de la transmisión queda establecido en Irán.

Sergio Ribichini («Fascino» dall'Oriente e prime lezioni di magia, pp. 103-115) rastrea las fuentes clásicas en busca del origen oriental de la magia y los magos. Comenzando con el texto de Plinio el Viejo, *Historia Naturalis* XXX, 2, 8-9, pone en relieve a Zoroastro como artífice del aprendizaje de los griegos de la magia. No obstante, en las fuentes, también se evidencia asímismo Egipto como origen de las tradiciones mágicas a través del Mediterráneo occidental. Como señala el autor estas tradiciones

mágicas no pueden ser separadas de un sistema de conocimiento que encierra la medicina, la astronomía... con evidentes paralelos en los textos mesopotámicos. En conclusión: «Il mago-scongiuratore, insomma, rientrava in quei *patterns* di mobilità di artigiani specializzati, individuati nel Vicino Oriente antico dalla fine dell'Età del Bronzo al periodo persiano» (p. 114).

Uno de los aspectos común al panteón religioso del Mediterráneo, aquel de la Diosa Madre, es tratado por Philippe Borgeaud (Itinéraires proche-orientaux de la Mère, pp. 113-127). Según se desprende de la lectura, el concepto de madre de los dioses en la Atenas del siglo V a.n.e. vendría vía Frigia (Anatolia). Uno de los aspectos analizados a raíz del culto a Cibeles es aquel de la función de los galli, es decir, los sacerdotes castrados. Con evidentes paralelos en el Próximo Oriente (assinu, galatur, kurgarru), es difícil saber, si nos centramos en mundos como el asirio, su posible carácter afeminado, ya que su función en el culto de Inanna/Ishtar era el de meros músicos y cantores.

En relación a la mitología y, concretamente, la divinización de las montañas centra su exposición Maria Rocchi (I «Monti grandi» e il Parnassos, pp. 129-140). Partiendo de la teogonía de Hesiodo y su mención a los Ουρεα μακραῶ, observa el motivo religioso de las grandes montañas en relación con el Parnaso y los materiales anatólicos. Pero no se debe considerar solo la relación cielo-tierra o las narraciones mitológicas que se suceden en estos lugares, sino que si atendemos a las «connotazioni» orientali» que la autora ve como parte de la tradición griega hay que reflexionar sobre otros papeles como son la cuestión de la atracción de la lluvia o la referencia visual que suponían las elevaciones para los derroteros marinos.

Las siguientes contribuciones versan sobre uno de los paralelos entre divinidades como queda presente en el mito y culto de los Cabiros. Primero Domenico Musti (Aspetti della religione dei Cabiri, pp. 141-154) ya advierte en las primeras líneas de su texto los numerosos problemas que conlleva este estudio. Conexiona el nombre de estas divinidades con la raíz semítica kbr que significa grande, así como su prenetración y difusión geográfica de Asia hacia Grecia parecen ratificar según el autor su carácter oriental. No es descartable esta opción, ya que a pesar del análisis de textos griegos que hace el autor, no se debe olvidar que uno de los paralelos religiosos viene de la mano de una de las fuentes para la religión fenicia Philo de Biblo, recogido por Eusebio de Cesarea, *Praeparatio evangelica* 10, 38 al mencionar a los Cabiros como los siete hijos de Sydik. Tras él, Manuela Mari (Gli studi del santuario e i culti di Samotracia: prospettive e problemi, pp. 155-167) incide en la conexión existente entre los Cabiros y los Megáloi Theoí en el contexto de Samotracia. Como se señala hay un problema entre las dédicas y las inscripciones votivas del santuario y la ascripción de éste a los Cabiros por Heródoto y otros autores. Tras un exhaustivo análisis de los trabajos y memorias de excavación del santuario de los Grandes Dioses de Samotracia concluye que la funcionalidad del mismo «è, inoltre parole, un tentativo di sottrarre al Peloponneso e alla Grecia centrale il monopolio secolare dei centri di culti panellenici» (p. 165).

Otra divinidad, Afrodita, centra la investigación de Vinciane Pirenne-Delforge (La genèse de l'Aphrodite grecque: le «dossier crétois», pp. 169-187). La autora revisa el material textual e iconográfico en relación al estatus y génesis de Afrodita en Creta así como su rol de carácter sexual en Chipre, Creta y el Próximo Oriente.

Pietro Vannicelli toma la historia de los sucesores de Heracles presentada por Heródoto en su libro I en relación a la historia de Asia (Erodoto e gli Eraclidi d'Asia (nota di commento a Hdt. I 7, pp. 189-194) centrando la atención en la peculiaridad del nexo genealógico de Nino hijo de Belo. Por su parte,

la figura de Heracles en Grecia y sus modelos orientales se analizan en el trabajo de Colette Jourdain-Annequin y Corinne Bonnet (Images et fonctions d'Héracles: les modèles orientaux et leurs interprétations, pp. 195-223). La elaboración del tipo iconográfico, cuyo modelo Melqart ha sido ampliamente estudiado por Bonnet, incide en el aspecto de la asociación de Heracles con una diosa reflejada en el modelo oriental del monarca divinizado a través de los poderes femeninos en el rito hierogámico. El mito de la apoteosis de Heracles es utilizada por las elites aristocráticas griegas y, por ende, de los tiranos, como modelo de la ascensión social.

Los paralelos entre la religión y la literatura griega y la anatólica y mesopotámica, son propuestos por Patrick Marchetti (Eléments orientaux dans la religion argienne. Pour un essai d'évaluation, pp. 225-234). Los siete contra Tebas y la Epopeya de Erra, los danaidas y la historia hitita de la Ciudad de Zalpa, llevan a concluir al autor que «l'apport indo-européen s'est lentement métamorphosé au contact de l'Orient», aunque «en Grèce les transformations ont été moins brutales, apparemment, que chez les Hittites» (p. 233).

Las asociaciones religiosas y la existencia de festivales cultuales de los emigrantes orientales en el mundo griego, es presentado por Marie-Françoise Baslez (Entre traditions nationales et intégration: les associations sémitiques du monde grec, pp.235-247). Nuevamente se vuelve a poner en relieve la integración de comunidades de origen semita en las ciudades griegas, cuya funcionalidad gira en torno a su cohesión religiosa. Se echa de menos ahondar la incidencia de estas comunidades como elemento económico ligadas intrínsecamente a las capillas y santuarios no tanto intramuros de la ciudad sino en la zona portuaria.

Mayor problema representa rastrear los motivos orientales dentro de las tragedias griegas, análisis que efectúa Anna Maria Gloria Capomacchia (Motivi orientali nel tragico greco, pp. 249-253). Evidentemente la mayor parte de información queda restringida al plano sagrado que difícilmente se halla en el plano del teatro griego en el que «la *polis* ateniese ribadiva periodicamente i propri valori culturali e politici nel contesto sacrale delle feste di Dionysos» (p. 249), quedando la referencia oriental a un plano mítico, la mayor parte de las veces a simple nivel geográfico, como lugar donde no reina el mundo lógico.

Uno de los aspectos de las genealogías de los héroes griegos, aquel de la presencia de héroes orientales como Cadmos y Danaos, es el tema de investigación de Carlo Brillante (Eroi orientali nelle genealogie greche, pp. 255-279). Dos esferas se observan, una actuación entre los orígenes y el momento de conclusión del proceso de helenismo, en el que la acción se centra en la fertilidad y prosperidad del suelo a través del matrimonio, como es el caso de Danaos, o bien como héroe fundador, Cadmos, quien introduce algunas funciones religiosas, sociales y políticas de nuevo cuño. Evidentemente, la sucesión se hace por vía del elemento femenino autóctono, marcando la debilidad y provisionalidad de estos personajes en el proceso de formación de la región o la ciudad.

Paolo Merlo y Paolo Xella (Da Erwin Rohde ai Rapiuma ugaritici: antecedenti vicino-orientali degli eroi greci?, pp. 281-297) partiendo del mito ugarítico de Aqhatu y Danilu, y en concreto la figura de los rapiuma, se adentran primero en una revisión de los textos aportando una serie de conclusiones en referencia al carácter de los rapiuma (p. 287) que sirven de puente para enlazar con el tema del culto a los héroes griegos. No se puede negar el germen que «le tradizioni siriane della fine del Bronzo offrono un aiuto decisivo per mettere a fuoco modalità probabili dell'evoluzione di un fenomeno, il culto eroico, che costituisce uno dei tratti più imponenti e significativi della religione greca» (p. 292), cla-

ro que una duda queda a este lector y es el problema de la divinización del héroe en la cultura griega que no aparece entre los héroes del Próximo Oriente. En la línea del culto a los héroes, Amalia Margherita Cirio (Nuovi dati sul culto degli eroi: una interpretazione di Alceo, 140 V, pp. 299-305) enfoca la vertiente a través de un fragmento lírico, que presenta el semblante del héroe en un ambiente sagrado cuyas pertenencias, la panoplia del guerrero, eran un don votivo común.

Acerca de uno de las constantes de la historia de la religión, el inframundo, realiza su aportación Wolfgang Röllig (Myths about the Netherworld in the Ancient Near East and their Counterparts in the Greek Religion, pp.307-314). Como señala el autor el material literario durante los últimos treinta años procedente del Próximo Oriente ha hecho replantearse a los historiadores del mundo clásico nuevos elementos de comparación, cambiando su inicial creencia de una «original creation of the inhabitants of the Greek *poleis*, it is now accepted that foreign influences have been a constituent part of Greek civilization since Minoan and Mycenaean time» (p. 307). Tras una presentación de los mitos del inframundo en el mundo oriental, y un aproximación del mismo en la Odisea (debemos mencionar en este sentido el trabajo de J. Cors i Meya, El viatge al món dels morts en l'Odissea: Anàlisi interpretativa i antecedents orientals, Bellaterra; Barcelona 1984), llega a plantear seis comentarios metodológicos (pp. 312-314).

Aunando la investigación sobre los textos clásicos y los datos arqueológicos María-Cruz Marín Ceballos (Les contacts entre Phéniciens et Grecs dans le territoire de Gadir et leur formulation religieuse: Histoire et Mythe, pp. 315-331) observa los contactos entre fenicios y griegos en la Península Ibérica, concretamente en el área de Cádiz con la función central del templo de Melqart y la ruta heraclea hacia occidente con la manipulación griega del valor simbólico-religioso.

Bajo la óptica de la egiptología Gabriella Scandone Matthiae (Osservazioni egittologiche ad Erodoto, pp. 333-339) estudia las identificaciones entre las divinidades griegas y las divinidades egipcias en Heródoto, del cual la autora afirma la validez de su obra en relación a Egipto, basada sobre todo en «la serietà delle fonti sacerdotali e templari da lui consultate» (p. 339).

Con un ejercicio de base en la construcción del mito de Medea en la obra de Pasolini, Ileana Chirassi Colombo (La Grecia, l'Oriente e Pasolini. Riflessioni su Medea, pp. 341-361), bajo la vertiente del sacrificio humano, ahonda en la génesis de la identidad cultural griega. Volviendo a una óptica más acorde con un desarrollo de la investigación tradicional, Vassilis Aravantinos (Influenze orientali a Tebe? La documentazione archeologica ed epigrafica micenea, pp. 363-372) analiza partiendo de los datos arqueológicos la presencia oriental en Tebas. Aunque como indica «la ricerca archeologica non hai mai potuto essere sistematica dato che la città moderna è sovrapposta alle altre di età storica» (p. 363) con las consiguientes reaprovechamientos de material y espacio, las fuentes en relación a los orígenes míticos, aquel del ya anteriormente tratado héroe Cadmos, y los datos epigráficos, aportan datos que el autor conjuga llegando a demostrar que «la leggenda dell'arrivo di Kadmos dalla Fenicia o dall'Egitto rifletta relazioni con l'Oriente posteriori alla caduta dei palazzi micenei» (p. 368). Las dos siguientes contribuciones continúan el estudio de las influencias orientales en época micénica. Enrico Scafa y Marialuisa Alfé (Analogie nelle organizzazioni templari orientali e micenee, pp. 373-387) presentan las similitudes en la función de los palacios orientales y micénicos. Evidentemente se vuelve a un análisis comparativo entre textos de diferentes épocas. Así el II milenio para el Lineal B y los textos anteriores de los palacios del Próximo Oriente, en los cuales es lógico encontrar sistemas de organización económica-administrativa que puedan ser puestos en comparación, pero cuya comple-

jidad espacio-temporal en la zona mesopotámica dejan colgando «una *sequeza logica*». Paola Negri Scafa (Aspetti del sacerdozio femminile nel Vicino Oriente antico e nel mondo miceneo, pp. 389-401) efectúa también un análisis comparativo entre los datos que aportan las tablillas en Lineal B y los textos próximo orientales en relación al rol de las sacerdotisas en ambas sociedades. Uno de los puntos de conflicto en el estudio oriental es aquel de la denominada prostitución sagrada, cuya primera noticia radica en Heródoto I 199. Es difícil a veces, para los propios estudiosos del mundo oriental establecer las líneas de esta denominada prostitución sagrada, cuando la funcionalidad de los tipos de sacerdocio femenino vienen de la mano de la situación socio-económica de la cultura en la que se entroncan. Un ejemplo son las naditu cuyo especial matrimonio se deba a la función de preservar el patrimonio familiar e incluso incrementarlo. Cierto es que la incomprensión de las funciones de las sacerdotisas y del personal femenino adscrito a un templo ha sido demonizado por los autores griegos, hebreos y cristianos (G. Rubio Pardo, ¿Vírgenes o meretrices? La prostitución sagrada en el Oriente antiguo, *Gerion* 17 (1999), pp. 129-148), pero también es cierto que había abuso de las esclavas de los complejo sagrados y que la funcionalidad del matrimonio sagrado (a través del rito hierogámico) era una constante necesaria para el buen desarrollo de la sociedad.

Los últimos tres trabajos de la presente edición centran su estudio en el mundo hitita, es decir, de las posibles influencias de la zona de Anatolia. Franca Pecchioli Daddi (Lotte di dèi per la supremazia celeste, pp. 403-411) se adentra en el mundo de las batallas de los dioses en el mundo hitita revisando los archivos y bibliotecas de su capital. Observa que la victoria del dios de la tormenta por el poder celeste refleja «i principi della famiglia reale ittita per il controllo dello stato» (p. 411). Anna Maria Polvani (Temi di mitologia anatolica tra Oriente e Occidente: il dio scomparso, pp. 413-420) centra su análisis en el mito de Telipinu y su relación con el ritual de purificación, que sirve para observar la re-elaboración y enriquecimiento de la funcionalidad religiosa del propio mito. Por último, Mauro Giorgieri (Aspetti magico-religiosi del giuramente presso gli Ittiti e i Greci, pp. 421-440) presenta los ritos de juramento en relación a los pactos de alianza o de fidelidad colectiva atestiguados en las fuentes griegas arcaicas (siglos VIII-VII a.n.e.) y en las fuentes hititas (siglos XV-XIII a.n.e.). Entre ellos el acto de fundir la cera, las libaciones en las ceremonias, el acto de beber o la muerte ritual de un animal. Las conexiones con el mundo luvita nos acercan a la presencia oriental en la zona, aunque esta vía no se explora en el I milenio a.n.e. con la más que evidente presencia fenicia.

Decididamente nos hallamos ante un volumen de referencia necesaria para el estudio de la religión griega, el Próximo Oriente y su influencia por el mundo mediterráneo. La idea de un mundo griego cerrado, queda evidenciada ante la certeza de contactos e influencias, que no similitudes, procedentes de las civilizaciones orientales, recordando las palabras de Martin L. West, que los editores ya utilizan en la introducción, «Greece is part of Asia; Greek literature is a Near Eastern literature». Se debe de agradecer a los editores el esfuerzo empleado tanto en la celebración del Coloquio como en la cuidada edición del mismo, aunque una serie de índices temáticos finales, de materias, de antropónimos y teónimos, de nombres geográficos y, por último, de fuentes utilizadas, ayudaría al investigador en su trabajo después de una primera lectura que encarecidamente se recomienda.

Luis Alberto Ruiz Cabrero
Universidad Complutense de Madrid

S. MEDAS, *La marineria cartaginese, le navi, gli uomini, la navigazione* (Sardegna Archeologica. Scavi e ricerche 2), Sassari, Carlo Delfino editore, 2000 [ISBN 88-7138-228-5].

No se puede obviar que en la Antigüedad, el Mediterráneo, supuso la principal vía para el transporte y la comunicación entre diversos puntos distantes. De ahí que la navegación, fuera el medio más rápido de locomoción, siempre y cuando las condiciones permitieran los viajes a través del mar.

Numerosas ciudades se vieron abocadas por situación, estrategia y subsistencia a hacer del mar parte de su vida. En este sentido, Cartago, sigue la tradición marítima de otras ciudades fenicias, y por tanto, su historia debe ligarse en cierta parte con el mar, no debemos olvidar, como bien recoge el autor, que Apiano (*Libica* 84) define a los cartagineses como *thalassobiótoi*, es decir, «(hombres) que viven sobre el mar».

Hasta el momento carecíamos de cualquier aproximación científica acerca de la marina fenicia, tal vez debido a que la mayor parte de la información era aportada por las fuentes literarias griegas y romanas, y el acercamiento se hacía a través de un punto de vista histórico basado solo en el estudio de las mismas. Sin embargo, Stefano Medas, a pesar de centrar su estudio sobre la marina cartaginesa, nos trasmite a su vez una síntesis y análisis de toda la información acerca de la marina fenicia, aunando en su texto no solo la evidencias de tipo literario, sino los aportes de la arqueología, y por ende, de la arqueología naval, la escasa información que aporta la lengua fenicia en relación al mundo marítimo y un indudable manejo de las fuentes iconográficas, todo ello interpretado con un rigor sumamente científico, complementado por sus conocimientos marinos.

De lectura continuada, la obra se divide en seis capítulos en los que continuamente se nos recuerda la imbricación de la historia de la ciudad de Cartago con la vida marítima, fuertemente despreciada a través del el concepto romano de apego a la tierra, y se pone ésta en relación con la historia cronológica de la ciudad, demostrando una vez más, que todo aquello que ejecuta el hombre está ligado a un ciclo «vital» en el que las cosas están sujetas a cambios, intrínsicamente unidos a la evolución de la propia sociedad.

Desde el primer capítulo: *Insediamenti, porti, santuari y navegazione*, este principio se nos pone de manifiesto, así como la advertencia en el uso de las fuentes literarias, las cuales obedecen a un momento temporal y geográfico determinado, además de, en su mayor parte, hacer una referencia general al ámbito fenicio, no sin cierta tendenciosidad en sus palabras, no debemos olvidar que Cartago, como se apunta ya desde las palabras de presentación realizadas por Enrico Acquaro, fue la gran derrotada y como tal su identidad histórica esteriotipada por los autores clásicos.

Bajo éste y los siguientes epígrafes, el autor aborda los principales puntos de exposición con un lenguaje fluido que pese a ser en muchos casos específico en relación a la tecnología marina, no deja de ser asequible al lector. Además, se incluye al final de cada argumentación una serie de notas que abundan en cada uno de los aspectos de un manera más incisa y técnica, aportando una serie de dibujos aclaratorios de maniobras y puntos relacionados con la navegación. Así mismo, para aquellos que no estamos familiarizados con la jerga del mar, se inserta un glosario con los principales términos náuticos utilizados en el desarrollo de la exposición (pp. 273-281).

Las ciudades fenicias y sus colonias en el Mediterráneo siguieron unas pautas y estrategias de asentamiento íntimamente ligadas a la relación con la navegación, cuyas características quedan bien patentes en la obra (p. 2). Todo ello sin obviar la explotación del territorio tanto marítimo (industria

del pescado y del múrex, extracción de sal) como terrestre (también extracción de sal, agua potable, las vías de penetración, sobre todo fluvial, a lo que no se debe olvidar la explotación agrícola). La capacidad para atracar y realizar labores de embarque y desembarque reflejada en puertos (artificial) o fondeaderos (natural), obligan a una división de los asentamientos y por tanto de la navegación entre ellos, así entre puntos principales una de tipo directos, mientras que estos con secundarios se realizaría por medio de una navegación de cabotaje. Cartago, como bien indica el autor, desde su fundación se inserta en una posición baricéntrica fundamental en la líneas marítimas de oriente a occidente. A partir del s. V comenzará su primacía, estableciendo a lo largo de la costa africana fortalezas de tanto control terrestre como marítimo.

Varios son los aspectos tratados, entre los que destacaremos bien por su análisis o por su interés científico algunos de ellos. Uno de los puntos con mayor controversia es aquel de las señalizaciones ópticas, cuyo mayor desarrollo surge en época helenística, no se debe olvidar de este periodo la construcción del monumental faro de Alejandría. El alcance de estas señales, como bien queda expuesto, enlaza intrínsicamente con su ratio de visibilidad, problema que pone de manifiesto no solo las inexactitudes de algunas fuentes literarias en relación a la emisión de señales entre Sicilia y la costa africana (Polieno, *Strategmaton* VI, 16, 2 y Polibio X, 44 siguiendo a Eneas Táctico), sino a los errores de autores recientes en relación al modelo de posible torre semafórica, reflejado por un cippo cartaginés del s. IV (pp. 20-22). Respecto a los puertos, se recogen los dos exponentes claves para el Mediterráneo occidental: Motya (Sicilia) y Cartago, cuya división en dos puertos, militar y comercial, da pie a la estrutura de los siguientes capítulos (*La marina commerciale e le esplorazioni*; *La flotte militari*; y en consecuencia *Il combattimento navale*) y su análisis repercute en toda la obra mostrando, como ya hemos apuntado, al lector la implicación social en la estrategia de desarrollo naval condicionada por una red de abastecimiento de material a los «astilleros» y de especialización humana, tanto terrestre (construcción y reparación) como marítima (navegación y combate), alguno de cuyos elementos se conservan en las inscripciones del *tofet* de Cartago pertenecientes al s. III. Cuestión que tantas veces el lector olvida en pro de una historia caracterizada solo por hechos y no por gentes.

Y son estas gentes, las que con sus temores, su experiencia hicieron posible no solo los acontecimientos históricos sino que la «vita dei naviganti è sempre stata profondamente permeata dal senso della religiosità, trasformando spesso in ritualità priva di un vero riferimento di fede o sfociato addirittura nella superstizione» (p. 42). Además los templos, funcionarían como centros de información naútica y geográfica, aparte de sus fuciones religiosas, administrativas y políticas. Sólo cabe hacer una pequeña matización en relación a la documentación acerca de las divinidades marítimas, significadas por Melqart en relación a su papel primordial en el templo y expansión tirias, la falta de mención directa al trabajo de M.H. Fantar, *Le dieu de la mer chez les Phéniciens et les puniques* (Studi Semitici 48), Roma 1977. No obstante, el autor articula perfectamente los datos disponibles junto a conocimientos etnoarqueológicos, lo cual contrasta con los estudios realizados en el campo de la historia de las religiones por numerosos especialistas cuyo saber y sentir marino es completamente nulo.

Respecto a la navegación comercial, al igual que en todos los apartados analizados, como se nos advierte, la referencia de las fuentes es de carácter general, y solo profundizan en algunas cuestiones. La división entre época arcaica (sobre todo s. VIII-VII) y propiamente cartaginesa (a partir del s. V), queda reflejada en la procedencia de las fuentes girando en la órbita del Mediterráneo oriental la primera, mientras que la referencia a las guerras púnicas centran aquella segunda. Con ello vuelve otra

vez el autor a perseverar en su acertado empeño de presentarnos una realidad cambiante, no estática, a lo largo de los siglos de vida de Cartago. Uno de los principales núcleos de información respecto a la navegación de tipo comercial, aparte de los hallazgos arqueológicos, son los viajes de exploración, entre los que destacan el periplo de Hannon, y el periplo de Himilcon, que tantas páginas han vertido en la investigación de la expansión y la navegación de los fenicios por el Atlántico. No debe extrañar, como se señalal, la presencia de éstos en las Islas Canarias y Madeira o las Azores, e incluso en el Africa ecuatorial, cuyas dificultades de retorno, podrían haber sido subsanadas con el saber práctico y el sentido marinero con una maniobra de reducción de la vela destinada a la navegación contra el viento bordeando la costa (p. 74), saber del que tantos investigadores carecemos a la hora de afrontar temas marítimos. No obstante, cabe puntualizar, en relación al periplo de Hannon, toda la problemática de una descripción más acorde con una tradición griega de la traspolación de regiones africanas y la visión de este continente, de forma trapezoidal, durante la Antigüedad.

Escasas son las referencias a las embarcaciones de tipo comercial o pesqueras, todas ellas de textos griegos: *gaulos* (tal vez un nombre de origen semítico), *holkás* e *hippos*, complementándose con las evidencias iconográficas, la mayor parte someras y esquemáticas, que nos ofrecen las tumbas y sobre todo las estelas del *tofet* de Cartago que han llevado a algunos investigadores, como Enrico Acquaro, a apuntar acertadamente en la posibilidad de la presencia de cofradías o asociaciones de carácter naval. La arqueología submarina ha aportado elementos de importancia sobre todo en relación a las técnicas constructivas, como bien refleja las naves de Marsala o el barco de Mazarrón I. Lamentablemente, el autor no pudo contar con los resultados de la excavación del segundo barco de Mazarrón, debido a que el resultado del hallazgo es posterior a la obra.

Respecto a la flota militar, de la que tenemos sin duda mayor información debido a los conflictos bélicos, también se ve condicionada por la naturaleza de las fuentes históricas, sobre todo textos históricos, raramente poéticos, griegos y latinos «le cui indicazioni sono spesso sommarie e solo raramente riflettono una precisa realtà punica nel descrivere la composizione degli equipaggi e l'organizzazione del comando» (p. 101). La terminología por tanto es greco-latina, con escasas referencias fenicias procedentes de la epigrafía. Sin embargo, la flota cartaginesa siempre mereció en las fuentes un alto nivel cualitativo, reflejado en una superioridad técnica.

La composición de la tripulación quedaría constatada en la división entre oficiales, remadores, marineros (marinos de cubierta, timoneles y pilotos) y soldados de marina, cuyo aporte principal era el ámbito cartaginés, aunque desde la segunda Guerra Púnica, parte de este aporte será extraído de poblaciones externas a Cartago. No se debe olvidar, de ahí que el autor continuamente lo advierta, la ingente pérdida de efectivos humanos por desastres naturales o acciones bélicas, cuya constante reposición obligó al estado cartaginés a tirar de poblaciones aliadas y de mercenarios, estos últimos en el caso de los soldados a bordo (como queda reflejad por el empleo de los apreciados honderos de las Baleares). La relación flota y demografía, constante en la obra, culmina con la aseveración de la necesidad de especialistas en la tripulación y en las actividades de carácter logístico, cuyo *status* social se vería directamente en relación directa con el propio estado cartaginés.

Intensiva es la descripción de las naves de la flota de guerra: militares, auxiliares y de transporte, con una tecnología naval en palabras griegas o latinas (pp. 123-189) y las técnicas de combate naval (pp. 190-204), entre las que queremos destacar la preocupación del autor por el análisis de la composición de cada nave y su imbricación social y demográfica, y la características del sistema constructivo

derivado de las naves de Marsala «basato su un'impostazione predefinite e su una parziale prefabbricazione, lascerebbe pensare a un'organizzazione cantieristica de tipo quasi «industriale»» (p. 170). Ello lleva a la observación por parte del autor de la ingente cantidad de madera y aporte de materias vegetales (cuerdas, tela, resina y pez) que provocaron un grave problema medioambiental debido a la deforestación. Así mismo la concentración de estos materiales supuso un grave peligro como queda reflejado en la noticia de Diodoro (XV, 73, 3) del incendio en el 368 del arsenal de Cartago. Aparte del esparto para el cordelaje, uno de cuyos centros de producción se centraba en la zona de Cartagena (Plinio, *NH* XIX, 7-9 = 26-31), debemos advertir otra serie de materias vegetales como el cañamo, tal y como queda reflejado la noticia de un comerciante de cannabis en Cartago, donde se explotaría tanto su faceta psicotrópica como su utilización en el sector de la cordelería (M.G. Amadasi Guzzo, Note su un «venditore di canna pura» in CIS I, 3889, *Studi Epigrafici e Linguistici* 12 (1995), pp. 3-11).

Dependiente de la flota militar, las tácticas de combate naval, merecen por parte del autor un capítulo propio. Aparte de la utilización de máquinas sobre las cubiertas de las embarcaciones, cuyos primeros pasos se evidencian a partir de la segunda Guerra Púnica, como ya se nos ha acreditado (p. 139), el único modo de ataque consistía en embestir con el rostro de la nave a la embarcación enemiga. Esta parte de la nave en el rostro de Athlit (p. 190), como queda reflejado, en ocasiones se revestía de láminas protegiendo la proa y facilitando la maniobra de desenganchamiento de la nave atacada.

Toda la maniobra debía hacerse a remo, ya que la vela solo se utilizaba para la navegación de un punto a otro. De ahí que, la tripulación de una nave requería de personal especializado con una coordinación precisa. Como bien señala el autor, la tecnología naval solventó en parte la menor necesidad de mano de obra especializada en cuanto al uso del remo, ya que las nuevas naves, trirremes y quatrirremes, al llevar más de un remero por remo, solo hacía falta uno que dirigiese al resto de sus compañeros (pp. 140s), cuestión que supuso la utilización de esclavos, y un desahogo nada despreciable a la formación de la tripulación romana (p. 145).

Las maniobras de ataque recogidas y analizadas por el autor, *diékplous* (atravesamiento) y *príplous* (acercamiento), debían realizarse con naves veloces y maniobrables. Siempre, atento a toda la problemática, se traslada al lector cuestiones como el uso de las banderas al ejecutar órdenes, o el uso de luces para advetir la presencia y mantener la posición de formación durante la noche.

La invención por parte de Roma del «corvo» (pasarela móvil), cambió la táctica de los combates navales, dejando de lado la velocidad y agilidad de la nave, al favorecer el abordaje de la embarcación enemiga. Aunque las características del terreno de combate, el mar, en ocasiones jugaron un papel importante en los choques romano-cartagineses, como bien se presenta en el enfrentamiento ejecutado en el Estrecho de Gibraltar en el 206 (Livio VIII, 30, 11-12).

Como punto de inflexión, Medas presenta al lector toda una serie de consideraciones acerca de la navegación cartaginesa, en las que a pesar de la documentación exigua, la información se enriquece con un conocimiento esencial de la naútica tradicional. Una advertencia se precisa en el texto, el sentido marino se basa en sistemas empíricos, enriquecido en la Antigüedad por la diversa procedencia de los hombres que conformaban la tripulación de los barcos que favorecía la difusión de soluciones prácticas (p. 205). La arqueología experimental ayuda a comprender puntos que las fuentes o los propios hallazgos arqueológicos no logran transmitirnos.

Un inciso es hecho en este apartado en referencia a la navegación fluvial (pp. 206-207), factor de expansión comercial y colonial, en el que se utilizan embarcaciones de fondo plano propulsadas por

remos o por animales desde las orillas. Un vestigio de indudable importancia queda expuesto por el puerto fluvial trapezoidal de Lixus.

La ausencia de restos arqueológicos e iconográficos, no permiten dar una exacta visión de las velas y su atrezatura. En una exhaustiva recopilación, es evidente la presencia de un solo palo en el centro al que se suma uno pequeño a proa inclinado (p. 209). La vela era abatible y el tipo correspondería a la vela cuadra, cuya mayor característica es el mejor aprovechamiento del viento, facilitando la labor de navegar bordeando (*torquere et detorquere, peristrophé*, p. 213), pudiéndose reducir a forma triangular, la cual daría origen a la vela latina. Una revolución naútica supuso el uso de la bolina más el timón simple. El estudio y conocimiento del regimen de vientos (dirección, intensidad y frecuencia estacional) en la Antigüedad era evidente, no habiendo prácticamente cambiado en la actualidad (p. 217).

No obstante, la carencia de instrumentos y la ausencia de cartografía naútica no impedía a los navegantes seguir la ruta. Los únicos puntos de referencia vienen de la visibilidad de la tierra, y del conocimiento de los vientos, las corrientes así como las referencias astronómicas. Como resume el autor: «sapere practico e senso marino», basado en la observación del cielo y el mar, de la línea del horizonte, el movimiento y aspecto de las nubes, comportamiento de pájaros, peces y delfines, densidad del aire y la característica de los vientos, así como el conocimiento del fondo por medio del fondal o escandallo (p. 230).

Sin embargo, se nos presentan una serie de elementos a tener en consideración. Se puede hablar no de cartografía naútica pero sí de guías cartográficas que en cierta medida vienen reflejadas en los periplos. El orientamiento se realizaba por medio de la observación de las estrellas, el sol y los vientos. Plinio (*NH* VII, 209) atribuye a los fenicios la observación astronómica en navegación. Aquí, nuevamente Stefano Medas nos aporta un dato sumamente interesante para la ínvestigación, el eje de la tierra ha cambiado desde la Antigüedad hasta nuestros días, siendo por tanto las estrellas circumpolares distintas para los navegantes de ayer y de nuestros días. La situación astronómica en época antigua facilitaba la mejor observación de un conjunto de estrellas de la Osa Mayor desde fuera del Mediterráneo, lo que en cierta manera, como sugiere el autor, facilitaría la navegación de largo curso (pp. 247s.).

Respecto a la problemática de como se podía efectuar la medición de la velocidad de la nave, seguramente se realizaban estimaciones aproximadas observando el avance de la nave en el agua. Estas estimaciones quedan reflejadas en las fuentes por su traducción en jornadas de viaje. Se sugieren algunos artefactos similares a los empleados en época medieval a través de la visión del recorrido de un trozo de madera de proa a popa, o la referencia de Vitrubio de una rueda como odómetro naútico experimental. Además, el autor no descarta que para la medición del tiempo podría utilizarse una clesidra de agua.

Solo se conoce el uso de un instrumento: el escandallo, para medir la profundidad y el tipo de fondo marino (p. 259s.).

El libro se cierra con una breve mención a la herencia de la náutica cartaginesa en el mundo griego y romano, y los reinos numidas. Nuevamente el autor vuelve a apuntar hacia la información que la marina tradicional nos proporciona, cuyas indicaciones deben ponerse en conexión con la arqueología experimental, a través de la construcción con métodos y técnicas antiguas de naves como el Kyrenia II, y la aplicación de los conocimientos que durante siglos han acumulado los marineros.

Definitivamente, nos hallamos ante una obra de indudable consulta para el conocimiento de la marina de Cartago, así como para la historia de la ciudad. Obra que auna un sentir marino con el mane-

jo de las fuentes literarias, arqueológicas e iconográficas, cuya exhaustiva recogida da como resultado un panorama global del que hasta el momento carecíamos.

Luis Alberto RUIZ CABRERO
Universidad Complutense de Madrid

José María BLÁZQUEZ (ed.), *Persia y España en el diálogo de las civilizaciones. Historia, religión, cultura*, Madrid, Ediciones Clásicas, 2002. [ISBN: 84-7882-504-5].

Si preguntáramos a un español culto qué le sugieren las relaciones entre Persia y España en cualquiera de las épocas históricas, la respuesta se limitaría, probablemente, a una escueta noción de las relaciones diplomáticas que existieron entre ambos países en época de Carlos V y de Felipe II, en general, durante los siglos XVI-XVII, en la Edad de Oro española o, tal vez, a una vaga referencia al Andalus –y en este punto surgiría, seguramente, toda una confusión entre árabe, persa, andalusí y musulmán–, o incluso, a una vaga idea de unos ayatollâhs turbanteados que todo lo mandan en el Irán de hoy.

Sin embargo, la realidad de estas relaciones distan mucho de ese poco o nada que conoce nuestra sociedad y, para demostrarlo, se han reunido varios especialistas en torno a este interesante libro interdisciplinar editado por el académico José María Blázquez, quien, gracias a su continua labor en la arqueología clásica, ha sido uno de los primeros convencidos de la profunda y larga relación perso-española –primero, en época hispano-romana; luego, en la andalusí y, en tercer lugar, durante la monarquía de los Austrias- que, con sus altibajos, encuentran sus raíces en tiempos mucho más remotos. Tan remotos como que en la misma mitología aparece el persa Pharusi, como compañero de Hércules en sus exploraciones del Jardín de las Hespérides y con Hércules hubo, también, persas y medos, en sus aventuras por la Península Ibérica.

Pero prescindamos de la mitología para llegar a los tiempos históricos que, como señala Domingo Plácido en su artículo sobre las relaciones entre persas y griegos en la época clásica (pgs.199-210), habría que encuadrarlas en el verdadero contexto del momento y no limitarlas a un mero enfrentamiento de raíces míticas, como podría deducirse de los escritos de Heródoto. Como respuesta a esta afirmación, J.M. Blázquez (pgs. 13-31) relata, con todo lujo de detalles, las relaciones de Alejandro Magno con la dinastía aqueménida y el resultado de esta convivencia con Darío III, de confrontación y bélica, en primer lugar, y luego cultural gracias a la perspicacia política del macedonio, quien no sólo aceptó la presencia de soldados persas en su ejército, sino que adoptó ciertas modas y costumbres de los vencidos, se casó con una persa, permitió el matrimonio de sus soldados con las nativas y dispensó un trato caballeroso a la familia de Darío III y, según opina el autor del artículo, habría tributado culto a los dioses del panteón persa; su actuación sólo quedó empañada por el saqueo e incendio de Persépolis, aunque este sea un asunto aún debatido. Sobre las consecuencias que tuvieron las conquistas asiáticas de Alejandro, Arminda Lozano trata la faceta política, estudiando las relaciones de Roma con Persia bajo dominio parto y sasánida (pg.129-46); mientras que Jaime Alvar aborda un aspecto cultual: la introducción del dios persa Mitra en el panteón romano (pgs. 173-84) y Santiago Montero, el

atractivo tema del establecimiento de magos persas, que fueron muy conocidos en Roma por sus habilidades adivinatorias.

No cabe duda de que la Península y Persia se encontraron de forma especial en al-Andalus musulmán, gracias a la hegemonía de la cultura árabo-musulmana que había asimilado, a partir del siglo VIII, las manifestaciones culturales persas. Aunque parece difícil superar en este ámbito el libro de Sh. Shafa (*De Persia a la España Musulmana. La historia recuperada*, Edit. Universidad de Huelva, 2000), varios autores realizan en esta obra el loable esfuerzo de aportar alguna novedad. Entre ellos pueden destacarse los estudios de tipo literario de Álvaro Galmés y de María Jesús Lacarra, que versan, respectivamente, sobre la presencia del tratado político persa preislámico «Shahnameh» en las literaturas románicas (pgs. 45-53) y el «Calila y Dimna» en la lengua castellana (pgs.119-127).

Y por supuesto, no podían faltar, en esta obra colectiva, las referencias a la España Imperial que se introducen gracias a dos interesantes estudios: el de Miguel Ángel de Bunes, de carácter histórico general sobre la monarquía hispánica en sus relaciones con otomanos y safawíes (pgs. 211-221) y otro, de Fernando Díaz Esteban, sobre un tema muy puntual y concreto: una misión carmelita en Persia que pretendió, entre 1621 a 1624, llevar el evangelio a aquellas tierras y convertir al catolicismo el pueblo y hasta al poropio rey... Como comenta el autor del trabajo, se trata de un intento de desempolvar un tema de investigación abandonado a pesar de contar con una buena bibliografía de comienzos del siglo XX (pgs.185-198).

El siempre sorprendente arte persa y su influencia sobre los mosaicos romanos, el arte bizantino en general y el arte de la jardinería hispano-musulmán, así como sobre el arte indio, constituye el último tema aportado en este tomo por tres especialistas: Guadalupe López Monteagudo, Mehri Baghueri y Teresa Pérez Higuera. La obra se cierra con un estudio lingüístico, realizado por Saeid Hooshani, sobre posibles paralelismos entre el castellano actual y el persa debido a su origen indoeuropeo común y, sobre todo, a los arabismos, puesto que el árabe fue el vehículo lingüístico que trasladó el persa a Europa (pgs. 233-41).

A los países portadores de civilización como ha sido Persia, les es sencillo hacer relucir este legado en todos los campos de la actividad humana y darlo a conocer por medio de fructíferos encuentros como el que dio lugar a la aparición de este tomo.

Soha ABOUD-HAGGAR
Universidad Complutense de Madrid

Jose Carlos BERMEJO BARRERA - Fátima DÍEZ PLATAS, *Lecturas del mito griego*, Madrid, Akal, 2002. [ISBN: 84-460-1540-4].

Lecturas del mito griego consta de dos partes claramente diferenciadas. De un lado, un conjunto de ensayos del profesor Bermejo Barrera en los que se entrecruzan consideraciones metodológicas, epistemológicas e históricas; de otro, en la segunda sección, Fátima Díez Platas ofrece una excelente monografía acerca de las ambiguas y escurridizas ninfas. Los ensayos de Bermejo Barrera pueden considerarse como un conjunto de iluminaciones que desde distintas perspectivas abordan diferentes aspectos del mito, enlazándolo con otros aspectos de la cultura y la sociedad del mundo antiguo y esta-

bleciendo puentes entre la mitografía, en tanto que estudio del mito, y otras disciplinas más o menos afines igualmente interesadas, de manera directa o indirecta, en los mitos, es decir, interesadas en extraer el contenido de verdad o, más modestamente, los aspectos inteligibles de estas narraciones: si algo se desprende con claridad de *Lecturas del mito griego* es la consideración de los mitos como intentos de ofrecer una explicación de lo que acontece, no como fabulaciones libres y gratuitas.

Es cierto, como ha señalado Kirk, que los mitos son explicativos de maneras tan diversas y a niveles tan distintos, que asignarles sin más una función explicativa como su principal característica puede inducir a error. Sin embargo, tal vez no sea excesivamente arriesgado afirmar que al menos en el contexto griego en el que se sitúa el presente libro las explicaciones míticas, por muy diversas que sean, tienen un denominador común: de un modo u otro tienen que ver con el consenso muy generalizado que existía entre los griegos acerca de la naturaleza, funciones y exigencias de los dioses, expresado públicamente bajo la forma de narraciones míticas que aunque diferentes confluyen en un mismo espacio semántico que tiene una arquitectura conceptual oculta. Se trata, por tanto, de desbrozar aquel espacio y esta arquitectura estableciendo, por ejemplo, las vinculaciones entre mito y religión, o la relación entre el mito y la *polis*, o señalando la pertinencia de la antropología, la crítica literaria o la filología para el estudio del mito, etc. Bermejo Barrera ofrece, en efecto, muy interesantes consideraciones en todas estas direcciones. De donde se sigue directamente que estamos ante un libro que no sólo interesa a los historiadores, sino también a los antropólogos, a los filólogos y a los historiadores de la religión o la filosofía, porque el mito no se agota en su significación histórica, pero tampoco en la antropológica o en la filológica, de suerte que nos encontramos ante un terreno en el que (por decirlo con una expresión algo confundente pero que ha hecho fortuna) la investigación «multidisciplinar» es pertinente o incluso obligada. Lo cual, por otra parte, tiene interesantes consecuencias para la autocomprensión de la historiografía sobre las que volveré más adelante.

La segunda parte de *Lecturas del mito griego* está mucho más centrada en un problema concreto: se trata, en efecto, de una «lectura» de un mito o más bien de una familia de mitos que difícilmente se dejan unificar bajo un denominador común. Tras leer el recorrido que Fátima Díez Platas realiza con exhaustividad y erudición de los textos y los contextos en los que las ninfas son protagonistas, se llega a la conclusión de que bajo una única palabra, «ninfas», se encierran tal cantidad de referencias, narraciones y significados que es muy difícil llegar a una definición clara y unívoca de ellas, a pesar de que los griegos no tenían mayores problemas a la hora de utilizar la palabra en contextos que a nosotros nos parecen alejados: una «ninfa» es una diosa de la naturaleza, pero también una doncella, una novia y una cuñada, Equidna es una ninfa, pero también lo son, o al menos son calificadas como tales, Marpesa o Helena, esto es, las ninfas son mujeres divinas, legendarias o mortales. En medio de esta multiplicidad y heterogeneidad de referencias Fátima Díez Platas descubre un punto en común: la mayor parte de los textos en los que aparecen las ninfas tienen un contenido erótico por lo general explícito. A la misma conclusión se llega si se atiende a la traducción de la palabra; la autora, tras analizar y rechazar varias posibilidades, aísla el problema, a saber, que se trata de una palabra ausente en nuestro vocabulario: «El problema es que el término adecuado sería aquel que pudiera expresar el estado en el que se produce el deseo que las mujeres despiertan o intentan despertar» (p. 201), es decir, una ninfa es una mujer (divina, legendaria o mortal) no en la medida en que es objeto de deseo, sino en tanto que desea ser deseada; ahora bien, esta dialéctica auto-referencial se verifica sin embargo más allá del

ámbito femenino, pues el deseo de ser deseadas es a su vez un deseo que se satisface dentro de un imaginario masculino expresado en textos literarios.

Porque las ninfas son sobre todo personajes literarios cuyo deseo de ser deseadas es un deseo que expresan Homero, Hesíodo, Píndaro o Baquílides. En este sentido, no sólo en aquellos felices tiempos había ninfas. Garcilaso de la Vega, por ejemplo, escribe en su «Egloga III»: «De quatro nymphas que del Tajo amado / salieron juntas, a cantar me offrezco: / Phillódoce, Dinámene y Climene, / Nise, que en hermosura par no tiene» (53-56). También en el río Tajo hay (o al menos había) ninfas. ¿Qué nos dice esto de ellas? ¿por qué ha de ser distinto en el caso de Homero o Hesiodo? La respuesta es obvia: porque estamos en un libro titulado *Lecturas del mito griego*, en el que los textos de los poetas griegos en los que aparecen las ninfas son «fuentes» y «documentos», lo que no sucede con Garcilaso de la Vega. Si por el contrario estuviéramos interesados en la recepción del mundo clásico en el Renacimiento español, los versos citados de Garcilaso pasarían de inmediato a adquirir la categoría de «fuentes» y «documentos» y serían pertinentes en la investigación emprendida. O bien, desde otra perspectiva, podrían considerarse como un buen ejemplo del «uso literario, retórico o iconográfico de los mitos clásicos» al que se refiere Bermejo Barrera en el ensayo «Mito, literatura y sociedad en la Grecia antigua» (p. 83). Con lo cual volvemos a las cuestiones epistemológicas y metodológicas a las que me refería más arriba.

Señalaba entonces que *Lecturas del mito griego* se compone de dos partes claramente diferenciadas, pero tal vez, con mayor precisión, habría que decir que consta de tres aspectos que se imbrican mutuamente: un estudio general sobre el mito griego, un estudio particular sobre las ninfas y una interesantísima meta-reflexión (realizada al hilo de la lectura del mito griego) sobre el sentido y el alcance de la historia como ciencia. De un lado, desde luego, se rechaza la posición ejemplificada en el famoso *dictum* de Ranke: conocer lo que fue como fue realmente, porque lo que «fue *realmente*» es una reconstrucción ciertamente apoyada en las «fuentes» y en los «documentos», pero también en la voluntad del historiador de conferir a un determinado hecho el estatuto de «histórico» (p. 57). Bermejo Barrera afirma: «la obra literaria fagocita al mito» (p. 66) y se refiere a un «proceso de petrificación del texto» que es del mayor interés «en tanto que nos permite captar la esencia de la labor del filólogo», profundamente contradictoria, pues el filólogo trata de «sacar una obra de los sucesivos contextos históricos que la mantuvieron viva para incluirla en un contexto histórico imaginario que, por definición, no es inaccesible» (p. 81). Si el filológo «descontextualiza», el historiador «contextualiza»: no «explica» el mito («explicar un mito consiste básicamente en reducirlo a aquello que no es», p. 117), sino que lo «comprende» en el sentido gadameriano de la palabra, pues el «mito funciona como un *juego del lenguaje*, tal y como los ha definido Ludwig Wittgenstein en sus *Investigaciones filosóficas*»: las palabras no se comprenden aisladamente sino en la medida en que forman redes de significación, de suerte que, por así decirlo, si dominamos un lenguaje no es porque conozcamos las palabras que lo componen, sino porque sabemos «jugar» con ellas. Es también la situación del círculo hermenéutico, oportunamente recordado por Bermejo Barrera en el capt. VII («Mito y método histórico: el ejemplo de Ártemis»), y que señala que siempre comprendemos desde una determinada pre-comprensión: «Ese conjunto de intereses preestablecidos y de ideas *a priori* condicionarán enormemente la lectura de los textos, y por supuesto condicionarán también cualquier posibilidad de interpretación de los mismos. Por esa razón el estudio de las interpretaciones del mito griego es indisociable de la propia historia de la Antigüedad, que nos la ha transmitido, y de la propia historia de Europa, que los

incluyó en su legado cultural. No es posible, por tanto, tener un acceso directo entre el historiador y el mito, primero, porque del mismo siempre poseemos diversas versiones, y en segundo lugar, porque la lectura de esas versiones, que suponen ya una primera interpretación mito, estará condicionada por todo el conjunto de ideas e intereses que en cada época se hallan presentes en la mente de los historiadores que tratan de estudiarlos» (p. 115).

Suscribo plenamente estas palabras y sugiero radicalizarlas, pues si el estudio del mito griego es «indisociable» del legado cultural europeo, en tal caso «las lecturas del mito griego» estarán en una relación circularmente hermenéutica, por ejemplo, con la recepción del legado clásico en el Renacimiento español, de manera que llegado el caso textos como los versos citados de Garcilaso de la Vega podrían llegar a adquirir la categoría si no de «fuentes», si al menos de «documentos» para comprender el mito griego, porque como sostenía el mismo Gadamer siempre se comprende «desde la distancia temporal». Dicho de otra manera, cuando se abandona el más estricto positivismo las fuentes y los documentos sufren un proceso de relativización. Entiéndase correctamente: hay que dominar unas y otros en el sentido de conocer (lo más y lo mejor posible) aquello de lo que se está hablando, como hace, por ejemplo, Fátima Díez en su investigación sobre las Ninfas; pero ello no agota la labor del historiador, como muestran los ensayos de Bermejo Barrera, donde al conocimiento de los datos se allegan perspectivas antropológicas, filosóficas e incluso psicoanalíticas con el objeto de sacar a la luz el sentido que yace, oculto, en los mitos griegos: un juego del lenguaje, en definitiva, muy alejado de los nuestros: valga como ejemplo la dificultad, ya señalada, de traducir la palabra «ninfa».

No faltan tensiones en este saludable ejercicio de anti-dogmatismo que es *Lectura del mito griego*, por ejemplo, en el ensayo dedicado a Ártemis donde entran en juego en difícil equilibrio tres juegos del lenguaje: el de la multiplicidad de sus ritos y cultos, el de los mitógrafos (Apolodoro y Calímaco) y el del mismo historiador que intenta «penetrar en esos antiguos juegos del lenguaje y no pretender dictar la realidad histórica». Se trata en cualquier caso de conseguir el difícil equilibrio entre el respeto escrupuloso y la atención exhaustiva a las fuentes y el vuelo intelectual que puede hacer que un libro interese más allá de un reducido grupo de especialistas, o como dice Bermejo Barrera: ser capaces de «superar los límites que las pacatas especializaciones académicas imponen» (p. 76).

Salvador MAS
U.N.E.D.

César FORNIS, *Esparta. Historia, Sociedad y Cultura de un mito historiográfico*, Barcelona, Editorial Crítica, 2003, 376 pp. [ISBN: 84-8432-4313-3].

Perteneciente a la colección Crítica Arqueología, el trabajo del Dr. César Fornis cumple sobradamente su objetivo, el de ofrecer tanto al estudiante universitario como al investigador, un manual de referencia sobre la convulsa y compleja historia de Esparta.

En esta obra, el autor realiza un acercamiento al tema a través del estudio de las fuentes clásicas, combinándolo con los últimos datos que la arqueología nos ha proporcionado. Incluye además referencias y citas de las más recientes investigaciones y publicaciones sobre los diversos aspectos del estudio.

Esta sabia combinación, que complementa el carácter crítico con que se tratan cada uno de los datos y fuentes utilizados, da como resultado una obra de lectura obligada para todo aquel que pretenda iniciarse, y más tarde profundizar en la historia de Esparta.

El libro, cubre un amplio periodo cronológico, que va desde la época arcaica hasta el final del Helenismo y la dominación Romana; se divide en 4 capítulos, precedidos de una introducción, en la que el autor realiza una breve síntesis del mito historiográfico espartano y su utilización política, además de un acercamiento al territorio geofísico objeto del estudio.

El capítulo primero, dedicado a la Esparta Arcaica, trata con gran rigor temas tan espinosos como el mito racial dorio y la formación y singularidad del estado espartano, los cuales suscitaron un intenso debate en la propia Grecia Clásica perdurando hasta nuestros días.

En este apartado, el gran mérito del autor está en que sin caer en el escepticismo absoluto, si toma con cuidado los datos, que a pesar de pertenecer en muchos casos a lo mitológico, encierran una cierta realidad histórica. Tras esto analiza el fenómeno de la expansión espartana y el dominio sobre el Peloponeso que convierte a Esparta en la gran potencia Griega.

En el segundo capítulo, trata la Esparta Clásica. Comienza con la guerra contra el invasor Persa, donde espartanos y atenienses como potencias griegas toman la iniciativa, narrando a la vez los conflictos internos de la sociedad espartana debido a su tradicional política aislacionista.

Tras esto se narra de forma extensa y rigurosa, la guerra del Peloponeso, utilizando a Tucídides como principal fuente de conocimiento de algunos hechos. La hegemonía espartana tras la misma, es analizada como el punto de inflexión de la progresiva decadencia del estado espartano, mostrando a su vez los cambios políticos y sociales de un sistema que se supuso inmóvil. Culmina con la batalla de Leuctra (371), en la cual Esparta pierde su papel hegemónico a favor de Corinto y la posterior dominación Macedonia sobre Grecia.

El tercer capítulo, abraca el periodo Helenístico, mostrándonos los cambios de una sociedad y un estado en decadencia, se centra en los monarcas reformadores Agis IV y Cleomenes III, junto con los últimos intentos de expansión imperialista espartana, la cual va acompañada de reformas sociales. Culmina con la figura de Nabis, el llamado «rey revolucionario».

De especial interés resulta el cuarto y último capitulo, el Cosmos espartano, donde muchos de los tópicos de hermetismo y anquilosamiento de la sociedad espartana, son matizados por el autor a través de la utilización de los datos disponibles. Realiza en él un breve pero acertado análisis de la sociedad espartana, incidiendo en temas tan controvertidos como la Agoge o sistema educativo y la *syssitia* o banquete común. Culminando con una exposición de los principales cultos y fiestas religiosas y referencias a la cultura.

Todo lo expuesto, acompañado de una destacable bibliografía dividida por capítulos y temas, conforman un libro más que meritorio.

Para concluir, citaremos al Dr. Domingo Plácido, que en el prólogo expone la dificultad de trabajar con un mito historiográfico sin caer deslumbrado por él, ni en el escepticismo total. Esta difícil tarea es la que César Fornis ha realizado en el presente libro.

Sergio CASCO CILLÁN

Jaime ALVAR - José Mª. BLÁZQUEZ (Eds.), *Alejandro Magno. Hombre y mito*, Madrid, Actas Ediciones, 2000, 253 pp. [ISBN 84-87863-89-2].

Desde la Antigüedad, la persona de Alejandro Magno ha ejercido un poderoso influjo sobre todos los que se interesaban por el pasado. Es un interés que se ha mantenido a lo largo de los siglos fruto del cual es una inmensa labor bibliográfica que se ve acrecentada año tras año. La obra que ahora nos presentan los profesores Blázquez y Alvar está compuesta por 10 trabajos de otros tantos autores que estudian aspectos parciales de la vida la obra y la personalidad de Alejandro Magno.

El autor del primero de ellos: *Las imágenes de Alejandro* es obra de F. Rodríguez Adrados, donde analizan las visiones que de Alejandro Magno se tuvo y la imitación que de él se hizo en Roma. El segundo es obra de D. Plácido, *Del texto a la historia* es una breve visión de las fuentes sobre el caudillo macedonio. El tercero, de P. Barceló, *Alejandro Magno, de rey macedónico a monarca universal*, en el que intenta profundizar en la figura Alejandro, alejándose de los datos legendarios y llevando a cabo una aproximación a como pasó de ser un monarca local a otro universal, dominador de un extenso imperio. El cuarto trabajo es obra de F.J. Fernández Nieto, especialista en temas militares del mundo griego, aquí estudia *Disciplina y justicia militar en el ejército macedonio en tiempos de Alejandro*. Uno de los editores del libro, J. Alvar estudia la figura de Alejandro como explorador y hombre de ciencia; el otro editor, J.Mª. Blázquez, en el trabajo más extenso, se adentra es los aspectos religiosos del personajes con su estudio *Alejandro Magno, homo religiosus*, tomando como punto de partida las obras de Arriano, Diodoro Sículo, Trogo Pompeyo, Quinto Curcio Rufo, Plucarto y Ps. Calístenes. El séptimo estudio, *Alejandro ante el cínico Diógenes. La confrontación del pensamiento y la acción*, es obra de A. Lozano, en él trata de ilustrar como la sociedad griega reaccionó ante la aparición de formas políticas que negaban la libertad. A. Domínguez Monedero es autor de *Entre mito e historia: Alejandro y la reina de las Amazonas*; su estudio comienza por el análisis de las fuentes clásicas: Diodoro, Curcio, Justino, Estrabón, Plutarco, Arriano y Orosio, para luego tratar de individualizar las diferentes tradiciones y el significado de la visita de la amazona en la formación de la leyenda de Alejandro. El noveno estudio ha sido escrito por M.A. Elvira y se centra en la iconografía: *Observaciones iconográficas sobre el carro funerario de Alejandro*, en el que se da una yuxtaposición de elementos griegos y persas. Finalmente, P. Levêque es autor de *Tras Alejandro... Un nuevo Oriente. Las mutaciones del Fantasmático*, donde analiza las mutaciones en la meseta irania y en la India a consecuencia de la conquista de Alejandro. La obra se concluye con tres índices: de autores, toponímico y de fuentes.

Javier CABRERO

Jean-Nicolas CORVISIER, *Philippe II de Macédoine*, París, Fayard, 2002, 397 pp. [ISBN: 2-213-60591-2].

Como muy bien nos previene Corvisier (antiguo miembro de l'École française d'Athènes y profesor de Historia de Grecia en la Universidad de Artois) en el prólogo de su libro, el lector que se aventure a leerlo debe liberarse primero del prejuicio comparativo: la figura de Filipo II, de enorme trascendencia para el devenir de la historia de Grecia y del Occidente antiguo, queda eclipsada siempre por la rutilante y excepcional figura de su hijo Alejandro. Si somos capaces de leer la biografía de Filipo II

sin pensar en Alejandro, la figura de aquél cobra por sí sola importancia, absoluta y relativa. Este libro es la reivindación de un gran hombre de Estado.

Para los macedonios, la Macedonia, era una región marginal, alejada de Atenas que era el faro cultural y político de Grecia. Para los atenienses, el rey Filipo II, era un *parvenu*, un oportunista megalómano que provoca la ira de un Demóstenes (ver aquí p. 216). En el mismo sentido, y aunque parezca paradójico a nuestros ojos, toda la acción política macedonia sería considerada anti griega.

Varios helenistas han tratado con cierta extensión la figura política de Filipo II, principalmente N.G.L. Hammond (también reconocido historiador «alejandrino»), y se han escrito muchas páginas sobre la tumba real descubierta hace unos veinte años en Vergina (especialmente los trabajos del arqueólogo Manolis Andronicos, que la atribuye a Filipo II) (cf. aquí las páginas 293-299, que Corvisier dedica al asunto), pero la verdad es que la vida y la obra política de Filipo II merecía mayor atención, una amplia monografía histórica, como la presente, que se urde a modo de biografía. Corvisier tiene como objetivo principal dar (darnos) una imagen ampliada y generosa de Filipo II, como el historidador-entomólogo que pone la lupa sobre su objeto de estudio, sobre su personaje, para traerlo a primer plano. Filipo es el fundador, el iniciador o el que sientas las bases, de un Imperio universal que culminará su hijo. «Universal»; ésta es la gran novedad; la conquista y unificación bajo un mismo «gran rey» del Occidente (Grecia) y del Oriente (Persia y más allá, hasta el Ganges). El sentido «universal» del territorio conquistado pueden discutirse, pero sí fue, en todo caso, una ampliación (de dimensiones inimaginables antes) del universo griego, paradójicamente llevado a cabo por griegos macedonios. La importancia política de Filipo II contrasta, como se ha apuntado, por un rechazo visceral hacia su persona por parte de los griegos, y no sólo de los contemporáneos (ver en tal sentido el anexo de pp. 301-316). Por desgracia para nosotros se perdió por completo el *opus magnum* sobre Filipo II, que debió ser importante no sólo por la extensión del escrito sino por su proximidad a los hechos. Me refiero a las *Philippika* de Teopompo.

La vida del personaje, de Filipo II, es el hilo conductor de los acontecimientos que su intervención provoca en la complicada situación política de la Grecia de mediados del siglo IV a.C. A la exposición o explicación de la situación de mediados del siglo IV dedica el autor todo el capítulo primero, mostrando el complejo sistema de «equilibrios y rupturas» que supone la irrupción de la dinastía macedonia en el concierto político, cuyo colofón es la llamada cuarta Guerra Sagrada, la victoria de Filipo en Queronea (338) y los dos años siguientes a esa «paz» griega. La derrota de los griegos (la liga tebana - ateniense) en Queronea (338) puso en manos del rey macedonio el poder que duraría siglos, y luego llegó la conquista romana. Puede decirse que tras la derrota de Queronea la «Grecia ateniense» cedió para siempre su hegemonía política. La polis como ciudad-Estado de dimensiones reducidas era un modelo caduco. La creación de nuevos métodos de combate, especialmente la *phalanx* creada por Filipo II, se convirtieron en instrumentos de un nuevo imperialismo basado en el poder de las armas. La mejor expresión es la confianza depositada en Filipo para conducir a todos los griegos contra Persia. Pero esa misión nunca la comenzaría, muriendo asesinado por un complot. La puesta en valor de Filipo como militar y táctico está bien desarrollada en el capítulo IV de este libro. Corvisier resume las aportaciones militares de Filipo en la creación de un ejército semi-profesional, en el uso de la falange como instrumento ofensivo, la potenciación de la caballería, de las tropas «ligeras» auxiliares, y de los mercenarios; la creación de una marina verdaderamente militar, la implantación del entrenamiento militar en conjunto y en el combate personal, así como el estudio y aplicación de sistemas de asedio y

conquista de ciudades (las «estratagemas»). Complemento necesario a toda estrategia militar es una buena diplomacia (ver al respecto todo el capítulo V), que en el caso de Filipo (y así lo explica Corvisier) es «un arma más» en un concierto bélico permanentemente abierto. Macedonia no sólo conquista, también organiza los territorios conquistados. Y, a su vez, las guerras de conquista influyen en la organización interna de un Estado macedonio cada vez más amplio: una organización económica y monetaria, una organización urbana y una adaptación de la realeza a los nuevos tiempos (ver el cap. VII sobre este tema).

La historia de los reyes macedonios es la historia de la ruptura de *status quo* (no tan sólido como ellos creían) ganado por Atenas a su rivales «griegos» por medio de lucha política y lucha militar desde el final de las Guerras Médicas. Naturalmente, para los griegos conservadores, Filipo venía a ser un «primo bárbaro»; y no se liberaría en la Antigüedad de esa etiqueta de «rey salvaje» por onerosa comparación con el ilustrado príncipe Alejandro que aprende cultura griega de labios de su maestro Aristóteles. El capítulo segundo está consagrado precisamente a mostrarnos una Macedonia emergente, un retrato de su geografía y de sus gentes, de sus instituciones, de la orgaznización de sus ciudades, y, en fin, mostrar cómo el medio determina en cierta medida el carácter de una realeza macedonia, que es singular, que no admite comparación con la realiza persa, y que, desde luego chirriaba en la concepción «democrática» de las *poleis* griegas (excepto Esparta). En el capítulo IV vemos los primeros resultados de la hegemonía (en el sentido griego del término, esto es, «jefatura militar») de Macedonia; y después, vistos los instrumentos de poder, se nos muestran los resultados: la intervención de Filipo en Tesalia, primero, y luego en prácticamente todo el territorio griego en las sucesivas «Guerras Sagradas». Resultado: la unificación de Grecia, tras veinte años de reinado de Filipo II. La unión se articula en la Liga de Corinto (pp. 257-262).

Un apartado grande de anotaciones aclaratorias o críticas (pp. 317-357), una generosa bibliografía (pp. 359-370), cronología, mapas e índices, en fin, completan una biografía escrita con rigor histórico. Este libro que viene a llenar un hueco incomprensiblemente vacío hasta ahora, y, tal como suele suceder al abordar el estudio de un personaje histórico, deviene en obra reivindicativa, no sólo de su persona sino de su obra política.

Sabino PEREA YÉBENES
Universidad de Murcia

François CHAMOUX, *Hellenistic Civilization*. Malden-Oxford-Melbourne-Berlin, Blackwell, 2003, 452 pp. +16 láminas + 12 planos + 10 mapas [ISBN: 0-631-22241-3].

La civilization hellénistique de François Chamoux vio la luz por primera vez en 1981 en su edición original en francés, y se presentaba como la continuación de su anterior obra *La civilisation grecque: à l'époque archaïque et classique*. Veintidós años más tarde, el profesor Michel Roussel de la universidad de Ottawa y la editorial Blackwell han sacado al mercado nuevamente el libro, esta vez traducido a la lengua inglesa, lo que demuestra que se trata todavía de una obra de referencia para los investigadores del mundo helenístico. El texto apenas ha sido alterado, aunque sí ha sufrido una revisión por parte del autor, en especial por lo que respecta a la bibliografía, organizada de forma temática para ofrecer una

guía de posibles lecturas a todo aquel que se introduzca por primera vez en el estudio de este interesante periodo de la cultura griega.

Como todo manual, la *Hellenistic Civilization* de Chamoux no pretende ser una obra exhaustiva sino ofrecer una visión global del mundo helenístico en todos sus aspectos relevantes. La introducción está dedicada al complicado asunto de las fuentes para la reconstrucción de esta época. A pesar de la pérdida de la mayor parte de la literatura, el autor se muestra optimista al destacar el creciente número de inscripciones, de hallazgos arqueológicos y de papiros con el que contamos. De hecho, a lo largo del texto se puede observar la utilización conjunta que hace de todas las fuentes, algo ante lo cual los investigadores se muestran en muchos casos reticentes, debido a la extrema especialización que separa a arqueólogos de historiadores. Sin embargo, este enfoque metodológico, adoptado por Chamoux, parece ser uno de los pocos caminos que permitan renovar los estudios clásicos, aunque desde el punto de vista metodológico plantea todavía multitud de dificultades[1].

Los primeros siete capítulos de la obra están dedicados a la narración de los hechos políticos y militares que acaecieron tanto en el Imperio de Alejandro como en los subsiguientes reinos helenísticos hasta su conquista por Roma. El autor no puede ocultar su admiración por la obra del joven macedónico del que destaca su genio militar y su proyecto de creación de una monarquía universal que únicamente llegaría a hacerse realidad con el Imperio romano. En la descripción de las constantes guerras que enfrentaron a los reinos de los diádocos, Chamoux destaca la personalidad de los distintos generales y hace hincapié en la destreza militar de Demetrio Poliorcetes y en la inteligencia y cultura de la reina Cleopatra. También hay lugar, no obstante, en el libro para la superviviencia de la *polis* como unidad política. El autor pone de manifiesto la mejora de las relaciones interurbanas desde el punto de vista comercial y político, que se concretizan en ocasiones en la formación de ligas y confederaciones. En cuanto a los asuntos internos, frente a una aparence continuidad en la vida pública, se observan algunos cambios como la participación de las mujeres de la clase gobernante en actividades cívicas o el aumento de los extranjeros y de los esclavos. Las relaciones con los distintos reinos también son abordadas en la capítulo dedicado al sistema de gobierno monárquico, que, según el autor, terminó por imponerse debido a su admirable capacidad militar.

Después de la extensa narración de las cuestiones políticas y militares, los temas restantes son tratados de forma sucinta. Economía, sociedad, arte, religión, literatura y ciencia se comprimen en tres capítulos. A algunos fenómenos les dedica una mayor atención que a otros como es el caso del desarrollo urbanístico y de la arquitectura tanto civil como militar, o de los cambios en la religiosidad. En este aspecto Chamoux pone de manifiesto que a los cultos tradicionales se les suman nuevas divinidades como Serapis y dioses de origen oriental como Cibeles, lo que, según él, no refleja una crisis del sentimiento religioso griego sino precisamente su vitalidad y dinamismo. El supuesto escepticismo al que condujo la religión tradicional habría que reducirlo exclusivamente a ciertos círculos filosóficos. En conjunto, para el autor el mundo helenístico no debe entenderse como un periodo de decadencia, ni de transición, sino como una compleja sociedad donde se conjugan la tradición con la innovación, la herencia del mundo clásico con la aceptación de tradiciones foráneas. También es un mundo de

[1] Storey, G.R. (1999): «Archaeology and Roman Society: Integrating Textual and Archaeological Data», *Journal of Archaeological Research*, 7, 3, pp.203-248.

luces y sombras con aspectos negativos como las luchas por el poder, y otros positivos como los avances en las ciencias y artes de cuyo legado somos herederos aún los habitantes del mundo occidental.

Hellenistic Civilization es, por tanto, una obra de síntesis donde se ha intentado que todos los temas relacionados con el mundo que aparece tras las conquistas de Alejandro Magno queden representados dentro de un esquema general. Por ello se presenta como un obra más de consulta que de lectura continuada. La narración es prolija en los detalles, sobre todo, por lo que respecta a los acontecimientos políticos y militares, y, gracias a los abundantes epígrafes que van jalonando los capítulos, su consulta es ciertamente sencilla. Con gran acierto se ha puesto, además, a disposición del lector una bibliografía por temas, como ya dijimos, un *lexicon* de los conceptos más importantes y una tabla cronológica, aparte de los abundantes mapas y del índice de términos. Tiene, así pues, todas las características de una obra de referencia de gran utilidad para el estudiante de Historia Antigua. No obstante, los más de veinte años que distan desde la primera edición han quedado reflejados en la estructura del manual, que favorece ciertos aspectos del mundo helenístico por encima de otros y en el tratamiento de los temas, cuyo enfoque la investigación ha modificado durante este tiempo. Así se observa, por ejemplo, que *The Greek World after Alexander 323-30BC* de Graham Shipley (Routledge, 2002), la obra de síntesis de más reciente publicación en lengua inglesa sobre este periodo, aún conservando un índice bastante parecido, da paso a cuestiones más innovadoras en el campo de la investigación como las relaciones de género y la identidad individual dentro de la *polis* o el papel de los filósofos dentro de la sociedad, aunque, por otra parte, dedica una menor atención a la narración detallada de los hechos. Esto demuestra, una vez más, que el planteamiento de las obras generales y de los manuales no es, como se podría suponer en un primer momento, una cuestión fácil de resolver. La elaboración de uno de estos textos es mucho más complicada que la investigación especializada, ya que requiere no sólo el conocimiento de una amplia bibliografía sino la capacidad de dar una interpretación novedosa que guíe toda la obra. Para ello es necesario que la investigación haya avanzado de forma evidente en todos los campos, pero también es deseable encontrar un equilibrio adecuado entre la exposición de los datos básicos y las interpretaciones más punteras. En el caso de *Hellenistic Civilization*, el autor posiblemente se ha inclinado más hacia el primer extremo. Esto, sin embargo, no resta interés a la obra, que puede considerarse, por otra parte, un manual de referencia para el estudio del mundo helenístico.

Ana RODRÍGUEZ MAYORGAS
Universidad Complutense de Madrid

P. SÁNCHEZ, *L'Amphictionie des Pyles et de Delphes. Recherches sur son rôle historique, des origines au IIe siècle de notre ère*. Stuttgart, Franz Steiner Verlag, 2001, 574 pp. [ISBN: 3-515-07785-5].

Según se detalla en la «Introducción general», el libro es el producto de un intenso trabajo llevado a cabo en ámbito internacional, publicado en francés en una editorial alemana, con los agradecimientos a algunos centros de los EEUU, por un autor de apellido español resultado de una tesis dirigida por un profesor de apellido italiano. El contenido se refiere a la institución más «internacional» de la antigua Grecia, la Anfictionía.

Tras un capítulo introductorio sobre la visión de los autores antiguos, el libro se divide en tres partes, correspondientes a la época inicial hasta el final del siglo V, al siglo IV y al período comprendido entre la hegemonía macedónica y la dominación romana. Tanto por los acontecimientos y por el papel desempeñado por la Anfictionía, como por el carácter explícito de las fuentes, destaca la época de Demóstenes y Filipo, debido a su presencia fuertemente notable en las relaciones de Filipo con los griegos. Aquí existen muchos problemas cronológicos entre 348 y 336, que se analizan a través de la epigrafía, sobre la que en realidad se apoya prácticamente toda la obra. La historia más minuciosa de la Anfictionía se desarrolla por ello en el siglo IV. Se completa el libro con varios apéndices sobre magistraturas e instituciones colectivas y funcionamiento de las actas. Al final, cuadros cronológicos, mapas, bibliografía e índices muy cuidados completan la valoración del libro. Además del uso crítico de las fuentes literarias y de la epigrafía, se revela la importancia de las excavaciones de la Escuela Francesa en Delfos para llevar a cabo este estudio.

La hipótesis, que se confirma en las conclusiones, estriba en que la Anfictionía no tuvo nunca un papel político definido, aunque en tiempos de la intervención romana se crea una imagen idealizada del pasado griego que le atribuye un papel panhelénico. A partir del s. I y del Imperio se considera la Anfictionía como organismo panhelénico vigente desde la época clásica. Corresponde a una historia idealizada de Grecia a través de Delfos, como la que floreció en tiempos de Plutarco. Su mayor protagonismo en este terreno estuvo realmente en la época de las luchas helenísticas entre los estados de Grecia central. Desde el punto de vista económico, sólo los lugares próximos como Cirra podían tener intereses en el funcionamiento de la Anfictionía, pero se limitan a la posesión de parcelas en la tierra sagrada o en el control de los mercados. Son evidentes sus funciones de protección en las relaciones comerciales, en lo que comparte las características de otras panegirias, o de los viejos santuarios empóricos. Este papel, sin embargo, siempre se encuentra en relación con el santuario de Antela más que con el de Delfos. Para las grandes potencias importaba como manifestación del prestigio de la ciudad a escala internacional. Por ello, fue elemento de propaganda de los protagonistas en varias épocas de la historia griega. La Anfictionía aparece como árbitro de las declaraciones de inviolabilidad por parte de los santuarios griegos, lo que repercute en el prestigio de todas las entidades que entren de un modo o de otro en contacto con ella.

Sí cree el autor que la capacidad de actuación del consejo anfictiónico depende de la fuerza de las ciudades que lo apoyen. En el siglo V es más víctima que responsable de los acontecimientos. La Anfictionía tiene una función puramente religiosa en los siglos VI y V y las ciudades influyen sobre Delfos al margen de la Anfictionía. Lo que más parece tener significación en la historia política de la Anfictionía es la época del dominio focidio. Así, el año 346 se considera un hito porque acaba la ocupación focidia. Se tienen en cuenta también los conflictos internos de los focidios en sus relaciones con los anfictiones.

Desde el punto de vista metodológico el autor renuncia habitualmente tomar posición sobre cuestiones hipotéticas, e incluso plantea frecuentemente dudas sobre la existencia de hechos tradicionalmente admitidos, como la Primera Guerra Sagrada. Pero sí cree que se ha producido la consagración del territorio de Crisa a Apolo por los anfictiones, en la línea de admitir la proyección económica referida al mundo agrario. También admite la posible coincidencia con el origen de las Píticas, como elemento de neutralización y desarrollo del carácter panhelénico del santuario. A alguna historia, como la de la embajada a los megarenses que terminó con la condena de éstos, le atribuye carácter etiológi-

co, creada con el fin de explicar el poder de la Anfictionía. Piensa que de ninguna manera la Anfictionía imponía regímenes políticos ni tenía proyección en este terreno. Tampoco hay argumentos válidos para demostrar que la Anfictionía funcionaba como árbitro en el siglo VI, pues Sánchez refuta el testimonio del Pseudo Plutarco como una de sus invenciones. En líneas generales, pues, adopta una actitud escéptica próxima al pirronismo.

En cuanto a las relaciones entre Delfos y los Alcmeónidas, Sánchez renuncia igualmente a tomar partido, como sobre casi todos los temas que requieran una explicación algo más matizada. En cambio juzga que la posición de Delfos frente a los persas reflejaba una «actitud prudente y llena de buen sentido», lo que sí es pronunciarse en un determinado sentido con ciertas implicaciones hacia los posibles juicios relacionados con las actitudes democráticas o despóticas de las entidades políticas antiguas. Pone en duda el texto de Plutarco que habla de las propuestas espartanas de represalias y la reacción de Temístocles. Cree que es falso que los espartanos hayan tratado de manipular el oráculo. Igualmente atribuye carácter ficticio al proceso sobre el trofeo de Leuctra por los tebanos, por su victoria sobre loe espartanos, debido al silencio de los autores del siglo IV. Da la impresión, pues, de que el autor, a pesar de sus declaraciones de imparcialidad, sí esconde ideas preconcebidas sobre los regímenes políticos antiguos y que el espartano le merece un especial respeto.

Tampoco está claro, desde su punto de vista, que los tebanos hayan controlado la Anfictionía desde 367. En general, Sánchez parece interesado en mostrar la independencia del consejo anfictiónico en todos sus términos. Opina, en cambio, que las fuentes pueden estar tergiversadas por los intereses de Atenas. La responsabilidad de la III Guerra Sagrada estaría más bien en los focidios, los tesalios, los atenienses y los lacedemonios que en los tebanos, en una situación compleja. Rechaza una interpretación del texto de Diodoro porque no cree que la Anfictionía haya intervenido a favor de apoyar la sumisión de las ciudades a Tebas. Con ello, el autor elimina las responsabilidades tebanas, que tradicionalmente se consideran un elemento clave en el comportamiento de la Anfictionía.

Todo ello lleva, en general, a la descripción del ambiente de los conflictos entre ciudades que favorecieron la intervención de Filipo, que se presenta así como defensor de Apolo. Los historiadores griegos sólo tienen en cuenta la Anfictionía a partir del momento en que sirve de motivo para la intervención de Filipo; antes, sólo importa de modo local. Desde 346 se convierte en instrumento político de Filipo. A través de la Anfictionía, Filipo podía forzar a Atenas a reconocer su hegemonía al cederle el primer lugar en Delfos. Así se enlaza con el problema de la responsabilidad de Filipo en la IV Guerra Sagrada. Cree que probablemente se trata de una querella fronteriza entre el santuario y Anfisa. Demóstenes echa la culpa a Filipo, pero no parecen sólidos los argumentos, según Sánchez. Sólo se hace cargo de la guerra para controlar la Grecia central. El rey más bien tendía a preservar el orden. Las querellas anfictiónicas permitieron a Filipo presentarse como protector del dios y como miembro de la comunidad griega (259). Todos los planteamientos referidos a esta época se enmarcan en una concepción de las relaciones entre Macedonia y los griegos que, en gran medida, tienden a revisar el papel de la defensa de la independencia de la ciudad estado que había caracterizado la bibliografía definida como antiautoritaria.

Las realidades y los problemas de la fuentes se complementan. Por ello existe una fuerte actividad documental en la época de la dominación macedónica, porque se convierte en elemento de su propaganda panhelénica y de la fuerte intervención de Filipo. La muerte de Alejandro trajo la ruptura que permitiría la introducción de los rasgos propios del período de las luchas por la hegemonía de los

reyes, reflejo vivo de la Historia de Grecia. La presidencia del consejo anfictiónico se convirtió en medio de reivindicar la sucesión de Alejandro. La lucha contra los etolios se convirtió en un programa que llega hasta la época de Filipo V. En gran medida, el protagonismo se ha concentrado en el crecimiento de la confederación etolia y de su representación en el consejo. Ello justifica la importancia de la Anfictionía en el s. III a.C. Etolios, romanos, macedonios y delfios serán los protagonistas en el siglo II. El nuevo ambiente explica la presencia de Roma como árbitro de un equilibrio precario.

Las repercusiones de la Guerra Mitridática en Grecia se tradujeron en la decadencia política y económica de los santuarios. El templo sólo sería restaurado en tiempos de Domiciano. Augusto concede el protagonismo a Nicópolis, la ciudad representativa de su victoria de Accio, y promueve la transformación de la anfictionía en una especie de *concilium* regional. Nerón amplía el número de miembros del consejo, pero restituye el protagonismo a los tesalios, como había hecho Flaminino al proclamar antes de Nerón la libertad de los griegos. Sin embargo, con el desarrollo de las rivalidades de las Pitias y las Pilias con apoyo de los tesalios, el emperador toma una actitud conservadora a favor de las tradiciones píticas.

La adaptación de las instituciones anfictiónicas al sistema romano se lleva a cabo con la facilidad correspondiente al proceso de integración de las poblaciones griegas en el Imperio. Es el ambiente en que se producen las intervenciones imperiales de protección y control. Pero el autor vuelve a negar el valor de las fuentes que atribuyen a Nerón una intervención favorable en el santuario, por falta de verosimilitud, lo que sin duda parece un prejuicio antineroniano. Entre los conflictos más interesantes entre Delfos y los anfictiones destaca el surgido por la tierra de Apolo a consecuencia de la intervención romana que deja sin tierra a Apolo. Vespasiano se las vende a Delfos y ello provoca protestas, mientras Adriano acude a «leyes comunes», es decir, romanas.

El papel político atribuido por algunos autores antiguos a la anfictionía responde a una concepción idealizada de la Grecia clásica, que según ellos debía solucionar sus problemas cooperativamente. En época imperial cambia el eje del poder y se sitúa en el norte, con los tesalios y los macedonios como dominantes, lo que había sido impulsado por los emperadores, frente a esa Grecia idealizada añorada por los griegos como Pausanias. La presencia en la Anfictionía es sólo un modo de controlar los asuntos sagrados y ganar prestigio, así como de desempeñar un importante papel en las relaciones con Roma. Por ello, Delfos y la Anfictionía experimentan un renacimiento dentro de las nuevas condiciones históricas del Imperio.

Se trata, pues, de un libro exhaustivo, donde se recuperan los datos después de más de un siglo en que el tema no había sido objeto de una monografía. Su planteamiento permite comprender la función religiosa de los santuarios, espejo de la historia de Grecia, por más que sus funciones estén especificadas al margen de la política. En líneas generales, el autor muestra una prudencia a veces excesiva en el momento de recoger los datos que requieren una interpretación relativamente comprometida.

Domingo PLÁCIDO
Universidad Complutense de Madrid

J. BODEL (ed.), *Epigraphic evidence. Ancient history from inscriptions*, London-New York, Routlege, 2001, 246 pp. + 50 figs. [ISBN: 0-415-11623-6].

El presente volumen se consagra al conocimiento de la Historia Antigua partiendo de la epigrafía. Ya el tema elegido es un gran acierto por ser la epigrafía una fuente de primer orden para el conocimiento de la Historia Antigua. El editor, profesor John Bodel, es un conocido epigrafista de la Universidad de Rutgers. El libro examina el tema en seis capítulos, a los que sigue una breve guía de los más importantes compendios de epigrafía griega y romana y de las más importantes revistas consultada de la materia.

El primer capítulo debido a la pluma del editor aborda las relaciones de la epigrafía y el historiador antiguo. Es un capítulo introductorio, pero muy significativo para comprender bien los restantes. En el segundo capítulo Maryline Parca, estudia las lenguas locales y las culturas nativas. Capítulo importante al analizar la epigrafía griega y latina escrita en diferentes dialectos como en Esparta y en Egipto. Particular importancia presta la autora a las inscripciones en lenguas locales del Imperio Romano, como las habladas en Britania, en Galia, en África, en Palmira. A este capítulo se podía haber añadido las inscripciones redactadas en lengua lusitana que son largas e importantes por su contenido.

El tercer capítulo es obra de la pluma de Olli Salonies. En el se examinan dos aspectos siempre importantes para la epigrafía, que es una fuente fundamental, cuales son la onomástica y la prosopografía. La epigrafía es la fuente más completa e importante para el estudio de las carreras de los personajes y al mismo tiempo la más completa de la onomástica.

El cuarto capítulo se debe a Richard Saller. Estudia en él los temas de la familia y de la sociedad con base a la epigráfica, el estatus social y el trabajo, la movilidad social y las relaciones sociales.

El quinto capítulo ha sido redactado por James Rives. Trata en él la vida civil y religiosa. Las inscripciones son una fuente de primer orden para conocer el funcionamiento de las instituciones civiles, religiosas y las asociaciones. Unas breves conclusiones cierran estos dos capítulos.

El último capítulo, el sexto, salido de la pluma de C. Pucci, se dedica a las inscripciones sobre *instrumenta* y sus incidencias en la economía. Se revisan, brevemente, los diferentes tipos de instrumenta sobre los que se realizan inscripciones, que son muy variados.

Ha sido un gran acierto la publicación del editor de este libro al tratar sucintamente todos los aspectos en los que la epigrafía es una fuente para el historiador. Puede ser un buen punto de partida para el uso de la epigrafía por el historiador. Como indica bien el título, es una aproximación bien lograda al mundo antiguo

José María BLÁZQUEZ
Universidad Complutense de Madrid

Petra AMANN, *Die Etruskerin. Geschlechterverhältnis und Stellung der Frau im frühen Etrurien (9.-5. Jh. v. Chr.)* (Archäologische Forschungen, 5), Wien, Österreichische Akademie der Wissenschaften, 2000, 252 pp. + 41 láms. [ISBN: 3-7001-2934-3].

Es evidente que los estudios consagrados a la mujer en la Antigüedad han experimentado en los últimos decenios un considerable auge, en paralelo a las propias transformaciones sociales que vive el

mundo contemporáneo. En este sentido, la sociedad etrusca enfocada desde esta perspectiva no se ha visto marginada de la corriente general, habida cuenta además que la mujer gozaba en el seno de esta civilización de una situación ciertamente distinta a su contemporánea romana y en gran medida también la griega. Por ello, el *mundus muliebris* etrusco se presenta como un campo de estudio provisto de gran atractivo, pese a las dificultades que ofrece culquier aspecto relativo a la cultura y la historia de este antiguo pueblo itálico, y hacia el mismo se han encaminado no pocos esfuerzos. Resultado de todo ello son unas decenas de pequeños trabajos sobre temas específicos y escasas obras monográficas que sin embargo no han colmado, sino parcialmente, todas las expectativas. El presente libro de P. Amann cubre en este aspecto un hueco de excepcional importancia, pues además contiene el mérito añadido de centrarse en una época que por un lado coincide con la de mayor esplendor de la civilización etrusca, pero por otro la documentación disponible carece de la cantidad y calidad de la relativa a la época helenística, cuando el volumen de datos epigráficos e iconográficos sobre el universo femenino es más abundante.

La autora propone en su libro un recorrido muy completo por todos los aspectos que definen ese *mundus muliebris*, exprimiendo al máximo la variada documentación que es posible utilizar. La ausencia de una literatura etrusca obliga a fijar mayor atención en otras fuentes de información distintas a las literarias, como las arqueológicas y las epigráficas, cuyas posibilidades de interpretación no son siempre las deseables, lo cual es afrontado por P. Amann con suficiente esfuerzo y disciplina metodológica para salir muy airosa de la prueba. La parte más densa de la obra consiste en una exposición sistemática, con análisis detallados y precisos, de los documentos arqueológicos, epigráficos e iconográficos donde se constata la presencia del elemento femenino, para así poder obtener conclusiones parciales sobre aquellos objetos, características y modos que pueden ser considerados propios de la mujer. En definitiva, el estudio del material es prácticamente exhaustivo y constituye en consecuencia un vivero excepcional de datos ya sistematizados, fuente inagotable en la que necesariamente han de beber los futuros estudios que de una manera u otra pretendan evocar la condición de la mujer etrusca. Y lo mismo cabe decir del repertorio bibliográfico, muy completo y constitutivo por sí mismo de un instrumento de enorme utilidad (naturalmente siempre es posible señalar alguna ausencia, como las páginas que dedica al tema F. Altheim en el volumen I de su *Epochen der römischen Geschichte*, Frankfurt, 1934, o el trabajo de L. Bonfante Warren, «Il vestito e il nudo nell'arte chiusina», publicado en Firenze en 1993 en la obra colectiva *La civiltà di Chiusi e del suo territorio*).

A la hora de establecer conclusiones, P. Amann se alza contra la visión generalizada sobre la mujer etrusca en su vertiente social, que proporciona una imagen de emancipación y de libertad en diversos ámbitos que choca con sus contemporáneas de otras culturas mediterráneas. Pero en opinión de la autora no existen verdaderamente grandes diferencias, pues la sociedad etrusca arcaica se articula a partir de la estructura gentilicia, donde la figura del padre asume todo el protagonismo. En definitiva, conviene actuar con cautela y no exagerar la visión que nos hacemos sobre la posición de la mujer, que no es miembro representativo de la ciudad, condición que pertenece al hombre, sino simplemente parte de la familia.

En términos generales, no se puede negar a Amann el valor de sus argumentos y en cierta medida de sus conclusiones (así, sabemos que en la Roma arcaica la mujer participaba en el banquete, como se observa a través de alguna insripción de carácter imposiaco), pero la autora no ahonda en las posibilidades que le ofrecen ciertas singularidades etruscas. Tal sucede con el análisis del material icono-

gráfico, en especial aquellos ejemplares que contienen escenas eróticas. Algunas de ellas se incluyen en el ambiente funerario, por lo que Amann las remite a un «dionysich-jenseitsbezogenen Kontext» (p. 149), o cuando considera la célebre *oinochoe* de Tragliatella ve en su programa figurativo una referencia al mito (p. 130). La autora se inclina en estos casos por una interpretación que puede ser plausible, al menos por estar avalada por una firme tradición historiográfica. Pero el erotismo femenino en la iconografía etrusca se amplía a otros documentos que no cuadran tan perfectamente en la visión que defiende y que pueden alterar, o enriquecer mediante otras vías, la comprensión de los anteriores. Ciñéndonos a los siglos objeto de estudio del presente libro, y sin ánimo de catálogo, puede recordarse un *pithos* procedente de Barbarano Romano de la segunda mitad del siglo VI, donde el *symplegma* que se escenifica carece de toda perspectiva ritual o simbólica (I. Caruso y A. Cassota, «Attività archeologica a Barbarano Romano», en *Archeologia nella Tuscia. 2* (QuadAEI 13), Roma, 1986, p. 137). Muy significativo es también un sarcófago clusino de finales del siglo VI, actualmente en el Louvre, con representación de una escena orgiástica que viene a ser un compendio de *ara amatoria* (J.-R. Jannot, *Les reliefs archaïques de Chiusi*, Roma, 1984, pp. 23 ss.). Respecto a este último, una referencia al mundo funerario es innegable, de manera que la explosión de sexualidad que contiene no es sino una respuesta a la propia idea de la muerte, pero el realismo es tan crudo que induce a pensar en una intención, por parte del artista, muy alejada de un mero simbolismo. En definitiva, estas escenas no son sino la antesala de unos motivos que tandrán mayor difusión en época helenística, según se observa en diversos espejos, elementos característicos del universo femenino, y que destacan la libertad sexual de la mujer etrusca no como un objetivo recién adquirido, sino ya existente en los siglos anteriores. Esta situación va pareja a la posibilidad de la mujer para poseer y gestionar sus propios bienes, privilegio ya documentado en la época arcaica (Cf. G. Colonna, «Ceramisti e donne padrone di bottega nell'Etruria arcaica», en *Indogermanica et Italica. Festschrift H. Rix*, Innsbruck, 1993, 61-68.), lo cual le permite gozar de una personalidad propia en la sociedad. Es en este contexto donde se inscriben las críticas de la historiografía griega del siglo IV, que juzga como inmorales unos hechos y modos que no llega a comprender en su verdadero significado. Sin embargo, la descripción que ofrece Aristóteles sobre la mujer espartana no está en posición muy distante a lo que sabemos sobre la etrusca, invocándola como explicación de un fenómeno que también aquejaba al mundo etrusco, la oligantropía y el correspondiente carácter oligárquico que se imponía tanto en Etruria como en Esparta. Con esto se concede en última instancia la razón a P. Amann, la mujer etrusca no representa un caso independiente y aislado en el mundo antiguo, pero a la vez sí hay que reconocer, y en no escasa medida, un alejamiento de la jonia y de la romana.

Jorge MARTÍNEZ-PINNA
Universidad de Málaga

José A. DELGADO DELGADO: *Sacerdocios y Sacerdotes de la Antigüedad Clásica* (Biblioteca de las Religiones, núm. 9), Madrid, Ediciones del Orto, 2000, 94 pp. [ISBN 84-7923-237-4].

La presente obra pertenece a la colección *Religiones y Textos* de la Biblioteca de las Religiones, dirigida por Francisco Díez de Velasco, y dedicada la realización de síntesis sobre distintos aspectos rela-

cionados con las religiones que han sido practicadas, o que siguen siéndolo, a lo largo y ancho de la geografía mundial, así como sobre algunos de los investigadores que se han dedicado a su estudio.

El caso concreto que nos ocupa nos aproxima a un tema muy específico de la religión clásica normalmente poco desarrollado en los manuales: los distintos tipos de sacerdotes y sacerdocios que existieron en la Antigüedad griega y romana. El papel que jugaban estos grupos sacerdotales en la vida de sus ciudades era fundamental, ya que por regla general eran los encargados de realizar adecuadamente y conforme al rito establecido los sacrificios y ceremonias religiosas que debían tributarse a los dioses. Esto era algo muy importante en el mundo antiguo, dado que la realización de manera incorrecta del ritual podía provocar la ira de los dioses, lo cual a su vez podía conllevar consecuencias nefastas para toda la comunidad.

El interés que suscita el libro radica precisamente en que deja de lado temas tan trillados como el de las funciones y atributos de las divinidades, o la descripción de sus santuarios, para centrarse en un aspecto más «real» de las religiones clásicas. Sin embargo, dada la brevedad que exige esta colección de libros de bolsillo, así como la gran diversidad de «especialistas» religiosos existentes en las distintas *poleis* griegas y ciudades romanas, al autor no le queda más remedio que centrarse únicamente en la situación existente en Atenas y en Roma. No obstante, la parte romana se completa con un capítulo dedicado a la forma en que se articuló el sacerdocio en las provincias occidentales del Imperio.

El desarrollo seguido es más o menos el mismo para ambas casos. Así, tras una introducción en la que José A. Delgado explica la clase de fuentes que han de ser empleadas para realizar este tipo de investigación, señalando también los problemas que plantean, se pasa a la descripción de los diferentes tipos de sacerdocios, la forma de acceder a ellos, los requisitos necesarios, su duración, o las obligaciones y competencias que conllevaban. Finalmente, el autor hace una relación de los sacerdotes y sacerdotisas públicos más importantes en la que indica sus funciones específicas y los festivales en los que participaban.

Toda esta exposición se completa con un cuadro cronológico y una antología de textos. En el primero se recogen las fechas aproximadas de algunos acontecimientos importantes para el desarrollo de las actividades sacerdotales, así como las noticias que tenemos sobre la aparición y la extinción de determinados sacerdocios. En cuanto a los textos, éstos han sido seleccionados y en algunos casos incluso traducidos por el propio autor, siendo digno de destacar su utilidad para contrastar la información dada.

María Elena RODRÍGUEZ TEN
Universidad Complutense de Madrid

Marcel DETIENNE, *Apolo con el cuchillo en la mano. Una aproximación experimental al politeísmo griego*, Trad. Mar Llinares García. Madrid, Editorial Akal, 2001, 287 pp. [ISBN: 84-460-1137-9].

Estamos ante una obra profunda, fruto de muchos años de trabajo, con la que Detienne pretende hacer entrar un poco de aire fresco en la investigación, no sólo por usar un nuevo método de trabajo, sino también por tratar de acabar con varias de las ideas firmemente establecidas acerca de los dioses griegos. Una de ellas es la percepción de los dioses como «bloques monolíticos». El sistema politeísta griego era mucho más complejo de lo que tradicionalmente se ha querido ver, y bajo una misma

divinidad se aunaban características muy dispares. Por ello, Detienne cree que va siendo ya hora de dejar a un lado la visión de los dioses como entes que ejercían su influencia de forma autónoma, y sólo sobre ciertas facetas de la vida humana que tenían asignadas. Los dioses griegos interactuaban entre sí, y prueba de ello son la existencia de santuarios y altares compartidos, así como de festivales que se celebraban en honor de varias divinidades.

El nuevo método de aproximación empleado consiste, según las palabras del propio autor, en «hacer reaccionar a los dioses frente a objetos concretos, a gestos y situaciones, que sirven así de 'reactivos' para ver 'qué pasa' en el interior de un campo delimitado o de una configuración cuya lógica queremos exponer o cuyas potencialidades queremos someter a prueba». De este modo cree además que evitará caer en el típico error de atribuir un determinado rasgo a la divinidad y considerarlo como el más primitivo, clasificando los demás como secundarios o tardíos.

En esta ocasión el dios elegido es Apolo, dios de la razón, de lo bello y de la mesura, pero a la vez un dios oscuro que posee una serie de facetas muy distintas a las que estamos acostumbrados a encontrar en los grandes manuales de mitología, ya que se ve inmerso en las pasiones humanas, y éstas le hacen sufrir y comportarse de forma poco «divina», cometiendo delitos de sangre que debe expiar sufriendo diversos castigos.

Sería imposible hacer referencia aquí a todos y cada uno de los distintos puntos tratados en los siete capítulos que componen el libro, pues son muchos los años que lleva Detienne en la investigación, y ello le permite establecer conexiones de lo más inusitado a medida que va desgranando los temas que se ha propuesto investigar. El curioso título de la obra, que no hace más que expresar la estrecha vinculación existente entre el cuchillo y Apolo, da un atisbo de lo que vamos a encontrar en él, pues es precisamente con el cuchillo con el que se trazan nuevos caminos, con el que se delimitan los lotes de las nuevas ciudades, con el que se degüella a las víctimas en los altares, y con el que se cometen crímenes que han de ser purificados.

En primer lugar nos encontramos pues con un Apolo fundador y creador de caminos (primer capítulo), tal y como le muestra el Himno Homérico a él dedicado, en el que aparece abriendo a su paso diferentes caminos desde Delos hasta Delfos, buscando un lugar en el que fundar su santuario. Apolo crea y organiza caminos y rutas, primero de forma «física», y posteriormente de forma oracular, señalando el camino a aquellos que van en busca de tierras donde fundar nuevas ciudades. El dios participa así en la creación de nuevas *poleis* (capítulos cuarto y quinto), en las que no sólo está presente como divinidad protectora que ha dirigido el viaje y la fundación, sino también como protector de la vida «política» que se origina en la recién creada ciudad, de ahí que muchos autores hayan visto en él a uno de los dioses «cívicos» y «civilizadores» por excelencia.

La presencia de Apolo en las obras homéricas es objeto de estudio en el segundo capítulo. En la *Ilíada* no hay duda de la importancia de Apolo, ya que aparece nombrado en numerosas ocasiones y participa activamente en la batalla. Sin embargo, en la *Odisea* no está tan clara su presencia: es mencionado en alguna ocasión, pero no es hasta los cantos finales cuando su figura emerge con más fuerza. Apolo es un dios que vela por la realización adecuada de los sacrificios y no perdona la impiedad humana, en este caso el olvido de los hombres al no dar a los dioses lo que les corresponde. Así, a pesar de que no esté expresamente mencionado, en la matanza de los pretendientes se vislumbra la presencia de esta divinidad. Los pretendientes han estado celebrando banquetes sin realizar libaciones ni sacri-

ficios a los dioses, y por ello acabarán muriendo curiosamente el mismo día que Ítaca tiene consagrado a Apolo, siendo el arma empleada por Ulises el arco, que es precisamente la favorita del dios.

De este modo podemos decir que Apolo es un dios que gusta de los sacrificios, de las hecatombes, como cualquier otro dios, y que vela por su correcta realización. Pero en el tercer capítulo observamos que, junto a esto, hay una serie de epítetos que revelan una faceta poco común de la divinidad, ya que le muestran como un dios voraz y «fascinado por la trastienda de las cocinas de algunos de sus santuarios». Es también un dios de las cenizas, de los altares hechos con sangre seca y de los restos del sacrificio en general. Por ello no es extraño que en la tradición de los Himnos Homéricos Apolo sea, junto a Hermes, el dios más activo en las prácticas sacrificiales, instruyendo a sus sacerdotes en el ritual de los sacrificios y elogiando el cuchillo que sirve para degollar a las víctimas, para derramar la sangre.

Este gusto por la sangre, por lo impuro, no se opone a su figura como dios purificador por excelencia. Es cierto que Apolo es un dios que comete crímenes, y él mismo debe ser purificado cumpliendo los castigos que otros dioses le imponen. Pero también es él quien envía plagas, epidemias y pestes cuando se ha producido una mancha que no ha sido purificada, y es a él al que se dirigen todos aquellos que han quedado impuros por haber cometido algún delito, al que piden consejo para expiar su culpa, al que consultan para saber cómo librarse de su mancha (séptimo capítulo).

Especialmente interesante nos ha parecido la confrontación de Apolo con otros dioses que se realiza en el sexto capítulo. No obstante, no hay que esperar un estudio pormenorizado con todas las divinidades olímpicas, ya que para no alargar excesivamente la obra, Detienne analiza únicamente la relación de Apolo con aquellos que están presentes en Delfos, es decir, con Temis, la anterior moradora del oráculo, Gea Hestia y Posidón.

Quizá el único reproche que se le pueda hacer a este libro es que, a pesar de la inmensa bibliografía consultada por el autor, como se puede comprobar en las notas a pié de página, ésta no aparezca recopilada al final de la obra.

Es de destacar la excelente traducción realizada y el gran cuidado con el que se ha realizado la transcripción de los vocablos griegos.

María Elena Rodríguez Ten
Universidad Complutense de Madrid

Ana Iriarte Goñi, *De Amazonas a ciudadanos. Pretexto ginecocrático y patriarcado en la Grecia antigua*, Madrid, Editorial Akal, 2002, 202 pp. [ISBN 84-460-1168-9].

Tras doce años desde de la publicación de *Las redes del enigma. Voces femeninas en el pensamiento griego*, Ana Iriarte retoma alguno de los temas que trató en este libro, centrándose esta vez en un tema tan polémico como es el de la posible existencia del matriarcado en la antigüedad.

No obstante, conviene decir desde el principio que, a pesar de que se trate de una «autora», éste no es un libro de carácter feminista, y no encontraremos en él una defensa a ultranza del carácter matriarcal de alguna de las etapas por las que pasaron las sociedades antiguas. Muy al contrario, Iriarte se desmarca de la corriente comenzada por Bachofen en 1861, y continuada hasta nuestros días con gran éxito por numerosos investigadores, destacando M. Gimbutas, y se muestra partidaria de la idea

Para finalizar, Iriarte opta por realizar un estudio acerca del mito de la ginecocracia originaria de los vascos, centrándose en la figura de la diosa Mari, en el que la autora vuelve a ver un ejemplo más de cómo ciertas figuras femeninas fueron inventadas como primigenias para otorgar un origen distintivo al pueblo en el que se crearon, y a la vez para mostrar la superación de dicho origen por un orden mucho más evolucionado.

El libro se cierra con la extensa bibliografía manejada y con un índice analítico.

María Elena RODRÍGUEZ TEN
Universidad Complutense de Madrid

Peter M. FISCHER (ed.): *Contributions to the Archaeology and History of the Bronze and Iron Ages in the Eastern Mediterranean. Studies in Honour of Paul Åström*, Viena, Österreichisches Archäologisches Institut, 2001, xiv + 223 pp. [ISBN 3-900305-38-2].

El presente volumen recoge una serie de trabajos presentados en honor del profesor sueco Paul Åström. Este prolífico estudioso del mundo antiguo es especialmente conocido gracias a sus excavaciones en Hala Sultan Tekke (Chipre) y en Midea- Dendra (Grecia), así como por sus numerosas publicaciones sobre la arqueología y prehistoria de Chipre. Inició sus investigaciones en este campo cuando todavía se trataba de un terreno inexplorado, e hizo avanzar considerablemente el conocimiento sobre el mundo chipriota, mostrando la gran importancia de la isla a la hora de comprender determinados momentos de la Prehistoria y de la Edad del Bronce en el Egeo, ya que sirvió de nexo entre las distintas culturas que se desarrollaron en la zona. Por eso, la mayor parte de las participaciones que encontramos en la obra tratan sobre diferentes aspectos relacionados con Chipre, aunque también hay algunas relacionadas con el mundo micénico y próximo-oriental.

Pavlos Flourentzos en «An Early/ Middle Bronze Age Tomb from Tersephanou» (pp. 1-8) describe los objetos encontrados en una tumba cercana al actual pueblo de Tersefanou, muy próximo al yacimiento del Bronce Final de Hala Sultan Tekke, que permiten fecharla entre el Bronce Antiguo y el Bronce Medio, y ponerla en relación con necrópolis cercanas pertenecientes a la misma época.

Por su parte, David Frankel, «A Decade at Makri *Alonia*: Aspect and Prospect» (pp. 9-22), da a conocer las conclusiones obtenidas tras ocho campañas de excavación en el yacimiento del Bronce Antiguo de Makri *Alonia*, realizadas por la Expedición Australiana de Chipre. Las estructuras excavadas y los objetos encontrados permiten conocer aspectos tales como el desarrollo histórico del poblado durante unos seis siglos, su economía, e incluso la estructura interior de las casas y la función de las distintas habitaciones.

Robert S. Merrillees, «Einar Gjerstad and 'His' Collection of Cypriote Antiquities» (pp. 23- 28), describe nueve vasos de origen chipriota pertenecientes a distintas épocas, donados por Martin Gjerstad, hijo de Einar Gjerstad, al Museo de Antigüedades Clásicas del Instituto de Arqueología Clásica de la Universidad de Lund.

Ellen Herscher, «An Exotic Animal in the Circus King's Museum» (pp. 29- 42), realiza un exhaustivo estudio de dos *askoi* fechados hacia el Bronce Medio, así como otros objetos similares hallados en la zona central de Chipre.

Stella M. Lubsen-Admiral, «Proto White Slip Ware Jug with Ibex Heads» (pp. 43-52), estudia el empleo de motivos decorativos tan peculiares como son las cabezas de íbex que aparecen en varias jarras de origen chipriota expuestas en diferentes museos, para proponer la teoría de que podrían haber sido producidas en la misma zona de la isla.

Vassos Karageorghis y Karin Nys, «A Late Cypriote Bronze Age Anthropomorphic Vase in Copenhagen» (pp. 53-60), describen en este artículo una vasija chipriota antropomórfica anteriormente fechada en la Edad del Hierro, pero que realmente pertenece al Bronce Final, cuya decoración carece de paralelos exactos conocidos.

Sophocles Hadjisavvas, «Seal Impressed Pithos Fragments from Alassa: Some Preliminary Thoughts» (pp. 61-68), describe las escenas que decoran varios fragmentos de *pithoi* hallados en Alassa, de las que se ha dicho que quizá habrían tenido una función muy específica: servir para identificar el contenido de la vasija.

Jennifer M. Webb, «The Sanctuary of the Ingot God at Enkomi. A New Reading of its Construction, Use and Abandonment» (pp. 69-82), propone que este santuario de Enkomi datarían del Bronce Final IIIB, siendo el sucesor de otro edificio con funciones cultuales perteneciente al Bronce Final IIC y IIIA. Además sugiere que podría haber estado dedicado a dos divinidades y no a una sola, como se había venido defendiendo hasta ahora.

Joanna S. Smith, «Bone Weaving Tools of the Late Bronze Age» (pp. 83-90), estudia los objetos de hueso tradicionalmente interpretados como posibles utensilios para escribir sobre arcilla, para proponer la idea de que realmente estamos ante herramientas de trabajo relacionadas con la producción textil.

Frieda Vandenabeele, «Cypriote Terracottas Representing Gods» (pp. 91-97), presenta una breve relación de las representaciones chipriotas de dioses en terracota, mostrando especial énfasis en las influencias griegas y próximo-orientales.

Hans-Günter Buchholz, «Zweimal eine bronzene Tierkampfgruppe aus Zypern» (pp. 97-112), estudia unos objetos de bronce que representan a dos leones dando caza a un animal, los cuales habrían sido utilizados a modo de asas, y trata de establecer el lugar de origen de este tema artístico y su cronología.

Eva Rysted, «Iconographical Notes on Two Stele Fragments from Grave Circle A at Mycenae» (pp. 113-120), hace un estudio iconográfico de las representaciones figurativas de dos fragmentos de estelas micénicas, para acabar afirmando que habrían formado parte de escenas relacionadas con carros.

Katie Demakopoulo, «A Mycenaean Pictorial Vase in the National Archaeological Museum, Athens», con un apéndice de Richard E. JONES (pp. 121-126), describe una magnífica cerámica micénica expuesta en el Museo Nacional de Atenas, tras haber sido encontrada en una colección ilegal de antigüedades.

Thanasis J. Papadopoulos y Litsa Kontorli-Papadopoulo, «Death, Power and Troubles in Late Mycenaean Peloponnese. The Evidence of the Warrior-Graves» (pp. 127-138) exponen cómo la presencia en el Peloponeso de numerosas tumbas de guerreros con importantes ajuares habla en favor de la existencia de una sociedad bien organizada en torno a determinados centros de poder, con líderes y oficiales capaces de proteger a los habitantes de peligros externos, así como de velar por el correcto funcionamiento interno.

Carl-Gustaf Styrneius en «The Submycenaean Period Revisited» (pp. 139-142), recoge algunos de los trabajos realizados sobre el período Submicénico desde la publicación de su tesis doctoral, señalando la controversia que hay en la investigación a la hora de denominar a esta época con dicho término o con el de Siglos Oscuros.

Robin Hägg, «Religious Processions in Mycenaean Greece» (pp. 143-148), nos muestra el importante papel que tuvieron las procesiones rituales en los festivales religiosos micénicos mediante el empleo de los hallazgos arqueológicos, de las representaciones iconográficas, y de los documentos en Lineal B.

Annie Caubet y Marguerite Yon, «Une coupe inscrite en chypro-minoen à Ras Shamra et les «trésors» d'Ougarit» (pp. 149-158), discuten los posibles motivos que habrían llevado al enterramiento en la zona de Ugarit de diversos objetos de valor, conocidos en la investigación como «tesoros», a la vez que estudian su tipología y cronología.

Peter M. Fischer, «Cypriote Finds from the Renewed Excavations at Tell el-ᶜAjjul: Statistics and Chronology» (pp. 159-170), expone que si bien las excavaciones realizadas en Tell el-ᶜAjjul en los años 30 y 50 revelaron que se trataba de un importante asentamiento del Oriente Próximo, con contactos con Egipto, Chipre, Grecia, Creta, Siria, Anatolia y otras zonas próximo-orientales, las campañas de 1999 y 2000 han demostrado la preeminencia de los contactos con Chipre, de donde proviene la mayor parte de las cerámicas importadas, que además han ayudado a fechar los estratos en los que fueron halladas.

Manfred Bietak, Irene Forstner-Müller y Christa Mlinar, «The Beginning of the Hyksos Period at Tell el-Dabᶜa: A Subtle Change in Material Culture» (pp. 171-182). A través del estudio de las cerámicas y objetos de uso doméstico hallados en Tell el- Dabᶜa, Avaris, los autores han observado una serie de cambios en la tipología que sin duda están relacionados con la transformación de esta ciudad en la capital de los hicsos. De este modo, su ubicación estratigráfica sirve para establecer con mayor seguridad el momento en el que la ciudad pasó a ser un centro de mayor importancia y, por tanto, el comienzo de la XV Dinastía egipcia.

Kathryn O. Eriksson, «A Close Shave: The New Evidence for Chronology of Egyptian New Kingdom *Mechak* Razors found in Late Cypriot I Tombs in Northwestern Cyprus» (pp. 183-200), considera que el hallazgo en Ayia Irini y Toumba tou Skourou de dos hojas de afeitar muy similares a dos tipos de hojas egipcias, supone un nuevo argumento a favor de la teoría de que gran parte del Bronce Final chipriota I habría sido contemporáneo de la XVIII Dinastía egipcia.

María Elena Rodríguez Ten
Universidad Complutense de Madrid

Brunilde Sismondo Ridgway, *Prayers in Stone: Greek Architectural Sculpture ca. 600-100 B.C.E.*, Berkeley-Los Angeles- London, University of California Press, 1999, XVI + 255 pp., 6 mapas + 30 ilustraciones + 8 láminas. [ISBN 0-520-21556-7].

B. Ridgway es toda una autoridad en lo que a escultura griega se refiere, habiendo realizado numerosos estudios sobre sus diferentes estilos y etapas. Por eso no es de extrañar que sea capaz de reconocer los vacíos existentes dentro de la investigación sobre este tema, y trate de profundizar en ellos. Tal

es el objetivo de este libro, cuyo contenido fue expuesto por la autora en las Sather Lectures de la Universidad de Berkeley, California, durante el año 1996.

Si bien la «escultura arquitectónica» griega, es decir, todas aquellas obras escultóricas que formaban parte de los edificios y monumentos griegos, ha sido descrita en muchos manuales de arte con más o menos rigor, son pocos los que se han molestado en ir más allá de la mera exposición y descripción tipológica. Es precisamente esto lo que ha llevado a la autora a emprender la presente investigación, al considerar necesaria una mayor concienciación de lo que son y significan este tipo de esculturas. Por un lado, han de ser vistas como «verdaderas» obras de arte griego en el pleno sentido de la palabra, y no las copias romanas que estamos acostumbrados a estudiar. Por otro, han de ser valoradas como una importante ayuda a la hora de establecer la cronología y la evolución de los distintos estilos artísticos, ya que al formar parte de edificios son más fácilmente datables. Por último, no hay que olvidar su papel como claro exponente de la cultura griega, sirviendo de vía de educación y de transmisión de una serie de creencias religiosas y políticas.

De este modo, no se puede seguir defendiendo que toda esa parafernalia escultórica se debiera a un puro deseo estético, es decir, que su razón de ser se redujera a la simple decoración: prueba de ello es que los edificios que cuentan con estas esculturas y relieves son una minoría, y lo normal es que carezcan de ellas. Detrás de todo este despliegue de figuras hay un programa previo, diseñado junto con el edificio, de manera que arquitectura y escultura se unen formando un todo, un conjunto indisoluble. Dicho programa habría sido ideado por uno o varios artistas, dependiendo de la ocasión, y con toda seguridad se habría visto influido por las tradiciones locales, por el momento histórico o, sobre todo, por los estamentos políticos y religiosos de la zona que habrían tratado de usar este inmejorable «marco publicitario» para plasmar su ideología y las versiones favorables de ciertos mitos. El único paralelo posible que nos permite comprender la finalidad de estas obras son las fachadas de las catedrales medievales, donde todas y cada una de sus figuras respondían a alguna clase de simbología perfectamente entendida por los feligreses, pero cuyo significado se ha perdido con el paso de los siglos, no siendo tan evidente para nosotros a pesar de seguir practicando la misma religión.

B.Ridgway analiza en este libro aspectos muy interesantes, tales como la visibilidad de las obras o su color original. Determinadas esculturas, como puede ser el caso de los frontones de los templos, eran visibles sin muchos problemas para todos aquellos que se acercaran hasta estos edificios. Sin embargo, esto no sucedía con los episodios narrados en los frisos y metopas, que no podían ser vistos de manera continuada, siendo imprescindible moverse alrededor del templo y buscar el ángulo más apropiado.

En lo que respecta al aspecto original de las obras de arte en el mundo griego, ya sabemos que aunque estemos acostumbrados a verlas con el color original de la piedra, no fueron ideadas así por sus creadores, sino que en la Antigüedad estaban pintadas de colores vivos, tales como el rojo, azul, negro o amarillo, entre otros, al igual que los edificios en los que se hallaban. Algunos investigadores han tratado de buscar una explicación a esta policromía, llegando a hablar de la existencia de un código simbólico oculto en el empleo de estos colores. Sin embargo, Ridgway rechaza esta hipótesis y propone una solución más «útil»: los colores habrían sido utilizados simplemente para hacer más visibles las figuras a aquellos que las observaban.

La obra concluye con un interesante estudio sobre la evolución del significado de los temas empleados en las decoraciones arquitectónicas con el paso de los siglos.

Es de destacar la gran cantidad de bibliografía manejada por la autora, algo lógico teniendo en cuenta que se trata de una experta en el tema, así como la inclusión de un glosario de términos artísticos al principio de la obra, y de una serie de mapas e ilustraciones que permiten visualizar algunas de las ideas sugeridas.

María Elena RODRÍGUEZ TEN
Universidad Complutense de Madrid

Julián GALLEGO (ed.): *Prácticas religiosas, regímenes discursivos y el poder político en el mundo grecorromano*, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, 2001, 257 pp.

Bajo este título encontramos las aportaciones realizadas por varios profesores al proyecto del mismo nombre que fue dirigido por Julián Gallego, Profesor de la Universidad de Buenos Aires. La idea del proyecto, tal y como la desarrolla Domingo PLÁCIDO en el primer capítulo del libro, «Prácticas religiosas, regímenes discursivos y poder político en el mundo grecorromano. Introducción» (pp. 13-30), era la de observar cómo el poder político y la religión se relacionan entre sí en el mundo clásico, manifestándose a través de mecanismos discursivos complejos que influyen en las comunidades en que se desarrollan y en sus relaciones históricas. Los regímenes discursivos aquí tratados son la representación teatral, la historiografía, el discurso jurídico, la reflexión teológica y la hagiografía, en diferentes momentos de la Antigüedad: la Atenas clásica (V-IV a.C.), la República y el Alto Imperio (II a.C.-II d.C.), el África bajoimperial (IV-V d.C.), la Galia y la España Tardoantiguas (V-VI d.C.).

Julián GALLEGO realiza en «La mirada trágica de la política: la democracia a través de Esquilo» (pp. 31-65) un estudio en el que nos muestra que la tragedia no era un mero y simple espectáculo cultural, sino se hallaba estrechamente relacionada con las circunstancias políticas, jurídicas, ideológicas y sociales contemporáneas, y lo que hacían autores como Esquilo era examinar dichas circunstancias mediante la puesta en escena de un determinado mito, es decir, se ponía bajo examen a la propia *polis*, sus leyes e instituciones. Pero además, en el teatro la acción ya no se desarrollaba en un universo mítico, sino en uno humano, donde los héroes eran responsables de sus acciones y decisiones, debiendo asumir las consecuencias no sólo ante los dioses, sino también ante sus semejantes, ante los ciudadanos. Dichas decisiones obedecen a una serie de dilemas y son las que van llevando al héroe trágico hacia su destino, aspecto que Julián Gallego relaciona con la propia toma de decisiones de los ciudadanos atenienses en las instituciones democráticas.

Elsa RODRÍGUEZ CIDRE, «Tetis y el espacio sagrado de la *Andrómaca* de Eurípides: su función en el texto» (pp. 67-95), analiza el empleo de los términos que hacen referencia a algún tipo de espacio sagrado en esta tragedia, observando la utilización de forma intencionada de estos lexemas para relacionar la acción de la obra, el posible asesinato de Andrómaca en el templo en el que se ha refugiado, con el tipo de ritual y sacrificios practicados en los diferentes espacios religiosos, y dar así una mayor intensidad a la situación de desamparo de la heroína, comparada con una víctima destinada al sacrificio.

María José COSCOLLA, «Juegos y juegos: el carácter de la innovación poética. De las *Leyes* de Platón a la comedia aristofánica» (pp. 97-126), nos muestra cómo Platón trató de establecer una diferencia entre aquellos juegos «serios», *paidiá*, que se hacían de forma repetitiva y que no convenía

cambiar porque formaban al hombre, y los juegos innovadores o *paîgnia*, considerados perjudiciales. Dentro de estos últimos se incluiría la comedia, necesaria, pero a la vez nociva desde el momento en el que empieza a tratar temas serios como la política. Este deseo platónico de separar lo serio de lo risible, lo político de lo lúdico, no hace más que revelar cómo los poetas se afanaban por aunarlos en sus obras, tal y como se puede comprobar mediante el estudio del *corpus aristofánico*.

La existencia o no de una identidad étnica helénica en la Antigüedad es el tema que se plantea Ciro FLAMARION CARDOSO en «La etnicidad griega: una visión desde Jenofonte» (pp. 127-150). En la *Anábasis* de Jenofonte se narran las vivencias de un ejército mercenario formado por soldados de varias partes de Grecia, que a pesar de sus diferentes orígenes, convivieron y respetaron las costumbres de cada uno, manifestando su etnicidad mediante la práctica de acciones determinadas, tales como la deliberación en asambleas, la realización de sacrificios a los dioses, así como de fiestas y juegos, enterrando a sus muertos y honrándoles de acuerdo con los rituales propios, celebrando las victorias de una determinada manera, y combatiendo con los adversarios o pactando con los aliados conforme a ciertas reglas. Así, el autor concluye que la conciencia étnica griega se deriva, como en muchos otros sitios, de cosas que se *hacían* repetidamente de la misma manera, es decir, de ciertos elementos que creaban una cultura más o menos común, que permitía que un griego de la antigüedad tuviera la impresión de encontrarse en un lugar familiar al viajar a *poleis* o regiones griegas que no fueran la suya.

Jorge DAVISON, «De Cicerón a Apiano: los conceptos de orden y desorden en la sociedad romana (s. I a.C.- II d.C.)» (pp. 151-168), plantea una reflexión acerca de los conceptos de orden y desorden en la sociedad romana durante el período tardo-republicano y el Alto Imperio, partiendo de la gran importancia que los romanos daban al orden en cualquier ámbito, así como de la influencia del estoicismo, que defendía la existencia de un orden cósmico sagrado y eterno, creado por los dioses. Así, Cicerón opinaba que la naturaleza era la que dictaba las leyes legítimas, que no podían ser modificadas por los hombres, siendo el Senado el que debía dominar la política en general y el dictado de las leyes, ya que estaba configurado por aquellos que la naturaleza había dispuesto que fueran los «mejores hombres». Por su parte, Apiano llega a considerar injustas acciones que se hacen desde la legalidad, tales como las reformas de los Graco, precisamente por miedo a que se invierta el orden cósmico. Aunque los ricos hubieran cometido injusticias con los más pobres, debía protegerse su superioridad ya que ellos eran los «mejores», y de ellos dependía el mantenimiento de la sociedad romana, su orden.

Carlos G. GARCÍA MAC GAW en «Religión y política: el donatismo revisitado» (pp. 169-212), nos aproxima a la problemática existente en la investigación acerca de si la herejía donatista expresaba un deseo de independencia regional frente a la dominación imperial romana, aspecto rechazado por A.H.M. Jones, y acerca de si en la formación y desarrollo de este cisma predominaron más los elementos religiosos (A. Mandouze), o los socio-políticos (W.H.C. Frend). Mediante la exposición de las ideas planteadas por éstos y otros investigadores, García Mac Gaw va mostrando su propio enfoque del problema, opinando que la iglesia tenía una estructura institucional y un importante papel en la sociedad, siendo imposible estudiarla sin tener en cuenta los elementos socio-políticos que la definen. De este modo, quiere acabar con el dilema de tener que elegir entre una perspectiva política o una religiosa. Según sus propias palabras, el cisma donatista fue un asunto eminentemente religioso, pero entendiendo como religión todo un «sistema cultural» en el que se insertan una serie de relaciones sociales e institucionales donde es muy difícil establecer una separación entre en ámbito religioso y el secular.

Diego SANTOS, «La *Vita Orientii* y la derrota de Litorio» (pp. 213-235), nos muestra mediante un conflicto muy concreto el estado de anarquía y de fragmentación política que afectaba a la Galia en 436-439 d.C., así como el incremento del poder de los obispos derivado con toda probabilidad de esta situación. La marcha de las tropas imperiales dirigidas por el *Magister Militum per Gallias* Litorio hacia Tolosa para vencer a los visigodos significaba más una amenaza que una salvación para los habitantes de la zona. Así lo vio el propio obispo Orencio de Auch, que aceptó ser enviado por el rey Teodorico para interceder ante Litorio. Dicha intercesión debe ser vista por tanto como la puesta en práctica de su misión principal que era la defensa de su pueblo frente a una situación que supondría un período de guerras. Prueba de este deseo del santo por velar por sus feligreses son otros actos que aparecen en su hagiografía, mediante los cuales trata de cuidar y fortalecer la fe, siendo imprescindible para ello la paz en la zona.

Eleonora DELL' ELICINE, «Verdad revelada, superstición padecida: prácticas de inscripción de la verdad cristiana en el reino suevo (550-585)» (pp. 237-257), muestra cómo los suevos trataron de emplear la religión cristiana para crear una serie de lazos que unieran a los diversos grupos sociales que habitaban en la *Gallaecia*, bien fundando de forma privada basílicas desde las cuales se emitía un discurso idéntico que daba una cohesión a estos grupos, bien mediante la recuperación de la noción de *superstitio*, que permitió no sólo aunar los esfuerzos encaminados a controlar a los diferentes grupos, sino también la intervención sobre los conjuntos sociales rurales en nombre de la verdad y pureza religiosa.

María Elena RODRÍGUEZ TEN
Universidad Complutense de Madrid

Louise BRUIT ZAIDMAN - Pauline SCHMITT PANTEL, *La religión griega en la polis de la época clásica*, Trad. Mª de Fátima Díez Platas. Madrid, Editorial Akal, 2002, 228 pp. [ISBN 84-460-1698-2].

Frente al enfoque tradicionalmente empleado para escribir manuales de religión griega, esto es empezando desde sus orígenes y siguiendo su evolución de forma lineal hasta la época helenística, Bruit Zaidman y Schmitt Pantel proponen su estudio a través de los textos literarios, epigráficos y arqueológicos, en un marco muy concreto: el del nacimiento y desarrollo de una de las formas de organización política más característica del mundo griego, la *polis* o ciudad-estado (desde el 750 al 330 a.C.). Es cierto que muchos elementos religiosos y personajes divinos proceden de épocas muy remotas, pero sin duda fueron reinterpretados de diversas maneras para adaptarlos mejor al mundo de la *polis*. De este modo, ambos autores opinan que para el investigador actual es mucho más importante conocer, por ejemplo, la función y el valor social de un ritual en el momento concreto en el que se realiza, que los que tuvo en sus orígenes, ya que éstos podían haber sido olvidados con el paso del tiempo.

La primera parte de la obra, «Las Prácticas del Culto» (pp. 23-120) se centra en el análisis de las diversas formas en las que se podía manifestar el culto griego. Así, el primer capítulo, «Ritos, actores y lugares de culto», trata sobre los diferentes tipos de sacrificios que se podían celebrar, el ritual que se seguía en ellos, los cargos religiosos que ciertos ciudadanos ostentaban y las obligaciones que se derivaban de ellos, así como los sacerdocios existentes en torno a determinados santuarios, dejando

claro que cualquier lugar podía ser considerado como un lugar de culto, siempre que los griegos lo reconocieran como tal.

El segundo capítulo, «Religión y vida cívica», nos adentra en el complejo entramado de prácticas rituales y creencias que acompañaban al hombre griego a lo largo de su vida de forma «privada», tales como el nacimiento, la entrada en el mundo cívico, el matrimonio y muerte. La función de los denominados «ritos de paso» era la de insertar de forma precisa al individuo dentro de la comunidad, no sólo teniendo en cuenta su edad o su estado, sino también por su pertenencia a un determinado grupo, ya fuera el *demo* ático, la tribu, la fatría u otro tipo de asociación religiosa. La religión estaba presente también en el devenir de la propia polis y su vida política, tal y como lo demuestran los mitos de fundación, la existencia de un hogar común, los rituales que afectaban al funcionamiento de las instituciones, la exaltación de los cultos propios mediante la construcción de majestuosos edificios, o la existencia de un calendario religioso que imponía el ritmo de la vida política y cotidiana de la ciudad.

En «Los cultos panhelénicos», último capítulo de esta parte, se realiza una aproximación a los santuarios de Olimpia, Delfos, Epidauro y Eleusis y las celebraciones que aquí tenían lugar, destacando la importancia de sus cultos por contribuir a asegurar durante varios siglos la conciencia de una identidad griega, por encima de la fragmentación en diversas *poleis* y regiones.

La segunda parte, «Los Sistemas de Representación de lo Divino» (pp. 123-190), trata sobre las figuras divinas y su representación. En el primer capítulo, «Mitos y Mitología», se hace un breve acercamiento al significado de la palabra 'mito', así como a los distintos enfoques desde los que se ha estudiado la mitología griega, para luego continuar con la exposición de las cosmogonías y teogonías más conocidas (más que nada por ser las que mejor se han conservado), del mito de las razas, y de los mitos relacionados con el sacrificio, que sirven para definir la condición humana y sus relaciones con los dioses.

El segundo capítulo, «Una religión Politeísta», analiza las diferentes entidades divinas a las que los griegos reconocían y daban culto, tales como dioses, *démones* o héroes, así como los panteones en los que se insertaban, para terminar desarrollando de forma más pormenorizada alguna de las figuras divinas más importantes. El capítulo termina con la exposición del panteón y el tipo de cultos practicados en la ciudad de Mantinea, para demostrar cómo cada polis desarrollaba su propio panteón, articulando sus fiestas religiosas conforme al mismo. El último capítulo, «Las formas de figuración», recoge los distintos medios usados para representar a los dioses y los ritos que se les rendían.

El libro se completa con un glosario de términos de diverso carácter (religioso, político, artístico e incluso de la vida cotidiana), y con un léxico de dioses, héroes y personajes mitológicos de gran utilidad, especialmente para aquellos menos versados en la materia.

María Elena Rodríguez Ten
Universidad Complutense de Madrid

Jorge Martínez-Pinna, *La prehistoria mítica de Roma*, *Gerión*. Anejo VI (2002), Universidad Complutense de Madrid, Madrid, Servicio de Publicaciones, 190 pp. [ISBN: 84-95215-39-X].

Este libro tiene por tema uno de los capítulos menos conocidos del proceso de incorporación de Roma al universo cultural griego, el de la *etnogénesis* mítica del pueblo romano. Se trata, pues, del estu-

dio de las tradiciones presentes en los historiadores griegos y latinos relativas a los diferentes pueblos que, según las especulaciones antiguas, habrían contribuido a la formación del pueblo romano, durante un período mítico cuyo final vendría marcado por la llegada de Eneas a Italia. De las numerosas fuentes antiguas que han hablado del tema es Dionisio de Halicarnaso, en su pretensión de demostrar el origen griego de Roma, quien en los primeros capítulos del libro I de su *Historia antigua de Roma* nos ofrece una exposición más extensa.

El presente estudio entronca con los trabajos que el autor, reputado especialista en los orígenes de Roma, ha dedicado a los fundadores de la ciudad y les sirve de complemento. Especial interés tienen en este sentido los artículos «Rómulo y los héroes latinos» (en *Héroes y antihéroes en la Antigüedad Clásica*, J. Alvar y J.Mª. Blázquez, eds., Madrid, 1997, 95-136) y «Catón y la tesis griega sobre los aborígenes» (*Athenaeum*, 87, 1999, 93-109). Este último artículo, cuyas tesis el autor retoma y desarrolla en el primer capítulo del presente trabajo, se encuentra sin duda en el origen del actual libro. El propio autor ha resumido además muchas de sus contribuciones con respecto a las leyendas fundacionales en los apartados correspondientes de su libro *Los orígenes de Roma*, Madrid, 1999.

Martínez-Pinna nos ofrece aquí, con la solidez y brillantez en el tratamiento de las fuentes a que nos tiene acostumbrados en sus anteriores trabajos, un concienzudo y erudito estudio de la «prehistoria mítica» de Roma en su conjunto.

Como pusiera de manifiesto E.J. Bickerman (*CPh*, 47, 1952, pp. 65-81) en un artículo que Martínez-Pinna elogia merecidamente en su introducción, Dionisio de Halicarnaso no exageraba cuando afirmaba que pretendía dar a conocer los auténticos orígenes de la ciudad de Roma al resto de los griegos, que, según él, los ignoraban. Al no disponer de materiales realmente válidos para tratar del tema de los orígenes de los pueblos, los griegos se aplicaron a transformar los relatos míticos en sucesos históricos que se ajustaran a las leyes de la verosimilitud. Esta *arqueología* suponía, pues, volver a contar, de acuerdo con los presupuestos de un método científico, contenidos que eran en realidad míticos. Naturalmente, al tratar de otros pueblos, esta forma de trabajar daba lugar a un planteamiento *helenocéntrico*. Las sagas de los pueblos bárbaros difícilmente podían satisfacer tales exigencias de verosimilitud histórica y eran con frecuencia ignoradas. Los eruditos griegos realizaban, por el contrario, reconstrucciones artificiales del pasado sin demasiado fundamento ni en la realidad histórica ni en la tradición nativa, pero siempre en conexión con el mundo griego. Un buen ejemplo de ello son las leyendas sobre la fundación de Roma donde vemos aparecer figuras como Rhomo o Rhome (a la que Martínez-Pinna ha dedicado un estudio publicado en *Aevum*, 71, 1997, 79-102), mero fruto de la imaginación. Los historiadores se hacían eco con frecuencia, por otra parte, de los intereses y circunstancias políticas del momento. Por el contrario, los historiadores nativos reflejaban la tradición autóctona, pero, dado el marco cultural griego en que se movían, trataban de compaginarlas con el cuadro general de la historiografía griega. La cuestión de los orígenes no era, por lo demás, inocua, pues la relación con el mundo griego actuaba como credencial acreditativa que justificaba el derecho de un pueblo a ser considerado «civilizado».

El origen de un pueblo podía de este modo ser concebido según dos modelos básicos: la autoctonía y la migración. Tanto uno como otro podían tener connotaciones positivas o negativas. En efecto, casi todos los pueblos reclaman para sí mismos en sus mitologías el carácter de autóctonos, lo que legitima sus derechos sobre el territorio que ocupan y los dispensa de aparecer como imitadores. Así, la autoctonía permitió a los atenienses legitimar sus pretensiones a la hegemonía con respecto a los otros pue-

blos de Grecia, como puede verse en la utilización del motivo en la tradición de los panegíricos fúnebres en honor de los caídos en la guerra. Ahora bien, referida a pueblos no griegos, la idea de la autoctonía implicaba que estos fueran considerados como «bárbaros», anclados en un estadio cultural menos avanzado que los griegos. Por otra parte, para un autor como Catón o para los escritores de la época de Augusto, como el propio Virgilio en la *Eneida*, esto no tenía necesariamente una connotación negativa, ya que las limitaciones en cuanto a los progresos técnicos de los aborígenes iban unidas, según una concepción del progreso profundamente arraigada en el pensamiento antiguo y que es la dominante en la literatura clásica latina, a una superioridad moral que concordaba perfectamente con la ideología romana. Por lo que respecta a las teorías migratorias, éstas pueden conllevar también una connotación negativa asociada a la mezcla de razas, frente a la «pureza» de los pueblos autóctonos; pero, por otra parte, al concebir el origen de los pueblos sobre el módulo cultural de la colonización griega de Occidente y hacerlos entroncar con el universo cultural griego, los acreditaba como civilizados.

Como es sabido, la versión canónica de los orígenes de Roma, combina ambas posibilidades. Roma nace de la unión de los aborígenes con los troyanos guiados por Eneas. Esta es la versión que Martínez-Pinna denomina «breve» de la *etnogénesis* romana. Sobre este «punto cero», se han ido añadiendo las aportaciones de diferentes tradiciones dando lugar a una versión «larga», cuyo más claro representante es Dionisio de Halicarnaso. Dionisio pretende demostrar el carácter griego de Roma, de modo que su ejercicio artificial de reconstrucción histórica está determinado por este prejuicio. De este modo, incluso los aborígenes habrán de ser de origen griego: serían, según Dionisio, griegos emigrados a Italia bajo la guía de su caudillo Enotrio.

Los cuatro capítulos que ocupan el cuerpo principal del estudio de Martínez-Pinna están dedicados a examinar la evidencia que las fuentes antiguas presentan a propósito de los cuatro pueblos (aborígenes, sículos, pelasgos y arcadios) que habitaron en el Lacio antes de la llegada de Eneas en la versión «extensa» de Dionisio de Halicarnaso.

En el primer capítulo, dedicado a los aborígenes, retoma y amplía el autor las conclusiones a que había llegado en su artículo anterior sobre Catón y los aborígenes. Como allí, se examinan las tres etimologías antiguas existentes sobre el término y las que los autores modernos han propuesto al respecto. Como es natural, se prefiere la etimología, universalmente aceptada hoy en día, que hace provenir el término de los vocablos latinos *ab* y *origo*, lo que implica la idea de la autoctonía. Con respecto a Catón se pone de manifiesto la contradicción entre las distintas opiniones que los antiguos atribuyen al autor latino con respecto a los aborígenes. A pesar de que Dionisio atribuye a Catón la teoría de su procedencia griega, los otros fragmentos de este autor relativos a dicho pueblo no permiten suscribir tal afirmación; tampoco le parecen convincentes a Martínez-Pinna las hipótesis modernas que tratan de salvar dicha contradicción afirmando que Catón simplemente expondría la idea del origen griego como opinión de otros. Todo parece indicar que Catón consideraba a los aborígenes autóctonos de Italia. La novedad de Catón, seguido en esto por Varrón, con respecto a los aborígenes se basaba en el protagonismo que en ambos autores, sin duda debido a su propio origen, tenía el pueblo sabino. Catón relataba la historia más antigua de los sabinos situándolos en la región de Amiternum, en la Sabina interna, desde donde se habrían expandido expulsando a los aborígenes, asentados en la cuenca de Reate. Catón presentaba a los aborígenes como un pueblo culturalmente poco evolucionado, pero esto no tenía una implicación negativa. La tradicional severidad de los sabinos, como pueblo ajeno a la

riqueza, corresponde a las virtudes y valores que Catón preconizaba para Roma, frente al mundo griego, causante para él de la introducción en Italia de la *tryphé* y la *luxuria*, prácticas opuestas a las costumbres tradicionales del pueblo romano. La proximidad espacial y cronológica entre sabinos y aborígenes sugiere una analogía entre ambos.

Varrón ofrecía un cuadro más complejo de la etnogénesis latina, con la presencia de los sículos y los pelasgos. La población más antigua del Lacio serían los sículos, mientras que los aborígenes serían autóctonos de la región de Reate, desde donde habrían pasado a asentarse en el Lacio tras desalojar a sus pobladores sículos. Dionisio de Halicarnaso, por su parte, tomaría de Varrón el cuadro general de la prehistoria del Lacio; pero se separaría de él en lo que se refiere a la procedencia de los aborígenes, que serían de origen griego, enotrios provenientes de Arcadia, hipótesis que Dionisio fundamenta con el testimonio de los autores griegos y con argumentos lingüísticos[1].

El segundo capítulo de la obra está dedicado al examen del dossier referente a los sículos (y a los sicanos) en el Lacio. Según Martínez-Pinna, no hay razones de peso para situar la presencia sícula en el Lacio antes de la segunda mitad del siglo III a.C., una vez que se produjo la integración de Sicilia en el sistema político-administrativo romano, cuando en Sicilia se despierta un interés por relacionarse más estrechamente con sus nuevos señores, utilizando para ello tradiciones legendarias sobre sus respectivos orígenes. En estas tradiciones los sículos circulan en un doble sentido, bien desde Sicilia hacia el Lacio, donde diversas tradiciones sitúan a personajes sículos como fundadores de ciudades, o bien a la inversa, admitiendo una migración de este pueblo desde el Lacio hacia Sicilia, con lo cual se crea una *syngheneia*, un origen común que sirve para reforzar los lazos entre romanos y sicilianos. Los propios círculos historiográficos romanos acabaron por aceptar una componente sícula en su pasado. Pero para la historiografía oficial romana, los sículos no representan un pueblo extranjero, de carácter helénico, que se establece en el Lacio con un fin colonizador, sino que pasan a tener su origen en Roma. Varrón los integra en un cuadro coherente del Lacio primitivo, de donde habrían sido expulsados por los aborígenes; la versión de Dionisio se inspirará una vez más en Varrón.

El capítulo tercero está dedicado a los pelasgos, su relación con los etruscos (sobre los que existía una tradición, que emanaba de los intereses políticos en Italia de Atenas, referente a su origen pelásgico, alternativa a la del origen lidio) y el oráculo de Dodona del que hablan Dionisio y Macrobio en las *Saturnalia*. La referencia bibliográfica es en este caso naturalmente la obra de D. Briquel sobre los pelasgos en Italia (Roma, 1984). Los pelasgos han jugado un papel como uno de los componentes que los autores antiguos relacionaban con la etnogénesis romana, como introductores de la escritura, en una versión alternativa a la más común que atribuye dicha innovación a Evandro, y de algunos cultos. La paternidad de los rituales de Saturno que les concede el oráculo queda como una de las versiones sobre el origen de las *Saturnalia* romanas que circulaban entre los anticuarios.

---

[1] Un apartado especial, que no estaba presente en el artículo anterior, es el dedicado al examen de la teoría, recogida por Dionisio, sobre la identidad entre aborígenes y ligures. Ya D. Briquel (*MEFRA*, 101, 1989, 97-111) había mostrado lo sorprendente de esta identificación de los aborígenes con un pueblo que tenía mala reputación entre los romanos, que consideraban a los ligures *fallaces et mendaces*. Martínez-Pinna conecta la noticia referente a los ligures con las tradiciones «hiperbóreas», relativas a la presencia de pueblos del norte en ambientes italianos, emanadas del entorno de Dionisio I de Siracusa, con el objetivo de justificar la política de éste, y con la toma de Roma por los galos de Breno, así como con los círculos historiográficos procartagineses en relación con la expedición de Aníbal.

El capítulo cuarto está dedicado al personaje de Evandro y a los arcadios. Se trata del único caso en que el estudio se centra, no en un pueblo, sino en un personaje concreto, un antecedente claro de la figura de Eneas. Los mitos arcadios tienen gran importancia en la Italia primitiva. Arcadia era además en Dionisio el origen de la primera migración griega hacia la península Itálica, la de los enotrios. Tales mitos se basaban en principio en la percepción por parte de los griegos de una similitud cultural entre los arcadios y los habitantes de Italia, que podían aparecer a sus ojos como «griegos atrasados». La introducción del mito arcádico en Roma viene de la mano, según Martínez-Pinna, de la leyenda troyana. En el tratamiento del tema de Dárdano y de la ciudad de Corito, así como de la figura de Télefo en Italia, el autor utiliza el artículo de N. Horsfall (*JRS*, 63, 1973, 68-79) sobre Córito en la *Eneida*. A través del personaje de Dárdano, Virgilio convirtió el viaje de Eneas en un *nostos*, la historia de un regreso a los orígenes de su pueblo, en lo que constituye uno de los aspectos más difíciles de la leyenda troyana en el autor latino. La mayor parte de este capítulo está consagrado a la figura de Evandro, como héroe civilizador, introductor de innovaciones culturales como la escritura (directamente o a través de su madre, según las versiones) y las técnicas agrícolas, o religiosas, a su relación con la figura de Fauno, etc.[3].

No hay que ocultar que estamos ante una obra exigente para con el lector. Naturalmente esto no es culpa del autor sino de la propia naturaleza de la materia y de la necesidad práctica de acotarla. El libro exige al menos, en lo que a las fuentes se refiere, el conocimiento profundo del texto de Dionisio de Halicarnaso. De hecho este estudio podría, sin pretenderlo, leerse como un extraordinario comentario a la primera parte del libro I del autor griego. La dificultad que ofrece su lectura para cualquier lector interesado en la materia se debe, por otra parte, a la propia necesidad de acotar el tema, ya que las tradiciones que aquí se examinan guardan estrecha relación con otros episodios más conocidos, pero igualmente complejos, del proceso de sincretismo entre las tradiciones griegas y latinas relativas a los orígenes de Italia. De este modo, en la exposición está presente continuamente la sombra de temas como la leyenda troyana, el ciclo occidental de Hércules, o los ciclos de Ulises y Diomedes en Italia, lo que puede hacer que el lector profano se pierda entre las idas y venidas de los datos eruditos. Quizá una forma de lectura recomendable, y fructífera, para el lector no especialista, interesado en los orígenes míticos de Roma, podría ser la lectura previa o paralela del resto de los trabajos, algunos de los cuales hemos citado anteriormente, que Martínez-Pinna ha dedicado a esta materia, y especialmente los apartados dedicados a estos temas en el libro paralelo del mismo autor, *Los orígenes de Roma*, obra dirigida a un público más general que la que ahora nos ocupa.

---

[3] El episodio más famoso relacionado con este personaje, el del enfrentamiento entre Hércules y Caco, inmortalizado por Virgilio en el libro VIII de la *Eneida*, es objeto sólo de un tratamiento sumario, que resume, por otra parte, el tratamiento un poco más extenso realizado por el propio autor en el estudio anterior, ya citado, sobre Rómulo y los héroes itálicos. Sin duda un desarrollo detallado del tema, que exigiría por sí mismo un estudio independiente, hubiera estado aquí fuera de lugar. Frente a la concepción más tradicional que veía en este hijo de Vulcano la transformación de una divinidad ambivalente, a la vez benefactora y destructiva, Martínez-Pinna ve en el monstruoso Caco que presentan los autores de la época de Augusto una degradación a partir de motivos tradicionalmente asociados con los héroes itálicos. La versión de Diodoro nos lo presenta recibiendo a Hércules y haciendo el papel que en otras versiones hará Evandro. La relación etimológica (falsa) con el griego *kakós* habría facilitado dicha degradación contraponiéndolo como «hombre malo» al «hombre bueno» (según la etimología) Evandro, que habría sustituido a Caco como señor del Palatino. Ciertamente mucho se ha escrito en los últimos tiempos sobre el personaje de Caco, sobre su relación con el fuego, sobre su semejanza a este respecto con el héroe de Preneste, Caéculo, sobre la relación entre las representaciones del Caco etrusco y el Caco romano, etc. Resulta, sin embargo, difícil aceptar que la representación monstruosa del personaje que nos ofrecen Virgilio y Propercio sea una innovación y no, por el contrario, un rasgo arcaico frente a las versiones racionalistas de los historiadores.

La acotación del tema y el método seguido por el autor da lugar, por otra parte, a una cierta polarización en torno, de un lado, a Catón y, de otro, a Dionisio de Halicarnaso, entendidos como punto de partida y punto de llegada del tema. La contribución de otros autores queda así en la exposición un poco desdibujada. Varrón merecería sin duda un estudio por sí mismo, tanto más interesante cuanto los estudiosos modernos tienden a limitar la dependencia, admitida generalmente en el siglo XIX, de Dionisio con respecto a Varrón en lo relativo a los orígenes míticos de Roma; la propia naturaleza de la obra del polígrafo romano hace realmente difícil, por otra parte, la reconstrucción de su pensamiento[3].

Estamos en definitiva ante un trabajo excelente, que nos ofrece un tratamiento unitario de un tema para cuyo estudio necesitaríamos la consulta de una extensa bibliografía dispersa en obras no siempre de fácil acceso, y que aporta además numerosas novedades que constituyen la contribución personal del autor, en sintonía, por otra parte, con las tendencias historiográficas modernas en torno a la revisión de los temas relativos a los orígenes legendarios de Roma y a la necesidad de descartar los apriorismos heredados con frecuencia de la historiografía anterior.

Marcos RUIZ SÁNCHEZ
Universidad de Murcia

Alexandre GRANDAZZI, *Les origines de Rome*, Paris, P.U.F., 2003, 127 pp. [ISBN: 2-13-053219-5].

El tema de los orígenes de Roma continúa suscitando una gran atención no sólo por parte de los especialistas, sino que incluso llega a alcanzar al gran público. Muestra de ello es este pequeño libro que ve la luz en la célebre y popular colección francesa «Que sais-je?», donde sustituye a otro más antiguo redactado por R. Bloch hace ya más de cuarenta años. Una comparación entre ambos, de idénticas características en cuanto a los objetivos que persigue, permite apreciar los avances, tanto documentales como metodológicos, habidos en este espacio de tiempo y comprobar en definitiva cómo estamos todavía lejos de hallar una visión más o menos satisfactoria a nivel general: los nuevos hallazgos, especialmente en el ámbito arqueológico, confirman o desmienten hipótesis formuladas con anterioridad, pero a la vez fuerzan el planteamiento de nuevas preguntas que no encuentran respuesta inmediata.

Teniendo en cuenta el tipo de lector a quien fundamentalmente va dirigido el libro, A. Grandazzi pretende ofrecer una perspectiva general, con ciertos visos de reconstrucción histórica, al amparo de

[3] En cuanto a la *Eneida* de Virgilio, a pesar de las frecuentes referencias que a ella hace el autor, queda fuera del tratamiento propiamente dicho del tema. Esto se debe sin duda a la singularidad de la creación poética de Virgilio y a la convicción de que el poeta maneja con gran libertad los datos de la tradición. Pero hay que tener en cuenta que, por una parte, la creación poética de Virgilio implica un inmenso trabajo previo de fundamentación erudita y, por otra, la obra virgiliana es un hito significativo que da origen a toda una literatura erudita que gira en torno a ella y que resulta relevante para el tema en cuestión. Precisamente a propósito de la *Eneida* encontramos una de las pocas imprecisiones que hemos podido descubrir en la obra. En el capítulo dedicado a los siculos se afirma que la referencia a Ítalo a propósito de las estatuas de los reyes que adornaban el palacio de Pico en el libro VII (178) es la única vez que aparece el nombre de Ítalo en la *Eneida*. Naturalmente, como el autor sin duda sabe perfectamente, esto sólo es cierto literalmente, si nos atenemos al índice onomástico de la obra, pero Ítalo está presente indirectamente en la embajada de Ilioneo a Dido en el libro I (vv. 530-533) donde este habla de «una tierra a la que los griegos llaman Hesperia, tierra antigua, poderosa por sus armas y por la fertilidad de su suelo; la habitaron colonos enotrios, y ahora se cuenta que sus descendientes le dan el nombre de Italia a partir del nombre de su jefe.» Estos versos, en los que encontramos la referencia al nombre de Italia próximo a los enotrios de la tradición griega, se repiten además literalmente en el libro III (vv. 163-166) en el importante episodio del sueño en el que los penates se aparecen a Eneas.

la situación actual de los conocimientos. En esta línea, no puede dejar de notarse la inclusión de los últimos descubrimientos arqueológicos (quizá tan sólo faltan los hallazgos del Capitolio, que el autor no ha podido manejar al haber sido dados a conocer en fecha casi contemporánea a la aparición del libro) y el conocimiento de la más reciente bibliografía especializada. El planteamiento general es el tradicional, como no podía esperarse de otra manera, proponiendo un recorrido desde la leyenda a la historia a través del entorno físico, de la antigua tradición y de los restos arqueológicos. El autor, A. Grandazzi, es unos de los más cualificados estudiosos de este difícil problema de los orígenes de Roma, lo que unido a su indudable calidad literaria, convierte la lectura del libro en un ejercicio de amenidad y de aprendizaje.

Pero a pesar de las condiciones que se imponen en una obra de estas características, a la larga resulta inevitable enfocar el estado de la cuestión desde la perspectiva de las propias ideas. Cierto es que en numerosas ocasiones el autor plantea dos visiones opuestas sobre un mismo asunto, pero la riqueza y complejidad que comprende el problema sobre los orígenes de Roma son tales, que necesariamente hay que optar por una línea interpretativa. En este sentido, Grandazzi se esfuerza por revalorizar las conclusiones históricas nacidas de las excavaciones de A. Carandini en el Palatino y que sitúan a Rómulo y su obra fundacional en el centro del debate. Frente a la opinión que defiende que Roma se convirtió en ciudad a finales del siglo VII, Grandazzi sitúa este hecho en la segunda mitad del sigloVIII, mientras que las transformaciones que se producen en la primera de las fechas mencionadas y que justifican esa interpretación, vendrían entonces a señalar la entrada de Roma «dans l'âge de raison», como dice Grandazzi de manera un tanto eufemística. El problema que una opción de este tipo requiere una demostración que todavía está por hacer, no sólo respecto al caso concreto de Roma (las explicaciones de A. Carandini y algunos de sus seguidores son hasta el momento insuficientes y escasamente convincentes), sino asimismo por las implicaciones que conlleva en el conjunto del ámbito lacial. Es evidente que por sus propias características, el presente libro no permite un desarrollo demostrativo exigido en otras circunstancias, pero ello no impide que el autor apunte, como consecuencia lógica a su interpretación global, ciertas afirmaciones que pueden pecar de ligereza al carecer de aparato crítico (esp. pp. 80 ss.).

Todo lo expuesto no obsta sin embargo para reconocer en este libro un pequeño pero bien planteado estado de la cuestión, con una selecta bibliografía al final que permite al lector interesado ahondar en la cuestión y formarse su propia opinión. El objetivo último parece cumplido de manera en general satisfactoria.

Jorge MARTÍNEZ-PINNA
Universidad de Málaga

Vittorio E. VERNOLE, *Servius Tullius*, Roma, «L'Erma» di Bretschneider, 2002, 214 pp. [ISBN: 88-8265-206-8].

Es evidente que Servio Tulio sigue siendo considerado de forma generalizada el personaje central de la Roma arcaica, y valga como muestra el presente libro. Su autor, V.E. Vernole, se encuadra en esa tendencia de historia de las religiones, muy arraigada en círculos universitarios italianos, que avan-

zando más allá del mero hecho religioso, propone integrar y asumir en su ámbito de estudio a la «historiografía» tradicional, renovando sus fundamentos mediante la aplicación de un método propio. Ya conocido por su monografía dedicada a M. Furio Camilo (L'Aquila, 1997), Vernole enfoca bajo estos mismos criterios su análisis sobre Servio Tulio. Su objetivo consiste en trazar una especie de «estratigrafía» sobre la personalidad de Servio, indagando en aquellos elementos que alimentaron el desarrollo de su memoria histórica y simbólica, de no escasa repercusión en la conciencia colectiva de los romanos. Sin embargo, aunque no es intención del autor ofrecer un panorama global sobre la figura, reinado y época de Servio, no cabe duda de que los aspectos míticos que rodean su personalidad inciden en acontecimientos reales, y aquí es donde surge la primera dificultad. Según creo, Vernole tiene demasiada fe en la perspectiva histórico-religiosa como vía y método de conocimiento e interpretación de una época tan compleja como el siglo VI en Roma.

El libro se divide en tres partes, siendo más importante la segunda no sólo por su superior extensión (más de la mitad del total de páginas) sino sobre todo por su contenido. La obra arranca con sendas recensiones de dos obras que toman a Servio como protagonista, la de Rudi Thomsen, *King Servius Tullius*, publicada en Copenhagen en 1980, y la de Georges Dumézil, *Servius et la Fortune*, que vio la luz en Paris en 1943. No se puede negar que es un extraño comienzo, sobre todo teniendo en cuenta que gran parte de los planteamientos de una y otra están ya superados. El autor demuestra su preferencia hacia Dumézil, pues al fin y al cabo el investigador francés enfoca el problema desde una perspectiva más próxima a la elegida por Vernole, mientras que Thomsen, en una postura quizá en exceso positivista, es descalificado según creo injustificadamente y con mayor motivo habiendo transcurrido más de veinte años desde la aparición de su libro. En mi opinión, este primer capítulo, tal como está planteado, debería suprimirse o en todo caso ser sustituido por un estado de la cuestión, con mayor incidencia en aquellos trabajos más afines al escenario en el que se mueve Vernole (sorprende el desconocimiento de obras como la más reciente de J. Poucet, *Les rois de Rome*, Bruxelles, 2000, donde se puede encontrar una amplia discusión de corte metodológico acerca del estudio de la Roma arcaica, y sobre todo algunos trabajos de G. Valditara, como su monografía *Studi sul magister populi*, Milano, 1989, y «Aspetti religiosi del regno di Servio Tullio», *SDHI*, 52, 1986, 395-434).

Similar impresión me produce el tercer capítulo, que bajo el título «Le altre memorie (Servius Tullius e/o Mastarna?)», pretende resaltar la pervivencia de la memoria histórica de Servio a través del problema de su identificación con Mastarna y su inclusión en el ciclo de los hermanos Vibenna de Vulci. Si no he comprendido mal, el razonamiento de base de Vernole es el siguiente: en el discurso pronunciado por Claudio en el año 48, el emperador invoca la historia de Servio Tulio para justificar una actuación política contemporánea, la admisión en el orden senatorial de la aristocracia lugdunense, lo cual vendría a mostrar la vitalidad de la imagen histórica de Servio. Ciertamente el argumento es de valor mediocre; la *oratio Claudiana* no sólo recuerda el origen de Servio, sino que previamente también se ha referido a Numa y a Tarquinio Prisco por su procedencia extranjera. La tradición sobre Mastarna y los Vibenna era una adquisición reciente del patrimonio histórico de Roma, introducida al amparo de la intensa actividad etruscológica iniciada en el siglo I a.C., de la cual Claudio era uno de los últimos y más fervientes representantes. Que esta versión circulase en Roma desde Fabio Pictor, si se juzga por cuanto dice literalmente Arnobio, 6.7, me parece más que dudoso, como ya tuve ocasión de mostrar en otro sitio. En definitiva, no creo que la tradición de los Vibenna y Roma alimentase la imagen histórica de Servio, dado su conocimiento reciente por parte de la historiografía romana.

La segunda parte es sin duda la más atractiva. En ella el autor nos propone un paseo por aquellos lugares de Roma donde descansaba la memoria de Servio. El itinerario incluye las murallas, cuya construcción era unánimente atribuida a este rey y cuyo nombre las determinaba; el Esquilino, donde se alzaba su residencia; los santuarios de Fortuna, ligados a la figura de Servio (si bien no todos se deben a su iniciativa); el templo de Dius Fidius en el Quirinal, donde se conservaba la rueca y el huso que Tanaquil había utilizado para confeccionar la toga regia de Servio, y sobre todo el área sacra de Sant'Omobono, con los templos gemelos de Fortuna y Mater Matuta, y el santuario de Diana en el Aventino, sin duda los dos lugares de Roma donde con mayor profundidad se sentía el recuerdo del rey Servio. En este recorrido Vernole nos conduce con mano más segura, insistiendo en aquellos aspectos que mejor reflejan la construcción de la memoria histórica de Servio. Me permito señalar, a mero título de ejemplo, la acertada crítica del autor hacia la interpretación que ve en la hierogamia la base ideológica de la realeza etrusco-latina, aunque por otra parte no puede negarse por completo que este ritual tuviese una presencia en la Roma arcaica.

Conviene sin embargo plantear una última observación a nivel general. Según creo, Vernole sitúa a Servio en una posición quizá de excesivo protagonismo, hasta el punto de tener la impresión de que el autor ha sido capturado por su propio personaje. La idea de que Servio constituye el eje en torno al cual giran las restantes figuras, parece un poco exagerada. Los otros monarcas del siglo VI, incluyendo a la reina Tanaquil, tienen su autonomía. Por ejemplo, en las páginas 116 ss. el autor desarrolla la idea de la apoteosis de Hércules y la ideología tiránica, conforme a la visión más frecuente, si bien indemostrable, que interpreta en este sentido el grupo escultórico de Heracles y una diosa armada hallado en el área sacra del Foro Boario; a partir de aquí, y como corolario lógico, concede todo el protagonismo a Servio en relación al triunfo con la participación de Hércules. Sin embargo, Vernole olvida algunos detalles que no avalan dicha interpretación, como el mito de Hércules y Acca Larentia en la Ara Máxima, la general atribución a Tarquinio Prisco del ritual canónico del triunfo o la inexistencia de una relación directa de Servio con el Júpiter del Capitolio, elementos todos ellos que sí se refieren al primero de los Tarquinios.

No hay duda que Servio gozó de amplia fama en época republicana, aunque siempre por detrás de Rómulo, pero el problema está en determinar cuándo y cómo se desarrolló este proceso, y aquí Vernole tampoco fija unas coordenadas claras. En un trabajo memorable, J.-C. Richard mostraba cómo la imagen histórica de Servio basculaba entre una visión aristocrática y otra popular y cómo esta última alcanzaba una mayor plasmación en época de los Graco. Vernole no menciona la primera de ellas y parece situar la segunda en un momento inmediatamente posterior a la desaparición del rey. He de confesar que no conozco hecho alguno que permita establecer una relación de Servio con el conflicto patricio-plebeyo y a favor de qué grupo podría ser invocado su nombre (naturalmente no es posible aducir aquí las retóricas palabras que Livio pone en boca de Canuleyo en referencia a Servio, *patre nullo, matre serva*). La idea de Servio como el hombre que se hace a sí mismo, que de la esclavitud se elevó por sus propios méritos hasta alcanzar la realeza, no puede ser antigua, ya que es consecuencia de la explicación de su nombre a partir de un supuesto nacimiento servil, a no ser que se de por bueno el relato tradicional. Pero como el mismo Vernole reconoce, el *praenomen* de Servio era asimismo frecuente entre dos familias patricias, los Sulpicios y los Cornelios, que por cierto proceden, al igual que el rey, de la misma región del Lacio.

En conclusión, este libro de V.E. Vernole supone indudablemente un avance en aquellos aspectos que inciden más de cerca en el universo religioso del buen rey Servio. Sin embargo, cuando se introduce en los acontecimientos que marcan su época, los resultados no me parecen tan satisfactorios. Utilizar una única perspectiva, en este caso la histórico-religiosa, para el estudio de la Roma arcaica, que por las características de la documentación exige un esfuerzo metodológico superior al de otras épocas de la Historia, no creo que constituya la vía más adecuada.

Jorge MARTÍNEZ-PINNA
Universidad de Málaga

Loredana CAPPELLETTI, *Lucani e Brettii. Ricerche sulla storia politica e istituzionale di due popoli dell'Italia antica (V-III sec.a.C.)*, Frankfurt am Main, Peter Lang, 2002, XIV+296 pp. [ISBN: 3-631-37712-6].

Hace ya años que los pueblos de la Italia prerromana, con la lógica excepción del etrusco, están recuperando su propia identidad histórica gracias a una incesante labor de investigación extraordinariamente fructífera. Por las mismas circunstancias de la Historia, estos pueblos se vieron atrapados en las complejas redes de aquellas culturas superiores con las que entraron en contacto y que a la larga terminaron por anularles, de manera que su existencia no se podía apenas percibir sino mediatizada por la visión heleno y romanocéntrica que impuso la antigua historiografía. Ahora, merced a los avances de la investigación arqueológica y a un mejor conocimiento de las fuentes epigráficas y numismáticas, aunque ciertamente muy escasas, es posible acercarse a una comprensión más perfecta del significado histórico de los pueblos itálicos. En esta línea, el presente libro de L. Cappelletti representa un magnífico ejemplo.

Como señala el título, la obra se centra en el estudio de los lucanos y de los bretios, dos pueblos que habitaban en el sur de la península Itálica, en las regiones correspondientes «grosso modo» a las modernas Basilicata y Calabria respectivamente. En la primera parte la autora ofrece una minuciosa exposición de la historia política, en el más puro estilo de la «histoire événementielle», basándose en la información que sobre estas gentes proporcionan las fuentes literarias, siempre referidas a acontecimientos en los que asimismo participaron griegos o romanos. La naturaleza de las fuentes condiciona en no escasa medida el planteamieto y desarrollo de esta primera parte, de forma que los hechos comienzan a tener consistencia sólo a partir de mediados del siglo IV, cuando tiene lugar la constitución de la entidad política de los bretios. Con anterioridad a esta fecha las noticias históricas conocidas son prácticamente inexistentes, reduciéndose de hecho a la referencia a un oscuro conflicto entre los lucanos y la colonia griega de Thurii, cuyas fuerzas eran conducidas por el espartano Cleándridas, en una fecha indeterminada en el tercer cuarto del siglo V (Cappelletti parece inclinarse por un momento no muy lejano a la fecha de fundación de la colonia). Por ello esta primera parte se llena sobre todo con el relato sobre la participación de lucanos y bretios en las expediciones itálicas de diferentes «condottieri» griegos, como los lacedemonios Arquidamo III y Cleónimo y el epirota Alejandro el Moloso, incluyendo asimismo la intervención con afán hegemónico del tirano Agatocles de Siracusa. Naturalmente no puede faltar la relación con Roma, analizándose el papel desempeñado por

estos pueblos en las guerra samnitas, en la expedición de Pirro y durante la presencia de Aníbal en Italia.

En general nada hay que reprochar al contenido de esta primera parte, salvo quizá la excesiva minuciosidad en la exposición de aquellas cuestiones más oscuras, lo que despista al lector no especializado (una cartografía más completa hubiese sido de gran utilidad), aunque está prefectamente justificado en sus fines. Hay sin embargo un aspecto que se echa en falta. Frente al tratamiento que Cappelletti ofrece sobre el origen de los bretios, muy completo, nada se dice acerca del de los lucanos, quizá porque el tema general se encuentra excesivamente encorsetado en unos rígidos límites cronológicos. No obstante no hubiera estado de más, como paso previo a la discusión del interesante problema de Petelia como «metrópolis» de los lucanos, introducir al lector en el origen de este pueblo, apenas insinuado en leves retazos.

La segunda parte se centra en aspectos institucionales, con especial incidencia en la organización federal que se dieron respectivamente lucanos y bretios. La autora nos conduce con envidiable firmeza por estos difíciles caminos, con el fin de desgranar y mostrar en su desnudez la estructura interna de las confederaciones lucana y bretia. Para obtener estos objetivos L. Cappelletti recurre a todos los argumentos posibles. Además de las noticias recogidas en las antiguas fuentes literarias, que en general se muestran un tanto ambiguas y generosas en la terminología, la autora analiza gran acierto las acuñaciones monetarias emitidas por la autoridad federal, los modos de asentamiento y organización interna de los *populi* que individualmente componen cada una de las confederaciones, la participación de estos en el gobierno común y cómo se organizaba este último a partir sobre todo de sus magistraturas (muy interesante la discusión acerca del «basileus» lucano cuya existencia recuerda Estrabón). El resultado me parece altamente positivo, aunque en toda lógica cabe esperar un debate sobre determinados aspectos que, por la propia naturaleza de las fuentes, se prestan más a la discusión.

Estamos en definitiva ante una obra especialmente atractiva, tanto por el planteamiento y discusión de los problemas a los que se enfrenta, incluyendo las conclusiones a las que sucesivamente va llegando, como por la enorme cantidad de datos que contiene. Todo ello convierte a este libro en un punto de referencia insustituible para todos aquellos que quieran profundizar en el estudio de estos pueblos de la Italia antigua.

JORGE MARTÍNEZ-PINNA
Universidad de Málaga

Gillian CLARK - Tessa RAJAK (ed.), *Philosophy and power in the Graeco-Roman world. Essays in honour of Miriam Griffin*, Oxford, Oxford University Press, 2002, 350 pp. [ISBN 0-19-829990-7].

Nel ricco e denso volume, dopo una prefazione che illustra la più che trentennale attività di studio della dedicataria a Oxford, tra filosofia antica e storia antica, è fornita una bibliografia delle sue opere dal 1962 al 2002 (pp. ix-xiv), una breve presentazione degli autori dei contributi (pp. xv-xvii) e un'introduzione dei Curatori (*Philosophy and power*, pp. 1-12), in cui è posto in luce come la filosofia abbia influito in modo significativo sulla cultura romana e abbia intrattenuto un rapporto importante con il

potere, pensandone i vari aspetti. Sono quindi presentati i riassunti dei contributi, quattro per ciascuna della quattro parti in cui l'opera è suddivisa.

La prima parte, *Philosophy and the State*, si apre con L. Brown, *Did Socrates agree to obey the laws of Athens?* (pp. 13-30), che si interroga sul significato ὁμολογία, l'argomento principale usato dalle Leggi e da Socrate nel *Critone* platonico per dimostrare che la fuga del filosofo dalla prigione non sarebbe giusta. L'A. dimostra la compresenza di un consenso pratico e di uno cognitivo: Socrate avrebbe consentito a obbedire alle Leggi semplicemente rimanendo ad Atene dopo la *dokimasia*, ma l'A. osserva che è necessaria la consapevolezza che la permanenza comporti assenso all'obbedienza alle leggi. Senza assenso volontario non c'è obbligazione, mentre il *Critone* combinerenbbe elementi per fonti volontarie e involontarie di obbligazione all'obbedienza alle leggi. M.C. Nussbaum (*The worth of human dignity: two tensions in Stoic cosmopolitanism*, pp. 31-50) studia in Diogene il cosmopolita cinico, che si definisce in termini di caratteristiche fondate sul *logos* e sulla capacità morale umana e condivise con tutti gli altri esseri umani, compresi donne, barbari e schiavi, e quello stoico, in cui l'ideale di benevolenza verso l'umanità non può che essere generico; ciascuno può esplicare vera benevolenza solo verso una cerchia limitata di persone. Sono individuate due aporie che discuteremo. *Cicero and the defining of the* ius civile (pp. 51-68) è il tema del contributo di J. Harris, che indaga l'influsso della filosofia nel pensiero giuridico di Cicerone e le interrelazioni tra oratoria e filosofia, il cui iato è denunciato da Cicerone. F. Millar, *Government and law: Ulpian, a philosopher in politics?* (pp. 69-87), dopo una disamina dei giuristi del II sec. d.C., della formazione di Ulpiano e delle sue opere, si interroga sulla sua definizione della scienza giuridica come *vera philosophia*.

La parte II, *The power of philosophy*, incomincia con M. Schofield, *Academic therapy: Philo of Larissa and Cicero's project in the* Tusculans (pp. 91-110), che, studiando la concezione della filosofia come terapia non solo in ambito epicureo, stoico o pirroniano, già esplorato dalla Nussbaum e da Sorabji, ma anche in area accademica, dimostra come la ripartizione della filosofia teorizzata da Filone di Larissa, ultimo Accademico scettico, che segna un ritorno a Socrate e al suo intellettualismo etico, abbia ispirato l'ordine di composizione delle opere filosofiche di Cicerone e i loro contenuti, così come delineati nel catalogo del *De divinatione*, II. In particolare le *Tusculanae* mostrano l'assimilazione già filoniana della filosofia alla medicina. M. Beagon, *Beyond comparison: M. Sergius*, Fortunae victor (pp. 111-32), analizza la figura di M. Sergio, antenato di Catilina, quale esempio di *virtus* che ha la meglio sulla *fortuna*, nella presentazione di Plinio il Vecchio, *NH* VII 104-106: invalido in seguito a molte ferite di guerra, continuò a combattere valorosamente e a sostenere cariche come la pretura. Oltre a studiare le conseguenze della disabilità nella vita politica e religiosa romana, con riguardo speciale all'imperatore Claudio, l'A. dimostra che la presentazione di Plinio è fortemente influenzata dalla concezione stoica della superiorità del *sapiens* sulla sorte, viva soprattutto in Seneca, part. *Ep.* 66, e in Lucano, la *virtus* del cui Catone non è inficiata dall'insuccesso. B. Levick, *Women, power, and philosophy at Rome and beyond* (pp. 133-56), assodato che nell'antichità ci furono pochissime filosofe, ricerca in che misura le donne potessero avere un'educazione filosofica, ricordando anche le differenze tra le scuole: quella epicurea accettava donne e schiavi, a differenza ad es. di Cicerone. Musonio e di Plutarco sono favorevoli all'istruzione filosofica anche delle figlie, sebbene a scopi puramente etici e non speculativi, né si preoccupano della condizione sociale della donna, come di quella degli schiavi. È fornita una lista di donne che, se non filosofe, furono almeno interessate e istruite in filosofia, come la Teofila di Marziale, Plotina patrona del Giardino, la dedicataria delle *Vitae* del Laerzio, Giulia Mamea che ascoltò Ori-

gene, Giulia Domna φιλόσοφος per Dione e per Filostrato, o le suicide stoiche come Arria. Ma nel complesso «ancient philosophy [...] failed women» e solo con il Cristianesimo per le donne (consacrate) fu possibile una vita contemplativa e si diffuse il *topos* della *mulier virilis*. Comunque, le donne continuarono a non insegnare: eccezione rarissima, la pagana Ipazia, trucidata da fanatici. G.W. Bowersock, *Philosophy in the Second Sophistic* (pp. 157-70), dopo avere ricordato la recente fioritura di studi sulla Seconda Sofistica, mostra come diverse personalità culturali eminenti del II sec. fossero del pari sia filosofi sia sofisti: Massimo di Tiro e Apuleio, due Medioplatonici, e anche Favorino e Dione Cristostomo, di cui è stato dimostrato che non ebbe un periodo sofistico seguito da uno filosofico, bensì la compresenza di entrambi gli aspetti, in un'epoca in cui i filosofi tendevano a curare la forma espressiva e l'eleganza. Lo stesso Filostrato, nelle *Vitae sophistarum*, parla di φιλοσοφήσαντες che avevano fama di sofisteàsai, e Frontone teorizza una sinergia di filosofia e retorica.

La parte III inizia con Z. Yavetz, *Cicero: a man of letters in politics* (pp. 173-80), che analizza la condotta politica di Cicerone, dal 66 con la sua adesione a Pompeo alle posizioni più tiepide verso questo statista e ai rapporti con Cesare, correggendo le opinioni spregiative di Mommsen e dei suoi seguaci, originate probabilmente dal fatto che da un «filosofo e letterato in politica» ci si aspetta di più che da un semplice politico e osservando che l'evolversi dei fatti spesso nemmeno a un filosofo lascia modo di riflettere e di esplicare le proprie capacità. D. Wardle, Deus *or* divus: *the genesis of Roman terminology for deified emperors and a philosopher's contribution*, pp. 181-92, esordisce con un'analisi etimologica e linguistica, notando che nelle attestazioni anteriori a Cesare, soprattutto in Varrone e in Cicerone, non si trova la distinzione successiva, attestata in Servio, tra *deus* per gli dèi veri e propri e *divus* per gli uomini divinizzati[1]. Se per il *divus Iulius* fu scelto —forse per suggerimento dello stesso Cesare— per la prima volta *divus*, che rimarrà poi per tutti gli imperatori dopo la *consecratio*, è perché fu sentito come un arcaismo e come termine adatto a una legge, «to lend the sactity of tradition to a novel manoeuvre, the only precedent for which was the consecration of Romulus». Fu scelto per ragioni politiche e non filologiche. H.M. Cotton e A. Yakobson (Arcanum imperii: *the powers of Augustus*, pp. 193-210), osservando che secondo Dione l'*imperium* su molte province fu rinnovato ad Augusto ogni dieci o cinque anni, con reiterate *recusationes* da parte del *princeps*, e che gli imperatori successivi continuarono le celebrazioni ogni dieci anni come a rinnovamento della loro sovranità, si domandano quale fosse il fondamento del potere imperiale, ricordando anche l'ambiguità di Augusto verso l'idea del governo imperiale. Essi, dopo avere considerato le varie ipotesi dei moderni, sostengono che il consolato a vita - quale sarebbe stato considerato troppo oltraggioso da Augusto, che nelle *Res gestae* rifiuta per sé qualsiasi carica *contra morem maiorum*, anche se non ricorda le *recusationes* —, sia un fraintendimento di Dione per l'estensione dell'*imperium* proconsolare a Roma e all'Italia, che per questo avrebbe necessitato di un periodico rinnovamento. Quando Tiberio rifiutò il potere in Senato all'inizio del regno e poi parlava *de reddenda re publica* (Tac. *Ann.* IV 9), non faceva che ispirarsi ad Augusto, alla versione delle *Res gestae* secondo cui nel 27 a.C. egli aveva veramente restaurato la repubblica. Questa linea era destinata a scomparire entro breve, in favore dell'ideologia monarchica filoereditaria: la linea inter-

[1] E, aggiungo, in autori del I-II secolo: Cfr. il mio *Divus* e *deus: Seneca, Lucano e Plinio il Giovane di fronte al culto imperiale*, «Rend. Ist. Lombardo», 134 (2000), 125-49; I. Gradel, *Emperor Worship in Roman Religion*, Oxford 2002; l'A. cita i meno specifici S.R.F. Price, *Rituals and power*, Cambridge 1984; Id., *From noble funerals to divine cult*: in *Rituals of royalty*, edd. D. Cannadine - Id., Cambridge 1987, 56-105; I. Chirasso Colombi, *Il mestiere di Dio e i suoi rischi*, in *La cultura in Cesare*, ed. D. Poli, Roma 1993, 397-426; M. Clauss, *Deus praesens: der römische Kaiser als Gott*, «Klio» 78 (1996), 400-33.

media invece, secondo cui Augusto avrebbe accettato con riluttanza di governare lo Stato per un periodo provvisorio, sarebbe sopravvissuta nella *recusatio* di molti nuovi imperatori e nella concezione stessa del *civilis princeps*. W. Eck, *An emperor is made: Senatorial politics and Trajan's adoption by Nerva in 97* (pp. 211-26), suppone che lo stanziamento strategico di Traiano[2] nella Germania Superior, pronto a intervenire in Italia, e la sua adozione e associazione furono determinati da alcuni senatori, come Giulio Frontino e Giulio Urso, intenzionati a contrastare Cornelio Nigrino, che aveva provocato l'uccisione dei giustizieri di Domiziano, in un movimento che mirava a riabilitare questo imperatore. Come emerge dai fasti consolari degli anni 98-100, furono ricompensati con reiterati consolati a breve intervallo, secondo una prassi inusuale, e così Sosio Senecione, loro fedelo, fu ripagato con un consolato ordinario e non suffetto, come sarebbe stato normale per un *homo novus* come lui. La forzatura di questa adozione spiegherebbe il distacco - a dispetto dell'enfasi del panegirista Plinio - di Traiano da Nerva, di cui assunse solo il *cognomen* e non il gentilizio *Cocceius*.

Il primo studio della parte IV, *Philosophy and religion*, di L. Alexander (*«Foolishness to the Greeks»: Jews and Christians in the public life of the Empire*, pp. 229-50), focalizza soprattutto la missione di s. Paolo negli *Acta*, osservando come si muove negli spazi pubblici delle città dell'Impero. M. Atkins, *Old philosophy and new power: Cicero in Fifth-Century North Africa* (pp. 251-70), analizza le presenze ciceroniane e filosofiche in generale, anche stoiche, nello scambio di lettere fra s. Agostino e Nettario —il cui paganesimo è quanto meno ambiguo e certo incentrato su un rigoroso monoteismo— a proposito di una celebrazione pagana a Calama proibita nella recente legislazione imperiale. Emerge fra l'altro la conoscenza del *De re publica*, che in ambito pagano, a parte Alessandro Severo, era ormai confinata a citazioni nei grammatici, per questioni linguistiche: gli ultimi riferimenti precisi ai contenuti sembrano risalire a Seneca, mentre il *Somnium Scipionis* aveva vita propria nei commenti di Macrobio e di Favonio, che comunque favoriscono temi cosmologici, armonici e filosofici più che politici. In ambito cristiano, invece, Lattanzio e s. Agostino lessero attentamente il *De re publica*; vescovi colti come quest'ultimo o Possidio erano fonte di istruzione anche per il popolo. P. Athanassiadi, *The creation of orthodoxy in Neoplatonism*, pp. 271-92, nota come, parallelamente alla creazione di una ortodossia cristiana —per cui il termine αἵρεσις da «scelta» e da «scuola filosofica, setta» passò a significare «eresia»—, anche nel pensiero pagano, e in particolare nel Neoplatonismo, si creò un filone ortodosso, il cui precursore è individuato in Numenio e il cui principale esponente in Giamblico, che fissò i testi «canonici» del Platonismo e lo presentò come una sorta di rivelazione; Giuliano si ispirò a lui e Proclo lo seguì, anche se di recente lo studio di Damascio ha fatto rilevare che Proclo si discostò anche da Giamblico. J. Barnes, *Ancient philosophers* (pp. 293-306), propone un'indagine sul significato di φιλόσοφος / *philosophus*, documentandone l'uso nelle epigrafi —che ci attestano molti «filosofi» altrimenti sconosciuti— e nella letteratura e cercando di stabilire l'incidenza della filosofia sulla società antica.

Concludono il volume, molto curato anche dal punto di vista tipografico (rari refusi nel greco), una bibliografia (pp. 307-26), e gli indici: dei nomi antichi, degli autori moderni e generale (pp. 327-50).

---

[2] Nonostante i suoi insufficienti requisiti militari, contrariamente a quanto si pensa in genere soprattutto in base a Plinio, che retroproietta nella sua giovinezza le esperienze militari di Traiano. Cfr. anche il mio *L'omen per Acilio Glabrione e per Traiano: una corona?*, «Rivista di Storia della Chiesa in Italia», 55 (2001), 389-94.

Data la varietà e l'estensione degli articoli, i miei rilievi sono qui limitati a pochissimi punti. La Nussbaum, dopo avere opportunamente richiamato l'importanza della filosofia romana[3], contesta la classificazione stoica tra gli indifferenti di alcune garanzie di dignità umana —libertà, livelli minimi di sussistenza etc.—, vòlta ad assicurare al sapiente la radicale indipendenza dalla sorte, da ciò che non ricade sotto la nostra volontà. La preoccupazione stessa degli Stoici per l'educazione, se essa è un indifferente, è contraddittoria; se è necessaria alla virtù, questa non è autosufficiente. La benevolenza e la preoccupazione per gli altri sarebbe in contraddizione con la dottrina dell'ἀπάθεια e con quella degli indifferenti; la schiavitù come indifferente è un insulto alla dignità umana. Forse, tale approccio difetta in parte di prospettiva storica: a partire dal Mediostoicismo l'ἀπάθεια fu molto mitigata e agli indifferenti furono aggiunti i preferibili, con i καθήκοντα[4], che fondano le relazioni sociali, collegate al discorso della *oikeiosis*. L'A. stessa, del resto, ricorda Neostoici che hanno recepito queste revisioni, come Musonio, di età neroniana[5], con l'importanza dei vincoli familiari, l'istanza di un'uguale educazione per ragazzi e ragazze di un'uguale condotta monogamica di mariti e di mogli, e Ierocle, della prima metà del II sec. d.C., con la teoria dei doveri verso il prossimo disposti in cerchi concentrici, da noi stessi ai parenti prossimi all'intero genere umano, che sarebbe opportuno collegare alla *oikeiosis* consociativa, come l'A. non fa[6]. In generale, discutendo dei Neostoici —con l'eccezione forse di Epitteto, che per vari aspetti era ritornato allo Stoicismo Antico— non si può tacciarli di contraddizione con i presupposti del Vetero-stoicismo. Giustamente invece la Levick attribuisce importanza e caratterizzazione filosofica all'opposizione stoica al principato, ricordando che non per nulla le madri di Nerone e di Alessandro Severo, come pure quella di Agricola, non vollero che i loro figli studiassero filosofia. La Alexander, per parte sua, mostra bene come, a parte le sinagoghe, punto privilegiato della predicazione paolina, Paolo abbia presentato il Cristianesimo in vesti filosofiche sia nel discorso all'Areopago in Atene[7] sia nella σχολή di Tiranno ad Efeso. Per la predicazione ateniese, in particolare, l'A. ravvisa con fondamento l'adesione alla prassi socratica di discutere con i passanti nello spazio pubblico dell'*agorà*, e l'eco dell'accusa rivolta a Socrate di introdurre nuove divinità. Inoltre Paolo lavora per mantenersi, come facevano i rabbini e vari filosofi socratici, per mantenersi indipendenti dal potere: Paolo stesso usa il termine αὐτάρκης, come ἐλέγχομαι, accreditati dalla tradizione socratica; anche la παρρησία (nome usato spesso negli *Acta* con il corrispettivo παρρησιάζομαι, e non altrove nel NT) in sede processuale richiama quella di Socrate. In generale, la presentazione lucana di Paolo sembra modellata su quella del filosofo (es. anche la sua calma durante la tempesta nella traversata marittima verso Roma). L'A., tuttavia, con molto equilibrio, non giunge agli eccessi di certa recente esegesi legata al *Jesus Seminar*, che fa di Gesù Cristo un filosofo di scuola socratica come un Cinico o uno Stoi-

---

[3] Su cui attirano l'attenzione i recenti C.R. Boys-Stones, *Post-Hellenistic philosophy: a study of its development from the Stoics to Origen*, Oxford 2001; M. Morford, *The Roman philosophers: from the time of Cato the Censor to the death of Marcus Aurelius*, London-New York 2002.

[4] C. Reale, *Storia della filosofia antica*, III, Milano 19959, 443-444; R. Sorabji, *Emotion and peace of mind: from Stoic agitation to Christian temptation*, Oxford 2000, 29-77, 93-132.

[5] I. Ramelli, *Musonio Rufo. Diatribe, frammenti, testimonianze*, Milano 2001, *Introduzione*.

[6] M. Isnardi Parente, *Ierocle stoico*, in *ANRW*, II, 36, 3, Berlin-New York 1989, 2201-26; R. Radice, *Oikeiosis*, Milano 2000, 189-95; G. Bastianini - AA. Long, *Ierocle. Elementi di etica*, in CPF I 1 **, Firenze 1992, 268sgg.; Morford, *Roman Philosophers*, 10-11. Spero di tornare personalmente sul tema.

[7] Cfr. il mio *La concezione di Giove negli Stoici romani di età neroniana*, «Rendiconti dell'Istituto Lombardo», 131 (1997), 292-320; F. Ruggiero, *La follia dei Cristiani. La reazione pagana al Cristianesimo nei secoli I-V*, Roma 2002, 19-46.

co[8]. L'A. osserva come in effetti gli autori cristiani dal II sec. cercarono di caratterizzare il Cristianesimo come filosofia, parallelamente a quanto avevano fatto in ambito giudaico Filone e Giuseppe, che notoriamente parla di αἱρέσεις giudaiche con lo stesso termine che designa le sette filosofiche, come Luca negli *Acta* parla di αἵρεσις cristiana. Si potrebbe ricordare almeno Giustino e la sua definizione del Cristianesimo come φιλοσοφία θεία. A ragione, infine, l'A. interpreta come sostanzialmente positivi —a differenza di quello di Marco Aurelio— i giudizi di Galeno e di Epitteto sui Cristiani[9], che concedono loro un comportamento filosofico, anche per il loro dispregio della morte: l'A. dimostra che la caratterizzazione del martirio come filosofico ha radici nel Giudaismo, citando il discorso di Eleazaro nella narrazione della caduta di Masada in Ios. *BI* VII 341-88 e il IV libro dei Maccabei, 1, 7-9, in cui il confronto tra un Eleazaro e il persecutore Antioco è modellato sul dialogo tra un tiranno e un filosofo con la sua παρρησία. A proposito di filosofia pagana e cristiana, vorrei rilevare un punto di estremo interesse nell'articolo della Atkins: proprio in Nettario si trovano connesse espressamente per la prima volta la cosmopoli del sapiente cara ai filosofi greci, che nello Stoicismo prese la forma della πόλις τοῦ Διός, comune agli dèi e agli uomini virtuosi, e l'agostiniana *civitas Dei*, che in parte si ispirava certamente alla prima[10]. Infine, Barnes, studiando l'uso di termini come «filosofo» e «filosofia» applicati al Cristianesimo, osserva che posizioni estreme come quella di Tertulliano, che voleva escludere radicalmente la filosofia dal Cristianesimo, sono isolate, mentre prevale la concezione contraria, fin da quando Egesippo, *ap.* Eus. *HE* II 23, 2, definisce un filosofo Giacomo, primo vescovo di Gerusalemme. In Giustino, il Cristianesimo, come accennavo, è una filosofia a pieno titolo, che l'autore ha abbracciato dopo essere rimasto insoddisfatto di tutte le altre, dallo Stoicismo al Platonismo. Successivamente, la qualifica di filosofi fu spesso attribuita ad asceti e a monaci.

Ilaria RAMELLI
Università Cattolica di Milano

A. RODRÍGUEZ DÍAZ - J.J. ENRÍQUEZ NAVASCUÉS, *Extremadura tartésica. Arqueología de un proceso periférico* (Bellaterra Arqueología), Barcelona, Edicions Bellaterra, 2001, 366 pp.+ 95 figs. [ISBN: 84-7290-174-2].

No es tarea sencilla la que se proponen Rodríguez Díaz y Enríquez Navascués en esta síntesis: acometer el estudio de la región extremeña en el período que desde hace más de treinta años se viene denominando tartésico u orientalizante. Una fase que entronca con el Bronce Final, tiene su mayor expresión en el Hierro Antiguo y conduce en el siglo V a.C. a un horizonte post-orientalizante de noto-

---

[8] *Status quaestionis* in A. Alonso Ávila, *Sentir la Historia. Un acercamiento al judío Jesús*, Madrid 2002 (Graeco-Romanae Religionis Electa Collectio, 12), 116-55, e critiche in P.R. Eddy, *Jesus as Diogenes? Reflexions on Cynic Jesus Thesis*, «Journal of Biblical Literature», 115 (1996), 449-69; C. Mielgo, *Jesús y los cínicos*, «Estudio Augustiniano», 35 (2000), 5-47, 237-70. Cfr. con equilibrio sui punti di contatto: K.O. Sandnes, *Paul and Socrates*, «Journal for the Study of the New Testament», 50 (1993), 13-26; T. Engberg-Pedersen, *Paul and the Stoics*, Edinburgh 2000.

[9] Come ho cercato di dimostrare in *Katà psilèn parátaxis. Montanismo e Impero romano nel giudizio di Marco Aurelio*, in *Fazioni e congiure nel mondo antico*, a c. di M. Sordi, Milano 1999 (CISA 25), 81-97; per Galeno e i Cristiani ho in corso di pubblicazione sui «Rendiconti dell'Istituto Lombardo» una nuova disamina sistematica delle fonti.

[10] Cfr. M. Schofield, *The Stoic idea of city*, Cambridge 1991, rist. Chicago 1999; I. Ramelli, *La «Città di Zeus» di Musonio Rufo nelle sue ascendenze vetero-stoiche e nell'eredità neostoica e cristiana*, «Stylos» 11 (2002), 176-80.

rio protagonismo a partir del cual se alcanzan ya —por medio de una transición especialmente compleja que tiene su punto de inflexión en la fecha del 400 a.C.— los siglos finales del I milenio que verán la irrupción y definitiva consolidación de la presencia romana en Extremadura. Y no es empresa fácil por una serie de circunstancias que sin embargo los autores afrontan y resuelven con éxito.

En primer lugar la dilatada secuencia temporal. Lejos de ajustarse al marco estricto del I milenio a.C., los autores rastrean un proceso histórico que haciéndole arrancar del Calcolítico siguen y prolongan hasta tiempos tardorrepublicanos coincidiendo ya con el cambio de Era. Un recorrido que supera en mucho el del título de la obra pues en poco más de trescientas páginas no sólo se sistematizan con maestría las claves de la arqueología tartésica extremeña sino que, como se ha dicho, se integran en un proceso de *longue durée*, por utilizar la expresión braudeliana. Un enfoque diacrónico que los autores adaptan de los trabajos pioneros en esta línea de Mª.E. Aubet —si bien aplicados a la Protohistoria andaluza—, y en el que van contextualizando muy satisfactoriamente a través de seis capítulos (2-7) los rasgos principales de las distintas etapas históricas. En este largo viaje de más de tres mil años —con un ritmo que se hace obviamente más lento y detallado en el I milenio— se intercalan fenómenos de continuidad, transformación, crisis, cambio y ruptura que los autores analizan con gran sagacidad en una lectura del registro arqueológico que entienden fundamentalmente en términos poblacionales, económicos y paleoambientales siguiendo los presupuestos de un trabajo suyo anterior, precursor de esta monografía (Rodríguez Díaz, A. ed., *Extremadura protohistórica: paleoambiente, economía y poblamiento*. Cáceres. 1998). No olvidan, sin embargo, aspectos sociales, técnicos, ideológicos, simbólico-religiosos y, en los compases finales, de construcción política y étnica que resultan de gran enjundia para calibrar el devenir histórico de las comunidades que poblaron Extremadura en las postrimerías de la Prehistoria.

En segundo lugar, las particularidades derivadas del medio físico. Extremadura es en efecto una cuña interior que, situada en el cuadrante suroeste peninsular, está a caballo de tres espacios diferentes en lo geográfico y cultural: la franja atlántica portuguesa, la Meseta y, en dirección sur, Andalucía. Desde su posición periférica y fronteriza (en la certera caracterización dada por G. Barrientos, que los autores asumen desde el principio y recuerdan constantemente), la región extremeña participa de seculares contactos con estas esferas en una interacción que hace de la Protohistoria de este espacio una de las más contrastadas de la Península Ibérica. Así, el megalitismo, la conexión atlántica en la Edad del Bronce, los efectos de la colonización fenicia con la demanda de recursos desde el foco tartésico —en cuyo territorio económico se incluye la periferia extremeña— y la subsiguiente orientalización de sus elites, el sustrato indoeuropeo y el discutible proceso de *continentalización* y, finalmente, la romanización, son retazos de un dinamismo cultural fundamentado en el carácter estratégico y en el potencial natural de esta región frontera. Los autores subrayan la interconexión de Extremadura con áreas vecinas, especialmente intensa con el suroeste andaluz durante el apogeo de Tartessos (pp.138-189), reivindicando para la región la categoría de «periferia», por la que entienden un territorio socialmente complejo y diferenciado respecto a un área nuclear determinada con la que le unen estrechos intereses socioeconómicos y culturales (p.11). Como ellos mismos señalan en una clarificadora introducción, su propuesta se concreta en la posibilidad de mirar y equilibrar desde la periferia un proceso histórico tradicionalmente valorado desde el centro. Pero Extremadura no es en sí misma un territorio uniforme sino compartimentado en diversos espacios naturales cuyos rasgos esenciales se describen en un oportuno primer capítulo dedicado al territorio (pp.15-45). Los autores diferencian

en su análisis dos áreas geográficas vertebradas respectivamente por las cuencas medias del Tajo (CMT) y Guadiana (CMG). En sucesivos apartados van contrastando los distintos modelos de poblamiento y usos del territorio en función de las condiciones naturales de cada una de estas áreas. Así, la vocación ganadera y la explotación subsidiaria de veneros estanníferos desde modestas comunidades aldeanas, en la CMT, y el potencial agrícola y el control territorial ejercido desde núcleos de población consolidada sobre los principales vados fluviales, en la CMG, más abierta a los estímulos del sur, perfilan a juicio de Rodríguez Díaz y Enríquez Navascués la doble fisonomía de la Protohistoria extremeña.

En tercer lugar, el desigual nivel de información. La arqueología extremeña vive la paradoja de contar con yacimientos extraordinarios convertidos desde hace años en hitos de la investigación (Medellín con una ocupación continuada durante todo el I milenio; el emblemático palacio-santuario de Cancho Roano; los tesoros de Aliseda y Serradilla, etc.), al lado de extensas lagunas documentales propiciadas por la falta de actuaciones sistemáticas; una penuria informativa muy patente en las tierras cacereñas que van desde el Tajo al Sistema Central. Expertos conocedores de la arqueología regional, en la que participan activamente desde hace dos décadas dirigiendo intervenciones arqueológicas y proyectos integrales desde la Universidad de Extremadura, los autores se mueven con comodidad en este terreno. A pesar de los inconvenientes ya señalados, el muestreo que ofrecen del registro arqueológico es completo, preciso y muy actualizado. Merecen destacarse las revisiones historiográficas de determinados temas (los depósitos orfebres del Bronce Final, las estelas decoradas, el período orientalizante, los castros extremeños del Hierro II) y lugares (La Pijotilla, Cancho Roano, Medellín). Y, sobre todo, las aportaciones en debates actuales en los que sus propios trabajos de campo están suministrando datos imprescindibles. Entre otros, destacan los seis siguientes: 1) La aparición en el II milenio a.C. de jefaturas herederas de las sociedades complejas calcolíticas, sobre la base de iniciales procesos de colonización agrícola y jerarquización del territorio, y su relación con el proceso formativo de Tartessos. 2) El significado de los denominados edificios de prestigio en el valle del Guadiana a raíz de las recientes excavaciones en La Mata de Campanario, que otorgan por fin un marco de referencia al hasta hace poco excepcional centro de Cancho Roano, en paralelo a la cristalización en el siglo V a.C. de aristocracias rurales como nuevas células de poder sobre la tierra. 3) La eclosión de los círculos etnoculturales lusitano-vetón, céltico y túrdulo-turdetano a partir de los efectos de la —quizá algo sobrevalorada por los autores— *crisis del 400 a.C.* 4) El complejo proceso de formación y definición de la Beturia prerromana. 5) El origen de los *oppida* bajoextremeños y su función en el contexto de la romanización del territorio. Y por último y en relación con lo anterior, 6) el elemento romano como factor regulador en la intensificación de la explotación minero-metalúrgica y, por ende, en la dinámica migracional que vive Extremadura en los siglos II-I a.C. En relación con esto último es de sumo interés la interpretación que los autores dan al controvertido fenómeno de la *celtiberización* como una consecuencia indirecta de la propia romanización (pp.308-313), desmarcándose por tanto de lecturas invasionistas y etnopolíticas de amplio calado en los últimos tiempos.

Además de hacer gala de un lenguaje dinámico y convincente (del que sólo cabría criticar el abuso de entrecomillados y contadísimas erratas: tholos por tholoi [p.72, línea 5; p.75, línea 4], solo por sólo [p.202, línea 3], Cogotas IIa por Cogotas IIa [p.285, línea 15]), el texto se enriquece con un centenar de figuras de acertada elección (mapas, fotografías, dibujos y cuadros tan interesantes como los de las figuras 89 y 91 sobre la secuencia cronológica de yacimientos de la Edad del Hierro), un apéndice con

dataciones de C14 y un índice alfabético. El manejo bibliográfico es profuso y está perfectamente ajustado al discurso, con títulos actualizados a 2001. Sólo se echan en falta un par de trabajos (Celestino Pérez, S. ed., *El yacimiento protohistórico de Pajares. Villanueva de la Vera. Cáceres. 1. Las necrópolis y el tesoro áureo.* Memorias de Arqueología Extremeña, 3. Mérida. 1999; y Pérez Vilatela, L., *La Lusitania. Etnología e Historia.* Bibliotheca Archaeologica Hispana, 5. Madrid. 2000) que los autores olvidan incluir (o acaso les haya resultado imposible dada su reciente aparición), pero que sin duda conocen como ponen de manifiesto oportunas referencias en el texto a sus autores y contenidos.

En suma, estamos ante un libro que por su contenido, alcance y calidad constituye una referencia obligada en el estudio de la Protohistoria extremeña. Una obra, en fin, sustancial para acercarse a la Antigüedad prerromana de Extremadura y a la que brindar la mejor bienvenida.

Eduardo SÁNCHEZ - MORENO
Universidad Autónoma de Madrid

F. QUESADA SANZ - M. ZAMORA MERCHÁN (eds.), *El caballo en la antigua Iberia. Estudios sobre los équidos en la Edad del Hierro* (Bibliotheca Archaeologica Hispana, 19), Madrid, Real Academia de la Historia, 2003, 253 pp. [ISBN 84-95983-20-6].

Ve la luz en la colección *Bibliotheca Archaeologica Hispana* del renovado Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia, este volumen dedicado a los équidos en la Protohistoria ibérica, editado por Fernando Quesada Sanz y Mar Zamora Merchán. El mismo se compone de catorce estudios de temática y metodología diversas, insertos casi todos ellos en un firme plan de investigación sobre el caballo en el mundo ibérico que nace de la mano del profesor Quesada Sanz a mediados de los años noventa en el Departamento de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid. Con el concurso de distintas ayudas oficiales, el proyecto inicial (*El caballo en la Cultura Ibérica: estudio arqueológico, social e histórico*) se ha venido renovando y ampliado en los últimos años en una serie de líneas complementarias (*Rituales y modelos de jerarquización social en la Protohistoria de la Península Ibérica: los ritos de armas y caballos como caso de estudio. Estudio, catalogación y publicación de los arreos de caballo de la Edad del Hierro en museos y colecciones de Madrid...*). En este sentido la obra objeto de reseña, pese a lo que su título pudiera hacer pensar, no es el resultado final de dicha investigación (que de hecho sigue en curso) sino una contribución parcial (pero importante por su magnitud y calidad) que se añade a un elenco de publicaciones anteriores y que, en palabras del propio coordinador, «sólo son una avanzadilla de otras muchas más completas y complejas que, confiamos, verán la luz en sucesivos volúmenes» (p.17).

Escudriñando los móviles del proyecto y el *status questionibus* del tema equino en la Hispania antigua, lo que de hecho persigue F. Quesada en la introducción que le sirve para hacer un ajustado balance historiográfico, con sus luces y sombras, y al tiempo presentar el resto de capítulos del libro («El caballo en la antigua Iberia», pp.10-19), hay que reconocer que uno de los grandes logros del volumen es el aporte multidisciplinar y el enfoque integral marcadamente histórico que define al cuerpo analítico-interpretativo. Este énfasis en aproximarse al caballo desde distintos planos documentales, todos los posibles (arqueológico, iconográfico —incluyendo el soporte monetal—, registro escrito antiguo,

arqueofaunístico, producción bibliográfica, comparativas histórico-cultural y etnográfica) y sobre todo el intentar trascender los significados del équido en la mente y *praxis* de las gentes de la antigua Iberia, desde el ámbito socio-político al religioso, desde lecturas simbólicas a consideraciones meramente tecnológicas, es lo que distancia y destaca el trabajo de F. Quesada y su equipo de tradiciones anteriores, situándose en la vanguardia de la investigación internacional dedicada a la Protohistoria europea. Si a ello añadimos el rigor metodológico que caracteriza a este autor y sus colaboradores y el tan innovador como eficaz empleo de nuevas tecnologías (Internet, softwares de S.I.G., CD-ROM, etc.) en el tratamiento de los datos y en la difusión de los resultados, habremos de convenir que estamos ante un trabajo cuando menos meritorio y atractivo. Sirva como ejemplo, precisamente, el excelente portal en Internet que aloja con todo detalle las líneas de actuación y los bancos de datos que componen el *corpus* del proyecto (SGDE: Sistema de Gestión Documental *Equus*) (Quesada *et alii*, 2000; Gabaldón *et alii*, 2000), junto a otros módulos, enlaces y contenidos de jugoso interés: http://www.ffil.uam.es/equus («Guerreros, caballos y dioses en la Cultura Ibérica»).

Es cierto que cada una de las contribuciones presenta su propia línea de trabajo, abundando en la construcción interdisciplinar. Sin embargo en su conjunto el libro acusa cierta heterogeneidad, no escasa en honor a la verdad. Los trabajos se pueden articular en cinco campos. A saber:

1) Análisis iconográficos. Con tres elaborados ensayos: los de F. Fernández Gómez sobre un conjunto de sesenta relieves de tema equino hallados en la provincia de Córdoba, depositados provisionalmente en el Museo Arqueológico de Sevilla; A. Arévalo González sobre las acuñaciones hispanas con el conocido tipo de jinete en el reverso; y J.F. Blanco García sobre las representaciones equinas en la plástica celtibérica. Se corresponden con los capítulos 2-4, que dicho sea de paso no aparecen numerados en el índice general.

2) Análisis de las fuentes literarias greco-latinas. Los artículos de I. Seco Serra y J. de la Villa Polo a propósito de caballos y caballería en el solar hispano, y de la primera autora en solitario focalizado en el asturcón y su famoso paso de ambladura; de alto aprovechamiento su exprimida exégesis de los textos y de no menor utilidad los cuadros que elaboran y el apéndice con la relación de citas. Constituyen los capítulos 5-6.

3) Análisis arqueozoológicos. Las disecciones de N. Mesado Oliver, I. Carrión Montaña, P. Iborra y X. Gómez Flix con base en una serie depósitos faunísticos de equino del Levante peninsular datados en distintos momentos de la Edad del Hierro. Ocupan los capítulos 8-12.

4) Análisis monográficos sobre ergología ecuestre. En este caso, el minucioso examen historiográfico que M.G. Álvarez Rico dedica a la controvertida cuestión de la herradura en la Antigüedad (capítulo 7). Quedan pendientes anunciados trabajos sobre bocados y atalajes.

Y finalmente, 5) dos casos de estudio sobre caballerías en otros escenarios antiguos, extrapeninsulares y circunmediterráneos. Lo que hacen con competencia M.Mª Gabaldón Martínez con punto de mira en la Céltica, más concretamente en el círculo galo, y J.R. Carrillo Díaz-Pinés repasando el componente ecuestre en los festivales religiosos de la Roma republicana, en especial el *October Equus*. Abarcan los capítulos 13 14. A título complementario cabe apuntar las novedades arqueológicas del país vecino que están abriendo grandes expectativas en la valoración del caballo en la Edad del Hierro, a lo que contribuye poderosamente el excepcional hallazgo de un enterramiento con ocho ¿guerreros? y sus caballos (a lo que parecen, típicamente galos por su reducida talla que no supera 1,20 m. de alza-

da a la cruz) a escasos kilómetros al sureste de Clermont-Ferrand, dado a conocer por la prensa hace poco más de un año (*Le Monde*, 30/05/02).

La superación de una acotación exclusivamente ibérica del tema, al incluirse el hipódromo meseteño y otros escaparates indoeuropeos (el galo, el itálico) donde el corcel brilla con luz propia y valor polisémico, con todo lo que ello tiene de enriquecedor, las revisiones interpretativas y la abundante documentación gráfica que acompaña a todos y cada uno de los estudios (en especial los de Fernández Gómez y Blanco García), son algunos de los aspectos más destacables de la obra.

A beneficio del lector hubiera sido preferible una más clara estructuración interna (en estos u otros bloques), con indicación expresa en el índice, lo que clarificaría la tabla de contenidos que en esta versión recuerda más las actas de un coloquio que el sumario de una monografía, por inconclusa y relativa que sea. Respecto a las materias, abordadas en general con solvencia y profundidad, son todas las que están pero no están todas las que son. En esta dinámica y al tratarse de una memoria parcial sobre un proyecto no agotado, las lagunas son inevitables. Algunas merecen un breve comentario. Con la salvedad de los *topoi* que las fuentes clásicas vierten sobre los caballos del Poniente peninsular, convenientemente cribados por Seco y de la Villa en su trabajo, no hay atención alguna a la vertiente atlántica, en lo que a restantes registros informativos se refiere, ni en la franja lusitana ni en la cantábrica, a pesar de que el artículo de Blanco García lleva por título «Iconografía del caballo entre los pueblos prerromanos del centro-norte de Hispania», que aunque puede entenderse de forma reduccionista resulta acaso excesivamente ambicioso si tenemos en cuenta que su análisis se circunscribe al ámbito duriense, fundamentalmente al escenario de celtíberos y vacceos (con proyecciones puntuales al de turmogos y vetones septentrionales). El aporte epigráfico debe también tenerse en cuenta, entendido doblemente como escritura y soporte. Si bien se alude a los jinetes celtibéricos protagonistas del Bronce de Áscoli (*CIL* XII, 709), la excepcional noticia de la *Turma Salluitana* (de nuevo Seco y de la Villa, p.135), quedan fuera de esta monografía otros preciosos datos epigráficos que en sus particulares coordenadas llaman la atención sobre la trascendencia de los équidos en las tierras interiores hispanas. Por citar sólo dos ejemplos: 1) La *Tabula Alcantarensis*, *deditio* que el pretor de la Ulterior Lucio Cesio firma en el 104 a.C. con el grupo indígena de los Seanos, habitantes del castro cacereño del Castillejo de la Orden de Alcántara (López Melero *et alii*, 1984; *HEp* 2, nº191), en cuyas condiciones de rendición se contempla la devolución de *captivos equos equas cepisent* (línea 6), lo que, con independencia de que fueran caballos romanos capturados por los indígenas, trasluce el importante valor económico y político que estos animales tuvieron en los episodios de conquista. 2) El culto de origen indígena a unos *Deis Equeunu(bo)*, indudablemente imbricados en la esencia de estos animales aunque estemos lejos de aprehender su naturaleza, venerados en las montañas astur-leonesas tal como atestigua el ara latina conservada en una ermita de Pola de Gordón (León), recientemente reinterpretada (Marco, 1999). No hay que olvidar a este respecto que a poca distancia de esos parajes nos encontramos con las interesantísimas estelas funerarias vadinienses en cuyo repertorio iconográfico, como es bien sabido, el caballo desempeña un papel esencial (de lo que, en este punto sí, se hace eco Blanco García, p.78).

Otra materia no contemplada en esta ocasión es el caballo como instrumento económico en tanto animal de tiro y transporte, lo que lleva a relacionarlo con el arado y el carro y, en definitiva, con el desarrollo tecnológico de la Edad del Hierro. Así y partiendo de los estudios pioneros de Stuart Piggott, el carro ha sido objeto de recientes acercamientos tanto desde una perspectiva general (Raulwing, 2000; Raepsat, 2002) como regional, caso de su discutida presencia en la Meseta prerromana (Lenerz,

1999); obras que no son citadas en el texto. Igualmente se echa en falta la consideración de otros équidos domésticos: el asno y sus híbridos (burdégano, mulo), de los que contamos con noticias literarias (por ejemplo la cita a la cría de mulas en Celtiberia y su alto precio; Plinio, *N.H.*, VIII, 170-171) y repertorios iconográficos y faunísticos crecientes. En especial el análisis osteológico de muestras de *equus asinus* en los últimos años se está convirtiendo en destacada vía para valorar la llegada y difusión de esta especie en la Protohistoria ibérica. Es de esperar que estas cuestiones se traten en próximas fases del proyecto.

Por lo demás, y como ya se ha dicho, las aportaciones son muy estimables por lo novedoso en unos casos (capítulos 2, 8-12), lo oportuno en otros (capítulos 1, 3-4, 6-7) y en suma por el extraordinario panorama informativo de muchas de ellas (capítulos 4, 5, 7 y 13-14). El tratamiento bibliográfico es en general amplio y satisfactorio, dependiendo, claro está, del carácter de cada estudio. Las únicas observaciones a este respecto serían la ausencia de algunos títulos importantes (como obras generales: Raulwing, 2000; Hyland, 2002; más particularmente: Cerdeño *et alii*, 1999 y Quesada/Tortajada, 1999, en el trabajo de Blanco García; Méniel, 2001 en el de Gabaldón Martínez; Amat, 2002, en el de Carrillo Díaz-Pinés) y la falta de actualización en algunos casos (en la prolija bibliografía utilizada en el estudio sobre el caballo entre los pueblos galos sólo un par de títulos son posteriores a 1997). En el orden de cosas puramente formal el libro presenta una cuidada edición, con pocas erratas [«imágnes» por imágenes (p.71), «ancien» por ancient (p.70), «BQUEDANO» por BAQUEDANO (p.98), «Intercacia» por Intercatia (p.136), «como» por cómo (p.222), «entorno» por en torno (p.223) o «ttiunfo» por triunfo (p.242)]. Y sólo un par de defectos denunciables: a) el olvido al no incluirse los autores con apellido a partir de la R en la relación bibliográfica del capítulo 1 (p.19), faltando las entradas de Riquelme, 1995; Salinas, 1998; Sánchez Moreno, 1995; Sandars, 1913; Schulten, 1914-31, entre otras; y b) ciertas inexactitudes en la explicación del cuadro III (sobre la interrelación entre autores-fuente) del capítulo 5, toda vez que una serie de signos explicitados en el texto no aparecen representados en el cuadro (pp.128-129).

La galopada llega a su fin. En esta ocasión no hay que hacer caso a la advertencia que Eneas dirige a sus compañeros, desconfiando del caballo de madera aparecido a las puertas de Ilión: *Equo ne credite, Teucri,/ quidquid est, timeo Danaos et dona ferentes* (Virgilio, *Eneida*, 2.49). Este caballo ibérico no defrauda. Apostamos por él y por los que tras su rastro sigan el trotar de sus cascos.

Bibliografía:

AMAT, J., (2002); *Les animaux familiers dans la Rome antique*. (Realia. Les Belles Lettres). París.

CERDEÑO SERRANO, Mª.L., CABANES MIRÓ, E. y FERNÁNDEZ SABUGO, M., (1999); «Representaciones animales en la meseta prerromana», en de Balbín Behrmann, R. y Bueno Ramírez, P., (eds.), *II Congreso de Arqueología Peninsular. Tomo III: Primer milenio y metodología. (Zamora, 24-27 de septiembre de 1996)*. Zamora. pp.325-333.

GABALDÓN MARTÍNEZ, M.Mª., QUESADA SANZ, F., ZAMORA, M., HERRERO, P.P., POU, J., ARÉVALO GONZÁLEZ, A., CASTELO RUANO, R., DE LA VILLA, J. y SECO SERRA, I., (2000); «SGDE. (Sistema de Gestión Documental Equus). Un CDROM para la investigación de la cultura ibérica», en *Actas do 3º Congresso de Arqueología Peninsular. Vol. X: Sistemas de Informaçao arqueológica. SIG's aplicados à Arqueología da Península Ibérica*. (ADECAP). Porto, pp.135-149.

HYLAND, A., (2002); *The horse in the ancient world.* (Sutton Publishing Ltd.). Frome.

LENERZ-DE WILDE, M., (1999); «Wagen im Gebiet der Mesetakulturen?», en Chaume, B., Mohen, J.-P. y Périn, P. (dirs.), *Archéologie des Celtes. Mélanges à la mémoire de René Joffroy.* (Protohistoire européene, 3; Éditions Monique Mergoil). Montagnac, pp.213-221.

LÓPEZ MELERO, R., SÁNCHEZ ABAL, J.L. y GARCÍA JIMÉNEZ, S., (1984); «El bronce de Alcántara. Una *deditio* del 104 a.C.», *Gerion*, 2, pp.265-323.

MARCO SIMÓN, F., (1999); «Deis Equeunu (Bo)», en Villar, F. y Beltrán, F., (Eds.), *Pueblos, lenguas y escrituras en la Hispania prerromana. Actas del VII Coloquio sobre Lenguas y culturas paleohispánicas (Zaragoza, Marzo de 1997).* (Acta Salmanticensia, Estudios filológicos, 273. Ediciones Universidad de Salamanca). Salamanca, pp.481-490.

MÉNIEL, P., (2001); *Les gaulois et les animaux. Élevage, repas et sacrifice.* (Errance). París.

QUESADA SANZ, F., GABALDÓN MARTÍNEZ, M.Mª. y HERRERO, P.P., (2000); «*Equus* Data Management System (SGDE): a research tool for the study of the horse in the Iberian Iron Age», en *Computer Applications and Quantitative Methods in Archaeology. CAA 1997, the 25th Anniversary Conference.* (British Archaeological Reports International Series, BAR 750). Oxford. (Publicado en CD-ROM).

QUESADA SANZ, F. y TORTAJADA RUBIO, M., (1999); «Caballos en arcilla de la Segunda Edad del Hierro en la Península Ibérica», *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 25 (2), pp.9-53.

RAEPSAET, C., (2002); *Attelages et techniques de transport dans le monde gréco-romain.* (Timperman). Paris.

RAULWING, P., (2000); *Horses, charriots and Indo-Europeans. Foundations and methods of chariotry research from the viewpoint of comparative Indo-European Linguistic.* (Archeolingua; Serie Minor, 13). Budapest.

Eduardo SÁNCHEZ - MORENO
Universidad Autónoma de Madrid

CRATETE DI MALLO, *I frammenti*. Edizione, introduzione e note a cura di Maria Broggiato, La Spezia, Agorà edizioni, 2001, XCIII + 359 pp. [ISBN 88-87218-34-X].

Dopo una breve *Premessa* di questo libro che nasce come tesi di dottorato (pp. xi-xii), la ricca *Introduzione* (pp. xiii-xciii) ricorda dapprima le precedenti raccolte di frammenti di Cratete di Mallo, quindi cerca di ricostruire la vita di questo maestro pergameno sulla base delle fonti disponibili, per poi passare alla disamina delle opere. Un posto di rilievo è giustamente riservato a quelle dedicate da Cratete all'esegesi omerica; quindi la Curatrice discute l'attribuzione dei frammenti cratetei su Esiodo, sui lirici e sui tragici a opere specifiche oppure ai già citati lavori di esegesi omerica, propendendo per quest'ultima soluzione. Sono presi in considerazione, poi, il trattato *Sulla commedia*, i frammenti di poetica, quelli di materia linguistica, il trattato *Sul dialetto attico* e una serie di altri frammenti di argomenti varî. La Broggiato analizza quindi la critica del testo in Cratete, le concezioni geografico-astronomiche del Pergameno e la loro applicazione nell'esegesi omerica, le idee di Cratete in fatto di poetica e di grammatica e la sua prassi allegorica ed etimologica, con i risvolti filosofici che essa comporta. Dopo brevi accenni ai frammenti spurî e ai criterî della propria edizione, la Broggiato fa seguire una

serie di *Abbreviazioni* che costituiscono la bibliografia. La sezione centrale e più importante è data dalla raccolta vera e propria dei frammenti, suddivisi in: frammenti di commento all'*Iliade*, all'*Odissea*, ad alcuni passi omerici incerti; di commento a Esiodo, ai lirici, ai tragici; frammenti derivati dal trattato *Sulla commedia*, da studi di poetica e di grammatica; frammenti del trattato *Sul dialetto attico* e altri varî. Per ogni frammento la Curatrice dà un apparato critico e uno di fonti parallele, e, successivamente, un commento, alle pp. 129-290, in cui, generalmente, è riassunto il contenuto del frammento stesso —la Broggiato non offre, infatti, una traduzione dei frammenti—, è ricordata la sua collocazione e, se necessario, sono discussi alcuni punti problematici o di rilievo, sovente con rimandi all'introduzione. Particolarmente articolati e utili, infine, sono gli indici: delle fonti, dei passi citati, dei nomi e delle cose notevoli, a cui seguono le tavole di concordanza che, a conclusione del volume, consentono al lettore di trovare le corrispondenze tra i frammenti della presente edizione e le raccolte precedenti, rispettivamente di Wachsmuth, di Helck e di Mette.

Questa edizione sostituisce l'unica raccolta completa dei frammenti del Mallota, ormai molto datata, di K. Wachsmuth, risalente al 1860 e solo in parte aggiornata da un articolo dello medesimo del 1891[1] e da raccolte successive, parziali, di H. Helck e di H.J. Mette[2]. Si tratta dunque di un lavoro importante e atteso. Alcune tesi della Curatrice e alcune prese di posizione in questioni lungamente dibattute dalla critica sono senz'altro condivisibili. Ad esempio, la Broggiato nell'introduzione porta argomenti plausibili in favore della distinzione delle due opere cratetee maggiori dedicate agli studi omerici, i Διορθωτικά (o Περὶ διορθώσεως) e gli Ὁμηρικά, gli uni di carattere più filologico-testuale, come indica il titolo, che fa riferimento alle emendazioni, gli altri invece che investono questioni più generali quali le teorie cosmologiche e geografiche, in stretta connessione con l'allegoresi. È vero, infatti, che le questioni testuali omeriche sono spesso collegate, nell'esegesi cratetea, con motivi ad esempio filosofici e cosmologici, tanto che alcune scelte di varianti e di emendazioni sembrano determinate da una linea esegetica che tende ad attribuire a Omero determinate competenze scientifiche; è vero anche, del resto, che Cratete rivendicava per sé interessi non solo strettamente filologici, ma anche filosofici, e che all'appellativo di γραμματικός preferiva quello di κριτικός. Tuttavia, osserva giustamente la Broggiato a p. xxi, nei frammenti in cui si trova espressamente citato il titolo dell'opera, tutti quelli risalenti ai Διορθωτικά trattano soltanto, propriamente, di problemi testuali, e non di teorie più generali, che dovevano essere oggetto dell'altra opera. La conclusione è che Ὁμηρικά e Διορθωτικὰ dovevano essere quindi due diversi scritti, che appartenevano probabilmente al genere dei commentari (ὑπομνήματα)» (*ibid.*).

Trovo inoltre che la studiosa abbia ragione nel difendere lo Stoicismo di Cratete (pp. xliii-xlv), attestato non solo dalla *Suda*, ma anche da Varrone —il quale all'inizio del IX libro del *De lingua Latina*, cap. 1, testimonia che il Nostro si ispirò a Crisippo per la formulazione del suo principio dell'analogia—, dagli *Scolii BT* all'*Iliade*, I 66 *c* —secondo cui Cratete concordava con Perseo, un allievo di Zenone, a proposito dell'interpretazione della figura omerica di Achille—, dalla probabile frequentazione dello stoi-

---

[1] C. Wachsmuth, *De Cratete Mallota*, disputavit adiectis eius reliquiis, Lipsiae 1860; Eiusd. *Neue Bruchstücke aus den Schriften des Grammatikers Krates*, «Rheinisches Museum», n.F., 46 (1891), pp. 552-556.

[2] I. Helck, *De Cratetis Mallotae studiis criticis quae ad Iliadem spectant*, Lipsiae 1905; Eiusd. *De Cratetis Mallotae studiis criticis quae ad Odysseam spectant*, Beigabe zum Jahresbericht des Gymnasiums zum heiligen Kreuz in Dresden, 1913-14; H.J. Mette, *Sphairopoiia. Untersuchungen zur Sprachtheorie des Krates von Pergamon*, München 1936; Eiusd. *Parateresis. Untersuchungen zur Sprachtheorie des Krates von Pergamon*, Halle 1952.

co Diogene di Babilonia e, soprattutto, da varie teorie poetiche, cosmologiche e geografiche di Cratete e dall'..sua esegesi omerica improntata alla convinzione della πολυμαθία del Poeta. Stabilire la vicinanz«di Cratete allo Stoicismo è importante anche per valutare i rapporti tra questo sistema filosofico e l'prassi etimologico-allegoristica, un nodo problematico su cui occorre ancora studiare. La stessa Broggiato, infatti, a p. xlv auspica opportunamente un lavoro sistematico sull'allegoresi stoica, che in effetti manca ancora, come pure manca una raccolta organica delle opere allegoristiche antiche; l'augurio che un lavoro del genere venisse compiuto era già stato formulato da Glenn Most nel suo articolo dedicato ad Anneo Cornuto in *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt*[3]: una simile opera è presentata quale unica premessa possibile a qualsiasi studio valutativo del ruolo dello Stoicismo nella storia dell'allegoresi e del significato e del valore rivestiti dalla prassi allegorica nel sistema filosofico stoico.

Anche se la Curatrice avrebbe potuto eventualmente approfondire ancora, magari nell'introduzione, gli aspetti dell'allegoresi cratetea –anche in parallelo con Apollodoro di Atene, che purtroppo non viene mai preso in considerazione–, in virtù del ruolo importante svolto da Cratete nella storia dell'allegoresi stoica, la serietà e la completezza dell'edizione della Broggiato –a parte forse l'omissione di qualche frammento che si sarebbe potuto menzionare almeno tra quelli incerti o nelle testimonianze[4]– ne rendono un importante strumento di lavoro per ogni studioso che si accosti a Cratete sia dal punto di vista filologico sia da quello della storia dell'allegoresi antica e dell'esegesi omerica.

Ilaria RAMELLI
Università Cattolica di Milano

K. E. MEYER - C. BASAS - F. TEICHNER, *Mulva IV* (*Madrider Beiträge 27*), Maguncia, Philipp von Zabern, 2001 [ISBN: 3-8053-2718-8].

Con el título *MULVA IV* ha visto la luz recientemente otro volumen monográfico sobre las investigaciones del Instituto Arqueológico Alemán de Madrid en la ciudad romana de *Munigua* (Castillo de Mulva, Villanueva del Río y Minas, Sevilla). Al igual que en los volúmenes anteriores, el libro forma parte de la colección *Madrider Beiträge* (nº 27), que, como nos tiene acostumbrados, presenta una edición muy cuidada y de gran calidad. Se incluye un extenso apéndice fotográfico así como abundante material gráfico, en el que destacan los dos planos generales muy detallados, los dibujos de los cortes estratigráficos y las reconstrucciones en tres dimensiones de las casas. Conviene resaltar que para el publico español es de agradecer que la monografía se cierre con amplios resúmenes en castellano de los trabajos de K.E. Meyer y F. Teichner redactados en alemán.

---

[3] CC.W. Most, *Cornutus and Stoic Allegoresis: A Preliminary Report*, in *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt*, II, 36, 3, Berlin-New York 1989, pp. 2014-2065.

[4] Penso a quelli sui πίνακες pergamenei, già inclusi da Wachsmuth nella sua raccolta (p. 63; Dion. Hal. *De Din.* 1 [pp. 297, 14 Usener-Radermacher]; 11 [p. 317, 3]; Athen. VIII 336 E), dove è vero che non compare il nome di Cratete, in quanto i cataloghi sono anonimi, ma poiché la connessione è altamente probabile, sarebbe stato forse interessante comprenderli per completezza di documentazione. Questi miei rilievi, del resto, sono del tutto personali: è buona norma, infatti, recensire un libro per quello che è e non per quello che sarebbe potuto essere.

En comparación con los volúmenes anteriores, la novedad principal de esta monografía es que recoge los resultados de las investigaciones sobre las casas de *Munigua*. Si bien es cierto que la investigación sobre las casas de este yacimiento tiene una larga tradición —de hecho se han excavado total o parcialmente 6 casas— y se han publicado resultados parciales de estas investigaciones, hasta el momento no contábamos con una monografía como la presente —dedicada a tres de las seis casas—, sobre los aspectos arquitectónicos de las casas de *Munigua*.

La primera y más amplia contribución es obra de K. E. Meyer, titulada «Die Häuser 1 und 6», en 150 páginas trata sobre las casas 1 y 6, dos magníficas *domus* de peristilo, localizadas muy próximas al área monumental y de cuyos propietarios se ha supuesto que eran miembros del *ordo decurionum* de este municipio flavio. El estudio de esta autora, que en realidad es un resumen de su Tesis doctoral, se divide en dos grandes partes. Por un lado, realiza una descripción y análisis detallado y pormenorizado sobre de los materiales y las técnicas de construcción, así como de las distintas fases de ocupación de ambas casas. Por otro lado, dedica una treintena de páginas a un estudio comparativo de las casas peristilo de época imperial en el contexto de Hispania y del norte de África, capítulo que sin duda será de enorme interés para aquellos especialistas en la casa romana.

El estudio de la casa 6 se completa con el trabajo de C. Basas, «La cerámica de la casa 6». El autor se propone completar la información que sobre la cerámica publicó en su día Mercedes Vegas, y por ello se centra especialmente en incluir los dibujos de piezas nuevas y en realizar diversas puntualizaciones a las conclusiones de esta autora. Se cierra este trabajo con un catálogo de los materiales recuperados en la casa 6 agrupados por cortes y estancias, pero no sólo recoge los hallazgos cerámicos, también los numismáticos, metálicos, de vidrio, etc.

El último estudio, a cargo de F. Teichner, está dedicado a la casa 2, «Das Haus 2». Este edificio destaca por ser el único de época imperial excavado al completo, por lo que tanto la casa como la estratigrafía desempeñan un importante papel para la reconstrucción de la historia de la ciudad. Por otra parte, esta vez nos encontramos ante un edificio cuya principal función es comercial. Su ubicación entre las dos principales calles lo convierte en inmejorable para un uso comercial, completado con el residencial en la planta superior. Prueba de la función comercial es que se ha identificado un taller de prensa de aceite, un almacén y estancia para la venta. Asimismo, desde el flanco sur porticado se accede a una amplia estancia, probablemente una taberna (*thermopolium*) con comedor (*popina*) y en el lado de la calle de las termas había dos *tabernae*. El autor incluye también el catálogo completo de los hallazgos. Dos pequeños anexos cierran el estudio de la casa 2. El primero trata de los análisis de zooarqueología a cargo de K. Kerth, en el que ha documentado un caballo, un asno, cerdos, cabras y ovejas, un perro, siete gallinas, etc.. El anexo 2 analiza los residuos materiales sobre un caldero, realizados por R.C.A Rottländer.

En definitiva, la publicación de esta nueva monografía sobre las investigaciones arqueológicas en *Munigua* pone a disposición de los especialistas una obra imprescindible sobre el urbanismo de esta singular ciudad de la Bética y por extensión de la Hispania romana.

David MARTINO GARCÍA
Universidad Complutense de Madrid

Yann LE BOHEC (ed.), *La première guerre punique. Autour de l'oeuvre de M. H. Fantar. Actes de la Table-Ronde de Lyon (mercredi 19 mai 1999)*, Lyon, De Boccard, 2001, 143 pp. [ISBN: 2-904974-22-9].

No son muy abundantes los trabajos de conjunto relativos a las Guerras Púnicas[1], y todavía menos aquellos dedicados monográficamente a la primera de ellas, como bien señala en su, breve introducción a este volumen el editor del mismo, Yann Le Bohec, razón de más para acoger de buen grado una obra como la presente que ha permitido reunir la colaboración de diversos especialistas. En la primera de ellas Maurice Sznycer (*Quelques observations à propos de la première «guerre punique»*, pp. 11-19), después de señalar que con rigor deberíamos hablar de «guerras romanas» en vez de «guerras púnicas» llama muy acertadamente la atención sobre la necesidad de compensar el punto de vista romano al que prácticamente nos condenan nuestras fuentes, dada la pérdida de la abundante literatura púnica de todo tipo, con la utilización de otros documentos, como son las numerosísimas inscripciones cartaginesas que, tras su apariencia uniforme y monótona, nos proporcionan una abundante información sobre la vida religiosa, política, social y económica de Cartago, algo que, sin embargo, raramente se hace, salvo excepciones, entre las que destaca, por su calidad, la de Mhamed Fantar, a quien está dedicado el volumen. Sigue la colaboración de Alain Billault (*Pyrrhus, La Sicilie et la première guerre punique: Plutarque*, Vie de Pyrrhus, 14-23, pp. 21-27) quien señala la importancia de la *Vida de Pirro* de Plutarco, como una fuente histórica que contiene a la vez una especie de prefacio a la primera guerra púnica, que habría de desencadenarse doce años después de la derrota del epirota por los romanos tras su aventura siciliana, y una crónica de la historia de Sicilia.

Las figuras de Xantipo, el mercenario espartano que luchó con los cartagineses contra Régulo, y de Amílcar Barca, así como las técnicas militares utilizadas por ambos son objeto de la colaboración de Giovanni Brizzi (*Amilcare e Santippo: storie di generali*, pp. 29-38). Aunque desconectados por razones cronológicas que impiden que el padre de Aníbal hubiera luchado a las órdenes del griego, ambos están sin embargo conectados en un plano ideal, en el que éste se convierte en el modelo de aquel, de tal forma que Amílcar consolida la técnica militar helenística que Xantipo había introducido en Cartago, aunque no de forma mecánica, lo que se manifiesta, por ejemplo, en el distinto uso que ambos hacen de los elefantes como arma bélica. En este mismo plano ideal, Amílcar escogerá para encargarse de la educación de su hijo durante las campañas en Iberia un preceptor igualmente espartano, Sosilo, y parece, asimismo, inspirarse en la contemporánea política de Esparta en su búsqueda de apoyo entre los sectores más humildes de la población cartaginesa en el conflicto con el gobierno de su ciudad, si bien con un cariz marcadamente propagandístico.

La «Gran estrategia» cartaginesa es minuciosamente analizada y claramente expuesta en la contribución de Luigi Loreto (*La convenienza di perdere una guerra. La continuità della grande strategia cartaginese, 290-238/7 a. C.*, pp. 39-105), la más extensa del volumen objeto de esta reseña. Se trata de un concepto fuertemente técnico y en cuya tecnicidad reside precisamente la utilidad histórico-hermenéutica de su empleo, para lo que a menudo se hace uso de la analogía con el imperio comercial británico. En términos macroestratégicos la función bélica del estado cartaginés, con su componente puramente militar, aparece relacionada con los demás componentes del mismo, geográficos, económicos,

[1] Ultimamente: J. Gómez del Caso Zuriaga, *Amílcar Barca y la política cartaginesa (249-237 a. C.)*, Alcalá de Henares, 1966; J. F. Lazeby, *The First Punic War: a military history*, London, 1996 y A. Goldsworthy, *The Punic Wars*, London, 2000.

sociales, políticos y culturales, caracterizando un tipo de mentalidad y una actitud, estratégica y psicológica, en las que la guerra no constituye otra cosa que un método, extremo, de sostener el propio sistema económico. Elementos estructurales de la «gran estrategia» cartaginesa, dada la interrelación entre economía y guerra que supone, son la amplitud geográfica, más allá de la propia Sicilia donde Cartago no persigue una política de expansión territorial en si misma, el activo papel de mediador comercial que le permite unir el Atlántico con el Mediterráneo y el sistema de rutas marítimas con la infraestructura que lo hace posible, mientras que son sus objetivos, por orden de prioridad, evitar todo conflicto mayor, y por lo que respecta al tema que nos ocupa, en especial con potencias externas al sistema regional siciliano, como Egipto o Roma, y en caso de guerra la defensa del sistema de rutas mercantiles, el mantenimiento «del rapporto económico costivantaggi di una guerra inferiore o pari ad uno», la conservación de una base mayor en Sicilia, primero Motia, más tarde Lilibeo, en cuanto de primera importancia para la defensa del sistema de rutas, y la conservación de la «eparquia» siciliota.

A la vista de todo ello, se nos presenta de una manera bien distinta la actuación militar cartaginesa en la primera guerra púnica, dictada sobre todo por la capacidad de distinguir entre la victoria operativa inmediata y las consecuencias de una guerra, lo que permite comprender mejor, entre otras cosas, que Cartago no aprovechara sus victorias iniciales, con el fin de no generalizar su enfrentamiento con Roma que hasta entonces no pasaba de ser un incidente de «fronteras», o que frente a la posibilidad de conservar Lilibeo la pérdida del resto de sus posiciones en Sicilia fuera casi irrelevante. Finalmente, la «gran estrategia» cartaginesa aconsejaba perder una guerra, por lo demás cada vez más costosa, en lo que no constituía sino una derrota parcial, ya que el potencial macroestratégico de Cartago, su sistema económico y su poderío naval se mantenían prácticamente intactos.

En la siguiente colaboración (*Geostratégie de la première guerre punique*, pp. 107- 117) Yann Le Bohec establece, frente a la visión tradicional de los grandes éxitos militares, en particular los navales, la necesidad de poner el acento sobre las operaciones largas y lentas cuyas consecuencias se miden en términos de alianzas concluidas por una parte y pérdidas por la otra. Ello le permite proponer tres periodos: El primero de ellos, la guerra por la Sicilia (264-257) subdividido a su vez en otros tres: La guerra en Sicilia, la extensión del conflicto al Tirreno y las consecuencias en Sicilia, a lo largo del cual se produce un cambio en la estrategia de Roma que perseguía, además de la obtención de botín de las riquezas cartaginesas en las islas, destruir la amenaza que pesaba sobre Italia y controlar las vías de comunicación en este espacio. Los victorias romanas en Sicilia del 259-257 supusieron un cambio esencial que les permitía controlar el centro de la isla. Ello dio, pie a un nuevo cambio estratégico, que inaugura una actitud más agresiva con la decisión de invadir África y llevar la guerra al territorio cartaginés. El segundo periodo, en términos geoestratégicos, es precisamente, el de la guerra en África (256-254) que termina con el desastre romano, pero con una victoria naval sobre los cartagineses en el cabo Hermes que, a pesar de las grandes pérdidas que les supuso, la tradición no a tenido apenas en cuenta. El tercer periodo, en fin, es de la guerra en el oeste de Sicilia (254-241) en el que es preciso distinguir diversos momentos, como son, la ofensiva romana en Sicilia que permite que nuevas ciudades griegas se pasen abiertamente al lado de Roma, la posterior contraofensiva cartaginesa comandada por Amílcar, que rompe con un periodo de laxitud por ambos bandos y, finalmente, el hundimiento militar de Cartago, difícilmente ocasionado por la victoria romana en las islas Aegetes, que fue más una escaramuza contra una escuadra cartaginesa de reavituallamiento compuesta fundamental-

mente de barcos mercantes, que una auténtica batalla naval. Por razonas, más políticas y económicas que militares, Cartago decidió poner fin a la guerra.

En su breve contribución (*Â propos de l'inscripction punique CIS, I, 5866 mentionnat l'armée*, pp. 119-122) Ahmed Ferjaoui propone una nueva lectura de una inscripción conocida desde antiguo, en la que el cree poder encontrar indicios de la existencia en Cartago de mujeres, tal vez esposas de soldados, bajo la autoridad del ejército. El libro termina con la contribución de M'hamed H. Fantar (Y a-t-il à Carthage une divinité guerrière?, pp. 123-143) que a través del material epigráfico e iconográfico disponible que completa la información de la tradición literaria, establece la inexistencia de una divinidad guerrera en Cartago, si bien numerosos testimonios prueban que Astarté acompañaba y protegía a los soldados, mientras que Eshmun, que puede ser identificado como su compañero, en su calidad de dios protector de la ciudad, cuyo templo se erguía en la colina de la acrópolis y fue escenario de la última y desesperada resistencia, no guarda de carácter militar más que la dimensión defensiva. Ambos, Astarté y Eshmun, protegen soldados y territorios pero en ningún caso reciben un culto a una divinidad similar al Ares griego o al Marte latino.

Carlos González Wagner
Universidad Complutense de Madrid

T. Ñaco del Hoyo, *Vectigal incertum. Economía de guerra y fiscalidad republicana en el occidente romano: su impacto histórico en el territorio (218-133 a.C.)*. Oxford, BAR Internacional Series 1158, 2003, IX+309 pp. [ISBN: 1-84171 338].

Los problemas económicos y financieros son de los asuntos que aun hoy, en las sociedades modernas, resultan de más difícil comprensión y explicación, y a nadie escapa que, pese al velo de suficiencia y autoridad con que expertos en finanzas y economistas suelen disfrazar sus sesudos dictámenes y diagnósticos, acerca de los mecanismos que engranan la sucesión de este tipo de hechos, la realidad es tozuda y suele subrayar la notable aleatoriedad con se concatenan los acontecimientos. La sinceridad nos obliga a recordar cuán escasas son las ocasiones en que los hechos económicos se producen tal como planificaron sus presuntos agoreros, y qué insondable se muestra a veces el alma colectiva, la honorable voluntad de la ciudadanía, que otorga una y otra vez su inagotable confianza en individuos que tan vagamente aciertan sobre el hado que se reserva a nuestro bienestar y nuestro dinero.

Viene esto a propósito para ambientar acerca de cuál era la posición del escritor clásico ante los hechos económicos, o de forma más concreta, las actitudes que el ciudadano ateniense del censo más cualificado, aquel que ingresaba el equivalente a aquellas quinientas medidas de áridos solonianas, o el ilustre miembro de la *prima classis* de la ciudad de Roma, adoptaban cuando se tornaban espectadores de situaciones y conflictos en los que fenómenos, hoy bien descritos, como la inflación, la depreciación de la moneda o aquellas tan frecuentes como indeseables —para los menos— *tabulae novae*, la peste de los pretamistas, eran las secuelas de sucesos no entendidos y que ocupaban la atención de gobernantes y cronistas, más por los desórdenes públicos en que derivaban, que por los quebrantos que su constatación ocasionaba a los ciudadanos.

Y si tal fue la indiferencia, de tal forma quedó reflejada en las historias y relatos de los tratadistas e historiadores griegos y romanos de la época. Dionisio de Halicarnasos, Tito Livio, Polibio, Salustio, César o Tácito, escribieron sobre sucesos contemporáneos o próximos a su entorno, de hechos de los que tuvieron una referencia propia o que conocieron a través de testigos, por lo tanto, de manera indirecta, pero siempre cercana y tangible. Y cuando trataron del pasado más remoto, de los tiempos en que los nexos entre los sucesos y su narrador eran nulos, entonces, sobre la ausencia de noticias se alzaba sólida la vena del artista y los escritores embellecieron sus relatos con encendidos discursos, azarosas ficciones, vibrantes episodios militares, hechos novelados, actos de entrega y heroísmo, y en definitiva, se echó mano de cuantos elementos agradaban a los lectores, en consonancia con los vigentes valores éticos de clase.

Y no es necesario resaltar que, entre aquellos gustos y preferencias, nunca figuraron los hechos conectados con la economía, y menos aún, con la fiscalidad o las finanzas, pues no olvidemos que, por ejemplo, el devengo directo de tributos en Roma siempre se asumió como una obligación ignominiosa, cuya supresión en el 167 a.C., tras el ingreso en el erario del botín traído por Paulo desde Macedonia, supuso un momento glorioso para la República. Exceptuando a pensadores como Cicerón, que no puede ser tomado como arquetipo de la intelectualidad de los de su clase, y que veía la clara conexión entre la matanza de itálicos por Mitrídates y la crisis económica que se desató en Roma, o un Tácito, que reconocía las notables secuelas que ciertas medidas económicas tenían no sólo en la Ciudad sino en toda Italia —recordemos la llamada crisis del año 33, o la remisión fiscal del año 54—, salvo casos de este tipo, todas las noticias económicas de nuestros clásicos se refieren de pasada, cuando no se omiten directamente por la áspera, tediosa e incomprensible naturaleza de sus contenidos, y se apuntan sólo si se conectan a episodios de interés más asegurado, aunque venga éste por su naturaleza sórdida. Se nos viene a la memoria el caso del pretor urbano del 89 a.C., Sempronio Aselión, autor de unas medidas legales[1] que aparentemente resolvían una confrontación entre deudores y acreedores que traía inquieta a la ciudad, y estaba a punto de provocar enfrentamientos en las calles. Del suceso nos dan cuenta los autores, no tanto por la importancia política que tal gesto pudiera suponer, como porque el citado pretor fue apedreado mientras sacrificaba en el foro, delante de toda una multitud, obligado a huir de sus lapidadores, que eran al parecer una representación de los enfurecidos acreedores, o sus agentes a sueldo, y tras una implacable persecución la pesadilla al parecer terminó con el degüello de la autoridad, que se había refugiado desafortunadamente en una taberna cercana.

Finanzas, fiscalidad y en general, todo lo que puede filiarse como parte de la economía del dinero, resulta de los asuntos más vacíos de información en nuestras fuentes y ello, que duda cabe, ha supeditado la investigación historiográfica en relación a los temas tratados desde hace más de una centuria. Y si tal ha sido el panorama general de los estudios en relación a la historia interna de la ciudad, más precario ha resultado y resulta cualquier plan de investigación si lo referimos al ámbito de las provincias del Imperio[2]. Tratándose además de las provincias occidentales, nos encontramos que ahí la información es ya tan desigual y escasa que forzosamente cualquier proyecto debe ir permanente-

[1] Ap. *BC*. I. 54; V.Max. IX.7.4; Livio, *per*. 74.

[2] En este sentido, nada significan todavía en muchos aspectos las décadas trascurridas desde la primera edición de las dos monumentales obras de M. Rostovzeff, *Historia social y económica del mundo helenístico*, 1940, e *Historia social y económica del Imperio Romano*, 1925, mejor y más vigente aquella que ésta.

mente referido al modelo central y, para analizar sus efectos fuera de Italia, además de la exhaustiva lectura de las fuentes literarias, debe prestar la mayor atención a la epigrafía, numismática y arqueología, en la confianza de esperar por estas vías alguna información suplementaria que mejore la de por sí, parca, que nos proporcionan los textos.

Nosotros mismos, hace ya veinticinco años abordamos el estudio de lo que habría sido la estructura de la fiscalidad romana en la Península Ibérica[3], y presentamos nuestras conclusiones como una primera reflexión sobre un tema complejo, que pretendía abrir vías de análisis y de enfoque sobre unas cuestiones que, para aquel momento, no habían recibido una atención superior al de uno o dos artículos desde que los estudios de la romanización tomaron cuerpo en nuestras universidades.

No sin cierto grado de extrañeza y aún de desánimo, quien estas líneas escribe ha comprobado que aquella primera toma de contacto nuestra con esos asuntos no tuvo seguidores, y desde la modestia que a todos debe acompañar en cualquier labor investigadora, pensamos que debió ello ser consecuencia, no tanto por la supuesta vigencia de nuestras opiniones, como por la pobre cantidad y calidad de los datos disponibles, que disuadían de cualquier intento a poco que se sopesaran los medios disponibles con los eventuales resultados. Por todo ello, adquiere ciertamente una notable importancia la publicación de la presente monografía del Dr. Ñaco, de cuyos orígenes y contenidos, en planes y proyecto, conocía desde 1996, y que aunque ha necesitado de siete años para que viera la luz y llegar por tanto, a nuestras manos, debemos calificar como irrelevante cualquier apreciación crítica en este sentido.

El libro en realidad se anuncia como primera parte de un estudio más amplio y que aparentemente abarcaría hasta el Bajo Imperio, aunque el proyecto inmediato, del que ésta es su primera entrega, contemple el análisis del período que abarca desde que el relato de Livio se interrumpe, hasta el principado de Augusto. Porque en efecto, el autor ha delimitado su campo de estudio en esta monografía a los ochenta y cinco años que van desde el desembarco romano en Ampurias, hasta la captura de Numancia, con un ámbito geográfico referido por tanto a las provincias peninsulares, y siendo el objeto analizado, el conjunto de ingresos de aquellas provincias, el *vectigal incertum*, como el autor condensa en el mismo título de su obra.

Pero debemos advertir que cuando el lector termina la lectura de las conclusiones finales, comprueba que la monografía va más allá de los límites declarados, y que además del estudio de las contribuciones de Hispania durante la primera centuria de la conquista, se tratan allí con igual detenimiento la regulación financiera de las provincias de Corsica-Sardinia, de Sicilia y de Africa, y aún se dan notables referencias a Macedonia y resto del Imperio. Y que tras el impreciso concepto de *vectigal* se esconden en realidad toda la variedad de contribuciones, pagos, ingresos y recaudaciones que Roma aplicó allá donde sus ejércitos aseguraban el dominio del terreno. El autor extiende el estudio a otros contextos, y nos da un panorama global de la conquista y administración de esta parte del imperio, en la que las políticas de gobierno y los sistemas de aprovechamiento económico aplicados, contando con las peculiaridades y necesidades de cada adaptación regional, eran elaborados por el mismo órgano político de gobierno, el senado y el pueblo romano, a través de sus decretos y leyes, lo que hace necesaria, como el Dr. Ñaco entiende, una presentación del caso peninsular como un eslabón más en los planes que la *nobilitas* había elaborado para el Imperio.

---

[3] *El sistema fiscal en la España Romana. República y Alto Imperio*, Tesis Doctoral, leída en la Universidad de Sevilla, 1978, publicada en Huelva 1980, y reed. no revisada ni corregida, en Zaragoza 1982, con el mismo título.

El libro se estructura en cinco partes, cada una de las cuales aparece subdividida en epígrafes y aún éstos, en subepígrafes numerados, buscando en todo momento la claridad y el orden en la exposición de los temas que van ser tratados a continuación, lo que el autor consigue de forma correcta y el usuario agradece por la facilidad que aporta a la lectura. Los dos primeros apartados o capítulos, que siguen a un prólogo, un prefacio y una introducción, comparten el espíritu de las reflexiones con que comenzábamos esta reseña, y se justifican ambos por lo avatares que han acompañado a los estudios financieros y fiscales relativos al mundo romano.

En el primer capítulo se hace historia de la historiografía sobre finanzas romanas, pues aunque nosotros aludíamos *supra* a la escasez de estudios sobre el tema, advertimos que esta escasez va referida sobre todo a la bibliografía correspondiente a los estudios regionales, en los que el libro que tratamos se inscribe. En ese primer capítulo, decimos, el autor analiza autores, obras, escuelas historiográficas y corrientes de pensamiento y traza un esclarecedor panorama de lo que ha sido el estudio de los asuntos económicos y fiscales, tratados por lo general en el contexto de estudios sobre el imperialismo. El siguiente apartado es pieza clave para la comprensión de los dos que le siguen. Se trata de una explicación de los conceptos y la terminología latina en relación a su uso y significado, según los autores que estemos utilizando, pues no en vano a veces algunas de las polémicas entre estudiosos surgían falsas, por cuanto compartiendo en realidad tesis similares sobre los mismos sucesos, se mostraban divergentes por el manejo de términos a los que se otorgaban significados diferentes.

El capítulo tercero nos introduce al análisis de la situación de las provincias del Imperio a finales del siglo III a. C., estudiando recaudaciones y recaudadores, de los que el autor aprovecha para precisar su papel en el engranaje de los mecanismos de explotación económica de las provincias, referidos no sólo a los súbditos sino también al servicio de ejércitos y explotación de las fuentes de riqueza del imperio.

Finalmente, los capítulos cuarto y quinto abordan la conquista y explotación económica de Hispania desde su comienzo hasta la ordenación de los nuevos territorios anexados en el 133 tras la toma de Numancia. Devoto al relato de Livio, el Dr. Ñaco se convierte en escrupuloso analista, que va desmenuzando los datos sobre el progreso de la conquista, desbrozando las informaciones del patavino, que lógicamente amplía y completa, allí donde es posible con Polibio, Apiano y el resto de nuestras fuentes literarias. La labor de los Escipiones, de Catón, de Graco, el episodio de la guerra celtibérica y la actuación del senado, a través tanto de estos magistrados como de las comisiones que se enviaron a organizar el futuro de pueblos y regiones, todo ello recibe un pormenorizado tratamiento que conecta con habilidad la guerra y las finanzas, en una sucesión de episodios que no siempre muestran con nitidez ser expresión de una relación causa/efecto. Tras el relato bélico del capítulo cuarto se deja lugar al último apartado de la monografía, en el que se analizan, critican y depuran todas las noticias acerca de lo que podríamos definir como el la labor de administración y ocupación económica de los territorios. Se trata del modelo de gestión que, con los avances y retrocesos típicos de toda contienda, Roma fue instalando y aplicando en los territorios peninsulares. Dos apéndices, el primero a modo de cuadro-resumen de los comentarios de Cicerón referidos a Hispania, y el segundo, un breve pero interesante comentario sobre la situación fiscal de los griegos de Asia Menor, a principios del siglo II a.C. Ambos ponen fin al libro, que añade unas bien ponderadas conclusiones, una bibliografía y un muy útil índice temático de términos.

Debemos recapitular. Estamos ante un serio y exhaustivo estudio de un tema, que no por complejo y poco informado en nuestras fuentes, ha defraudado las expectativas que se esperaban de su autor, al que ya conocíamos por sus contribuciones en este campo en revistas especializadas del mundo clásico. Debemos resaltar el tratamiento sistemático dado a cada uno de los temas abordados, acaso con demasiada profusión de datos en ocasiones, que pueden tornar opacos algunos conceptos, por lo que debiera haberse cuidado algo más la redacción para no añadir, involuntariamente, incertidumbre a asuntos ya por sí mismos enmarañados. Pero esta situación ocurre puntualmente y en general, el autor mantiene un ritmo adecuado en el modo de exposición de hechos y situaciones.

Por lo demás, el aparato bibliográfico manejado, con la comodidad de su incorporación bajo el texto, tanto el que figura a lo largo del mismo como el que aporta al final del libro, es excelente, puesto al día e incluyendo toda la literatura que desde el siglo XIX ha ido convirtiendo algunos de estos tópicos en argumento de escuelas y tratadistas. En este sentido, el libro del Dr. Ñaco es el más completo que conocemos, y por la solidez de sus tesis y el rigor con que deja dilucidados no pocos temas, se convierte en referencia ineludible, para el conocimiento de nuestras finanzas peninsulares en los tiempos de la republica. Y no puedo por menos que sentirme honrado de que, al fin aquella mi modesta aportación de hace veinticinco años encontró el mejor continuador, al que felicito por su esfuerzo y animo a proseguir sus estudios en este campo, al menos con el rigor y método que ha demostrado hasta ahora.

J. Muñiz Coello
Universidad de Huelva

Erik Hildinger, *Swords against the Senate. The rise of the Roman army and the Fall of the Republic*. Michigan, Da Capo Press, 2002, 240 pp. [ISBN: 0-306-81168-5].

Erik Hildinger, profesor en la Universidad de Michigan tuvo hace algunos años un éxito notable con su libro sobre los guerreros de las estepas (*Warriors of the Steppe: a Military History of Central Asia from 500 B.C. to 1700 A.D.*), éxito que ahora legítimamente intenta repetir con esta nueva monografía militar, o más mejor político-militar. El periodo que trata aquí es el de la Republica romana, con mayor precisión 137-78 a.C., cuando el enfrentamiento entre los hombres fuertes de un Senado obviamente aristocrático y las asambleas populares llegó a minar las bases del Estado —su Constitución o status quo político— siendo uno de sus consecuencia más traumática el inicio de un largo periodo de «violencia política».

La tensión política contribuyó también a crear tensiones en el ejército por un hecho de capital importancia: la formación de «ejércitos» profesionales que seguían a un jefe, y a los intereses políticos de éste, más que los intereses del Estado. Las armas se ponen al servicio de hombres de Estado más que a la disposición del Estado a través de hombres que lo representan. Las legiones pasaron a estar formadas por campesinos que ahora eran profesionales de las armas, obedientes a un comandante en lugar de a la República.

El clima de tensión política, y los momento cruciales de los grandes enfrentamientos armados están bien contados por Hildinger. El autor, en todo caso, renuncia a descender a detalles (tanto de acontecimientos como de fuentes históricas) y evita hacer un discurso exhaustivo y pesado; prefiere la agilidad de un relato histórico general, muy del gusto anglosajón, que no elude los momentos y acon-

tecimientos principales. Las referencias a fuentes históricas y a la bibliografía moderna fundamental (pp. 225-227) se sustancian en las páginas de notas finales (pp. 213-224) en ningún caso extensas ni discusivas, aunque suficientes para apoyar creiblemente su exposición evenemencial.

El ejército —un ejército siempre presente aunque sin un dibujo concreto sobre su composición o actuaciones— es protagonista de este libro, pues su papel es fundamental en el desarrollo y en rumbo de la política «volátil y sanguinaria» de la República romana en el periodo mediante entre la «revolución graquiana» y la muerte de Sila. De hecho, el periodo estudiado, 138-78 coincide con el periodo vital, con la biografía de Lucio Cornelio Sila. En este periodo las armas serán el lenguaje de la dialéctica patricio-plebeya, de la cruenta oposición política y militar de *optimates* y *populares*. Aquí, pues, vemos retratados, dentro de una gran estrategia del Estado, y dentro de sus propias aspiraciones, a grandes nombres/hombres de armas, como Mario y el propio Sila. Los vemos mover los hilos de la diplomacia y de la guerra, en Italia, y también en territorios periféricos donde el combate con o en contra de emblemáticos reyes (como Yugurta, primero, y Mitrídates después) refleja la ambición de los estadistas romanos y la amplitud de miras de su política «imperatoria».

En el periodo estudiado, las aspiraciones de los «populares» murieron, puede decirse así, con el fallecimiento de Mario, y bajo el peso de las armas del brutal dictador Sila. Pero aquella semilla, aquel sentimiento anti-aristocrático, anti-senatorial, y aquellas ideas «marianas» prenderían en un joven político (Julio César) que a la sazón a la muerte de Sila, en 78, ya estaba moviendo algunos hilos de la madeja política. Venía de combatir en Asia, y de salir triunfante en varias campañas contra los piratas cilicios (lo que de hecho le proporcionó su primer trofeo militar, una *corona civica*), pero se cuidó muy bien de medir sus acciones contra los silanos. Sin Mario y sin Sila, no hubiera encontrado César su verdadero papel en la historia de esta Roma republicana que con él cerraría página para siempre.

En resumen, el libro que nos brinda Erik Hildinger trata de una época apasionante de la Historia de Roma, donde la política es inevitablemente «política militar». Grandes personajes, grandes acontecimientos, grandes espacios, son elementos que el autor combina bien en un discurso entretenido que, aunque a veces nos deja con ganas de saber más, de una exploración más exhaustiva del detalle táctico, transmite bien las motivaciones políticas (y personales) que movían a los ejércitos romanos: un ejército romano de nuevo cuño, profesionales al servicio de *imperatores* que, aun con la personalidad propia de este periodo, esbozan ya lo que será el ejército imperial de los siglos siguientes. Merece la pena, por tanto, leer este libro que, por su estilo ágil y desprovisto de un aparato crítico espeso, a rachas se lee como una verdadera obra de trama novelesca. Los propios acontecimientos históricos se prestan a ello.

Sabino PEREA YÉBENES
Universidad de Murcia

Giuseppe ZECCHINI, *Los druidas* (Traducción de Santiago Montero), Madrid, Alderabán Ediciones, 2002, 170 pp. [ISBN: 84-95414-22-8].

Se ha escrito tanta literatura barata sobre los druidas que este libro de Giuseppe Zecchini no sólo se antoja necesario sino también reivindicativo de la figura, tan mal conocida, del druida o los druidas. Por fin el lector español puede leer una obra solvente sobre este tema desde la perspectiva y el méto-

do histórico, escrito por un historiador de reconocido prestigio. Es un libro de historia en el que la historiografía es parte fundamental. No se utilizan los datos arqueológicos como fuente histórica, ni las obras de arte o los objetos simbólicos del orbe céltico. Al autor le interesan sobre todo, y casi únicamente, las fuentes escritas, y los discursos posteriores sobre las fuentes escritas. Zecchini somete a continuo y severo análisis las teorías vertidas acerca de los druidas durante el siglo mediante entre la pionera obra de Fustel de Coulanges, *Histoire des institutions politiques de l'ancienne France, I. La Gaule romaine*, 1875, y el momento de redacción o primera edición de este libro en 1984. En tal sentido puede decirse que este trabajo de Zecchini es «muy del estilo de Momigliano», sabio filólogo e historiador éste que, por cierto, prestó gran atención a esta obra sobre los druidas, quizás por afinidad de metodologías o de temas, pues el mundo de la religión fue siempre un punto fuerte de lectura y de investigación para Arnaldo Momigliano, como fue también centro constante de atención para el sabio turinés el interés mostrado hacia los druidas por el emperador Claudio, un intelectual que tendía siempre a la comprensión, al estudio y a la clemencia. Temas y métodos fueron indudables puntos de *sympatheia* entre el ya veterano maestro Momigliano y el entonces todavía joven Zecchini.

Este libro, no muy extenso, va mucho más lejos de ser una especie de introducción al tema. Es, a mi juicio, la exposición de hechos y la explicación de las formas de oposición ideológica y religiosa de los pueblos celtas a los romanos en fases de conquista o expansión del *imperium romanum*. Por eso, la obra es en gran proporción (la mitad del libro o más) un estudio «cesariano», es decir, que desarrolla un aspecto poco conocido de la política exterior romana en la céltica: el de las armas romanas luchando contra caudillos locales, de tribus, o de confederaciones de tribus, que seguían los dictados «religiosos» de los druidas, que eran bastante más que una autoridad moral y religiosa. Era la institución pancéltica con mayor fuerza e influencia, la única capaz de movilizar a pueblos muy distantes contra el dominio romano. El título de la edición primera en italiano de 1984, *I druidi e l'opposizione dei celti a Roma*, indica y sintetiza con precisión el papel político de los druidas, que es el que le interesa destacar a Zecchini. El historiador ha sabido evitar el poner énfasis en el pintoresquismo «céltico» y sus extraños rituales mágicos. (Compárese en tal sentido, y téngase en cuenta también para los aspectos «mágicos» de la figura y acciones druídicas, el largo capítulo que Christian-J. Guyonvarc'h dedica a «La parole du druide», en su libro *Magie, medicine et divination chez les celtes*, Paris, Bibliothèque scientifique Payot, 1997, pp. 89-177. Resulta en todo caso imprescindible añadir esta referencia a otras del mismo autor citadas por Zecchini en su bibliografía). Zecchini, digo, ha esquivado la tentación de restar importancia al movimiento druídico y relegarlo sólo a sistema de creencias, enfocándolo como un verdadero «problema» que los romanos tuvieron que afrontar, no sin vacilaciones, entre la tolerancia religiosa y el desenmascaramiento de la resistencia que se ocultaba tras el manto (a veces difuso y misterioso para griegos y romanos) la religión céltica y el discurso político de sus líderes. Como dijo en su momento el filósofo de la historia (e historiador) Max Weber, los druidas, por el propio poder que adquirieron o les fue concedido por la colectividad, ampliaron sus competencias; y más allá de ser los meros poseedores de una doctrina de tendencia filosófica, y de su papel protagonista en el ritual o como conservadores de las tradiciones, acompañaron a la sociedad céltica, poniéndose a su cabeza, en su camino progresivo hacia el mundo urbano y hacia la democracia.

La versión española de esta obra ha permitido al autor revisar algunos conceptos, si bien (a pesar del anuncio del autor en el prefacio) no se ha procedido a la actualización bibliográfica, pues rara vez usa o cita obras publicadas después de 1980. Con todo, veinte años después de la primera edición de

este libro, sigue siendo una buena obra sobre el tema, enfocado, como se ha dicho, «como una parte de la historia de Roma» o de la conquista romana, más que como un capítulo de una especie de historia general de la religión celta de (como hicieron en su día el citado Fustel de Coulanges, o de C. Jullian), y menos aún como un compendio de anécdotas entorno a la magia druídica. No hay concesiones a la divagación antropológica, o a la fenomenología religiosa o al estudio de la farmacia herborística céltica. Al contrario, el historiador se ciñe al dato positivo, a la información que nos dan, sobre todo, César y Tácito, cotejando estos datos «históricos» con la moderna historiografía que, a su vez, analiza con más amplias o más complejas perspectivas el fenómeno druídico. César es, indudablemente, el contrapunto romano al druidismo galo. César es, a la vez, jefe militar y también observador y descriptor de costumbres «bárbaras», cual era la costumbre secular que atribuía a los druidas la presidencia de ceremonias donde se sacrificaban víctimas humanas. Hoy día muchos de los que se tienen por antropólogos no van mucho más allá de observar, describir y, si acaso, ocasionalmente, interpretar. La imagen que César nos transmite de los druidas es «laica», es la visión del guerrero conquistador, y no la del especulador filosófico. Escribió sobre los druidas «no lo que se debe saber para comprender su religión» sino «lo que se debe saber para comprender su papel político y social» (p. 52). Esta idea matriz es la que verdaderamente interesa a Zecchini, y la que nos interesa a nosotros, que en pro de la objetividad que ha de ser lema de todo historiador nos permite distanciarnos de todo elemento irracional.

El papel estelar de César en el conocimiento que antiguamente podían tener, y que hoy tenemos sobre los druidas, es advertido por Zecchini desde el principio, que estructura su obra en los siguientes capítulos: (I) Los druidas y el mundo griego antes de Cesar; (II) Los druidas y el mundo romano antes de César; (III) Los druidas y César; (IV) Los druidas y la ocupación romana hasta el 70; y (V) Supervivencia del druidismo. Del «Renacimiento céltico» al cristianismo. Así pues, paradójicamente, el conquistador de la Galia es también su principal agente de propaganda y de información escrita.

Parafraseando las palabras del autor, los dos primeros capítulo son «de historia cultural», y en ellos trata de poner orden en el marasmo de ideas contradictorias que los griegos tenían de los druidas, particularmente Pitágoras, aunque también Posidonio, Helánico, Hecateo y el mismo Aristóteles. Ideas confusas y contradictoria, sí, pero que forjaron una tradición que retrataba al druida como modelo del «buen salvaje», sabio, capaz de competir con los filósofos griegos, es decir, si se me permite la extrapolación geográfica (que quizás no cultural en tan grande medida), dar una imagen del druida «como un brahmán», que tan buena fortuna hizo también en la literatura helenística de periplos y laográfica.

Esta idea del «sabio bárbaro» o salvaje la hereda la cultura romana de época republicana, cuyos intelectuales, naturalmente, al menos en los siglos II y I, leían las obras griegas. En la época de César, nos dice Zecchini (p. 55), «el druidismo galo era, junto la lengua, el elemento unificador de la sociedad gala pero mostraba en el plano político preocupantes signos de disgregación. Como él mismo observó, el poder real había sido sustituido por el aristocrático, causa a su vez de distintas discordias entre facciones en el interior de determinados pueblos y de debilidad común ante eventuales enemigos externos», como el propio César, cuya conquista gala, y su relación «de poder» hacia los vencidos y hacia los druidas es analizado en el capítulo III. La aquisciencia gala hacia el dominio romano tiene una razón de peso en el debilitamiento de la aristocracia sacerdotal druídica. Durante el siglo I d.C., o más exactamente durante los julio-claudios, habría fuertes brotes de resistencia «gala», principal-

mente en *Britannia* (revuelta de Boudica) y en Germania, donde *viri militares* de extraordinario valor, como *Iulius Civilis*, un oficial rebelde romano de origen céltico, pondrían en jaque a las legiones romanas en el corazón de Europa, en la convulsa frontera septentrional del Imperio. Caudillos, reinas, príncipes, druidas, magas (como lal famosa Veleda) y guerreros galos, construyen sus historias, como en época de César, en un contexto de guerra, de conquistas y de rebeliones. El final de la Cuerra civil del 69, saldada con la subida al trono de Vespasiano, marca el punto de inflexión en la resistencia gala, que cesa en ese momento, y echa un manto de silencio sobre el mundo druídico durante muchos años. A finales del s.II y bien entrado el s. III se asistió a un *revival* del mundo de los druidas, desde las dos perspectivas que le habían sido caras en épocas anteriores: bien como objeto de estudio arqueo-filosófico, o bien como dirigentes espirituales del celtismo, papel recuperado eventualmente durante el *imperium Galliarum* de Póstumo y de sus sucesores (260/274 d.C.) (ver al respecto el cap. IV, y particularmente p.136 ss.).

Finalmente nos encontramos con dos pequeños apéndices monotemáticos que, por lo demás, podían haber sido incluidos perfectamente en el discurso principal del libro. Se trata de sendos capítulos titulados «Licurgo y los druidas», y «El presunto sacrificio humano del 46 a.C. en Roma», de corte «duméziliano», que cierra el libro.

Deseo elogiar la labor del traductor, Santiago Montero, por trasladar a ágil prosa española este libro difícil, con gran cantidad de nombres propios y comunes, de topónimos y de instituciones singulares, cuyo significado y traslación correcta se le hubiera escapado a un lego en Historia Antigua. Quiero felicitar también a la editorial Alderabán, y al director de la colección (Federico Lara Peinado), por poner a disposición del público español esta preciosa obra.

Sabino PEREA YÉBENES
Universidad de Murcia

Kenneth WELLESLEY, *The year of the four empereurs*, London - New York, Routledge, 2001, 238 pp + 12 figs. [ISBN: 415-232620-7].

El año de los cuatro emperadores, que siguió a la muerte de Nerón, fue rico en acontecimientos y consecuencias.

El autor se propone en este libro hacer una narración completa de un año crucial, como indica en le prefacio, y este fin lo alcanza plenamente. Los sucesos tuvieron repercusión en todo el Mediterráneo y originaron la segunda dinastía de la Roma Imperial. Kenneth Wellesley señala la extraordinaria importancia, para conocer bien el desarrollo de los acontecimientos, de las *Historias* de Tácito. Este año plantea muchos problemas al historiador, que quedan bien señalados y solucionados en el presente volumen. El autor indica las fuentes de que dispone el historiador y que maneja bien. Estas fuentes son de carácter retórico, partidista y moralizante. El autor obtiene de ellas todo el partido posible para reconstruir el acontecer histórico.

El libro de Kenneth Wellesley sigue la marcha de los acontecimientos en 12 capítulos que tratan: panorama y vista retrospectiva, César por cinco días, la reacción de Otón, la primera batalla de Cre-

mona, la marcha de Vitelio sobre Roma, las esperanzas de los Flavios, la segunda batalla de Cremona, Antonio se mueve hacia el sur del Rin y el Nilo, la batalla de Roma, los últimos 10 días.

En los acontecimientos desempeñaron un papel importante dos excelentes gobernadores de Hispania, Galba y Otón. Del primero señala bien Kenneth Wellesley el nombramiento y la degradación, el problema de la sucesión y la reputación póstuma, y del segundo su carrera política, su aparición, su conspiración contra Galba, el principado, al que dedica muchas páginas, la campaña del norte de Italia y su muerte. Está muy bien señalado el papel de las legiones. La figura de Vitelio está más estudiada. También queda bien señalada la personalidad de Nerón y de Vespasiano en relación con los acontecimientos.

En resumen, *El año de los cuatro emperadores* es un excelente estudio con un buen manejo de las fuentes, las figuras están bien elegidas e ilustran el contenido del libro.

J.M. BLÁZQUEZ
Universidad Complutense de Madrid

Josep CORELL, *Inscripcions romanes del País Valencià Ia, Ib (Saguntum i el seu territori)*. València, Univ. de València, 2002, 2 tomos. 804 pp. [ISBN: 84-370-5523-7].

Hace ya más de veinte años (1980) que F. Beltrán Lloris publicó el primer corpus de inscripciones latinas exclusivamente dedicado a *Saguntum* y su territorio. Además de todas las conocidas hasta entonces sacaba a la luz otras 43 inéditas. Un texto cuidado y de acuerdo con criterios modernos que parecía definitivo y que pronto, sin embargo, quedaría obsoleto. En efecto, G. Alföldy editaba en 1995, dentro del *CIL* II²/14, fasc. 1, las inscripciones de Sagunto y su *territorium*. En él corregía ya muchas inscripciones conocidas y publicaba otras 17 inéditas. Sin embargo, la investigación constante sobre la epigrafía de Sagunto por parte del autor que ahora comentamos justifica plenamente la obra que estamos reseñando.

En efecto, J. Corell, que comenzó a estudiar la epigrafía de Sagunto en 1985 y ha publicado más de treinta trabajos sobre el tema (v. bibliografía), ha dedicado casi tres años (comienzos de 1999 - octubre de 2001) a recopilar todo el material que hoy nos ofrece en una obra metodológicamente modélica.

Como puntos positivos señalemos la autopsia de todas las inscripciones conservadas, la revisión de gran número de manuscritos (reflejados en una amplia bibliografía) no tenidos en cuenta anteriormente o no aprovechados suficientemente. De esta forma presenta por primera vez 170 dibujos de inscripciones de la zona. Por otra parte, gracias a su revisión bibliográfica exhaustiva corrige o precisa las circunstancias de hallazgo de 23 inscripciones. Ofrece además lectura diferente de unas 200 (de un total de 542, lo que supone casi un 40% del total del corpus). Aporta además 32 epígrafes inéditos, y otros 31 publicados en los últimos años pero no recogidos en los repertorios habituales. La nueva restitución de la inscripción del foro (nº 80), o la presentación de la inscripción del circo (nº 81) son aportaciones interesantes de esta obra.

En su obra se hacen también nuevas propuestas de inscripciones fragmentarias. Ello supone gran conocimiento de la epigrafía en general y de la del territorio levantino en particular, donde onomásti-

ca, formularios, etc. se repiten con cierta insistencia. En nº 25, l. 1 *Ca[esari]* parecería mejor que *Cae[sari]* que se edita, mejor a su vez que el *[C]la[udio]* que se editaba anteriormente. Para editar *Iphigenia* con toda seguridad (nº 115), en vez de *Iphigenea*, como parece verse en la foto y editó *CIL* II², es preciso haber visto con gran detenimiento la pieza.

Desde el punto de vista de la edición ha de señalarse muy positiva la inclusión de la fotografía (o dibujo en su caso) junto a la ficha correspondiente (algo que se viene haciendo ya en la colección PETRAE, por ejemplo, y en los últimos fascículos de *CIL* II²) y que facilita notablemente la confrontación de texto e imagen.

En todo este trabajo firmado por J. Corell hay que reseñar asimismo la colaboración de X. Gómez Font, un especialista en material lapídeo, algo que se deja ver a lo largo de toda la obra, en que se detallan una a una las canteras o la procedencia del material de los soportes.

En este caso no nos parece comentario manido y baladí hacer alusión a la importancia de los índices, puesto que son mucho más completos y exhaustivos que en la mayoría de los *corpora* al uso, y facilitan enormemente la búsqueda de cualquier referencia. Por destacar alguno, diríamos que el de *grammatica quaedam* (pp. 735-737) supone un trabajo especial que permitirá a los estudiosos de latín vulgar encontrar preciosas perlas fonéticas y morfológicas. La bibliografía es exhaustiva. Los mapas y gráficos ayudan a comprender mejor el volumen de trabajo ante el que uno se sitúa. Aparte de Sagunto, el autor ha estudiado los tres santuarios de montaña del *territorium* (Muntanya Frontera, Muntanyeta dels Estanys y Muntanya de Santa Bàrbara).

El trabajo viene precedido de una generosa introducción con un amplio estado de la cuestión sobre *Saguntum*. El corpus contiene además de las inscripciones votivas, honorarias, monumentales, funerarias, seis *defixiones* sugerentes —alguna de ellas llena de vulgarismos—, *instrumenta domestica*, inscripciones cristianas... En apéndice *falsae et alienae*, no romanas y dudosas. Nos queda tan sólo una duda, ¿por qué no se han incluido los miliarios? Tampoco se dice cuántos se conocen de esta zona. Ellos lo anuncian desde un principio, pero no justifican por qué. Si hubiera alguna observación que hacer, extraeríamos la nº 12 del grupo de las votivas (el autor ya expresa sus dudas).

Muy interesante es la edición de los *carmina* de *Saguntum*. Excelente trabajo de reconstrucción el correspondiente al nº 357. Lástima que el soporte del nº 542 (hincado en tierra) no pueda extraerse, y por ello no pueda leerse sino la mitad del texto. La nº 487 debe de ser parte de un *carmen*, a pesar de las razones aducidas por el autor. Parte del léxico es comparable a *CIL* II²/5, 330 de *Igabrum*. Respecto a la cronología de esta inscripción convenimos con *CIL* II² en situarla en el s. II más que en el IV. La nº 285, escrita en lengua griega. Especial interés desde el punto de vista de la paginación presenta el nº 95, inscripción conocida desde el siglo XVI y editada en los principales repertorios epigráficos. Se trata de un *carmen* (que se distingue del *praescriptum* por el tipo de letra, el tamaño y la incisión) compuesto de dos dísticos elegíacos en que se marca la unidad de verso mediante el sangrado, y en que las dos últimas letras de la l. 5 se colocan inmediatamente debajo, no a comienzo de la l. 6, método utilizado igualmente en el *carmen* de Pontilieno de *Carthago Nova* (Abascal-Ramallo 1997: nº 69).

Con las fotos delante, nos han interesado algunas piezas por rasgos peculiares que se salen de lo habitual, como en la nº 483 la corrección que se hace de la edad de *Calpurnia* grabando *a posteriori* una X sobre el signo de interpunción que separaba AN de la edad (detalle no señalado, sin embargo, por el autor), y añadiendo por lo tanto diez años a la difunta, deducidas en un primer momento.

La forma de notar 82 años (XXCII) con el sistema mixto de numeración romana (sustracción + adición), excepcional en el mundo romano (nº 485). También 48 (XXXXIIX), en nº 260.

Dignos de mención para los estudios de antroponimia son los *cognomina* (griegos, ibéricos, etc.), muchos de ellos *hápax* en la península ibérica y que evidencian por un lado la llegada a *Saguntum* de grandes oleadas de griegos, y por otro la antigüedad de la epigrafía saguntina.

Acabado el corpus, se insertan varios estudios de conjunto sobre la tipología monumental, los materiales de los soportes, los criterios de datación, la onomástica y la lengua, que nos parecen esenciales para una mejor comprensión del corpus. Estamos, pues, ante una obra fundamental para conocer la sociedad saguntina de época romana, sus grandes familias, sus centros de poder, y comprobar de nuevo —ahora con más datos— la tesis que G. Alföldy lanzara hace años («Drei städtische Eliten im römischen Hispanien», en *Gerión* 2, 193-238) sobre la sociedad de este municipio en comparación con *Barcino* o *Tarraco*, tan cerrada y endogámica.

Javier DEL HOYO
Universidad Autónoma de Madrid

J.-N. BONNEVILLE - M. FINCKER - P. SILLIERES - S. DARDAINE - J.-M. LABARTHE, *Belo VII. Le Capitole*, Madrid, Collection de la Casa de Velázquez (vol.67), 2000, 253 pp. [ISBN: 84-86839-98X].

L'ouvrage présenté ici est une monographie consacrée aux trois temples fouillés à Belo par une équipe de la Casa de Velázquez de 1967 à 1987. Le résultat de ces fouilles a été compilé au fur et à mesure des campagnes pour permettre aujourd'hui l'arrivée de monographies sur les différents édifices de Belo comme *Belo III. Le Macellum*. publié en 1986 et la prochaine monographie sur le temple d'Isis.

Notre ouvrage se compose de deux éléments complémentaires répartis dans deux volumes distincts. Le premier volume est constitué des textes rédigés par l'équipe organisés en quatre grands chapitres:

1. Essai d'histoire du sanctuaire: les données archéologiques.
2. Analyse structurelle et stylistique des éléments d'architecture.
3. Composition architecturale et restitution.
4. Architecture et religion: les transformations du sanctuaire poliade.

Le second volume rassemble des planches au 1/50e des plans principaux de l'ensemble architectural:

1. Plan du capitole de Belo.
2. Temple A: élévations.
3. Temple B: élévations.
4. Temple C: élévations.
5. Temples A, B et C: élévations.

Cette ouvrage sur le Capitole de Belo est un livre abondamment illustré de plans, dessins et photographies qui donnent un attrait particulier à sa lecture. C'est aussi la compilation d'une somme de travail immense qui fait intervenir les comptes-rendus de fouilles, les études architecturales, l'histoire de l'art et au final l'histoire de la religion romaine. Cette synthèse, qui fait appel à tant de domaines différents, n'est pas sans contradiction et les auteurs font tout pour accorder leurs interprétations qu'une étude d'édifices comme cet ensemble du Capitole peut parfois poser.

L'ouvrage commence donc par situer le sanctuaire dans un ensemble chronologique au travers de deux domaines: l'archéologie et l'histoire de l'architecture.

L'archéologie, c'est ici une fouille qui est parfois perturbée par le travail des prédécesseurs comme l'équipe de P. Paris au début du XXe siècle. Ils entament donc un travail difficile, à savoir la constitution d'une stratigraphie, mais sans les sols de terre battue en place et avec une tranchée d'un mètre autour des trois édifices qui prive cet ensemble d'un rapprochement avec le contexte extérieur. Les archéologues vont donc alors se pencher sur la constitution des podiums et sur les fondations des trois temples pour proposer une datation première. Celle-ci sera possible grâce à l'étude de la céramique découverte lors de profonds sondages à l'intérieur des podiums mais aussi autour de ces bâtiments. La céramique est un très bon indicateur puisqu'elle permet une datation de la construction des temples entre 50 ap JC pour le temple B le plus ancien et 65 ap JC pour le temple C, plus récent. Le chantier de construction s'est donc plus ou moins déroulé sur 15 ans d'où un changement architectural notable sur le temple C.

Les fouilles se révèlent intéressantes à plus d'un titre puisque l'on découvre, dans la zone non fouillée au début du XXe, le mur ouest de la *cella* du temple A et le mur est de la *cella* du temple C, tombés à plat,d'un pan, sur leur côté presque intact pour le temple C. Cela permettra une datation finale de l'abandon de l'édifice C puisque, pris au piège entre ce mur et le sol, se trouvent quelques tessons de céramiques dont la fabrication eut lieu entre 230 et 300 après JC. Quant au temple A, son écroulement définitif aura lieu au VIIe ap JC. On sait par ailleurs que les ruines de la fin du IIIe sont réhabitées dès la fin du IVe par une habitation sommaire en bois et en blocs de pierre récupérés sur le Capitole ou l'Iseum et qui sont liés à la terre.

La deuxième étape de la datation est l'étude des éléments d'architecture retrouvés. Et là encore l'écroulement en un seul morceau des murs des *cellae* des temples A et C a facilité la tâche des historiens de l'art et des architectes. Conservés dans toute la hauteur des murs, des chapitaux ont été mis au jour. Le style appliqué sur ces chapiteaux, est un décor corinthien cannonique que l'on retrouve sur d'autres édifices du forum comme le *macellum* et le temple d'Isis. Toutefois il faut noter quelques particularités locales innovatrices de la part des concepteurs de Belo. On reste de toute façon dans la continuité stylistique des grands édifices hispano-romains comme le grand temple de Barcelone et le temple dit de Diane à Mérida. Le décor s'appuie aussi sur des modèles de type augustéen voire républicain de l'Italie centrale.

On se retrouve là devant un grand paradoxe qu'exposent clairement les auteurs: les fouilles nous ammènent à penser que les temples furent construits entre 50 et 65 ap JC et l'analyse architecturale nous montre que le décor de ces temples est d'une date bien antérieure qu'il faut peut-être faire remonter à la fin de la République.

La solution est donc à chercher plus loin. Ce sont les bâtiments extérieurs au sanctuaire qui permettent de dire qu'il existait un espace républicain antérieur. On constate effectivement que tous les édifices alentours ont été modifiés au milieu du Ier ap JC: le bâtiment ouest, le bâtiment septentrional mais aussi l'espace où l'on construira le temple d'Isis vers 60-70 ap JC. La tribune et la fontaine monumentale sont aussi des éléments qui confirment cette hypothèse et qui vont avec l'agrandissement du forum dont il faut toujours rapprocher les temples. On aurait donc un premier état augustéen du sanctuaire sur lequel vient se superposer, sous le règne de Claude, un sanctuaire identique, ou presque, réutilisant des anciens éléments architecturaux pour la reconstruction. On pense que cette reconstruction a été nécessaire suite au tremblement de terre vers 50 ap JC. La ville fit ainsi appel à la

bienveillance de l'empereur Claude, dont elle prendra le nom, pour financer la restauration.Cela expliquerait le décalage existant entre l'archéologie et l'étude stylistique du monument.

L'ultime question à laquelle répond cette équipe de la Casa Velázquez est celle de la fonction de cet édifice. Dès le début, les archéologues insistent sur le terme de Capitole qui est contenu dans le titre de l'ouvrage. La disposition des trois temples juxtaposés sur l'esplanade posait un problème d'interprétation qu'il fallait régler. Ces monuments sont constitués de toutes les caractéristiques d'un Capitole et ce n'est pas le manque d'épigraphie et de statues qui infirmera cette constatation. Les auteurs entreprennent donc à la fin de l'ouvrage un travail de comparaison avec un bon nombre de capitoles du monde hispanique, latin ou même africain. La référence au traité de Vitruve *De Architectura* est aussi à prendre en compte dans cette synthèse sur la fonction des trois temples. On note pour finir que les auteurs soulignent l'aménagement remarqué dans la *cella* du temple B qui semble avoir accueilli en son sein le culte impérial dès la restauration générale du sanctuaire vers 60-70 ap JC. Cela ne surprend pas lorsqu'on suppose que Claude a été à l'origine du financement de ces travaux, la ville remercie de cette manière son protecteur et peut-être aussi celui qui lui a concédé le droit latin.

A la fin du volume, une étude sur le «Togatus» trouvé dans la *cella* du temple central et une bibliographie succinte sur les fouilles de Belo et sur les publications touchant aux capitoles du monde romain viennent s'ajouter à ce travail.

Il s'agit donc d'un livre complet et qui se révèle très utile à tous ceux qui se penchent sur l'histoire de la religion romaine en Hispanie.

Carole LIZE
Université de Caen, Basse Normandie

Juan Manuel ABASCAL - Gèza ALFÖLDY (eds.), *El arco romano de Medinaceli (Soria, Hispania Citerior)*, (Bibliotheca Archaeologica Hispana, 18), Madrid, Real Academia de la Historia - Universidad de Alicante, 2002, 144 pp. [ISBN 84-95983-07-9].

El presente libro es el resultado del interés de los editores por desvelar que escondía la inscripción de tan insigne monumento. Todo el trabajo gira alrededor de la reconstrucción de la inscripción del monumento; para ello, los autores contaron con las aportaciones de diferentes especialistas sobre la información existente acerca del monumento desde diferentes puntos de vista. Así se recaban todas las noticias históricas que sobre el mismo se conocen a lo largo de los diferentes períodos históricos. También se compara dicho monumento desde el punto de vista arquitectónico e histórico con otros arcos similares que se construyeron durante la época imperial romana, y se recogen los últimos estudios arqueológicos realizados en el entorno del monumento. Todo ello acompañado de una abundante selección de fotografías que nos ofrecen imágenes del arco tanto en épocas diferentes como desde puntos de vista distintos.

Así, la primera aportación recoge las noticias sobre el arco y la ciudad de Medinaceli en los relatos de viajeros de los siglos XV y XIX. Según la mayoría de estos testimonios, el arco se conservó en época medieval como puerta de entrada de la muralla a la ciudad.

Los tres siguientes trabajos recogen los informes de los distintos equipos que realizaron excavaciones arqueológicas en el entorno del monumento en los años 1981, 1988 y 1991. Los primeros trabajos se realizaron en las cercanías del arco con motivo de su restauración. Las siguientes excavaciones sacaron a la luz nuevos restos de murallas, que no pueden considerarse de época romana. La situación del arco, en una zona escarpada y de entrada al núcleo poblacional, dificultaba los trabajos. Las últimas intervenciones en las cercanías del monumento analizaron la cimentación del arco. Por su ubicación se consideraba que fue construido para ser visto. Ni el análisis tipológico de los muros ni los materiales arqueológicos aparecidos en el entorno del arco permiten ofrecer una cronología segura.

En el siguiente trabajo se recoge el análisis geométrico del monumento que realizó la empresa restauradora del mismo. También contiene el análisis petrológico macro y microscópico de dos muestras procedentes del arco, una de la parte superior y otra de la inferior, en comparación con una tercera muestra procedente de una cantera cercana.

Todos los trabajos giran alrededor de la interpretación de la inscripción que realizaron los autores a partir de la visualización, medición y análisis de las huellas que los pernos de las letras de bronce dejaron en la piedra. Para los autores, los últimos materiales arqueológicos aparecidos en las cercanías, darían una cronología coincidente con la que presentarán ellos mismos con la reconstrucción de la inscripción. Para ello, se nos describe el proceso de rastreo de las huellas de las letras y como se realizó el inventario de los agujeros. La exposición de las tesis que Curchin y Blanco Freijero hicieron sobre la inscripción anteceden a la nueva interpretación que aportan estos autores, coincidente en algunos puntos con la interpretación de Blanco Freijeiro. La segunda línea, más deteriorada, es una mera conjetura como señalan los autores, que también inciden en la reutilización que hubo del monumento como denotan los diecisiete agujeros que aparecieron en un bloque. Según los autores, Trajano sustituiría a Domiciano en la inscripción. Por último, se realiza un listado gráfico de los anclajes diferentes existentes sobre cada letra, y se compara el arco con otros que también poseían dos inscripciones diferentes en sus caras. Estas inscripciones reflejan la lealtad hacia el Imperio y el emperador reinante por parte de la comunidad que lo edifica.

El último trabajo se centra no ya en la inscripción, sino en un análisis del arco, desde un punto de vista histórico y artístico comparándolo con otros arcos romanos de tres vanos, para tratar de ofrecer una cronología y funcionalidad del mismo. La erosión sufrida por su ubicación obliga a elaborar una propuesta de reconstrucción del monumento a partir de las noticias, grabados e imágenes antiguas y modernas del mismo.

En conclusión, nos encontramos ante una obra que supone un reto, puesto que aporta una nueva interpretación a un aspecto tan controvertido como el de la reconstrucción fidedigna de una inscripción a partir de las huellas de los anclajes de las letras. Como se verá en el libro, existían diferentes técnicas y medios de anclar dichas letras, por lo cual no existe una ley general que nos ayude a reconstruir la inscripción. Por ello, debemos admirar el loable esfuerzo de los editores de esta obra por tratar de desvelarnos la verdadera intención de los autores de tan singular monumento de la Historia de España, que estaría contenida en dicha inscripción.

Gustavo SANZ PALOMERA
Universidad Complutense de Madrid

José María ÁLVAREZ MARTÍNEZ - Trinidad NOGALES BASARRATE, *Forum Coloniae Augustae Emeritae. «Templo de Diana»*, Mérida, Asamblea de Extremadura ed., 2003, 2 vols. + 148 figs y láms. [ISBN: 84-87622-72-0].

El título sólo sugiere el contenido. Ciertamente el tema central es el «Templo de Diana» como le denominó el historiador Moreno de Vargas, pero no se trata de un estudio limitado al monumento, que ya es considerable la descripción de un importante edificio romano, emblemático para la ciudad de Mérida y fundamental para el conocimiento de la arquitectura romana.

Se ofrece mucho más al lector que se encuentra ante un estudio mucho más ambicioso, profundo, amplio y de gran consistencia dedicado a los espacios públicos romanos.

Presentado oficialmente en la capital emeritense por las autoridades de la Comunidad Autónoma y declarado el libro oficial con la celebración de los veinte años de su andadura, eran esperado por la población emeritense, que veía día a día los trabajos realizados en su mismo centro urbano y cómo surgía ante todos uno de sus principales conjuntos arquitectónicos. Pero también eran esperados por la comunidad científica internacional interesada por estos resultados tras años de estudio y profunda investigación de sus autores.

Estos, para situar el templo en su auténtico contexto histórico, realizan un enorme esfuerzo de análisis y revisión de los ámbitos forales alto imperiales, desde sus diversos aspectos: su estructura urbanística, sus elementos arquitectónicos, su utilización pública, pero también su significación social e ideológica. Fruto de todo ello ha sido una completa exposición del foro emeritense que comprende dos volúmenes. El primero dedicado al texto, completado por el segundo de ilustraciones

Este primer volumen contiene diez capítulos, con una bibliografía exhaustiva y puesta al día.

El primer capítulo introduce en el conocimiento del edificio,con una primera descripción del «Templo de Diana», a través de su propia historiografía, situación y estado desde el siglo XV hasta el XX, con buenas ilustraciones y textos descriptivos del monumento.

El capítulo III: «Antecedentes. Campañas de excavaciones», expone el proceso de recuperación del templo y su procedimiento arqueológico a lo largo de excavaciones realizadas desde 1972 y continuadas en 1975 y 76. Es, en palabras del autor Álvarez Martínez «cuando este proyecto de excavación y recuperación del templo y su entorno comenzó a ser una realidad».

Se describe la evolución de las excavaciones arqueológicas: análisis estratigráfico, la descripción de la aparición de elementos cerámicos y esculturas, interpretación de los estratos, el trabajo de los descubrimientos de elementos tan importantes como las fachadas, la infraestructura del Podium y el área del Témenos, incluye algunos problemas surgidos durante este periodo y las soluciones tomadas, que ilustran o aclaran algunos puntos de la interpretación arqueológica. Los tres capítulos siguientes pueden ser calificados como el núcleo del libro y están dedicados a la descripción detallada del «Templo de Diana».

El capitulo IV es fundamental. Es un profundo y razonado estudio del monumento que solo puede elaborarlo quien lo conozca muy bien: Su ubicación, alzado, descripción arquitectónica, estado de conservación, análisis descriptiva de los distintos elementos en un estudio exhaustivo y riguroso, pieza a pieza, elemento por elemento. Podium, fachadas oriental y occidental, septentrional y principal, columnatas, capiteles, cubiertas, vestíbulo o pronaos e interior del templo (*cella*). Acompañan importantes figuras, y un excelente esquema de la planta del templo (figura 27) a escala 1/100, finalizando

con una referencia histórica de su abandono en época Bajo-Imperial. Este capítulo se completa con un apéndice dedicado al edificio realizado por los arquitectos Jesús Martínez Vergel y Rafael Mesa Hurtado que describen a la luz de las teorías vitrubianas, la técnica de construcción y las dimensiones de los elementos arquitectónicos del templo: columnas, basas, capiteles, arquitrabes... Gracias a la relación establecida entre sus proporciones se ha logrado esta belleza, armonía y acertado conjunto visual.

Una tercera parte del libro está dedicada al entorno del monumento que completa su descripción, en dos capítulos siguientes, el V: «Estudio arqueológico» y VI: «El témenos».

Se necesitaba un estudio profundo de las zonas y espacios religiosos. En la actualidad, hay pocas publicaciones especializadas que proporcionen una investigación tan pormenorizada y documentada como el de este recinto emeritense, donde se plantean cuestiones tan fundamentales para su conocimiento como la ubicación y distribución del área sacra, la posibilidad de una zona ajardinada, criptopórtico, estanque y muro de cerramiento.

Es también decisiva la descripción del complejo hidráulico con la distribución de canales y desagües. Este capítulo contiene una relación somera de la documentación arqueológica exhumada que facilita todo este estudio y ayuda a su datación cronológica en el siglo I d.C., estableciendo paralelos con otros complejos religiosos como Evora y Conimbriga y Bilbilis.

La importantísima descripción de este complejo templar se completa con el programa escultórico y decorativo del templo en un capítulo siguiente, elaborado por la Dra. T. Nogales, gran conocedora del tema: El material escultórico y los repertorios ornamentales, los talleres y los materiales utilizados. Así se presenta todo un importante corpus de las esculturas, descritas magistralmente (en un total de 57), en las que resalta por su calidad e importancia la ya famosa escultura de bronce fundida en hueco del «Genius Senatus», con el espléndido dibujo de J. M. Jerez. Todas estas piezas aparecieron en sucesivos hallazgos y que han corrido diversa suerte por lo que las distintas piezas, que fueron en su día editadas de forma individual, aquí quedan recogidas y presentadas, conformando ya un todo en un conjunto monumental. Gracias a este estudio se puede llegara a conocer con cierto detalle las sucesivas etapas en que se fue estableciendo su decoración,relacionándose con el proceso de construcción y desarrollo urbanístico de la ciudad.

A mi parecer, lo más interesante de este capítulo es la reflexión realizada sobre la significación de este programa decorativo, pues se definen las «señas de identidad del recinto» y «le reviste de su mensaje», e incluso, es en gran medida la causa de su construcción y su utilidad en distintas vertientes: política, religiosa y social, planteamientos que ya se exponen de forma más extensa en los dos siguientes capítulos que invitan a la reflexión, exponiendo al lector los planteamientos históricos e ideológicos referentes a la dedicación y uso del templo, consagrado al culto Imperial, manifestado en los diferentes elementos arquitectónicos del entorno, a través de los testimonios históricos y arqueológicos (las esculturas encontradas, ara, la propia estructura del templo y su ubicación... entre otros). Dicha reflexión continua en la exposición del capitulo siguiente « «El templo y el Foro».

Como explican los autores, refiriéndose al yacimiento, «al principio no supimos identificar con claridad». Tras analizar los descubrimientos del entorno (fustes, muros, sillares, enlosados...) y ante los resultados posteriores, se fue configurando la presencia de un área forense de cierta dimensión donde se encontraban los edificios oficiales: «Forum coloniae», ubicada en el cruce de las arterias principales de la ciudad,Cardo y Decumano Maximus.

Son interesantes las sugerencias respecto a los edificios del foro al oeste del *Cardus maximus*, con la posibilidad de la existencia de un arco de entrada al recinto Imperial, hoy ya no visible (los arcos de entrada a zonas forales y religiosas son muy corrientes en el urbanismo romano), que enfatizaban la entrada a un lugar monumental (*Celeberrimus locus*).

Pero aún ha despertado más mi interés el detallado estudio del posible Augusteum, relacionado con el templo y con esta zona pública. Este *Augusteum* sin duda contribuirá al estudio del culto Imperial, de su organización, de su planificación y manifestación oficial así como de la participación en la construcción del mismo por parte de las élites locales (*patroni*), e incluso puede contribuir a conocer y resolver cuestiones en yacimientos paralelos

El capitulo X, titulado Anexos presenta un estudio de la documentación histórica hallada en el recinto, en torno al «Templo de Diana, tratada por los respectivos especialistas. Dividido en cinco secciones: A): El palacio del conde de los Corbos,por D. J.A. Morales Ponowski; B) LA CERÁMICA, descrita y dibujada magistralmente por D. J. M Jerez Linde C) EPIGRAFIA por el Dr. D. Jose Luis Ramírez Sádaba, que recoge y transcribe todas las inscripciones (69) aparecidas en el entorno del templo, finalizando con interesantes conclusiones, D) NUMISMÁTICA: por D. Agustín Velázquez Jiménez / Dña. Rocio Sardiña Linde, clasificados estos numerarios analizados por emperadores, lo cual facilita su consulta.

Finalmente D. Félix Palma García presentan un apartado titulado: «Excavaciones Actuales. Resultado de la Intervención arqueológica realizada durante el 2001 en el Foro municipal de Colonia Augusta Emerita». Este autor comunica como adelanto, los resultados más inmediatos de los cuatro sondeos arqueológicos realizados en distintas zonas del recinto foral, advirtiendo que se encuentran pendientes de estudios más amplios pero son clarificadores en el momento de conocer los avances de este importantísimo yacimiento emeritense (momentos ocupacionales, límites, pavimentos, registro arqueológico etc.). Finaliza con unas sugerentes propuestas sobre el futuro del antiguo foro municipal de la Colonia Augusta Emerita. Todos estos apartados proporcionan una actualizada bibliografía.

El 2º volumen consta de 136 laminas, en 142 páginas de magnifica y cuidada calidad de impresión y colorido. A lo largo de estas figuras aparece el Templo de Diana ante nuestros ojos en todas sus facetas. Su anterior aspecto en antiguos dibujos y grabados, las primeras fotografías, las plantas y alzados que muestran la vistas y situación del edificio en siglos anteriores, la evolución y marcha de la excavaciones, para pasar a cualquier detalle del templo, estudio y conservación de los elementos arquitectónicos, esculturas, fragmentos de relieves y los pasos transcurridos desde su hallazgo hasta su montaje para su conservación y exposición en el Museo Nacional de Arte Romano. Una parte de estas figuras se dedica a las 51 monedas aparecidas en el yacimiento.

Mérida siempre es acogedora y bella. Pero impresiona gratamente el respeto y amor por su historia de su gente, plasmada en sus calles, edificios y en el cuidado por mantener y conservar su patrimonio, que también es de todos. En este libro se refleja ese mismo entusiasmo, al que se añade el conocimiento, la rigurosidad y en interés por la obra bien hecha de un grupo de profesionales, emeritenses unos, amantes de Emerita otros, pero todos unidos en mantener el estudio y conocimiento de algo que pertenece a todos: la cultura romana.

Por ello, este libro aporta algo fundamental: Conocer el «Templo de Diana», significa entender aspectos fundamentales sobre la zona foral, religiosa y pública de una «civitas» lusitana y con ella, el

corazón y el centro de las ciudades que florecieron en aquella época, recuperar su mensaje y trasmitirlo a nuestros días.

Pilar FERNÁNDEZ URIEL
U.N.E.D.

AMIGOS DE LA HISTORIA DE CALAHORRA (eds.), *Así era la vida en una ciudad romana:* Calagurris Iulia, Calahorra, 2002, 207 pp. [ISBN: 84-93428-2-4].

He aquí un libro que pese a su carácter eminentemente didáctico resulta imprescindible para conocer la actualidad de la investigación sobre el municipio calagurritano en época romana. Es además ambicioso en el sentido de que aborda prácticamente todos los temas, aun cuando para algunos de ellos los datos concretos de *Calagurris Iulia* sean casi inexistentes o no hayan sido aprovechados a fondo. Así, de las 6 partes que tiene el libro (además del prólogo, la bibliografía y los índices), mientras que las dos primeras, referentes a la Historia y a la ciudad romana, son utilizadas para ofrecer ricos y cuantiosos datos del lugar, en las otras partes hay capítulos muy generales que no obstante sirven para el propósito didáctico del libro. De esta manera, en la parte III hay un capítulo sobre el gobierno de la ciudad que sólo desciende a detalles de *Calagurris* al principio y final del artículo y algo similar ocurre en el dedicado al mercado. Donde se acentúan más las generalidades es en la parte IV, «Usos y costumbres», en particular en los capítulos de la vida en familia y los hábitos culinarios. En el de la importancia de la imagen se recurre, al igual que ocasionalmente en el de juegos y pasatiempos, a ofrecer fotos de materiales recuperados en el lugar. Otro capítulo muy general es el dedicado a la muerte y el más allá de la parte V, «La vida religiosa».

Parece evidente la necesidad de resaltar la importancia que tiene el hecho de que se posea para la *Calagurris* romana un plano como el que, elaborado por Ane Lopetegui, se nos muestra en las pp. 26-7, el cual da cuenta de los puntos objeto de intervenciones arqueológicas y permite de esta manera a los investigadores guiar sus esfuerzos y elaborar hipótesis con mayor facilidad y eficacia.

Como es prácticamente inevitable hay diversas erratas, por ejemplo, la referencia a ESPINOSA, 1995 de la p. 4, que probablemente esté por ESPINOSA, 1994 —y no es la única que he detectado en este sentido—, o hablar de época flavia (s. I a. C.) (p. 133) cuando es obviamente s. I d. C., o el final súbito de la p. 149, pero lo anterior no desmerece el resultado final del libro con sus bastante claras ilustraciones y fotografías pese a estar en blanco y negro, y con sus útiles índices *rerum* y *geographicus*, aparte del general.

La Calahorra actual ha tenido vestigios arqueológicos de los que otras ciudades de *Hispania* no pueden presumir, como por ejemplo el circo, del que se calculan unas medidas de 375 x 80 m. (p. 64) y del que nos han llegado representaciones en la cerámica producida en el alfar de la Maja por el taller de *C. Valerius Verdullus*. También a través de la producción de este taller y otros indicios enumerados por Javier Garrido Moreno en las pp. 161-2 se sospecha con buen fundamento que hubo un anfiteatro. Por cierto que la contribución de dicha persona no está exenta de una justificada indignación por la continua destrucción del patrimonio arqueológico de la ciudad (p. 154) y termina con una apasionada petición de no juzgar los *munera* gladiatorios porque «[n]o es nuestro cometido, ni tenemos derecho

moral para hacerlo», palabras dirigidas a la línea de flotación de nuestro *primer* mundo. La rica y variada producción del taller de *G. Valerius Verdullus* también sirve de guía en una de las fiestas municipales, las *Saturnalia*[1], y quizá cuando sus materiales sean completamente publicados pueda servirnos para conocer algo más de otras fiestas calagurritanas de época romana ya que se apunta al final (p. 172) del capítulo dedicado al calendario religioso municipal por parte de Carlos Espejo Muriel que *Verdullus* «nos ofrece en su producción una especie de calendario portatil [*sic*] con representaciones de los meses del año, fiestas a Ceres, las Saturnales, etc.».

El profesor Antonino González Blanco, en la última de las partes (VI. «Hacia el Medievo») se ocupa de los tiempos que van de la Antigüedad Tardía al comienzo de la Alta Edad Media. El capítulo tiene importancia por muchas razones, entre otras porque al ser el autor un especialista en esos tiempos al lector interesado le sirve para conocer la visión que de tales épocas tiene actualmente el profesor González Blanco. Hay que decir que la pintura que nos traza es lógica y consecuente pero no me resisto a dejar apuntado que me parece un panorama quizás demasiado sombrío en su interpretación de algunos datos que, por otra parte, son correctos en general: las termas se abandonan —llega a decir en la p. 185 que «la gente deja de lavarse»—, los espectáculos caen en el olvido, la mentalidad cristiana temprana con su culto a los mártires y su lucha contra el Mal tiñe de pesimismo los corazones, los robos y otros actos delictivos están a la orden del día y la Economía tiende cada vez más a sustituir la agricultura por la ganadería, la caza y la pesca. El comercio deja de ser «relevante para la vida de la mayoría de la población» (p. 181), se generaliza la pobreza y la gente huye a las montañas, se sacraliza el tiempo y el silencio adquiere relevancia (los monasterios son su máximo exponente) frente al don de la palabra de tiempos clásicos, se empobrece el urbanismo, cobrando una gran importancia en las ciudades sus murallas y torres, se recuperan las tradiciones indígenas prerromanas, se tiende a satisfacer sólo lo más elemental de las necesidades primarias, se ruraliza la vida urbana y cobran auge los localismos —como ejemplo, los límites del culto a los santos mártires calagurritanos Emeterio y Celedonio— debido al deterioro de las vías de comunicación, «el microcosmos se convierte en macrocosmos por falta de perspectiva» (p. 184), la impotencia frente a la enfermedad facilita el recurso a «poderes sobrenaturales» de todo tipo, etc.

El profesor González Blanco incluso se hace eco de la siguiente afirmación: en algunas partes el nivel de vida se hunde hasta «niveles del paleolítico» (p. 186) y ofrece una explicación que me parece ingenua de la conquista musulmana de la Península: «fue posible porque los habitantes de ella creyeron que Dios la daba a los vencedores y no opusieron resistencia alguna, así de simple» (p. 186).

La bibliografía del libro ocupa las pp. 189-99 y en ella quien se haya visto atraído por cualquiera de los muchos aspectos tratados en los distintos capítulos tiene el trampolín necesario para impulsarse con firmeza en su intento por satisfacer la curiosidad o por seguir las investigaciones con la garantía de que prácticamente todas las novedades fundamentales hasta la publicación del libro están recogidas en el listado.

Fernando FERNÁNDEZ PALACIOS

---

[1] Sobre el particular pueden consultarse más datos, con bibliografía, en U. Espinosa, *Calagurris Iulia*, Logroño, 1984, pp. 130-2.

LVDI ROMANI. Espectáculos en Hispania Romana. Mérida, CajaSur-Museo Nacional de Arte Romano-MECD-Amigos del MNAR, 2002, 268 pp. [sin ISBN].

El presente volumen constituye el catálogo, en gran formato y de extraordinaria factura, del proyecto *LVDI ROMANI. Espectáculos en Hispania Romana*, que, como señala la Ministra Pilar del Castillo en los textos de protocolo, «es algo más que una exposición. Es el resultado de un trabajo de colaboración y entrega de dos museos emblemáticos en la arqueología peninsular, el Museo Nacional de Arte Romano y el Museo Arqueológico Nacional» (p.17). *LVDI ROMANI. Espectáculos en Hispania Romana* es un programa de oferta cultural y científico centrado en los espectáculos en la sociedad romana, celebrado entre el 29 de julio y el 13 de octubre del pasado 2002. El Museo Nacional de Arte Romano de Mérida, en su condición de centro nacional de investigación, custodia y difusión del legado cultural hispanorromano, y lugar idóneo para lanzar el mensaje de romanidad, ha elaborado el programa en torno a la exposición temporal y lo ha enriquecido con todo un amplio abanico de actividades paralelas sobre el mismo tema: talleres infantiles, visitas guiadas, proyecciones cinematográficas, coloquio internacional, catálogo y otras publicaciones, que rememoran el mundo de los espectáculos, de sus facetas y matices. Tal y como señalan Trinidad Nogales y Ángeles Castellano, comisarias de la exposición, en la Presentación (pp.21-23), *LVDI ROMANI*, muestra temporal, es el final de un largo recorrido y tiene en la base «nuestras varias actividades de documentación e investigación en el sugerente universo de los espectáculos en el mundo romano, y más concretamente en suelo hispano» (p.21) y surge a partir de estudios sobre las colecciones y fondos del archivo documental y bibliográfico de los dos museos mencionados. Con todo ello se elaboró un extenso capital informativo que permitía trazar una amplia panorámica de las obras dentro de sus contextos y de su tiempo en torno a las tres manifestaciones señeras de lo lúdico en Roma: *ludi scaenici, ludi circenses* y *munera gladiatoria*, es decir, el teatro, el circo y el anfiteatro. Si bien no están todas las piezas que podrían proporcionar información sobre el tema de los espectáculos, sí está presente buena parte de las más singulares. Además de la exposición, que se enriqueció con piezas de otras colecciones y museos, el Museo Nacional de Arte Romano y su entorno, la proximidad del teatro y el anfiteatro, permitían una auténtica inmersión del visitante en el pasado desde el presente, ligando las obras a sus espacios originales y recreando los espectáculos también en sus propios espacios.

Entre la densa oferta de actividades programadas se contaba un Coloquio Internacional, del 19 al 21 de septiembre, dentro de los *Actos del Día del Museo*. Los conferenciantes han elaborado sus textos y aparecen en la primera parte de este Catálogo que ahora presentamos. Así, se consigue un «volumen no ya sólo de catalogación de las obras incorporadas a la muestra sino también un texto científico que analiza desde ópticas diversas el fenómeno del espectáculo, con una pormenorizada y especializada bibliografía, con lo que el manual devendrá texto de interés y obligada consulta para la comunidad científica» (p.22). Los investigadores participantes y los títulos de los trabajos, profusamente anotados, acompañados de bibliografía y salpicados de fotografías de excelente calidad y de diversos gráficos, son los siguientes: P. Cros, «La fonction politique des monuments du spectacle dans le monde romain sous le Aut.-Empire» (pp.25-40); J. Edmondson, «Public Spectacles and Roman Social Relatios» (pp.41-63); J.Mª Blázquez, «La popularidad de los espectáculos en la musivaria romana» (pp.65-78); J. González, «Leyes, espectáculos y espectadores en Roma» (pp.79-90); S.F. Ramallo Asensio, «La arquitectura del espectáculo en Hispania: teatros, anfiteatros y circos» (pp.91-117); A.

Cevallos Hornero, «Semblanza de los profesionales de los espectáculos documentados en Hispania» (pp.119-134); E. Melchor Gil & J.F. Rodríguez Neila, «Sociedad, espectáculos y evergetismo en Hispania» (pp.135-156); C. Vidal, «De Ben-Hur a los tres días del gladiador: los 'ludi' en literatura y el cine» (pp.157-162); R. Teja, «Espectáculos y mundo tardío en Hispania» (pp.163-170).

La segunda parte del volumen constituye el catálogo propiamente dicho de las piezas expuestas, piezas que se presentan con fotografía, descripción y, en la mayoría de los casos, bibliografía. El material aparece dividido en tres secciones que coinciden con los tres espacios y espectáculos de referencia: *LVDI SCAENICI* —el teatro— (pp.171-197), piezas 1 a 23; *LVDI CIRCENSES* —el circo—(pp.199-221), piezas 24 a 43; y *MVNERA GLADIATORIA* —el anfiteatro— (pp.223-265), piezas 44 a 84. El volumen se cierra con los créditos fotográficos.

Si, como dice el DRAE, una «exposición» es la «Presentación pública de artículos de industria o de artes y ciencias, para estimular la producción, el comercio o la cultura», sin duda este proyecto, y el volumen que presentamos, cumple sobradamente con su misión, sobre todo de estímulo y acicate para nuevos proyectos. Nos congratulamos por ello.

Antonio LÓPEZ FONSECA
Facultad de Filología. Universidad Complutense

María Fernanda BRASETE (coord.), *Máscaras, vozes e gestos: nos caminhos do teatro clássico*, Coimbra, Universidade de Aveiro, 2001, 372 pp. [ISBN: 972-789-070-9].

En el mes de diciembre de 2001, los días 6 y 7, se celebró en la Universidad de Aveiro, Portugal, el IV Coloquio Clássico, que con el título *Máscaras, vozes e gestos: nos caminhos do teatro clássico*, pretendía «estimular a investigação sobre una temática que trouxesse uma vez mais à cena o debate sobre uma das manifestações artísticas mais grandiosas e admiráveis que a Antiguidade greco-latina legou à civilização occidental: o Teatro», en palabras de la coordinadora del volumen Maria Fernanda Brasete (p.7). Los textos de las diecisiete conferencias dictadas en el Coloquio, editadas en este volumen por el Centro de Línguas e Culturas de la Universidade de Aveiro, muestran las distintas posibilidades de enfoque y cubren un amplio marco cronológico que, además, atraviesa el espacio interdisciplinar que caracteriza al género dramático, abriendo un amplio abanico de perspectivas, en unos casos más filológicas o hermenéuticas, en otros más teóricas o culturales. Sea como fuere, los trabajos muestran el interés renovado de unos estudios que tienden a imbricar las vertientes literaria y dramática, o espectacular, de estos textos clásicos, desde las antiguas técnicas y estética dramáticas hasta la influencia posterior en la dramaturgia europea.

El volumen se abre con la presentación de la coordinadora, «Ao abrir do pano» (pp.7-8), que tiene su correlato al final del volumen en «Ao cair do pano» (pp.371-372), discurso de clausura del Coloquio que, en la publicación, va precedido por el que sirvió de inauguración, a cargo de Joao Manuel Nunes Torrão, Presidente de la Comisión Organizadora («Ao iniciar», pp.367-370).

Pasemos revista, siquiera someramente, a los trabajos. Mª Helena da Rocha Pereira, en «*Lexis* e *opsis* na tragedia grega» (pp.9-25), analiza estas dos partes de las seis constitutivas de la tragedia según la *Poética* de Aristóteles: la comunicación por medio de las palabras y el espectáculo. Se discute tam-

bién la amplitud de la difusión de los textos escritos y la frecuencia de las representaciones en el espacio helénico, analizándose algunos de los fragmentos más significativos de los tres grandes trágicos. J. Torrano, en «Mito e dialética na tragedia *Agamêmnon* de Ésquilo» (pp.27-37), aborda la interrelación entre mito y dialéctica y justifica la existencia de una dialéctica trágica, analizando el *Agamenón* de Esquilo. José Pedro Serra, en «Do gesto ao silêncio: Ésquilo e a herança trágica» (pp.39-49), reflexiona sobre el significado y la relación que se establece entre el momento creativo y fundador de la tragedia (en particular de la de Esquilo) y el perfil de su resurgimiento contemporáneo, paralelo a la reinvención de lo trágico por F. Nietzsche. Mª do Céu Fialho, en «Helenos e Bárbaros em Ésquilo. Autognose e problematizaçâo do Eu na representaçâo do Outro» (pp.51-69), se ocupa de la relatividad del binomio griego-bárbaro ofreciendo datos de distintas tragedias como *Los Persas, Los Siete contra Tebas* y *Las Suplicantes*. Esta situación de relatividad vendría a confirmarse con la capacidad de abrirse al extranjero, y de asimilarlo, que manifiesta el universo helénico, como demostraría el imaginario de Esquilo. A continuación, Juan Antonio López Férez, en «Observaciones sobre los mitos en el *Heracles* de Eurípides» (pp.71-114), lleva a cabo una lectura y comentario de esta tragedia en la que Eurípides critica abiertamente a los dioses, en especial a Zeus y Hera, dedicando especial atención a los mitos y a la figura de Heracles, que se nos muestra como un héroe nuevo, moderno, humanizado. Por su parte, Jacyntho Lins Brandão, en «Electra no expelho» (pp.115-129), analiza la escena de reconocimiento en las *Coéforas* de Esquilo, *Electra* de Sófocles y *Electra* de Eurípides, con la intención de mostrar cómo la tragedia ática retoma, además de los temas míticos transmitidos por pintores y poetas, las propias representaciones elaboradas por los poetas trágicos, en busca de efectos intertextuales. Andrés Pociña, en «O amor de Medeia, visto por Eurípides e Séneca» (pp.131-152), nos muestra dos visiones diferentes de Medea enamorada, la del trágico griego, para quien la injusticia, el ultraje, la cólera y la venganza mueven a la mujer, que ya no actúa por amor, frente a la del poeta latino, que nos presenta a una mujer profundamente enamorada en el desarrollo de la obra. Por su parte, José Antônio Segurado e Campos, en «Tragedia e justiça no teatro de Séneca» (pp.153-177), nos ofrece una visión diferente de la obra del cordobés intentando demostrar que en sus tragedias no sólo se pueden detectar muchos trazos de origen jurídico, sino que además la presencia de esos elementos ayudaría a entender la filosofía general de las piezas. Maria de Fátima Silva, en «A voz do Autor na comédia greco-latina» (pp.179-199), nos acerca a la comedia desde una interesante perspectiva, la que permite, a pesar de todas las diferencias que separan dos momentos notables en la historia de la comedia, acercar a Aristófanes y Terencio mediante algo que les entusiasmó de igual manera: la lucha por la renovación y el avance de un arte elevada. Con Walter de Medeiros, «*MORTALIS GRAPHICVS*. Os fingimentos do poeta e o sorriso da Fortuna» (pp.201-209), pasamos a Plauto, en concreto al *Pseudolus*, en lo que supone una reivindicación, por encima de la preferencia de los *duces gregis* por el personaje del lenón Balión, del *mortalis graphicus*, auténtico héroe de la comedia que derrotará al lenón y a su propio señor. Al lenguaje plautino nos aproxima Carlos de Miguel Mora con «Juegos de palabras en el *Rudens* de Plauto» (pp.211-240), ofreciéndonos una nueva perspectiva de análisis, desde los presupuestos de la pragmática lingüística, y demostrando que, incluso en las comedias consideradas más «serias», Plauto siempre impregnó sus obras de humor verbal. Giancarlo Mazzoli, en «Semantica della porta nella commedia di Plauto» (pp.241-258), se ocupa del importante papel de la puerta en la comedia plautina, no sólo como elemento de maquinaria escénica, sino como «factor de intriga» e, incluso, centro de la acción. A Terencio, en concreto a la figura de los parásitos de *Eunuchus* y *Phormio* y sus diferentes

características, se dedica el trabajo de Aires Pereira do Couto, «O parasita na obra de Terencio-Gnatão *vs* Formião» (pp.259-284). Marie-Hélène Garelli-François, en «Le geste et la parole: mime et pantomime dans l'Empire romain» (pp.285-303), intenta determinar, a partir de textos e inscripciones, criterios pertinentes para diferenciar los dos grandes géneros dramáticos de época imperial, mimo y pantomima, basándose en las características gestuales, y no en las textuales, de estos espectáculos en que el modo de representación asumía los valores que en otras épocas aportaba el texto escrito. A un tema diferente se dedica Francisco de Oliveira, que nos acerca a la visión que de múltiples facetas de la dramaturgia antigua nos transmite en diferentes testimonios la *Historia Natural* de Plinio el Viejo, en «O mundo do teatro em Plínio-o-Antigo» (pp.305-327). Maria Cristina de Castro-Maia de Sousa Pimentel intenta rebatir en su trabajo, «Teatro, actores e público no Alto Império romano» (pp.329-348), la afirmación constantemente repetida de que, tras Terencio, el teatro latino entró en franca decadencia y los recintos en que tenían lugar las representaciones quedaron vacíos y sin público. Por último, con «A força inquietante dos objectos na *Máquina Infernal* de Jean Cocteau» (pp.349-365), Maria Eugenia Pereira nos conduce de un salto hasta el siglo XX acercándonos a la visión de Jean Cocteau del mito de Edipo a través de una pieza, *La Máquina Infernal*, que une la música, la luz, los colores, los gestos, los ruidos, la palabra y los objetos en una conjunción de la que nace la poesía teatral cocteana.

Sin duda, estos trabajos, reencuentro con el teatro clásico y su recepción en la literatura occidental, servirán para ampliar nuestros horizontes, abrirán nuevas vías de reflexión y nos situarán, como afirma la coordinadora, «na senda do teatro clássico, cuja leitura se afigura tanto mais indispensable quanto mayor for o desejo de ver com olhos de ver o espectáculo do homem» (p.8).

Antonio López Fonseca
Facultad de Filología
Universidad Complutense de Madrid

Béatrice BAKHOUCHE, *L'astrologie à Rome* (Bibliothèque d'Études Classiques, 29), Louvain- Paris-Sterling, Éditions Peeters, 2002, 251 pp. + 9 láms. [ISBN: 90-429-1127-1].

La prestigiosa Bibliothèque d'Études Classiques, dirigida por J. Dangel y P.M. Martel de cuyos títulos la revista *Gerión* ha realizado ya algunas recensiones, había publicado en 1996 otra obra de B. Bakhouche sobre tema astrológico (*Les textes latins d'astronomie. Un maillon dans la chaîne du savoir*). Ahora, abandonando la línea filológica pero no el tema, nos ofrece esta historia de la astrología en Roma (que no de la astrología romana ya que nunca existió). El autor reconoce en su introducción los numerosos títulos publicados en los últimos años sobre la astrología antigua desde la aparición de *L'astrologie grecque* (Paris, 1899) de Bouché-Leclercq, útil todavía en muchos aspectos. Aunque cita sólo los trabajos de W. Hübner, F. Boll y W. Gundel en Alemania, las numerosas ediciones sobre la obra de Manilio en Italia y los trabajos de J.A. Abry, ciertamente basta consultar el elenco bibliográfico de A. Pérez Jiménez («Cien años de investigación sobre la astrología antigua», *MHNH* 1, 2001, 133-204) para darnos cuanta no sólo de lo mucho publicado sino tambien de cómo esa bibliografía ha abierto nuevas perspectivas en este campo de la investigación.

Bakhouche adelanta cuáles son los objetivos de su estudio: averiguar si, como se piensa a menudo, los romanos son en materia de astrología deudores de los griegos o si los diferentes aspectos de la astrología implantada en Roma no se limitan a seguir pura y simplemente las teorías helenísticas y, en este supuesto, conocer qué parte de originalidad o de independencia tiene con respecto al mundo griego. Para alcanzar estos objetivos Bakhouche estudia primero la teoría astrológica –principios y aplicaciones prácticas– para abordar luego el problema de la historia de las mentalidades deteniéndose en las relaciones de la astrología con la religión, la filosofía y la política.

La autora llega a la conclusión de que, evidentemente, los romanos no han inventado nada nuevo en la teoría astrológica sino que, en este ámbito, son claros herederos de una tradición sólidamente asentada en los círculos alejandrinos de época helenística. No obstante, añade, Roma no adopta una actitud totalmente pasiva ante sus antecesores sino que supo acomodar aquella doctrina a sus ideas y creencias. No es una casualidad que la astrología coincida con los turbulentos últimos decenios de la República: en tiempos de incertidumbre los hombres recurren a los astros en busca de respuestas para aplacar así sus propias angustias. Además de la gente del pueblo también los intelectuales, sean estoicos, neopitagóricos o platónicos se muestran en general favorables a esta nueva técnica adivinatoria. De forma que, partiendo de los viejos fondos helenísticos Roma, dice Bakhouche, «inscrit sa propre marque» e insiste en este punto, cuando señala las características por las que Roma no es «redevable» de Grecia. Esta teoría rompe, como todos sabemos, con las que Bouché-Leclercq asentó en el siglo pasado al señalar que los romanos no eran más que simples epígonos de los griegos.

Se trata, pues, de una obra de gran interés no sólo por su carácter general como pequeño compendio de la presencia y sobre todo la práctica de la astrología en Roma sino también por la novedad que ofrecen algunos capítulos (como la relación de la astrología con la aruspicina etrusca) y, como hemos visto, su teoría de la originalidad de la astrología romana.

Santiago MONTERO
Universidad Complutense de Madrid

La pintura Romana Antigua. Actas del Coloquio Internacional. Mérida, Museo Nacional de Arte Romano, 2002. [ISBN:847671-553-6].

En este volumen se continúa la línea de investigación desarrollada en Mérida, centrada en el estudio de la pintura mural romana.

Los distintos investigadores exponen su opinión respecto a los análisis de restos arqueológicos, para solucionar los problemas característicos que plantea la conservación de los bienes inmuebles.

El yacimiento emeritense es uno de los principales generadores de aportaciones destacables tanto en calidad como en cantidad. Por ello ha sido el lugar ideal para la exposición de estos problemas de tipo estilístico y material.

La obra se inaugura con la aportación de Henri Lavagne: «Peinture dans la maison romaine, culture et art de vivre.» En este artículo el autor plantea una cuestión de tipo estilístico haciendo alusión a dos temas característicos de la pintura romana: las naturalezas muertas y la mitología.

Para Lavagne la pintura mitológica esta relacionada con el ámbito del saber y por ello es uno de los temas más representados. Autores como Vitruvio asocian en sus escritos las bibliotecas a las galerías pictóricas y en Roma el coleccionista más alabado era aquel que ponía sus obras a disposición del público.

Otro punto en el que se adentra Lavagne en su trabajo, es la causa de las repeticiones de algunas imágenes de la Antigüedad Clásica. Se trata de una cuestión de mentalidad, pues a diferencia de los tiempos modernos, entonces, la copia participaba plenamente del éxito del original.

En cuanto a las naturalezas muertas alega que el espectáculo natural suele tener importancia para quiénes no pueden participar de la producción deseada de frutas y legumbres en sus cosechas. En estos casos un tema de vida cotidiana significa un placer para sus sentidos.

Finalmente el autor explica la razón del término «naturaleza muerta» puesto que esta frase no tiene en absoluto un origen latino, sino que proviene de los pueblos del norte, concretamente de Holanda. En su opinión sólo en español este término tiene una relación directa con el sentido original pues «bodegón» hace referencia a una pintura que representa la naturaleza de los objetos cotidianos. «Bodegón» remite a *bodega*, en latín *apotheca*, lugar donde se guardaban las frutas y el vino.

A continuación encontramos el estudio realizado por Carmen Guiral Pelegrín titulado: «La pintura romana en España, aportaciones recientes». En él la profesora Guiral escribe sobre el avance de las investigaciones pictóricas en los últimos años. Entre 1982 y 1997 se destacan cuatro grandes líneas: el interés por las decoraciones murales de yacimientos excavados a partir de 1982, el método de investigación para el análisis de conjuntos pictóricos (muy influenciado por la escuela francesa), la revitalización de estudios sobre los cuatro estilos en la España romana y un claro predicamento de los análisis arqueométricos.

Más que un estado de la cuestión estas páginas pretenden presentar una selección bibliográfica con las novedades a partir de 1992 y hasta 1996. Los avances en este campo en los últimos quince años hacen referencia particularmente a temas como los previamente citados: los restos pictóricos en solares hispanos, los cuatro estilos pompeyanos y los hallazgos procedentes de secuencias estratigráficas concretas, que nos permiten afinar la cronología. Igualmente la iconografía ofrece dataciones precisas gracias a los distintos estilos y símbolos conocidos y adscritos a las pinturas de periodos determinados.

En el siguiente artículo Julián Hernández Ramírez nos explica con numerosas ilustraciones «La *praxis* de la pintura mural de *Emerita Augusta*». Mediante este trabajo el investigador nos acerca a la pintura mural emeritense hablándonos de los autores que decoraron los murales y la calidad e intencionalidad con la que lo hicieron. Nos informa de que en general, los muralistas eran artesanos que solían agruparse en talleres. Es particularmente interesante su estudio de las relaciones entre la decoración y la ubicación de las casas decoradas, las técnicas de confección de los murales y las perspectivas y posibilidades de determinar la influencia política en *Emerita Augusta* gracias a las decoraciones parietales.

A partir del análisis de los murales Julián Hernández observa las corrientes generales del mundo romano y las formas de decoración propias que crean un arte original. En los distintos tipos de composición se vislumbran las influencias exteriores que evolucionaron en función de los gustos propios de cada período creando diferentes estilos.

Mª Jesús Castellanos Gallo dedica su trabajo, «Restauración de la pintura mural: el ejemplo emeritense», a introducirnos en el ámbito de la restauración y la importancia de la conservación patrimonial *in situ*. Es decir la importancia de conservar la obra de arte en su entorno, pues esto evita el deterioro del conjunto general, sobre todo cuando hablamos de pintura mural por tratarse de un bien inmueble.

Toda intervención implica un conocimiento histórico, estético y técnico de la obra. La colaboración de expertos en otros campos como el de la arquitectura o la ingeniería también se hace necesaria en numerosas ocasiones.

Al efectuarse el examen y documentación ha de elaborarse una planificación de la conservación desde el momento en que se proyecta la excavación. Ha de tenerse en cuenta la degradación antrópica y natural, desde la humedad hasta la erosión debida a la acción eólica o la exposición a la luz solar. La utilización de soportes se hace necesaria así como la reintegración de lagunas, de acuerdo con los criterios previos de intervención y consolidación.

Sobre la «Conservación estética de la obra de arte» nos informa Juan Ruiz Pardo, del Instituto del Patrimonio Histórico Español. Gracias a la restauración se mantienen los bienes culturales conservando el material y su función estética. En el artículo se hacen referencias a los problemas de la conservación material y las dificultades y soluciones que nos ofrece la aplicación de ciertas intervenciones y la metodología empleada. Se plantea cuales son las acciones idóneas diferenciándolas de las soluciones obsoletas o erróneas y finalmente la base teórica de la intervención.

De los «Exemplos de pintura mural luso-romana dos séculos I a IV» se ocupa Rui Nunes Pedroso, presentando en esta ponencia una síntesis de los conjuntos pictóricos más importantes. Esto es posible gracias a los avances en la investigación de la pintura luso-romana, fundamentalmente a dos monografías y al estudio de numerosos fragmentos. Los hallazgos se dividen en tres conjuntos: florales, geométricos y figurativos.

En el grupo de los geométricos se distinguen las composiciones en plintos, las imitaciones marmóreas y los paneles compartimentados y fragmentarios, en este grupo destacan las composiciones de *opus sectile* o de *crustae*. Los conjuntos fragmentarios de carácter floral permiten suponer la existencia de grandes composiciones de jardín. En cuanto a los figurativos de tipo humano o animal, estos últimos, no poseen elementos suficientes para la reconstrucción de un ámbito significativo. Tras la explicación de los tipos estilísticos en el artículo se comentan los elementos de datación. La distribución cronológica regular de los diversos elementos que constituyen el inventario de la pintura luso-romana nos permite situar estas pinturas entre el Ier y el IVº siglo.

El artículo siguiente es un «Avance sobre el estudio de la decoración pictórica de la villa de El Ruedo (Almedimilla, Córdoba)». Con el estudio de las pinturas de la decoración mural de la villa de El Ruedo se pretender responder a diversos interrogantes de tipo cronológico, estilístico, técnico y funcional. Alvaro Cánovas nos presenta la villa, y las características técnicas de la excavación. Luego hace una descripción y análisis estilístico, y por fin se presentan las respuestas y conclusiones a las preguntas planteadas.

Para concluir el volumen M.C. Edreira Sánchez, M.J. Flui Ortega y J. Martín Calleja nos ofrecen la «Caracterización Químico-Física de las Pinturas Murales Romanas de la ciudad de Mérida (Badajoz)». La publicación pretende resumir brevemente los datos de los que se disponen sobre las pinturas romanas de la antigua *Emerita Augusta*. Con las numerosas muestras de pinturas Báquicas de la casa

de Mitreo y algunas de la Casa Romana del «Solar del Museo» se han hecho estudios que dieron lugar a una tesis doctoral y a un informe realizado por el grupo y pendiente de publicación. Primero se explica la metodología experimental, pues el estudio de las muestras se realizó con distintas técnicas. La observación microscópica, la caracterización cromática, la microscopía electrónica de barrido, la difracción de rayos y la Espectroscopía Infrarroja por Transformada de Fourier son algunas de las técnicas mediante las cuales las que se han obtenido resultados experimentales y se han estudiado los diferentes colores y morteros. Por último se dan a conocer las conclusiones a las que se ha llegado hasta el momento mediante estos estudios.

Como conclusión debemos recordar que coloquios como estos son posibles gracias al apoyo de distintas instituciones que permiten sacar a al luz numerosas síntesis de trabajos de análisis que nos acercan desde la perspectiva científica al arte pictórico mural del Mundo Antiguo. Tanto los temas como la técnica y la evolución estilística nos indican el catálogo de modelos proyectado desde Roma. Hispania fue testigo de ese desarrollo que se extendió por sus territorios hasta época bajoimperial.

Mª del Carmen ESCOBAR CANTERO
Universidad Complutense de Madrid

T. SCHMITT, *Paroikie und Oikumene. Sozial-und mentalitätsgeschichtliche Untersuchungen zum 1 Clemens brief*, Berlin-New York, Walther de Gruyter, 2002, 161 pp.

La carta 1 de Clemente Romano, personaje del que no se sabe absolutamente nada y que no fue obispo de Roma, con seguridad siempre ha sido muy importante. Se fecha al final de gobierno de Domiciano, en torno al 97. El motivo de la carta, al parecer, es la división de la Iglesia de Corinto, división que duraba ya tiempo, cuando la carta se escribió y que la Iglesia de Roma quería solucionar. En la carta no aparece una solución clara, sino unas ámplias deliberaciones teológicas. La intervención de Roma tuvo éxito, como lo prueba que muchos decenios después esta carta se seguía leyendo, especialmente en Corinto, durante el culto. Ello se debía a dos causas principales: a que las personas que enviaron la carta gozaban de gran prestigio o a que los argumentos utilizados en la carta eran de gran fuerza. A.V. Harnach piensa que algunas partes de la carta parecen traducciones del latín. Se defiende en ella la unidad, la autoridad, el orden, la ley y la obediencia, no por influjo estoico o cristiano, aspecto muy importante del contenido de la carta. La importancia de la carta estriba en la dignidad eolítica que rezuma, propia de los altos funcionarios romanos. Una de las principales características de la carta es la lealtad al Imperio.

T. Schmitt comienza su estudio tratando aspectos que van a ser fundamentales, como son la Iglesia de Roma y el Imperio Romano; la Iglesia de Roma como autora de la 1 carta de Clemente; opiniones sobre el Imperio; la teología de la *Oikoumenes*; el papel de la Iglesia de Roma, etc. El simple enunciado de estos títulos avaloran el libro de T. Schmitt. Esta parte del libro forma el núcleo central.

Siguen unas páginas de conclusiones. Piensa el autor que la 1 carta de Clemente es una obra de la Iglesia de Roma, redactada en común, lo que es muy probable. El contenido teológico de la carta es el resultado de los intercambios de pensamientos en Roma, que van dirigidos a todo el mundo. Está segura la Iglesia de Roma de cumplir la voluntad de Dios.

No aparece en la carta que la Iglesia tuviera una autoridad especial apoyada en argumentos de fuerza. Sin embargo, la Iglesia de Roma era consciente de que tenía ya una posición especial desde hacía tiempo.

Aspectos importantes de la carta son la conciencia de la Iglesia de Roma de sus relaciones con el paganismo y de su distancia del Imperio Romano y del emperador. Formaba un mundo propio cristiano. Estaba segura de participar en el Imperio de Dios. Se veía al mundo exterior como amenaza y como sufrimiento. La confianza estaba basada en el mandato divino de predicar el Evangelio y en la promesa divina en que la Iglesia y el Imperio de Dios a la larga triunfarían. Esta creencia infundía valor. A ella se oponían la arrogancia y la petulancia de los cristianos. Admite la carta que los cargos y leyes son necesarios al desaparecer la autoridad de los fundadores de la Iglesia por su muerte. Se daba, pues, una situación nueva. La Iglesia de Roma había recibido una autoridad mucho antes. El obispo sería en el futuro decisivo.

El examen del contenido de la carta está muy bien logrado y significa un avance en el conocimiento de la situación de la Iglesia de Roma a finales del s. I y de las comunidades cristianas.

Una serie de apéndices completan el contenido del estudio. Unas páginas dedicadas a bibliografía y unos índices cierran el libro.

José María BLÁZQUEZ
Universidad Complutense de Madrid

José Mª BLÁZQUEZ MARTÍNEZ - José REMESAL RODRÍGUEZ (eds.), *Estudios sobre el Monte Testaccio (Roma) II*, Instrumenta 10, Barcelona, 2001, 497 pp. [ISBN 84-475-2623-2].

Cada vez son más evidentes e importantes los frutos de los minuciosos trabajos que los profesores J.Mª. Blázquez, de la UCM y J. Remesal, de la Universidad de Barcelona, vienen dirigiendo desde hace 14 años en el Monte Testaccio de Roma, el único archivo fiscal del mundo clásico que ha llegado hasta nosotros.

Hasta el momento presente han aparecido otras dos memorias relativas a los materiales proporcionados por el Testaccio, una publicada por el Ministerio de Cultura, la primera, y la otra por la Universidad de Barcelona, en esta misma colección (Instrumenta nº 6), estando próxima a aparecer una cuarta. Otras tres publicaciones de la colección Instrumenta, de la Universidad de Barcelona, están dedicadas al tema del comercio del aceite, la de P. Berni sobre las *Ánforas de aceite de la Bética y su presencia en la Cataluña romana*; la de C. Carreras y P.P. A. Funari sobre *Britannia y el Mediterráneo. Estudios sobre el abastecimiento de aceite bético y africano en Britania*, y la de J.A. Remolà, sobre *Las ánforas tardo-antiguas en Tarraco (Hispania Tarraconensis)*.

Con este tercer volumen, afirman los autores, se completa la publicación de los trabajos relativos a las cuatro primeras campañas de excavación. En él se incluyen también una serie de estudios dedicados a diferentes aspectos de la cultura del olivo.

La primera parte de la publicación está dedicada a los materiales de las campañas 1991 y 1992 y se compone de seis trabajos.

El primero de ellos, obra de J.Mª. Blázquez y J. Remesal, dedicado al análisis global de las dos campañas, que se realizaron en la plataforma superior del Monte Testaccio, que era la primera de las metas que se proponía el equipo científico. Los investigadores, tras el estudio de los materiales, llegan a la conclusión que existieron dos plataformas, con un perfil escalonado y que los escalones se formaban con las mismas ánforas que se descargaban en el Testaccio. El material habla de la presencia del aceite bético y africano en Roma en una proporción de 4 a 1, para los estratos del s. III, proporción idéntica a la suministrada por los materiales de la campaña del 89, mientras que para los del siglo II casi están a la par, 55% frente al 45%, algo que difiere de los datos anteriores que tan sólo daban al aceite africano entre un 6% y un 14% para las campañas de 1990 y 1989. Los autores ponen en cuarentena este dato, pues en su opinión puede deberse a que fuera necesario calzar las ánforas béticas, de mayor tamaño, con ánforas africanas, más sutiles, para dar estabilidad al vertedero. En consecuencia, tienden a aceptar que la proporción para el siglo II también es de 4 a 1.

El segundo trabajo, escrito por J. Remesal y A. Aguilera se dedica a la realización del *corpus* de *tituli picti*, estudiando un total de 4.34 fragmentos cerámicos con inscripción.

El tercero, obra del profesor J. Remesal, también está dedicado a la organización de un *corpus*, esta vez el de los sellos. Los grafitos, agrupados así mismo en un *corpus*, han sido estudiados por G. García Brosa, M. García Morcillo, P. Ozcáriz Gil y R. Rovira Guardiola. El autor del quinto trabajo es V. Revilla Calvo y estudia *Las ánforas tunecinas y tripolitanas en los siglos II y III d.C.: tipología y circulación*. El último trabajo de esta primera parte ha sido escrito por C. Carreras Monfort. Bajo el título: *Miscelánea. Las otras ánforas del Monte Testaccio (1991-2)*, se estudian un conjunto de ánforas, cuyo porcentaje no supera el 1%, y mayoritariamente de tipología incierta.

La segunda parte de la obra esta formada por otros seis trabajos agrupados bajo el epígrafe *Estudios histórico-arqueológicos*. De ellos destaca fundamentalmente el penúltimo, obra del prof. D. J. Mª. Blázquez y lleva por título: *Usos religiosos del aceite en el Próximo Oriente en la Antigüedad Tardía y sus precedentes*. Se trata de un trabajo de extraordinario interés por lo novedoso del enfoque, pues hasta ahora no se había hecho un estudio de los usos religiosos del aceite en la Tarda Antigüedad. El profesor Blázquez rastrea concienzudamente todas las fuentes hasta la llegada del Islam en regiones como Capadocia, Palestina, en Siria y sus monasterios así como el uso que le daban monjes y ascetas cristianos del Oriente.

Los otros cinco trabajos son M.C. González Vílchez, M. González Rodríguez, Y. Aitlahsen, *Análisis arqueométrico del material procedente de La Catria (Lora del Río, Sevilla)*; P.P. Funari, *A Note on Dressel 20 amphora stamps from Testaccio and the evidence from other arcaeological sites*; C. Carreras Monfort, *Grandes rutas comerciales del aceite bético: reflexiones en torno a la distribución de los sellos C. Semproni Polycliti y III Enniorum Iuliorum*; Ll. Pons Pujol. *Las Dressel 30 en el Testaccio: ¿Un contenedor vinario?*; F. Martín, *De re olearia: La ley ateniense de Adriano y el rescripto de Cástulo*. La obra se completa con dos útiles índices (de *tituli* y de sellos) y la dirección de todos los autores.

Javier CABRERO

A. AGUILERA MARTÍN, *El Monte Testaccio y la llanura subaventina. Topografía* extra portam *Trigeminam*, Roma, Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma, 2002, 260 pp. [ISBN: 84-00-08039-4].

Dentro de la amplia producción bibliográfica que nos brinda continuamente la Escuela Española de Arqueología en Roma en esta ocasión nos presenta en su Serie Arqueológica un nuevo (en el amplio sentido de la acepción de esta palabra) estudio sobre el Monte Testaccio (tan ampliamente difundidos por los estudios de la Escuela), pero no un nuevo estudio de un lugar arqueológico tan ampliamente tratado desde diferentes ópticas (Dressel 1892; Rodríguez Almeida 1984, Blázquez y Remesal 2001, entre muchos otros), sino que como veremos el autor ha aplicado a lo largo de esta monografía la relación histórica de este monte artificial con su entorno inmediato, que no deja de ser otro que el entorno de la propia metrópoli romana.

La obra es de fácil lectura, con un experto en la materia como es el Dr. Aguilera Martín, dejando todas las partes bien estructuradas para un buen entendimiento de la misma. Demuestra un amplio conocimiento tanto del tema tratado como de la geografía de la antigua Roma y sus alrededores y para ello no duda emplear tanto las fuentes escritas que sean necesarias (usa los textos originales y pone una traducción de los mismos en los pies de página, traducciones que entendemos han sido realizadas por el propio autor, ya que no se indica nada al respecto) así como las fuentes arqueológicas de las que tenemos constancia, demostrando un amplio dominio de todas ellas, lo mismo que los estudios anteriores realizados en torno al mismo tema. Además de hacer un razonamiento crítico de las fuentes históricas empleadas, sobre todo de las que no coinciden para la explicación de la reconstrucción histórica.

La monografía está estructurada en tres grandes apartados divididos a su vez en varios subapartados con el fin de aclarar y conducir el proceso de formación del Testaccio y sus alrededores, sobre todo desde el punto de vista de las implicaciones comerciales.

Para explicar esas implicaciones comerciales del entorno de la ciudad de Roma y sobre todo sus estructuras portuarias, donde suponemos que eran recibidas y descargadas las ánforas que a lo largo de los años dieron forma al Testaccio, comienza haciendo una revisión crítica de los orígenes del puerto (y ciudad prácticamente) de Ostia, en relación con el cauce del río Tiber, reflexionando sobre los posibles orígenes que nos indican las fuentes escritas y arqueológicas del asentamiento, un análisis minucioso de la antigua topografía del Tiber en la época de la fundación del puerto y las posibles etapas en su curso hasta llegar a Roma las mercancías por los caminos de sirga, con cálculos de tiempo y de fuerzas de tiro.

Continúa con una descripción también lineal y razonada del complejo portuario subaventino, sobre todo, y como apunta en el capítulo anterior, se centra en los inconvenientes de Ostia como puerto, por su pésima situación y la escasa navegabilidad del Tiber para barcos de envergadura. Así muestra Puteoli como el puerto franco para los mercantes de gran tonelaje y el almacenaje previo al transporte a la gran urbe de las mercancías. Poniendo en relación la creación de este puerto con las obras de la llanura subaventina previas para la preparación de ésta como receptora de las mercancías llegadas al puerto campano, convirtiendo esta zona en el verdadero puerto marítimo de Roma en detrimento de Ostia y donde se situará el Monte Testaccio. En esta llanura es donde se va a situar el Emporio de Roma actuando como una lonja donde se trata con las mercancías al por mayor y describiendo

detenidamente todas las estructuras portuarias del río en esta llanura, que son enfocadas sobre todo desde un punto de vista aduanero.

Describe y analiza la topografía y todas las posibles estructuras que conforman a lo largo de los años el urbanismo de la llanura subaventina y que rodean de alguna forma al Testaccio: los dos mercados destinados a los productos básicos (sobre todo cereales), los muelles en el río, el *Emporium*, el edificio comercial de grandes dimensiones denominado *Porticus Aemilia* y posteriormente los *horrea* para el almacenaje del grano, el posible emplazamiento de los *vici* (proponiendo nuevas teorías al respecto).

El tercer apartado tratado en el libro gira en torno al Monte Testaccio, haciendo un breve recorrido sobre las fuentes escritas que hablan de él, desde época contemporánea a su formación, recorriendo toda la Edad Media y hasta época contemporánea. Se trata pues de una muy buena síntesis de todas las noticias escritas sobre el monte que termina con la creación de Barrio del Monte Testaccio. Posteriormente pasa a analizar otro tipo de fuentes referentes al Testaccio, las arqueológicas: hace un recorrido desde las primeras investigaciones arqueológicas durante la Edad Media, pasando por las primeras intervenciones modernas con Dressel a la cabeza (1872), que procedió a las primeras divisiones en sectores para los trabajos y los primeros trabajos de excavación en 1881; para continuar con las intervenciones españolas desde Rodríguez Almeida (1968) y terminando con las actuales de Blázquez y Remesal. Termina este punto incidiendo en las características evolutivas del Testaccio como basurero oficial del Estado para las ánforas de aceite, analizando las diferentes etapas del depósito y las nuevas perspectivas de la investigación.

Todo ello concluye con una amplia y cuidada bibliografía, elemental para todos aquellos estudios sobre el Testaccio y sus alrededores.

En resumen estamos ante una obra con un gran proceso de investigación de fuentes escritas y arqueológicas para el posible emplazamiento de todos los elementos que conformaban la llanura subaventina y del monte Testaccio.

Pedro A. Carretero Poblete
Universidad Complutense de Madrid

Géza Alföldy, *Provincia Hispania Superior* (traducción de Víctor Alonso), A Coruña, Universidad de A Coruña Servicio de Publicaciones (monografía nº 99), 2002, 110 pp. [ISBN: 84-9749-037-1.].

El descubrimiento en Lavinio (*Lavinium*), ciudad de la Italia central, de un nuevo epígrafe en el que se cita por vez primera la *Provincia Hispania Superior*, constituye el tema principal de este libro de Géza Alföldy, considerado uno de los mejores especialistas del mundo en epigrafía latina. En este libro se recogen tres importantes estudios sobre la historia de la *Callaecia* romana, que son resultado de los temas tratados en el curso de epigrafía latina y doctorado impartido en la Facultad de Humanidades de la Universidad de A Coruña en el mes de marzo del 2000.

La obra se compone de un breve prólogo inicial y tres capítulos interrelacionados entre sí en base a la cuestión de la provincia situada al noroeste de Hispania en época romana. Sigue un apartado de anexos con ilustraciones y un índice general, otro de autores modernos y un último donde aparecen las fuentes antiguas citadas.

Al principio de su exposición el autor explica la composición y temática de su tratado; de esta manera, se refiere a la debatida reforma administrativa emprendida por el emperador Caracalla en tierras hispanas por la cual la *Hispania citerior* quedó dividida en dos provincias, probablemente en torno al 213, fecha propuesta por E. Albertini aunque, con débiles fundamentos. A continuación y tras diversos agradecimientos, Alföldy alude al contenido de su segundo estudio que constituye el primer compendio prosopográfico que se presenta en la historia de la investigación galaico- romana y, que sirve de apoyo y complemento al primer capítulo. También en el preámbulo apunta los argumentos del tercer episodio, referente a una nueva lectura de un epígrafe hasta ahora mal interpretado. Seguidamente, presenta las abreviaturas de algunas de las numerosas obras que cita en su discurso, demostrando con ello un gran manejo de la bibliografía referida a temas relacionados con nuestra Península y el período de dominación que Roma ejerció sobre la misma.

Con el título de *Callaecia, Provincia Hispania Superior* Alföldy indica al lector el punto de partida de la replanteación del problema de la reforma severiana, a partir de la aparición, entre los años 1995 y 1996, del pedestal de una estatua puesta en honor de *C. Servilius Diodorus*, miembro destacado del orden ecuestre. La dedicatoria epigráfica, cometida por su esposa *Egnatia Salviana* el 7 de septiembre del 227, está grabada en la parte delantera y en ella se define como *Hispania superior* una nueva provincia desgajada de la *Hispania citerior*; en opinión de Alföldy se observa así cuántas sorpresas puede ofrecer aún la epigrafía como fuente de información histórica. Además de la citada inscripción, hay otros textos: tres cartas en el lateral izquierdo y, la trascripción de un acuerdo, una última epístola y la indicación de la fecha en el lateral derecho, que son también mencionados por el autor.

El epígrafe consagrado a Diodoro, y cuya ilustración se muestra en la página 95, fue publicado por David Nonnis quien lo dio a conocer a Alföldy, quien tras un exhaustivo estudio, lo ha difundido por diversas universidades españolas a través de conferencias y seminarios.

En la inscripción Servilio Diodoro aparece como procurador de escala ducenaria de la Provincia de *Hispania superior* además de otros cargos que forman su *cursus honorum* y son enumerados en orden descendente, a diferencia de las procuratelas que aparecen en sentido ascendente. Para la distinción de los títulos el autor lleva a cabo un análisis comparativo con otras inscripciones.

En cuanto a la época de la procuratela de Servilio de la *Hispania superior* parece clara a juicio de Alföldy, basándose en confirmaciones epigráficas, que se dio en tiempos de Caracalla cuya reforma administrativa según una hipótesis ya expuesta en 1983, y ahora corroborada por el descubrimiento de Lavinio, supuso la separación de la *Callaecia*, como región independiente y autónoma, de la *Provincia de la Hispania citerior*. Quizá dicha separación se dio por el propio carácter de la política desarrollada por los severos y que pretendía no delegar un excesivo poder en una provincia tan grande y extensa como era la *citerior*, al tiempo que también permitía una explotación más intensa de las minas de oro galaicas. La nueva provincia incluía los dos conventos jurídicos de *Lucus Augusti* (Lugo) y *Bracara Augusta* (Braga), ambos importantes distritos, siendo así difícil distinguir cuál de los dos fue sede del procurador presidial aunque, para Alföldy todo parece indicar a la urbe lucense como capital.

Asimismo, el investigador alude en este primer capítulo, dividido en varios apartados, al nombre de la joven provincia probablemente relacionado con su propia situación geográfica y topográfica, en la parte «superior» de la Península Ibérica.

En torno al 238 o tal vez muy posteriormente, en época de Diocleciano, la *Provincia Callaecia* aparece de nuevo unida a la *Hispania citerior*, el problema para Alföldy es que las fuentes no ofrecen una ima-

gen muy clara sobre la historia de la administración de Hispania hacia mediados y segunda mitad del siglo III, por tanto nuevos hallazgos epigráficos o la revisión de otros documentos ya registrados, pueden aportar nueva información hasta ahora desconocida.

De las páginas 73 a la 80 el autor recopila toda una serie de testimonios epigráficos relativos a *procuratores Augusti* procedentes en su mayoría de *Asturica Augusta* (Astorga).

Por último Alföldy reinterpreta una ara funeraria conocida desde hace mucho tiempo (pues fue encontrada en 1896 en *Lucus Augusti*). Está decorada con coronamiento y zócalo, y equipada en su lado superior con un círculo que sirvió como *focus* o *patera*. La inscripción aparece en su parte media. Tras indicar los diferentes estudios que se han dado sobre la misma, el autor presenta su propia hipótesis de lectura, viendo en la misma, líneas 5-6, las palabras *Cattunillae, c(larissimae) f(eminae)*. La importancia de esta restitución reside en el hecho de que encontremos en *Lucus Augusti* a una dama senatorial, que según Alföldy, debió ser la esposa de un alto funcionario del gobierno imperial «que llegó a ser víctima del emperador» (p. 89), motivo por el cual fue borrado con el mayor celo su nombre de las inscripciones, y también el de la esposa.

En resumen estamos ante un libro que, a partir del reexamen de documentos epigráficos, replantea nuevas perspectivas en el conocimiento de las divisiones administrativas de la Hispania Romana.

Carmen M. CERDÁ MONDÉJAR
Universidad de Murcia

Pier Giovanni GUZZO, *Natura e storia nel territorio e nel paesaggio*, Roma, «L'Erma» di Bretschneider, 2002. [ISBN: 88-8265-202-5].

En esta obra se pretende estudiar el problema de la reconstrucción equilibrada del uso territorial. Cuestión tan sumamente difícil que, el propio autor declara que, quizás este intento se aproxime más a la utopía que a la realidad.

Esta propuesta no es seguramente la única posible ni será de fácil aplicación, pero es ciertamente un primer paso, un intento, sobre el que se podrá trabajar, opinar y criticar. El acercamiento a la Historia Antigua con los instrumentos de la investigación arqueológica nos confronta primero al estudio previo de la actual conformación territorial, como resultado de la huella de las sucesivas sociedades desde la aparición humana. Para llegar a unas conclusiones fructuosas se ha dialogado del contenido de la obra con otros arqueólogos, arquitectos, especialistas en urbanismo y en economía, con los que se estableció una discusión dialéctica en términos históricos y culturales que se revelaron tan complejos como la realidad.

En el primer capítulo el autor empieza definiendo algunos términos que podrían considerarse sinónimos como ambiente y territorio. Se hace hincapié en los matices necesarios para la comprensión de un vocabulario preciso, ya que el territorio es el ambiente natural antropizado y controlado. También se refiere al papel de la técnica en la historia, pues el hombre fomenta la técnica porque gracias a ella ha podido, en general, mejorar su calidad de vida. Con la tecnología el hombre modifica el ambiente y lo transforma en territorio. La medida territorial se hace en función de un valor, y las características del ambiente determinan la limitación y organización de ese territorio. La relación

entre territorio y ambiente provoca una dialéctica social interna, pues es difícil mantener el equilibrio entre las características ambientales y las interferencias que provoca la actividad humana.

En el segundo capítulo, Giovanni Guzzo, escribe sobre la organización histórica del territorio, la noción de centro y de frontera y la función de la memoria y de la crítica. Sobre el tema del Derecho considera que su origen responde a la necesidad de regular y reglamentar el comportamiento de todo grupo social. Después, el Derecho se revitaliza con la progresiva sedentarización de los grupos humanos que, dará lugar una mayor complejidad en el ámbito de la productividad. Este es el origen de la especialización laboral necesaria para la optimización productiva y nace así la distribución poblacional, que se hace en función de la naturaleza de la actividad, y la localización. Con la agricultura apareció la necesidad de parcelar lo que en origen se estableció como una propiedad grupal. Estas parcelaciones con el tiempo desarrollaron una nueva faceta, la de criar animales en función de las especies vegetales de las que estos se nutrían, pues el hombre con la sedentarización cultivó su tendencia a asegurarse el sustento diario. El almacenamiento y posterior intercambio de productos dieron la oportunidad, a algunos sectores poblacionales, de tener mayores posibilidades que otros.

A los primeros signos de construcción del territorio se dedica el tercer capítulo. La dinámica social dentro del grupo se instalaba en consonancia con las diferencias naturales entre hombre y mujer, anciano y joven, fuerte y débil. Cada individuo encontraba un lugar en el grupo, según las funciones que le era posible desempeñar y al mismo tiempo, el grupo, se reconocía como una entidad particular frente al resto de grupos.

Este tipo de distribución de las labores o funciones en un grupo, y su interrelación con los otros, es lo que nos permite hoy en día, mediante la arqueología, registrar otro tipo de información, distinto al que nos ofrecen las fuentes literarias. La arqueología es capaz de reconstruir históricamente la actividad humana, tanto de las culturas prehistóricas como de las históricas o alfabetizadas. En cuanto a la distribución territorial, las ciudades «polis», son los lugares en los que se desarrolla la actividad política, pero el autor defiende que no sólo la tradición literaria las puede caracterizar o determinar su existencia. La codificación escrita aparece para legitimar lo que está establecido por la costumbre y la tradición oral desde tiempos anteriores.

El siguiente capítulo trata del ambiente, territorio y paisaje. El paisaje aparece aquí definido como la interferencia de la actividad humana en el equilibrio natural del ambiente. El incremento de la actividad humana y su incidencia en el ambiente crece con la complejidad social de la comunidad y su capacidad de aplicación tecnológica.

El reconocimiento de las funciones sociales es pues posible, gracias a la materialización de esas funciones en el territorio, ya que se imponen nuevas técnicas que contribuyen a su cambio de aspecto. El paisaje, como todo producto social es histórico y complejo pues, en su conformación hemos de ver como la morfología natural se convierte en territorio. Cada época modifica y construye su propio paisaje en relación con las nuevas necesidades y prioridades y, aunque el registro arqueológico nos muestre diferentes restos, puede que las distintas manifestaciones respondan al cumplimiento de una misma finalidad, pues cada sociedad se caracteriza culturalmente de distinta forma. Esto nos permite determinar el progreso técnico de las sociedades o diacronía del paisaje.

A continuación, a la *oikoumene*, se dedica el quinto capítulo. Este vocablo hace referencia a la tierra habitada y conocida, es decir a la extensión documentada por la sociedad humana. Hace alusión a un momento histórico y a una sociedad determinada con una cultura definida. La exploración de la

oikoumene contribuyó a transformar el ambiente en territorio. Mares y océanos se integran también en la noción de territorio, aunque quizás son considerados más bien como un complemento del territorio al que rodean.

En el capítulo sexto el autor continúa hablando del ambiente, territorio y *oikoumene*. El hombre siempre ha considerado el territorio como algo finito en el sentido de mensurable. La noción del confín es por tanto necesaria para definir un territorio frecuentado por una sociedad humana, para diferenciarlo del exclusivamente natural. Gracias al desarrollo de los transportes la noción de finitud de la tierra se ve acentuada puesto que se vislumbra la posibilidad de viajar. Los viajes, cada vez más veloces y seguros, gracias a las aplicaciones de la energía motriz, posibilitan el acceso a las antípodas desde el lugar de residencia habitual. El problema de la interferencia entre la sociedad humana y la naturaleza reside en que la energía motriz, que en un principio era natural, ha pasado a ser artificial casi en su totalidad y esto ha dado lugar a un impacto ambiental de efectos desmesurados.

El séptimo capítulo está dedicado al territorio como recurso, pues el desarrollo científico y tecnológico supone una ayuda para la actividad productiva, que permite al hombre asegurarse su bienestar. Este aumento de la productividad se da en sociedades con un determinado grado de complejidad, estas elaboran leyes y sanciones, para evitar que el deseo de aprovechamiento supere las proporciones aceptables, que permitirán conservar el equilibrio interno de la sociedad. En la utilización del ambiente también se debería mantener un importante equilibrio, por ello el aprovechamiento de los recursos debe mantenerse dentro de los límites de la «sostenibilidad», concepto que para el autor no es más que la traducción de la antigua moraleja que advierte sobre el peligro de matar a la gallina de los huevos de oro. Es cierto que no es lógica, ni estaría históricamente justificada, una visión desde el punto de vista únicamente natural, por tanto la posición integralista, que se instaura como la portavoz de la naturaleza, puede estar confrontada dialécticamente con otras propuestas. Hasta la aparición de una línea de acción más avanzada y eficiente, en cuanto a la armonización de las diversas teorías, son todas legítimas, pero por sí solas, ninguna posee, la autoridad moral suficiente como para resolver la dificultad en la que actualmente se encuentra sumida la sociedad humana.

El siguiente capítulo es una hipótesis de aproximación a las tesis que argumentan, de forma científica y metodológica, el estudio de la gestión del territorio. Las voluntades políticas, tecnocráticas y científicas proponen distintas maneras de aprovechar y gestionar el territorio, por lo que el consenso resulta difícil y la progresiva globalización de las actividades no lo facilita, sin embargo el hombre de nuestra época es más capaz de llegar al conocimiento real del problema y la toma de conciencia, que en periodos precedentes, gracias al progreso tecnológico.

La gestión del territorio como renovación del equilibrio es el título del noveno capítulo. La toma de conciencia científica de la necesidad de equilibrio en la gestión de recursos territoriales, y su aplicación práctica, han de basarse en un profundo análisis histórico del territorio. El conocimiento de los recursos naturales, y en función de ellos la continuidad o discontinuidad del desarrollo, permite valoraciones objetivas y subjetivas en cuanto a la gestión y aprovechamiento de esos recursos. Las valoraciones cualitativas dependen de las tesis ideológicas de cada individuo o grupo culturalmente homogéneo. Las distintas actividades productivas y formas de aprovechamiento pueden definir el consenso, en cuanto a la conformación de un paisaje o de un determinado equilibrio territorial.

La dificultad de la previsión presenta un problema en cuanto a la transformación territorial, puesto que el desarrollo tecnológico aumenta cada día, además las exigencias culturales intervienen en la

gestión territorial para garantizar el equilibrio. Una buena previsión supondría la posibilidad de intervenir adecuada y eficazmente para asegurar la productividad del territorio.

El penúltimo capítulo está dedicado al campo de la experimentación: del proyecto al investigador. La búsqueda del conocimiento y la información en un determinado ámbito ha sido siempre perseguida por el hombre. La dificultad principal está en la coordinación y conclusiones de interés general, a partir de los resultados de la investigación especializada. Los indicadores económicos han de ser tenidos bajo control, al ser considerados como significativos para el desarrollo final, pero estos datos de naturaleza estadística no ilustran de forma detallada las condiciones vitales individuales o grupales. Lo más útil de la visión cultural que se argumenta, es que un ligero debilitamiento de las *performances* económicas posibilitaría la renovación del equilibrio territorial y conllevaría una mejora en la calidad de vida de los individuos y grupos, además de garantizar el cuadro medioambiental. Esta claro que un proyecto medioambiental ha de ser obra de un conjunto de técnicos que aporten experiencias y saberes diferentes. Para llegar a un buen nivel profesional es necesario que los encargados de los distintos campos seamos informados de las conclusiones, que los otros representantes del saber han ido desarrollando en sus respectivas disciplinas.

Una respuesta lógica al precario estado del equilibrio territorial sólo puede darse desde una naturaleza cultural. El hecho de que hayan prevalecido unas disciplinas sobre otras, unos intereses sobre otros, es lo que ha provocado la actual precariedad del equilibrio territorial.

En el capítulo final titulado ¿y entre tanto?, el autor propone algunas hipótesis de aplicación. En lo que se refiere al territorio histórico, podría experimentarse en un sector territorial en el cual la conformación del paisaje histórico conserve aún sus características. La identificación de las señas características debe constituir el primer empeño de un grupo de trabajo formado por historiadores que conozcan y documenten la diacronía, que estratigraficamente da lugar al paisaje que hoy divisamos. La sucesiva estructuración, que distinguimos de la sucesión de paisajes territoriales y de la realización material, producto de las fases culturales, es sólo apreciable en un porcentaje mínimo, pues los signos han sido destruidos y transformados hasta perder su connotación caracterizante, o porque los desconocemos ya que están aún sepultados. Para el conocimiento de la realidad invisible hemos de acudir a la documentación bibliográfica, iconográfica o de los archivos. La crítica histórica también puede reconstruir sectores territoriales.

Las exigencias culturales que expresa la sociedad actual son complejas y numerosas, además de contradictorias. Las más contestadas son generalmente aquellas que no producen inmediatamente resultados económicamente mensurables. Es difícil el consenso cuando el objetivo es la renovación del equilibrio territorial. Con el tiempo la función de las construcciones puede cambiar, igualmente ocurre con los recursos naturales, pues los bosques llanuras o montañas han conocido diversas utilizaciones a lo largo de la historia. Por tanto, las propuestas de organización de los recursos deben tener en cuenta el criterio de integración con respecto a los parámetros culturales y sociales de la sociedad contemporánea. La realización de un proyecto tal ha de contar también con financiación pública, pues no se trata de volver al pasado sino de comprender los mecanismos de los intereses actuales.

El libro finaliza con un apéndice: Ecología e Historia, en el que Giovanni Guzzo repasa las etapas históricas poniendo de relieve los momentos en los que el hombre se ha visto confrontado a la tarea de la renovación del equilibrio entre territorio y ambiente. Y como conclusión encontramos unos intere-

santísimos apuntes de lectura en los que el autor reflexiona frente a la bibliografía que le ha inspirado los planteamientos expuestos en este volumen.

Esta obra es por tanto una referencia magnífica para el conocimiento profundo de los problemas ecológicos actuales, vistos con la perspectiva de quien analiza el problema a través de las huellas de tiempos anteriores a la Historia.

Mª del Carmen ESCOBAR CANTERO
Universidad Complutense de Madrid

A. BEN ABED-BEN KHAMDER - C. BALMELLE - J.-P. DARMON - M. ENNAÏFER - S. GOZLAN - N. JEDDI - S. BEN MANSOUR - W. BEN OSMAN - H. SLIM, *Recherches franco-tunisiennes sur la mosaïque de l'Afrique antique*, II. *Trames géometriques végétalisée*, París-Roma, Collection de l'École Française de Rome, 2001.

En la colección de L'École Française de Rome se han publicado estas segundas jornadas de estudios franco-tunecinos sobre el mosaico del África romana. Si en la primera reunión (Balmelle, C; Ben Abed Ben Khader, A *et alii*: *Recherches franco-tunisiennnes sur la mosaïque de l'Afrique antique* I, *Xenia*, EFR/INAA, París-Roma, 1990) se estudiaron las representaciones de *xenia*, en esta ocasión se estudia un fenómeno hasta ahora no bien conocido aunque apuntado ya por el gran estudioso G.Ch. Picard hace más de treinta años en un famoso artículo (PICARD, G.CH: «Un thème du style fleuri dans la mosaïque africaine» *I Colloque sur la Mosaïque gréco-romain*. París, 1965, pp. 125-137). En él se trataba sobre un rasgo típico del mosaico africano, la profusión de las decoraciones vegetales en el tapiz.

El presente volumen, obra colectiva de prestigiosos especialistas franceses y tunecinos, profundiza en el análisis de este tipo de decoración aunque definiendo más precisamente el objeto de estudio, las tramas geométricas vegetalizadas. A partir del s. II d.C. y más específicamente en tiempos de Adriano, se crea la moda de convertir las líneas que distribuyen geométricamente el tapiz, entonces sencillos, filiformes, propias del estilo «severo», en dibujos de elementos vegetales (olivos, laurel, hiedras, acanto). El libro dedica un espléndido capítulo, escrito por J.P. Darmon, al estudio de esta innovación estilística, probablemente realizada por los talleres itálicos del emperador en Villa Adriana. Sin embargo esta decoración de origen itálico alcanzará su madurez y su mayor desarrollo en las creaciones de la provincia Proconsular, afirmándose como un rasgo estilístico propio de los mosaicos de la zona.

La mayor parte del libro está dedicada a examinar los desarrollos particulares de estas tramas vegetalizadas en distintas áreas del actual territorio tunecino. Se estudian individualmente las producciones de Cartago, Uthina, Thuburbo Maius, la Bizacena (El Jem-Thysdrus, Acholla, Hadrumetum), Thaenae y Thugga, que se ordenan internamente por grupos de esquemas geométricos (sistemas a base de círculos tangentes, círculos secantes, círculos no contiguos, octógonos, elipses, o sistemas más complejos que combinen dos o más motivos...). Gracias a este análisis tan detallado, se ponen de manifiesto las particularidades de los grupos regionales en cuanto a cronología y estilo, sus influencias recíprocas y la evolución de la producción musiva en la zona. De la lectura se concluye la convivencia de dos grandes grupos regionales con estilos bien diferenciados. El primero, alrededor de Cartago, donde aparecen tapices más abigarrados, en los que la decoración vegetal se apodera prácticamente de

todo el fondo, sobre todo a través de espesas guirnaldas de laurel. El segundo grupo corresponde al área más meridional, con una especial preponderancia de los talleres de Thysdrus, en los que se advierte una decoración más ligera, de estilizadas formas vegetales y decoraciones diminutas. Este grupo, que es el primero en adaptar y transformar la nueva moda venida de Italia, presenta una gran vitalidad hasta el siglo III, pero a partir de este momento sus creaciones comienzan a perder su originalidad para abrirse a las influencias venidas de Cartago, un importantísimo centro de creación artística en el área mediterránea entre los siglos III y V. Se añade además un capítulo sobre la influencia de esta decoración en la producción musiva de otras zonas del norte de África, fuera ya de la zona nuclear del estudio.

Otro capítulo está dedicado a analizar los mosaicos con tramas vegetalizadas en Hispania y Galia, datados sólo a partir del s.IV, que no son muy abundantes y que parecen ser reflejo, más que de unas relaciones directas entre estas provincias y talleres o artistas norteafricanos, de la existencia de un lenguaje ornamental común en el occidente mediterráneo.

Completan el libro un abundante número de fotografías y un repertorio ilustrado de los esquemas, muy útil para el estudioso de los mosaicos, que sigue la línea de los dos volúmenes de *Le Décor geométrique de la mosaïque romaine*, y unas breves conclusiones de carácter general.

Esta monografía vuelve a poner de manifiesto la importante colaboración entre las escuelas francesa y tunecina en el estudio de los pavimentos musivos. El resultado de este trabajo colectivo pero de gran unidad interna, es una obra extraordinariamente precisa y técnica, ceñida al estudio de las tramas geométricas especializadas, sin tratar otros aspectos referentes a iconografía o de construcción y destinada sobre todo a un público especializado. Su lectura pone una vez más de relieve la importancia del análisis de estas decoraciones «secundarias» para el estudio de los grupos de artistas, las relaciones entre ellos y la datación de los mosaicos. Importante es también su aportación a los irregulares estudios del gran patrimonio musivo del África romana, cuyo carácter particular es cada vez más evidente dentro del ámbito del imperio romano, con unas características que perduran hasta bien entrada la época bizantina.

Irene MAÑAS ROMERO
Escuela Española de Historia y Arqueología

J. ARCE (ed), *Centcelles. El monumento tardorromano: iconografía y arquitectura* (Bibliotheca Italica. Monografías de la Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma nº 25), Roma, L'Erma di Bretschneider, 2002, 124 pp. [ISBN 88-8265-169-X].

En una reciente monografía, publicada en Italia, sobre la historia del siglo IV en Hispania, varios autores españoles han revisado, uno por uno, los aspectos más destacados de la problemática histórica actual: administración, religión, economía, prosopografía, campo y ciudad, a la luz de nuevos hallazgos arqueológicos y mediante una relectura de las fuentes documentales disponibles[1]. Otra monografía muy diferente es la que aquí comentamos, aunque presenta ciertas concomitancias con

[1] R. Teja (ed), *La Hispania del siglo IV. Administración, economía, sociedad, cristianización*, edit. Edipuglia, Bari, 2002.

aquélla, como veremos. De hecho, se trata de la aparición —tardía, a juicio del editor— de un Coloquio celebrado en la Escuela Española de Historia y Arqueología de Roma en noviembre de 1995, bajo los auspicios —nunca mejor dicho— de J. Arce —Subdirector entonces de la Escuela—, ahora publicado por la prestigiosa editorial romana L'«Erma» di Bretschneider, que es también el editor de la presente edición. El estudio tiene, entre otros, un doble interés. Se trata de una obra colectiva, elaborada por historiadores y arqueólogos y, además, es una monografía referida exclusivamente al estudio de una *villa* romana de época bajoimperial, la de Centcelles, en Constantí, cerca de Tarragona. Es más, el estudio de esta *villa* se pretende abordar aquí de forma ciertamente novedosa: como profundización en todos y cada uno de los aspectos relacionados con ella y su entorno y, en particular, con el significado y función del monumento en su conjunto. Pero ni siquiera un *Colloquio* de estas características (con ocho intervinientes de cualificada experiencia en el mundo de la arqueología y de la historia) ni las nueve contribuciones incluidas en el presente volumen son suficientes para agotar una problemática tan compleja y rica como la que aquí se plantea de forma expresa: dar una respuesta satisfactoria a las siguientes cuestiones: ¿Mausoleo imperial o residencia privada? ¿Residencia de un funcionario público o de un obispo? ¿Significado de la iconografía de la cúpula de la sala central? ¿Sentido de la iconografía en todo el conjunto monumental? Dicho de otro modo, se trata nada más - o mejor nada menos - que de descubrir el tradicional *misterio* en torno al monumento de Centcelles, celosamente guardado durante siglos por las piedras y mosaicos aún conservados en este polifacético conjunto arqueológico del área catalana.

Aunque no podemos detenernos a comentar cada uno de los aspectos tratados, sí parece oportuno aquí reseñar al menos aquéllos que, tras su lectura, nos han parecido de mayor interés para el conocimiento, no sólo de la *villa* de Centcelles sino del panorama del mundo rural (¿o urbano?) de la Tarraconense en época tardorromana. Hay, por tanto, tres análisis diferentes aquí: el iconográfico o artístico, referido a las figuras musivas de la cúpula de la sala central; el arqueológico, sobre la función de las diversas estructuras arquitectónicas que han sobrevivido de este conjunto arqueológico; y el histórico, propiamente dicho, referido a la identificación social del residente.

En primer lugar, la iconografía. Ya en 1956 Th. Hauschild, entonces adscrito al Instituto Arqueológico Alemán en Madrid, reanudó los estudios sobre los mosaicos de Centcelles. Por eso no es extraño que cuatro de las nueve contribuciones incluidas son debidas a arqueólogos e historiadores alemanes[2]. Salvo la de Hauschild, referida al uso de la cripta en la Antigüerdad tardía, el resto aborda el tema iconográfico de la cúpula y de los frisos de la sala central. Además, un dato ciertamente destacable es el hecho que dos de ellos (Arbeiter y Hauschild) publican sus contribuciones en español, aun con sus característicos *tics*. La iconografía del conjunto presenta dos manifestaciones dispares, en principio: en los registros superiores de la cúpula, la representación de uno —si se trata del mismo— o varios personajes distintos, pero tan deteriorada —en el estado actual— que, en algún caso, no es posible siquiera discernir si se trata de hombre(s) o mujer(es); en el friso, en cambio, escenas de caza, en apariencia, con imágenes de caballos y jinetes (uno de ellos curiosamente encapuchado), difíciles de identificar, y quizá otras escenas de carácter litúrgico, supuestamente referidas a una epifanía episcopal[3].

---

[2] A. Arbeiter, págs. 1 ss.; R. Warland, págs. 21 ss.; Th. Hauschild, págs. 51 ss.; y B. Brenk, págs. 59 ss.

[3] Es la tesis sobre todo de A. Isla, págs. 38 ss.

En segundo lugar, la arqueología. El *monumento* de Centcelles (aludido como Censellas en los textos de época moderna) fue considerado ya de factura romana por los eruditos españoles del siglo XVI[4], aunque los mosaicos de la cúpula, recubiertos de yeso, no fueron descubiertos hasta 1877. El conjunto arquitectónico conservado, dedicado finalmente a usos agrícolas, constaba de tres plantas: la primera destinada a la vivienda, con vestíbulo, sala central y otras estancias anejas; la segunda o superior, dedicada a servir de almacén o granero; y la tercera o inferior (también denominada cripta), como bodega. Desde mediados del XX se iniciaron los trabajos de restauración, concluidos finalmente en 1978, cuando el conjunto arqueológico pasó a ser administrado por el Museo Arqueológico de Tarragona. El *Monumento*, así llamado generalmente, formaba parte de una *villa* romana, cuyos niveles mejor conocidos son los del siglo IV, pero con otros estratos anteriores aún no excavados.

Finalmente, la historia. A partir de este estudio, parece finalmente descartada la tesis propuesta en su día por H. Schlunk (1988) en el sentido de que la iconografía de la cúpula estaba referida a la representación de los cuatros personajes de una supuesta *tetrarquía* imperial, a saber: Magnencio, Constancio II, Constante y Vetranio o Decencio, artífices de una pretendida *concordia imperatorum*, no documentada en ninguna otra fuente histórica. Las contra-argumentaciones de J. Arce son contundentes en este sentido: la representación musiva de la cúpula podría ser una escena civil –y no eclesiástica–, pero no imperial, puesto que los emperadores, en la iconografía tardía, no aparecen nunca sentados en *cathedrae*, aunque sí los filósofos, pedagogos, *potentes* y aristócratas de la época[5]. Pero quienes suelen ser representados en su *cátedra* son precisamente los obispos, desde la que ejercían su labor pedagógica, realizaban la *audiencia episcopales* o, simplemente, recibían a sus fieles, protegidos e invitados. Hoy, en cambio, la identificación de los personajes representados admite todavía dos interpretaciones alternativas: si se trata de una escena civil, aludiría a un alto funcionario con su esposa –según Warland–, que a la vez podría ser considerado el *dominus* o propietario de la *villa*; si, por el contrario, se tratara de una escena eclesiástica, el personaje aquí representado sería un alto dignatario de la Iglesia –y quizá un obispo, según Arce–. Pero en ambos casos y cualesquiera que fuera la intencionalidad de la representación –social, en el primer caso; didáctica, en el segundo–, la finalidad primordial parece haber sido impresionar al visitante a su llegada.

Atrás quedan ya las tesis tradicionales, de la en su día feliz asociación del profesor Schlunk al asociar el monumento con el *mausoleo* del derrocado emperador Constante –uno de los hijos de Constantino– por el usurpador galo Magnencio en 350, del que la tradición historiográfica dice expresamente que atravesó los Pirineos y buscó refugio en Hispania.

Sin embargo, es preciso reconocer que no todas las cuestiones han quedado resueltas, afortunadamente para la investigación posterior. Prevalece aún la discusión sobre la enigmática función del *monumento*: ¿mausoleo privado quizás?, puesto que el uso funerario del edificio no es descartable. En palabras de J. Arce: «el programa iconográfico de Centecelles... es lo suficientemente ambiguo o ambivalente (por no decir, polivalente), como para no poder rechazar de plano, considerándola en sí misma, que su función no fuera funeraria»[6]. De todos modos el debate sigue abierto, aunque al menos una cosa es clara: este análisis en profundidad es modélico en su género y revela que siempre es posi-

---

[4] *Ibid.*, pág. 114.
[5] Arce, pág. 12 y n. 6.
[6] *Ibid.*, pág. 16.

ble, en historia, encontrar o proponer interpretaciones alternativas más satisfactorias sin necesidad de violentar la documentación existente ni recurrir a hipótesis imaginativas —por no decir, imaginarias— sino, por el contrario, sólidamente construidas, pero a menudo sólo a la luz de los escasos restos aportados por la documentación antigua.

Finalmente, es digno de agradecer que los siete largos años que separan la celebración de este Coloquio de su publicación no hayan servido para dar a conocer manuscritos *demodés* sino que, por el contrario, algunos de ellos han sido convenientemente actualizados, con referencias frecuentes a la bibliografía reciente en algunos casos concretos[7]. Por ello, sobran quizá las disculpas del editor autoculpándose de la demora en la publicación[8]. En nuestra opinión, ante estudios tan completos y renovadores como éstos sólo podemos decir que la espera ha valido la pena.

Gonzalo BRAVO
Universidad Complutense de Madrid

Fabio RUGGIERO, *La follia dei Cristiani. La reazione pagana al Cristianesimo nei secoli I-V* (I volti della storia, 11), Roma, Città Nuova, 2002, 260 pp.

La prefazione di M. Simonetti (pp. 5-14) ricorda quanto poco ci sia giunto della letteratura pagana anti-cristiana, fatta scomparire dopo il trionfo del Cristianesimo, a parte alcune opere, come quelle di Celso, Ierocle e Giuliano, giunteci attraverso le confutazioni di Origene, Eusebio e Cirillo. Tra i molti studi ad esse dedicati, a partire da *La réaction païenne* di P. de Labriolle (Paris 1934), il libro di Ruggiero si occupa specificamente dell'accusa di irrazionalità mossa al Cristianesimo dai pagani[9]. Simonetti osserva giustamente che il conflitto tra fede e ragione tenderà sempre più a rovesciare i suoi termini allorché il Cristianesimo si doterà sempre più di strutture filosofiche e teologiche, assimilando la *paideia* classica, mentre il paganesimo, anche a livello filosofico, andrà perdendo i parametri della razionalità, avvicinandosi maggiormente alla fede. Segue un'introduzione (pp. 15-18) in cui l'Autore mostra come la critica «razionalistica» non si limitasse ai dogmi e alla mistica, ma corrodesse l'idea stessa di rivelazione: i polemisti pagani spesso conoscevano e analizzavano le Scritture, denunciandone contraddizioni al fine di screditarle a livello della ragionevolezza. È interessante osservare che la medesima accusa di stoltezza e di follia sarà rivolta dal Cristianesimo vittorioso ai pagani.

Il cap. I, *Paolo di Tarso: la vicenda di Cristo tra scandalo e stoltezza*, pp. 19-46, si apre con una significativa citazione dai primi tre capitoli della I lettera di s. Paolo ai Corinzi, presso i quali si era recato tra il 50 e il 51, dopo avere abbandonato Atene, dove, nel celebre discorso dell'Areopago, aveva cercato di adattare il più possibile il messaggio cristiano alla mentalità filosofica greca, incontrando però uno scoglio di fronte al messaggio della Resurrezione. Opportunamente questo, nel fatto di contrastare la ragione, è posto in collegamento con quanto scrive Paolo ai Corinzi: il Dio crocifisso da lui predicato è *moría* per i pagani —e la prima comunità cristiana di Corinto era costituita da una maggioranza di gen-

[7] Por ejemplo con bibliografía de 1999, 2000 y 2001 en págs. 110-112, también en págs. 21, 30; o el *postscriptum* de agosto de 2001 (pág. 8).

[8] J. Arce, pág. IX.

[9] Io stessa ho studiato questa accusa nelle sue connessioni con le altre rivolte a Cristiani e Giudei in «Elementi comuni della polemica antigiudaica e di quella anticristiana fra I e II sec. d.C.», *SR* 49 (2001), 245-74.

tili[2]— stoltezza e follia al contempo, a cui la ragione umana deve aderire. Paolo, come poco dopo Ignazio di Antiochia, combatte un'incipiente gnosi che, tentando di eliminare questa follia, ricorre alla teoria docetistica della sofferenza e morte apparente. Anche Giustino descrive la croce come follia (*manía*): mi sembra importante rilevare in merito —cosa che l'A. qui non fa— che Giustino è il primo Cristiano che abbraccia la filosofia greca, e segnatamente il Platonismo[3], rendendosi ben conto degli aspetti difficilmente razionalizzabili del messaggio cristiano. Corretta appare infine la ricostruzione dell'arresto di Paolo a Gerusalemme da parte dei Romani come un tentativo di protezione verso Paolo e la sottolineatura della reazione di Festo all'annuncio della morte e resurrezione di Gesù Cristo: «stai delirando, Paolo. Il troppo studio ti ha dato alla testa» (At 26, 24-25); ancora un'accusa di irrazionalità, dunque. Nel cap. II, *Plinio il Giovane: un magistrato indaga sul sodalizio cristiano*, pp. 47-56, la celebre lettera X 96 di Plinio a Traiano è riportata per intero e analizzata attentamente[4]. Accanto alla preoccupazione di Plinio per il gran numero di persone di ogni genere ed età che rischiavano di essere messe a morte, è anche insistito il distacco del Romano verso questa «follia», questa *superstitio prava et immodica*, il cui «contagio» sta estendendosi sempre maggiormente, come quello di una malattia. Questo atteggiamento è posto in parallelismo con quello di Tacito, che in *Ann.* XV 44 descrive i Cristiani come seguaci di una *exitiabilis superstitio*; non concordo tuttavia completamente con la tesi che secondo Tacito essi fossero proprio «meritevoli di esemplare rigore», dato che egli stesso ricorda la *miseratio* che i loro supplizi spettacolari destava perfino tra i pagani che li credevano colpevoli di *flagitia*[5]. A buon diritto invece l'A. osserva la contraddittorietà —denunciata già da Tert. *Apol.* 2, 7: *sententia necessitate confusa*— del rescritto traianeo, *ap.* Plin. *Ep.* X 97: i Cristiani non vanno perseguiti d'ufficio, come se non fossero colpevoli, ma al contempo, se denunciati e convinti, vanno puniti. Questa ambiguità caratterizza i rapporti tra Cristianesimo e impero fino a Marco Aurelio.

Il cap. III, *Apuleio di Madaura: la sacrilega fede della moglie del mugnaio*, pp. 57-60, mostra molto sinteticamente come il ritratto di un famoso personaggio femminile delle *Metamorfosi*, IX 14, sia un concentrato di accuse anticristiane vigenti all'epoca. Concordo pienamente con la tesi, da me stessa sviluppata con più ampiezza e documentazione in una monografia dedicata ai romanzi antichi e al Cristianesimo[6]. Nel cap. IV, *Gaio Svetonio Tranquillo: un credo straniero e superstizioso*, pp. 61-68, dopo una presentazione di Svetonio come funzionario imperiale di alto rango sotto Traiano e Adriano, con accesso ai più importanti documenti pubblici, nonché esponente della classe sacerdotale più legata alla tradizione, è considerata la definizione dei Cristiani come *genus hominum superstitionis novae et maleficae* (*Ner.* 16), la cui persecuzione è menzionata nel contesto di una serie di misure positive prese da Nerone per riportare ordine nella società. *Superstitio* come in Tacito e in Plinio —e in effetti, secondo la Sordi il Cristianesimo fin dal 35 era *superstitio illicita*[7] —; *genus* perché costitutivi quasi di un

---

[2] Per l'eventuale identificazione di questi «gentili» con Giudei che non si riconoscevano nelle posizioni ortodosse della Sinagoga: L. Troiani, *Il perdono cristiano e altri studi sul Cristianesimo delle origini*, Brescia1999 (Studi Biblici 123), 34-109; 127-36 (mia rec. in *RSCI* 64, 2, 2000, 530-34). Ruggiero intende sempre pagani.

[3] Cfr. C. Girgenti, *Giustino Martire. Il primo cristiano platonico*, Milano 1995.

[4] Cfr. anche lo *status quaestionis* di G. Rinaldi, *La Bibbia dei pagani*, I, Bologna 1998, 85-91.

[5] Cfr. il mio «Alcune osservazioni sulle occorrenze di crux in Manilio, Seneca, Giovenale e Marziale», *ETF*, ser. II, 12, 1999, 241-252 e Rinaldi, *La Bibbia dei pagani*, I, 91-97.

[6] *I romanzi antichi e il Cristianesimo: contesto e contatti*, pref. di B.P. Reardon, Madrid 2001 (Graeco-Romanae Religionis Electa Collectio 6), c. IX.

[7] M. Sordi, *I Cristiani e l'Impero romano*, Milano 1984, c. I.

tertium genus a sé stante, accusa di cui già Tertulliano sentiva di dover scagionare i Cristiani nell'*Apologeticum*[8]; *nova* perché si stacca dalla tradizione pagana: è questa una delle accuse più perduranti, contro cui ricordo che ancora s. Ambrogio vorrà difendere Roma cristiana sostenendo che la conversione al Cristianesimo è nello spirito della più autentica tradizione romana, da sempre aperta all'innovazione (*Ep.* 18 Maur. = 73, 7 Faller)[9]. Ed è *malefica* poiché sospettata di *flagitia*, come attesta anche Tac. *Ann.* XV 44, che accenna pure a un presunto *odium humani generis*, accusa evidentemente ereditata, come vorrei notare, da quelle anti-giudaiche, insieme con quella di magia che pure può essere sottesa alla qualifica *malefica*[10].

Nel cap. V, *Epitteto: la virtù apparente di un* ethos *sprovvisto di ragione*, pp. 69-80, l'A. analizza attentamente il giudizio di Epitteto sul Cristianesimo, considerandolo a mio avviso in senso eccessivamente negativo. Epitteto (*Diss.* IV 7) ricorda il coraggio dei Cristiani, da lui chiamati «Galilei», di fronte alla morte, un coraggio che può derivare sia da follia (*manía*, *aponóia*), sia da abitudine (*éthos*, trascritto sempre dall'A. come *êthos*), sia da una dimostrazione razionale (*lógos kaì apódeixis*). L'abitudine, se non è ragione, non è tuttavia in alcun caso assimilabile alla follia, né vale richiamare a questo proposito la rigida dicotomia di Epitteto fra ciò che dipende e ciò che non dipende da noi (*tà eph' hemîn* e *tà ouk eph' hemîn*) e il carattere strettamente razionale —il che è pur vero— della *prohaíresis*. Ho anzi avuto modo di porre in luce il ruolo molto positivo attribuito da Epitteto all'abitudine[11]. Questa positività, riconosciuta anche dall'A. (p. 77), all'interno del sistema filosofico stesso di Epitteto esclude decisamente l'assegnazione dell'abitudine alla categoria della follia. A ragione, invece, l'A. pone in evidenza la presenza di Cristiani nei luoghi in cui visse Epitteto, a Ierapoli di Frigia, a Roma, a Nicopoli, e dunque una loro probabile conoscenza diretta. I commentarî di Epitteto furono letti con attenzione, grazie allo stoico Q. Giunio Rustico, da Marco Aurelio, la cui iniziale vicinanza al polemista anticristiano Frontone è messa in luce nel cap. VI, *Marco Aurelio: la compostezza del filosofo e la teatralità del martire*, pp. 81-99. Dopo una breve riflessione sul sistema filosofico dell'imperatore stoico, e sulla sua teorizzazione tripartita in ambito antropologico, dove emerge la ragione-egemonico, è esaminato il breve giudizio sui Cristiani in *Ad se ipsum*, XI 3: i Cristiani dimostrano prontezza di fronte alla morte «per spirito di pura opposizione» e non in base a un giudizio razionale; inoltre Marco Aurelio condanna le «pose da tragedia» assunte durante la morte. Il giudizio dell'imperatore è più negativo di quello di Epitteto e giustamente l'A. richiama la «caparbietà e inflessibile ostinazione» denunciate da Plinio —come pure la *mira stultitia et incredibilis audacia* attribuite ai Cristiani da Cecilio nell'*Octavius* di Minucio Felice, 8, 5, che riflette probabilmente il pensiero di Frontone—, e anche la persecuzione disposta dall'imperatore con ricerca d'ufficio. Convenientemente egli ricorda la teatralità e la ricerca ostinata del martirio da parte dei Montanisti a quel tempo —che egli data a partire dal 170, ma che probabilmente era presente anche prima in Frigia, come attestano Epifanio e il *Martyrium Polycarpi*—, e

---

[8] Cfr. il mio *Elementi comuni*, 245-74.

[9] Ad es. M. Sordi, *L'impero romano-cristiano al tempo di Ambrogio*, Milano 2000 (Collana La zattera 2), 24 e 28-30; Ead., *Passato e presente nella politica di Roma*, in *Scritti di storia romana*, Milano 2002, 257-70.

[10] Analisi nel mio *Elementi comuni*, 245-74.

[11] «ΚΑΤΑ ΨΙΛΗΝ ΠΑΡΑΤΑΞΙΝ. Montanismo e Impero Romano nel giudizio di Marco Aurelio», in *Fazioni e congiure nel mondo antico*, a c. di M. Sordi, Milano 1999 (CISA 25), 81-97; «Aspetti degli sviluppi del rapporto fra Stoicismo e Cristianesimo in età imperiale», in corso di pubblicazione su Stylos.

[12] Ramelli, ΚΑΤΑ ΨΙΛΗΝ ΠΑΡΑΤΑΞΙΝ, 81-97; M. Sordi-I. Ramelli, «Il Montanismo», in *La profezia*, Bologna 2000, 201-16.

suggerisce un'ipotesi che ritengo condivisibile: che l'asprezza della persecuzione aureliana vada posta in relazione al dilagare del Montanismo, pericoloso infatti non solo per la Grande Chiesa, ma anche per lo Stato, che i Montanisti non riconoscevano[12]. È probabile d'altra parte che, una volta chiarito l'equivoco grazie anche all'opera degli apologisti, alla fine del suo regno Marco Aurelio abbia revocato la persecuzione, come attesta Tert. *Apol*, 5, 4, anticipando *in extremis* il clima di distensione fra Cristiani e Impero che sarà tipico del regno di Commodo e dei Severi[13]. Vengono ripercorsi infine gli atti dei Martiri di Lione[14].

Il cap. VII è dedicato a *Luciano di Samosata: un avventuriero e l'insipienza delle sue vittime*, pp. 100-109. Condivido personalmente le osservazioni sull'atteggiamento ironico di Luciano verso i Cristiani quale emerge dal *Peregrino*, che ho avuto occasione di studiare approfonditamente: egli considera i Cristiani dei poveri illusi per la loro speranza nella resurrezione e la loro fede in un «sofista crocifisso», e degli sprovveduti (*kakodaímones, idiôtai*) che si lasciano raggirare da qualsiasi profittatore, ridicolizzando la loro *thaumastè sophía*[15]. Trovo interessante che Luciano ricordi (*Per.* 12) il soprannome dato dai Cristiani a Peregrino, «nuovo Socrate»: il filosofo ateniese fu ben presto considerato un esempio dai Cristiani; basti ricordare Giustino, *I Apol.* 5, 3-4 e 18, 5 e *II Apol.* 10, 5-8, dove Socrate è lodato per avere sostenuto l'immortalità dell'anima e per aver cercato di allontanare gli uomini dai cattivi demoni che sono gli dèi pagani, finendo condannato a morte: per questo egli è paragonato allo stesso Gesù Cristo e in 46, 3 è considerato addirittura cristiano, poiché visse secondo il Logos (cfr. *II Apol.* 3, 6; 7, 3). Inoltre Mara bar Serapion, uno Stoico siriaco, negli anni Settanta del I sec. ricorda Socrate e Gesù Cristo entro una serie esempi di saggi perseguitati e vendicati: Socrate fu messo a morte dagli Ateniesi come poi «il saggio re [*mlk' hkm'*] dei Giudei» fu ucciso da questi ultimi, i quali furono puniti con la distruzione della loro città, mentre egli «vive ancora, nelle leggi [*nms'*] da lui promulgate»[16]. Nel cap. VIII, *Galeno di Pergamo: il sapere senza metodo della scuola di Cristo*, pp. 110-24, l'A. presenta le testimonianze raccolte da R. Walzer[17] dei giudizi di Galeno sui Cristiani. La critica principale rimane quella di fideismo; tuttavia Galeno apprezza anche i Cristiani per alcune loro virtù cardinali (giustizia, temperanza e fortezza) non inferiori a quelle dei filosofi, li rispetta e si sforza di comprenderli. A ragione, credo, l'A. ritiene che Galeno sia venuto in contatto con il Giudaismo colto di Roma e che alla corte di Commodo abbia conosciuto anche Cristiani, che a quel tempo godevano di relativa pace e della protezione della concubina imperiale, Marcia[18], e pone in luce come il Cristianesimo avesse già cercato di presentarsi come una filosofia: Giustino lo aveva chiamato *philosophía theía* (*Dial. Tryph.* 8); Melitone di Sardi nell'apologia a Marco Aurelio aveva presentato il Cristianesimo come una filosofia di origini barbariche (*ap.* Eus. *HE* IV 26, 7)[19] e Milziade aveva scritto un'opera sulla filosofia cristiana (*ibid.* V 17,

---

[12] I. Ramelli, «'Protector Christianorum' (Tert. *Apol.* V 4): il 'miracolo della pioggia' e la lettera di Marco Aurelio al Senato», *Aevum* 76 (2002), 101-12; *Prefazione* a S. Perea Yébenes, *La Legión XII y el prodigio de la lluvia en época del emperador Marco Aurelio. Epigrafía de la Legión XII Fulminata*, Madrid 2002 (Monografías y estudios de Antigüedad griega y romana 6), 11-14.

[13] Per cui fr. il mio «Alcune osservazioni sulle origini del Cristianesimo in Gallia», *VetChr* 37, 1 (2000), 69-86.

[14] Ramelli, *I romanzi antichi e il Cristianesimo*, c. VII; considero anche altre testimonianze di Luciano sui Cristiani, non trattate dall'A., e sostengo che il Celso dedicatario di un suo scritto sia il polemista anti-cristiano.

[15] I. Ramelli, «Stoicismo e Cristianesimo in area siriaca nella seconda metà del I secolo d.C.», *Sileno* 25 (1999), 197-212

[16] *Galen on Jews and Christians*, London 1949. Ho in preparazione una nuova disamina di tutto il materiale alla luce delle più recenti acquisizioni in *Galeno e i Cristiani: una messa a punto*.

[17] Cfr. il mio «La Chiesa di Roma in età severiana: cultura classica, cultura cristiana, cultura orientale», *RSCI* 54, 2000, 13-29.

[18] Aveva indirizzato un'altra apologia, pervenutaci in siriaco, a Marco Aurelio, in cui insisteva sulla razionalità del Cristianesimo: cfr. I. Ramelli, «L'apologia siriaca di Melitone ad "Antonino Cesare": osservazioni e traduzione», *VetChr* 36 (1999), 259-86.

5); aggiungo che Clemente coniugava Cristianesimo e filosofia greca e che Taziano discuteva sulla superiorità della filosofia greca o della barbara[20]. Con Celso torniamo verso gli ultimi anni di Marco Aurelio (cap. IX, *Celso: la verità del paganesimo e la falsità della dottrina cristiana*, pp. 125-34): del polemista pagano, forse portavoce di Marco Aurelio[21], sono presentate sistematicamente tutte le accuse ai Cristiani: fideismo, stoltezza, ignoranza, asocialità: anche in lui si fanno sentire probabilmente le preoccupazioni per il Montanismo. L'accusa di fare proseliti solo fra gli ignoranti era destinata a venire sconfitta dalla legittimità filosofica che presto il Cristianesimo si sarebbe dato. Sarebbe stato forse bene valorizzare anche le esortazioni finali —che gettano una luce costruttiva e non solo polemica sull'*Alethès lógos*— in cui l'autore invita i Cristiani a collaborare con l'imperatore, promettendo di tornare sulle modalità della collaborazione in un'altra opera, a noi non pervenuta.

Il cap. X, *Porfirio di Tiro: l'irrazionalità dei Cristiani in un secolo di crisi*, pp.135-50, presenta la figura e la formazione di Porfirio, con le sue origini siriache, la conoscenza dei Cristiani fin dall'infanzia e il suo apprendistato a Cesarea presso Origene, ad Atene e poi a Roma presso Plotino: se ne *La filosofia desunta dagli oracoli* Cristo è stimato come un uomo divinamente ispirato e i Cristiani disprezzati perché lo considerano un dio, nel frammentario *Contro i Cristiani*, ispirandosi a Celso, Porfirio opponeva loro molte accuse, tra cui soprattutto quelle di novità e di irrazionalità[22], proprio mentre il mondo pagano si orientava verso la teosofia e le rivelazioni oracolari. Interessa la decisa opposizione di Porfirio —correttamente contrapposta dall'A. all'accettazione di Numenio— verso l'esegesi allegorica delle Scritture giudaiche e cristiane, mentre egli ne accoglie la secolare applicazione a Omero e ai miti pagani[23].

Il cap. XI, *L'avversario di Macario di Magnesia e la critica dei testi sacri cristiani*, pp. 151-67[24], studia con ampiezza e attenzione gli argomenti del polemista pagano nell'*Apocriticus* di Macario di Magnesia (traslitterato sempre dal greco *Apocritikós* anziché *Apokritikós*): prossimo al Neoplatonismo, egli conosce bene le Scritture e, se non è Porfirio come sosteneva von Harnack, certo a lui si ispira: la sua critica è onnipervasiva; rileva le incongruenze dei Vangeli, l'indegnità di Pietro, l'*amathía* di Paolo, l'irrazionalità del Cristianesimo; come Galeno, non accetta l'idea che a Dio tutto sia possibile in assoluto, anche contro l'argomento della non-contraddizione, e quindi respinge la resurrezione dei corpi. Il cap. XII, *Galerio e Massimino Daia: i Cristiani fra tolleranza e persecuzione*, pp. 168-77, analizza l'editto con cui Galerio, dopo avere spinto Diocleziano alla persecuzione dei Cristiani[25], decide di revocarla, con-

---

[20] Documentazione nel mio «Diogene Laerzio e Clemente Alessandrino nel contesto di un dibattito culturale comune», in corso di pubblicazione su *ETF*.

[21] Ramelli, ΚΑΤΑ ΨΙΑΗΝ ΠΑΡΑΤΑΞΙΝ, 81-97; cfr. Rinaldi, *La Bibbia dei pagani*, I, 107-118; Troiani, *Il Giudeo di Celso*, in *Il perdono cristiano*, 76-94.

[22] Cfr. anche Rinaldi, *La Bibbia dei pagani*, I, 124-27.

[23] Secondo una tradizione che documento in *Anneo Cornuto. Compendio di teologia greca*, Milano 2003, *Saggio introduttivo* e *Saggio integrativo*.

[24] Questo è il solo capitolo interamente originale rispetto al libro, qui non citato, dello stesso F. Ruggiero, *La follia dei Cristiani. Su un aspetto della "reazione pagana" tra I e V secolo*, pref. di M. Simonetti, Milano, Mondadori, Il Saggiatore, 1992, rispetto al quale nel vol. qui recensito cambiano leggermente i titoli dei capitoli e alcune frasi, ma i contenuti appaiono i medesimi, se non che nel cap. XIV alla parte su Rutilio sono stati premessi alcuni paragrafi su Ausonio; è stata inserita qualche fonte nuova, come un passo del discorso *Ad Helium Regem* di Giuliano a p. 194, e la bibliografia, non più divisa per autori antichi, è stata aggiornata con vari studi successivi al 1992, come l'importante opera di G. Rinaldi, *La Bibbia dei pagani*, I-II, Bologna 1998. Inoltre, qui le note sono a piè di pagina e non più finali.

[25] Documentazione nel mio *Cultura e religione etrusca nell'impero romano. La cultura etrusca dalla fine dell'indipendenza*, Alessandria 2003, c. VI.

cedendo loro il perdono e chiedendo anzi loro di pregare Dio per la sua salute minata; egli giustifica la persecuzione con tre accuse già ben note, novità rispetto alla tradizione, ostinazione (*voluntas*) e *stultitia*: l'ultima, rispetto a Lact. *Mort. pers.* 34, significativamente scompare nel resoconto di Eus. *HE* VIII 17, 7, scritto dopo il 324. Sono rilevati anche i modi subdoli della persecuzione di Massimino Daia[26]: nelle petizioni che si faceva rivolgere contro i Cristiani emergono nuovamente le accuse di follia e di novità a carico dei Cristiani e nelle parole stesse di Massimino, in un rescritto e in un'epigrafe, i Cristiani sono affetti da *mataiotes* e da una malattia. Nel cap. XIII, *Giuliano imperatore: il Cristianesimo come malattia dell'animo*, pp. 178-95, l'A. ripercorre le tappe della vita di Giuliano e del suo precoce abbandono del Cristianesimo, a lungo tenuto segreto sia perché i soldati gallici suoi sostenitori erano quasi tutti cristiani, sia perché il cristiano Costanzo era sul trono, quindi osserva come egli nel 391 proclamasse formalmente la tolleranza per tutte le religioni, ritirando i privilegi concessi da Costantino alla Chiesa e cercando di organizzare il paganesimo come la Chiesa dei Cristiani, con l'istituzione di sacerdoti per città e province, ai quali prescriveva una vita austera e pia, la carità etc., e come il suo particolare paganesimo rimanesse incompreso dagli stessi pagani. L'uso deliberato della designazione «Calilei» —già nel titolo del *Contro i Galilei*, ispirato a Celso e a Porfirio— comporta dispregio verso i discendenti tralignati dell'Ebraismo, e la decisione di estrometterli dall'insegnamento rivela la volontà di improntare al paganesimo la formazione delle classi alte. I Cristiani, verso i quali Giuliano non vuole che si proceda con la forza, sono considerati malati e obnubilati, dementi. Simile è l'atteggiamento critico di Ausonio verso il monachesimo, da lui considerato alla stregua di una malattia mentale che denota asocialità, in una lettera a Paolino di Nola, la cui risposta rintuzza l'accusa di *dementia* e insiste invece sulla *sapientia* della propria scelta (cap. XIV, *Ausonio e Rutilio: due aristocratici di fronte al monachesimo*, pp. 196-209). Parimenti Rutilio Namaziano, che attribuisce la decadenza di Roma al Cristianesimo —*stultitia* la cui radice è il Giudaismo—, presenta i monaci come misantropi folli e malati, anche se non accusa i Cristiani nella loro interezza. Coglie nel segno l'A. quando osserva che i monaci raccolgono l'eredità dei martiri e con essa anche l'accusa di follia e di ostinazione. Concludono il volume una bibliografia ricca e aggiornata (pp. 211-51) e gli indici (pp. 253-60).

Si tratta di un testo di piacevole lettura, molto scorrevole e di vivo interesse per la tematica che affronta, anche se non propriamente originale e non del tutto esente da interpretazioni talvolta discutibili; segue comunque in modo esauriente e approfondito un aspetto importante delle accuse rivolte al Cristianesimo nei primi secoli: e vorrei ricordare che questa di irrazionalità, follia e stoltezza era già un'accusa vigente contro il Giudaismo, come altre che, similmente, passarono ad essere indirizzate contro il Cristianesimo[27].

Ilaria RAMELLI
Università Cattolica di Milano

[26] Cfr. Sordi, *I Cristiani*, 138-41.
[27] Come ho mostrato in *Elementi comuni*, 245-74.

Javier ARCE, *Mérida tardorromana (300-580 d. C.)*, Cuadernos emeritenses, 22, Mérida, Museo Nacional de Arte Romano, 2002, 240 pp. [ISSN: 1695-4521].

Ce livre regroupe une série d'articles publiés entre 1974 et 2002 dans diverses revues et colloques européens. J. Arce a voulu réunir en un seul volume plusieurs travaux qui offrent un panorama de l'histoire de *Augusta Emerita* depuis sa création comme capitale de la *Diocesis Hispaniarum* avec Dioclétien à la fin du IIIe siècle jusqu'à l'époque wisigothique au VIe siècle lorsque Tolède devient capitale du nouveau royaume. Les découvertes récentes de l'archéologie à Mérida (la Basilique Ste Eulalie et les excavations des maisons de « Morerías ») ont permis d'enrichir la topographie chrétienne et l'évolution de l'habitat. J. Arce souligne, à juste titre, la revitalisation de la Cité lorsqu'elle devient capitale des Espagnes et sa lente transformation de ville païenne en ville chrétienne pour devenir siège épiscopale au milieu du VIe siècle.

Deux articles inédits sont à mentionner plus particulièrement: le chapitre onze («*Augusta Emerita* en las *Vitas Patrum Emeritensium*», pp. 195-214) présente Mérida au Ve siècle, une période difficile à cause du manque de sources, bien que l'archéologie ait mis à jour les transformations urbaines. Enfin, le chapitre sept («La inscripción de Sabinianus y los *ludi circenses* en *Emerita* en la Antigüedad Tardía », pp. 137-146) est l'étude d'une inscription funéraire exhumée dans la Basilique de Casa Herrera dans les environs de Mérida. J. Arce propose une nouvelle interprétation à la suite de tous les travaux épigraphiques parus à ce sujet.

J. Arce a ajouté, à la fin de chaque chapitre, des *addenda* avec des bibliographies complémentaires et des illustrations appréciées (clichés de bas reliefs, d'inscriptions, de plans, de coupes). Une bibliographie de huit pages en fin d'ouvrage vient compléter et actualiser la réédition de ces articles. On regrettera cependant l'absence d'une conclusion faisant la synthèse de ces travaux et présentant l'apport de ces recherches à la lumière des publications récentes.

Sylvain J. G. SÁNCHEZ
Paris IV Sorbonne

Sabino PEREA YÉBENES, *El sello de Dios (2): ceremonias de la muerte. Nuevos estudios sobre magia y creencias populares greco-romanas*, Madrid, Signifer Libros (GREC. Graeco-Romanae Religionis Electa Collectio, 9), 2002, 300 pp. [ISBN: 84-932043-1-6].

S. Perea Yébenes, formatosi all'Università Complutense di Madrid e oggi titolare della cattedra di Storia Romana all'Università di Murcia, studioso sia delle religioni antiche sia dell'esercito romano, con il presente volume dà seguito a un primo lavoro, *El sello de Dios. Nueve estudios sobre magia y creencias populares greco-romanas*, Madrid 2000, che inaugurò la stessa serie GREC, Graeco-Romanae Religionis Electa Collectio. Il libro si apre con un sommario, i ringraziamenti (pp. 9-12) e una prefazione di Sofia Torallas Tovar, *Magia: de los secretos envueltos en sus textos y sus imágenes* (pp. 13-15), che fornisce un sintetico *status quaestionis* sui più recenti studi relativi alla magia nel mondo greco-romano. Dopo una tavola di abbreviazioni e una breve bibliografia (pp. 16-19), nonché una introduzione dell'Autore incentrata sulla figura di Ermete nella magia a illustrazione della fotografia di copertina[1] (*Her-*

[1] Si tratta di una bella riproduzione del ratto di Persefone della necropoli di San Pietro (sec. II d.C.), in cui i cavalli della quadriga di Plutone sono guidati da Ermete, chiaramente riconoscibile dal petaso, dai talari e dal caduceo.

mes, el capataz de las negras sendas, pp. 21-24), si apre la prima delle due ampie parti di cui si compone l'opera: *Magia y astrología en gemas grecorromanas de colecciones españolas* (pp. 27-138). Il cap. I, Ἀνάγκη, *la divina Necesidad* (pp. 27-52), analizza dapprima una gemma del Museo Archeologico di Tarragona dedicata a questa divinità; quindi passa a presentare un interessante e ben documentato *excursus* sul modo in cui risulta concepita Ἀνάγκη nei testi filosofici, tragici, orfici, ermetici e gnostici nell'antichità, per concentrarsi infine sulla presenza di Ἀνάγκη nei papiri magici e nelle *tabellae defixionis*. Il cap. II è interamente incentrato su una *Gema mágica de Itálica, para conjurar una enfermedad* (pp. 53-66)[2], il cap. III su una *Gema mágica de Jnoubis en Cástulo* (pp. 67-80) e il cap. IV su Μαωσιρι (pp. 81-90), nome che compare nell'iscrizione di una gemma del Museo Archeologico Nazionale di Madrid e che appare priva, fino ad oggi, di paralleli: Perea discute le possibili interpretazioni di questa singolare invocazione a Osiride, pervenendo a proporre, sia pure in via molto congetturale, che si tratti di una preghiera a «Osiride che rende possibili, o che facilita, le nascite difficili». Il cap. V, *Identificando la leyenda* Barb- *en una gema andaluza de Horus-Harpócrates* (pp. 91-106), è riccamente articolato e si snoda in una serie di ipotesi sulle possibili integrazioni della lezione *Barb-* in una gemma magica proveniente dalla provincia di Siviglia, le quali si risolvono, ciascuna, in un *excursus* su una divinità o su un epiteto divino, ad es. *Barbaa, Barrabás, Barbelón, Barbaran, Barbariel, Barbatiao, Barbarita*. Il cap. VI, *Abraxas y otras gemas del Tesoro del Delfín, en Madrid* (pp. 107-16), è un tentativo di catalogazione di sei cammei e intagli antichi, provvisti di iscrizioni, appartenenti al cosiddetto «Tesoro del Delfino» del madrileno Museo del Prado; particolare spazio è riservato a una gemma dedicata al dèmone gnostico Abraxas, sul quale è fornita una dettagliata documentazione. Nel cap. VII, *Taurus-Orión* (pp. 117-38), è dapprima studiato il toro astrale-mitraico la cui immagine compare su una gemma di Göttingen, quindi il toro astrale presente sulla monetazione dell'imperatore Giuliano.

La parte II del lavoro è dedicata a *Magica Varia* (pp. 141-300) e si struttura in cinque capitoli. Il cap. VIII, *Una reminiscencia babilónica en época romana imperial* (pp. 141-70), studia le invocazioni alla divinità ctonia babilonese Ereškigal, già citata nell'epopea di Gilgameš, in alcuni documenti magici di età imperiale, specialmente papiri magici greci e *tabellae defixionis* in cui questa dèa è identificata, sincretisticamente, con Ecate e Persefone. Il cap. IX raccoglie e analizza in modo sistematico una grande varietà di documenti relativi a *Magia y medicina sexual y ginecológica* (pp. 141-232) e il cap. X, *Las* striges*: mujeres-pájaro, lujuriosas, devoradoras* (pp. 233-76), segue lo sviluppo di un'antichissima tradizione relativa a demoni alati maligni pronti a sottrarre la vita ai bambini piccoli, a partire dalla Lilith citata dalla Bibbia fino alle testimonianze tardo-antiche sulle *striges*, come quelle di Petronio, di Apuleio e di Filostrato, per giungere perfino a un capitolario di Carlo Magno del 789. Il cap. XI, *Clavos mágicos* (pp. 277-84), analizza il valore magico dei chiodi in una serie di documenti numismatici e archeologici e il cap. XII, *El* trisagion *y la cruz de Cristo como símbolo mágico* (pp. 285-300), studia la valenza magica rivestita in alcuni documenti tardo-antichi dalla triplice invocazione ἅγιος e dalla Croce.

Alcuni punti, in questo variegato e suggestivo libro, meritano di essere posti in rilievo. Nel cap. I, il lungo *excursus* su Ἀνάγκη nel mondo greco prende le mosse dal mito platonico di Er (Plat. *Resp.* X

---

[2] Mentre tutti gli altri studi raccolti in questo libro sono inediti, il cap. II, come dichiara lo stesso Perea, è in corso di pubblicazione sulla rivista «Studi Classici e Orientali».

[3] S. Perea Yébenes, *La música de los planetas en las teorías pitagóricas y el orden de los días de la semana en el calendario romano*, in *Percepción del tiempo y milenarismo en las sociedades antiguas*, edd. J. Mangas - S. Montero, Madrid 2001, 127-46.

616C sgg.), che Perea ha già avuto occasione di studiare ponendone in luce lo sfondo pitagorico[3]: la colonna di luce vista da Er è identificata con la Via Lattea e associata con gli astri che assoggettano il mondo con la loro necessità; dall'altro lato, si sovrappone al fuso[4] della Parca Cloto, la quale fa girare il fuso dell'universo (*ibid.* 617D). L'A. (pp. 32-33) commenta che si tratta della Morte —la Necessità della morte— che detiene i fili del destino dell'universo e della vita degli uomini, e nota, con una certa sorpresa, che Platone non ha difficoltà a calare la sua teoria eidetica nel contesto dei simboli della Via Lattea, del fuso e del personaggio mitologico della Parca Cloto. È importante a mio avviso ricordare che il mito stesso di Er, nel contesto della *Repubblica*, non è una rigorosa esposizione teoretica, bensì appunto mitologica, con le conseguenze che questo comporta sul piano epistemologico per Platone. Ciò non toglie la rilevanza del ruolo della Necessità in questo testo, giustamente còlta dall'A., al punto da citare Platone come primo *testimonium* nella sua rassegna.

Nel cap. III appare convincente la nuova interpretazione offerta dall'A. di una gemma del Museo di Linares, proveniente dal giacimento di Cástulo, la cui immagine antropomorfa leontocefala era stata considerata da R. Contreras come una raffigurazione di Mitra con capo leonino[5]. Perea ha il merito di avere letto attentamente l'iscrizione greca del *verso*, riportata a p. 75, che presenta chiaramente, alle rr. 1 e 3-4, il nome CNOUBI. Perea offre dettagliate notizie su questa divinità egizia che svolge un ruolo importante nella resurrezione di Osiride, secondo la teologia del santuario di File, e il cui nome *Chnum* si trova variamente testimoniato anche nelle forme *Chnuphris/Chnuphis* e *Chnumis*; la forma *Chnubis*, quella attestata nella gemma in questione, è propriamente un sincretismo tardo di *Chnum*, divinità ctonia, e di *Anubis*, divinità celeste: la testa leonina sembra un chiaro simbolo solare.

Nel cap. VII, alle pp. 132-38, appare di particolare interesse l'analisi di una moneta dell'imperatore Giuliano (360-363d.C.), in cui compare la raffigurazione di un toro: è la n° 115 della collezione Heckett[6], coniata ad Eraclea e citata anche dall'edesseno Efrem nel suo *Inno contro Giuliano*, 16-19. Vi si vede la personificazione di Costantinopoli, con la corona, e, sul *verso*, la legenda *Securitas Reipub(licae)*, con un toro a destra, sormontato da due stelle a sei punte. Proprio ad Eraclea Giuliano, attorniato dalle sue truppe, tenne una sfilata trionfale quale premessa a quella svoltasi l'11 dicembre 361 a Costantinopoli, in cui l'imperatore fu acclamato come favorito dal cielo (Amm. Marc. XXII 2, 3-4). Perea mette in evidenza l'importanza rivestita dalla teologia astrale per l'Apostata e, seguendo J. Arce[7], pone in dubbio che il toro della moneta sia il bue Apis egizio, come sostenuto invece da A. Beltrán[8], e ipotizza che il toro rappresenti il segno zodiacale di Giuliano, nato probabilmente nel maggio del 332, e che le stelle raffigurino la costellazione delle Pleiadi ad esso connessa. Alla luce dell'importanza dell'astrologia per Giuliano e per il suo pensiero influenzato dal Neoplatonismo, l'interpretazione 'astrale' della moneta mi sembra senz'altro probabile. In quest'ottica, credo che la critica di Efrem possa essere rivolta al determinismo astrale di Giuliano, secondo la stessa condanna già espressa con-

---

[4] Del fuso come strumento magico Perea ha già trattato ne *El sello de Dios (1)*, cit. nel testo, cap. 6.

[5] R. Contreras, *Entalles inéditos en el Museo de Linares. Entalle leontocéfalo mithraico con leyenda cabalística*, «Oretania», 1 (1959), 32-40.

[6] *Catalogue of Ancient Coins. The Property of the Estate of the Late Mrs. Greta S. Heckett of Pittsburgh Pennsylvania, USA*, Zurich 1977.

[7] J. Arce, *Estudios sobre el emperador Fl. Cl. Juliano (fuentes literarias, epigrafía, numismática)*, Madrid 1984, 186-92.

[8] A. Beltrán Martínez, *La moneda romana. El imperio*, Madrid 1986, 18.

tro queste dottrine —da lui designate come «caldaiche»— da un precedente autore cristiano edessenо, Bardesane, nella testimonianza rappresentata dal *Liber legum regionum*, dovuto alla sua scuola[9].

Nell'ultimo capitolo, Perea studia dapprima una piccola iscrizione greca dei secc. V-VI d.C., di origine egiziana e conservata al Museo del Louvre[10], in cui compare la triplice invocazione ἅγιος ἅγιος ἅγιος, seguita da una croce greca e dal nome Ἰησ(οῦς): l'A. la interpreta come una invocazione magico-liturgica contro il diavolo e presenta poi una interessante serie di papiri magici pagani in cui compare il nome di Gesù quale formula di scongiuro, ad esempio *PGM* IV 3020-3024[11], dove Gesù è invocato come «il Dio degli Ebrei», o il POxy 1077, che cita addirittura un passo del Vangelo di Matteo (4, 23), sotto il titolo di «Vangelo curativo secondo Matteo»; inoltre, in un papiro greco della Biblioteca Nazionale di Vienna, n° 377, è scritto uno scongiuro fatto «per i quattro Vangeli». È merito dell'A. avere sottolineato come questi testi non avessero in genere nulla a che vedere con la fede cristiana, anzi egli stesso li designa giustamente come «pagani» (p. 293). Sono poi riportati altri esempî di papiri, sovente con funzione di amuleti, in cui è invocato Gesù Cristo e la sua Croce al fine di stornare varî tipi di mali.

L'opera dimostra, ancora una volta, la competenza e l'ampiezza di conoscenze dell'Autore, nell'ambito delle religioni antiche e in particolare degli aspetti magici, unitamente al suo rigore documentario e all'acume nella formulazione di ipotesi nuove. Alcune imprecisioni e diversi errori tipografici, specialmente nei caratteri greci, non compromettono l'interesse e la piacevolezza della lettura.

Ilaria RAMELLI
Università Cattolica di Milano

Margarida BARAHONA SIMOES ESTEVES PEREIRA, *Prisciliano e as tensões religiosas do século IV*, Lisboa, Universidade Lusiada Editora, 2002, 363 pp.

Margarida Barahona Simões a soutenu en 1999 un doctorat en sciences religieuses à l'Université Nouvelle de Lisbonne et présente ses résultats trois ans plus tard dans ce livre préfacé par Lucio Craveiro da Silva.

Elle focalise sa recherche sur le nord-ouest de la péninsule ibérique et définit le priscillianisme comme l'existence d'un courant chrétien qui s'inscrit à l'intérieur d'un mouvement ascétique rigoriste marqué incidemment par le dualisme et des principes gnostico-manichéens. Son travail se divise en deux parties: cette historienne consacre un premier grand moment (qui constitue près de 50% du volume) à situer la secte dans son contexte historique, religieux, et culturel: elle retrace l'ambiance du IV[e] siècle, les divers courants philosophiques et politiques; elle insiste, à l'instar de Fontaine, sur la ruralisation et la christianisation de l'aire circumpyréenne, le rôle de l'aristocratie dans le recrute-

[9] Per documentazione, mi sia consentito il rinvio al mio *Bardesane e la sua scuola tra la cultura occidentale e quella orientale: il lessico della libertà nel* Liber Legum Regionum *(testo siriaco e versione greca)*, in *Pensiero e istituzioni del mondo classico nelle culture del Vicino Oriente*, Atti del Seminario Nazionale di Studio, Brescia, 14-16 ottobre 1999, a c. di R.B. FINAZZI - A. VALVO, Alessandria 2001, 237-55.

[10] E. BERNAND, *Inscriptions grecques d'Égypte et de Nubie au Musée du Louvre*, Paris 1992, 91, n° 37, fig. 26.

[11] K. PREISENDANZ, *Papyri Graecae Magicae. Die griechischen Zauberpapyri*, Leipzig 1931, Stuttgart 1974 rist.

ment des grands ascètes du IV^e^ siècle, le tout illustré par une carte de la répartition des villes romaines du nord-ouest de la péninsule ibérique (p. 93). Elle précise la notion d'ascétisme à l'époque en situant Priscillien parmi les grands ascètes de l'époque comme Ambroise de Milan, Hilaire de Poitiers, Martin de Tours, Prudence (à qui elle a consacré un article récent: *Eadem*, «Prisciliano e Prudêncio: perfis culturais de dois pensadores hispânicos do século IV », *Cultura*, Revista de História e Teoria das Ideias, 12/2000-2001, ii^a^ Série, Lisboa, pp. 11-35). Arrivée à ce point de sa dissertation, elle développe logiquement les pratiques ascétiques et leurs origines pour mieux saisir le contexte dans lequel vient prendre place le mouvement de Priscillien.

Sa deuxième partie est un peu plus courte (elle constitue environ 30% du volume) et Simões la consacre spécifiquement à la pensée religieuse de Priscillien. Elle analyse les *Traités* de Würzburg et dégage trois thèmes principaux: l'omnipotence de Dieu, la sotériologie, l'eschatologie. Par ailleurs, elle constate qu'une lecture attentive laisse supposer des traces suspectes d'arianisme. Cependant, au terme de l'analyse, elle considère que l'on ne peut conclure pour autant que Priscillien était arien. Le priscillianisme après Priscillien a pu être influencé par les barbares chez qui l'arianisme prédominait, et qui envahissaient la péninsule au V^e^ siècle. Mais Simões s'évertue à arracher Priscillien de la vision hérésiologique que l'on a de lui comme d'un hérétique teinté de gnosticisme et de manichéisme. Elle montre qu'il s'identifiait totalement avec l'Eglise post-apostolique, qu'il n'était absolument pas gnostique malgré les accusations de ses adversaires. Quant au manichéisme, il en était loin car il reconnaissait la même valeur à l'Ancien Testament et au Nouveau Testament. Pour évaluer ses idées, il n'est pas nécessaire de recourir à une thématique ésotérique. Quelques idées priscilliennes pouvaient être sujettes à caution: le dualisme de source évangélique est toujours un peu ambigü, il est chargé d'un sens eschatologique très fort; dans les pratiques ascétiques, il est difficile de distinguer ce qui relève de principes bibliques ou gnostiques. Le deuxième volet de son diptyque se divise en quatre chapitres; tout d'abord, Simões insiste sur l'importance des écritures canoniques apocryphes pour ensuite aborder certains points de la doctrine ascétique de Priscillien: la Parole, la place de la femme, les dons spirituels, etc. Les deux derniers chapitres se concentrent sur les mystères sotériologique et eschatologique.

Sa bibliographie d'une vingtaine de pages est riche et bien renseignée nonobstant l'absence des travaux du néerlandais Goosen (*Achtergronden van Priscillianus' christelijke Ascese*, thèse doctorale de Nimègue, Nijmegen Katholieke Univ. 1976), la thèse de Pedro Maria Saenz de Argandoña, (*Antropología de Prisciliano*, Santiago de Compostela, Instituto Teológico Compostelano 1982), le livre de Raymond Van Dam (*Leadership and Community in Late Antique Gaul*, Berkeley et Los Angeles, University of California Press, 1985), celui de l'américaine Virginia Burrus (*The making of a heresy: authority, gender, and the Priscillianist Controversy*, Diss. Graduate Theological Union, Berkeley, university of California Press, 1995), des articles de Josep Vilella Masana, (par exemple, «Priscilianismo galaico y política antipriscilianista durante el siglo V», *AnTard*, 5, 1997, pp. 177-185), les travaux de Josep Amengual i Batle (par exemple, «Consentius/Severus de Menorca. Vint-i-cinc anys 'estudys 1975-2000», *Arxiu de Textos Catalans Antics* 20, 2001, pp. 589-700) et quelques coquilles inévitables (la confusion de Henri-Charles Puech avec Aimé Puech que quelques décennies séparent, p. 327). L'absence de mise à jour de sa bibliographie entre 1999 et 2002 l'a faite passer à côté de certaines publications importantes pour les études priscillianisantes, à titre indicatif: Harry O. Maier, «Religious dissent, Heresy and Households in Late Antiquity», *Vigiliae Christianae* 49, 1995, pp. 49-63, Ramon Teja & Cesareo

Pérez (Eds), *Actas del Congreso internacional 'La Hispania de Teodosio'*, Segovia-Coca octobre 1995, Salamanque, Junta de Castilla y León & Universidad SEK, 1997,, C. Cardelle de Hartmann, « El priscilianismo tras Prisciliano, un movimiento galaico?», *Habis* 29, 1998, pp. 269-290, Alberto Ferreiro, «Priscillian and nicolaitism», *Vigiliae Christianae*, 52/4, 1998, pp. 382-392, Paula Oliveira e Silva, «Prisciliano, o Priscilianismo e o seus escritos», in *História do Pensamento Filosófico Português*, Lisbonne, Caminho, 1999, pp. 89-106, A. S. Jacobs, «The Disorder of Books: Priscillian's Canonical Defense of Apocrypha», *Harvard Theological Review*, 93/2, 2000, pp. 135-159, A. R. Arizaga Castro, «O priscilianismo na historiografía galega», *Gallaecia* 19, 2000, pp. 335-367, Oscar Nuñez Garcia, «Invasiones y cristianismo: repercusiones de la presencia sueva en la iglesia galaica del siglo V», *Gallaecia* 20, 2001, pp. 317-332.

On appréciera la présence d'indices onomastique et thématique faisant de ce livre un véritable instrument de travail. Simões a le mérite d'avoir situé ce mouvement dissident dans le contexte des tensions religieuses du IV[e] siècle et c'est incontestablement l'originalité de la contribution qu'elle apporte au champ des études priscillianisantes.

Sylvain J. C. SÁNCHEZ.

Maijastina KAHLOS, *Vettius Agorius Praetextatus. A Senatorial Life in between (Acta Instituti Romani Finlandiae*, 26), Roma, 2002, 282 pp. [ISBN: 952-5323-05-6].

Se dedica esta monografía a Vetio Agorio Pretextato, una de las grandes figuras de la aristocracia senatorial tardorromana. No obstante, la intención de la autora no es ofrecer un relato biográfico al uso, pues no se ofrece el tradicional recorrido cronológico que dibuje la vida pública y/o privada del retratado en sus distintas etapas vitales. La aproximación se detiene sobre todo en la madurez del senador e indaga en su comportamiento familiar, político y religioso. El criterio elegido deriva en buena medida de la naturaleza de las fuentes conservadas: las alusiones que tras su muerte, recogen obras literarias paganas y autores cristianos y sobre todo los epígrafes funerarios dirigidos a Pretextato que reflejan el *cursus honorum* del difunto. Por otro lado, las dedicaciones realizadas por su mujer Fabia Aconia Paulina, de naturaleza menos oficial, permiten conocer sus devociones religiosas así como deducir sus relaciones familiares.

El volumen aborda estos ámbitos en tres partes fundamentales. La primera presenta de manera breve algunas notas acerca del entorno familiar, los bienes patrimoniales de Pretextato y especial atención merece su carrera política que, inscrita dentro de los paradigmas característicos de la aristocracia senatorial romana, incluye el desempeño de las más destacadas responsabilidades administrativas.

La segunda parte (caps. 2-4), de mayor extensión, desarrolla las inquietudes religiosas y culturales de Pretextato y, con el propósito de mostrar la coherencia que guarda Pretextato en estos ámbitos con los comportamientos observados en el grupo senatorial pagano, la autora inicia esta segunda parte con una descripción del ambiente religioso de la Roma del siglo IV: la legislación antipagana promovida por las instancias imperiales (2.1), la coexistencia *in extremis* en el entorno senatorial de los senadores fieles a las devociones tradicionales y un número cada vez mayor de familias que abrazan la nueva fe

(2.2). A continuación (2.3) se estudian las inclinaciones religiosas de Pretextato reconstruidas con gran fidelidad, dada la abundancia documental de la que se dispone para este ámbito. La información, fundamentalmente epigráfica, permite conocer sus devociones religiosas que la autora presenta en dos bloques: los cultos vinculados a la religión cívica en la que Pretextato desempeña los más destacados cargos sacerdotales (*pont. max.*, *XV s.f.* p. ej.) y los mistéricos en los que no aparece como un simple devoto sino que ocupa las más altas responsabilidades cultuales e incluso es el responsable de la iniciación de su esposa. Otros tres apartados completan la sección dedicada a la filiación religiosa del protagonista del volumen: por un lado, se exponen las tareas acometidas por Pretextato como responsable del mantenimiento de la religión cívica y sus distintos lugares de culto (2.4). Seguidamente (2.5) se presentan las ideas religiosas y filosóficas del momento que pudieron influir en el universo religioso del protagonista: p. ej., la idea de un numen *multiplex* que cobra sentido si se recuerda el éxito de las corrientes henoteistas de gran difusión en este período fuertemente influido por el neoplatonismo. En este sentido, se estudia la posibilidad defendida por algunos autores de que esa orientación neoplatónica derive de su particular relación con Juliano, responsable del nombramiento de Pretextato como procónsul de Acaya. Pero se trata de una hipótesis rechazada por la autora pues las relaciones de Juliano con el senado fueron frías y distantes y nunca obtuvo el apoyo senatorial a su programa religioso excesivamente filoheleno para unos senadores fielmente ligados a sus costumbres y tradiciones religiosas. Se trataría en consecuencia de una postura afín al ambiente religioso de la época más que derivada de una relación especial con el apóstata. Por último (2.6) se retoma de nuevo la dimensión formal del fenómeno religioso para adentrarse en uno de los episodios político-religiosos más intensos en los que Pretextato se vio envuelto como fue su participación en el conflicto entre los dos papas cristianos: Dámaso y Ursino.

Si la primera parte de este bloque se dedicaba a la religión, una segunda (cap. 3) se detiene en las inquietudes culturales que Pretextato muestra en actividades, no obstante, propias del grupo senatorial: su afición por la literatura y los estudios filosóficos reflejados en un código de conducta que se puede definir como el característico del senado con independencia de su adscripción religiosa.

El capítulo cuarto aborda la percepción del mundo de ultratumba que se desprende de la documentación conservada. Aquí cabe señalar como fuente documental, no sólo la documentación epigráfica mencionada sino además una de las más destacadas invectivas cristianas: el *carmen contra paganos*. Interesante es la postura de la autora sobre el ambiente (finales del IV) en el que se inscribe este *carmen*, menos tolerante desde el punto de vista religioso que el observado en el momento anterior, debido fundamentalmente a la necesidad de los grupos cristianos de definir y reelaborar su identidad mediante la exposición de sus diferencias con los paganos. En las concepciones religiosas de Pretextato la certeza de una vida ultramundana queda según la autora reflejada en este volumen documental mediante tres procedimientos: los estudios filosóficos que abren al senador las puertas del cielo, la iniciación en los distintos misterios que le liberan de los límites impuestos por el hado y el anhelo de Paulina de reunirse con su marido en el más allá. Y dado que estas expresiones de esperanza en la vida ultramundana son propias además del cristianismo, la coincidencia se explica, según la autora, no mediante transferencias entre el bagaje teológico pagano y cristiano como tradicionalmente se sostiene, sino como fruto de un mismo ambiente común y un lenguaje similar.

Una tercera parte indaga sobre la proyección de la figura de Pretextato en la época inmediatamente posterior y sobre todo en la obra de Macrobio donde el senador posee un marcado protagonismo. La

exposición se detiene en la posibilidad de emplear los Saturnalia como fuente para describir el círculo senatorial pagano al que pertenecía Pretextato. Para la autora, la selección de los personajes se explica por su erudición y refleja la nostalgia y las aspiraciones culturales de los aristócratas del s. V más que reconstruir el nivel intelectual de los senadores del siglo anterior.

En el capítulo sexto, y ante toda la información analizada en las páginas anteriores, la autora considera la posibilidad de presentar a Pretextato como un hombre santo pues exhibe en su comportamiento cualidades tales como el ascetismo, la disciplina, severidad y una sabiduría que le permitía erigirse como vehículo de comunicación y mediador entre la esfera divina y humana. Cierra la obra el capítulo séptimo que, a modo de resumen, expone los rasgos más destacados de las iniciativas religiosas y culturales promovidas por Pretextato o influidas por su pensamiento. Como apéndices se recoge el *corpus* de la documentación analizada, un elenco bibliográfico y tres índices (general, onomástico y de referencias).

Son muchas las cualidades de un recorrido como el expuesto pues se abordan los aspectos más significativos de la vida y obra de Pretextato y se agotan hasta el límite las posibilidades informativas que ofrece la documentación. La articulación de la obra, en mi opinión, resulta asimismo muy acertada pues examina de manera particular el desarrollo vital puramente político, el religioso y la estela dejada por una de las grandes figuras del paganismo tardorromano. No obstante, en la ordenación más concreta cabría haber realizado una exposición más ordenada. Y así, hubiera resultado a mi juicio más coherente estudiar las responsabilidades cultuales de Pretextato en el mantenimiento de santuarios (2.4) dentro de la exposición de su papel en la religión cívica (2.3). Del mismo modo, hubiera resultado más adecuado ofrecer acto seguido el relato del enfrentamiento entre los papas y la intervención de Pretextato(2.6), una anécdota que queda descolgada del discurso sobre las competencias religiosas por el análisis de contenidos propiamente teológicos como los abordados en el cap. 2.5.

Asimismo, resultan de gran utilidad las descripciones que introducen cada capítulo en las que se reconstruyen el ambiente social, político y religioso en el que cabe integrar a Pretextato. Por ej., con gran criterio, ante la ausencia de datos que nos informen sobre la participación de Pretextato en la religión cívica, la autora utiliza la información ofrecida por Símaco. Sin embargo, de nuevo se percibe en este aspecto cierta falta de profundidad pues con frecuencia el panorama esbozado se limita a unas breves pinceladas que más que enriquecer la visión provocan desasosiego puesto que se limitan en muchas ocasiones a una simple relación de los cargos poseídos (Por ej. en la exposición de la carrera política). Y en unas líneas escasas se resuelven procesos tan complejos como la gradual cristianización de la aristocracia que aparece como enunciado para exponer la pacífica coexistencia entre los grupos senatoriales de distinta filiación religiosa, o la estratégica posición de Roma como centro de la lucha ideológica en la que Pretextato participa de manera activa.

El volumen además se hace eco de las interpretaciones historiográficas más destacadas sobre cada uno de los aspectos analizados. No obstante, de nuevo la brevedad con la que se presentan las distintas hipótesis formuladas orientan al lector a una percepción muy simplista para problemas muy complejos como los motivos de la persistencia en el paganismo de un grupo nutrido de senadores, la especial inclinación de algunos de ellos por las devociones mistéricas, como el caso de Pretextato, el papel de este senador en los enfrentamientos entre cristianos, la validez de los Saturnalia para reconstruir el panorama religioso del s. IV, etc. La autora se inclina en este sentido por las interpretaciones más novedosas que procuran integrar las distintas soluciones planteadas. Y así, frente a la interpretación

idealista según la cual, los cultos paganos se conservan como parte de la tradición romana y la de carácter materialista que insiste en la persistencia en el paganismo por las ventajas económicas que el grupo senatorial obtenía de estos cultos, la autora adopta una posición intermedia que acepta la coexistencia de los dos factores puesto que la religión pagana forma parte del código de vida de los senadores y la defensa de los valores senatoriales, entre los que se encuentran los religiosos, aparece indisolublemente unida a la defensa de los privilegios económicos y sociales. En la polémica sobre los motivos que albergan las invectivas cristianas contra el paganismo, la autora adopta asimismo una postura intermedia entre las dos propuestas: ni sería tan sólo un *topos* literario, ni tan sólo la defensa cristiana frente a unos cultos todavía dotados de vitalidad. Estas obras cristianas pretenden reflejar no tanto el peligro politeísta como sobre todo la necesidad de la nueva fe de definir su identidad frente al paganismo. En definitiva, la aparición de este volumen merece ser celebrada pues una aproximación como la propuesta por la autora en estas hipótesis alternativas de trabajo contribuyen a ofrecer un panorama más complejo del ambiente religioso tardoimperial.

Clelia MARTÍNEZ-MAZA
Universidad de Málaga

P. CASTILLO MALDONADO, *Cristianos y Hagiógrafos. Estudio de las propuestas de excelencia cristiana en la Antigüedad tardía*, Madrid, Editorial Signifer Libros, 2002, 299 pp. [ISBN: 84-93204-9-0].

Castillo Maldonado a través de este estudio, nos introduce en el mundo de la hagiología, entendida ésta como una rama de la historia que estudia a mártires y santos, dentro de un contexto espacio-temporal junto con su culto histórico. Siendo la hagiografía la que aporta las Fuentes documentales en épocas tardoantiguas y medievales.

Como disciplina histórica la hagiología va a ser ayudada por las dos ciencias auxiliares que siempre acompañan a la historia; la arqueología y la epigrafía. La arqueología no sólo se encargará del estudio de las construcciones (tumbas y basílicas) relativas al culto de mártires y santos, sino que también se ocupará de las reliquias, canceles, lámparas, exvotos y ampollas. La epigrafía complementa a la arqueología mostrándonos las inscripciones que proceden de los altares tanto mayores como secundarios en los lugares de culto, y de objetos tales como por ejemplo las cajas-relicarios.

Otra rama de la historia que proporciona gran información a la hagiología es la iconografía. A través de ella podemos visualizar la evolución de las creencias en el pueblo y la pervivencia de los cultos a diferentes santos y mártires, teniendo en cuenta que hasta la centralización a través de Roma del cristianismo, ya muy avanzado el medioevo, el culto a santos y mártires era algo local.

Los protagonistas de la hagiología son los mártires y santos. Los mártires, analizados dentro de su contexto histórico, son el resultado último de las persecuciones a los cristianos realizadas hasta finales del siglo III. Forman, así mismo, los primeros modelos de santidad y objetos de culto dentro del cristianismo.

El mártir queda identificado con Cristo ya que en él se contempla la imitación por semejanza en el sacrificio sangrante. Ambos logran el triunfo sobre la muerte. Existe una unión mística del mártir con Cristo, reflejada en sus sufrimientos, suplicios y sacrificios comparables. La comparación viene dada

por la pasión sufrida antes de la muerte. La presencia de mártires ayudará a la configuración del cristianismo; las narraciones de dioses serán sustituidas por relatos que cuentan la muerte de los mártires. Los mártires serán concebidos como espíritus llenos de poder con poder curativo y sus reliquias o recuerdos materiales como objetos mágicos.

Hasta el siglo IV los sujetos objeto de culto eran los santos mártires; pero a partir de entonces la santidad alcanza también a ascetas y obispos. El concepto de santidad cambia y comenzará a aplicarse a los servidores de la divinidad que no han sufrido persecución. El cristianismo ya se encuentra asentado en las sociedades, por tanto el peligro no vendrá de las persecuciones, al que hay que combatir es al demonio, y quienes lo hacen son los ascetas y obispos.

La canonización en la Antigüedad tardía es local, por parte de obispos locales, y sólo a partir del siglo XII se centraliza mediante el obispo de Roma, el Papa.

Las fuentes documentales que utiliza la hagiología para analizar a los protagonistas de su estudio, es decir para santos mártires y no mártires, y sus consecuencias históricas son los relatos que cuentan los sufrimientos del mártir antes de morir, las vidas de los santos no mártires, los milagros póstumos o por reliquias. Todos estos relatos configuran la base de un cambio de sociedad y civilización. En torno a los mismos y a sus protagonistas se configurarán los nuevos calendarios cristianos, cuyas festividades tendrán como protagonista a un santo. También en torno a los santos locales se configurarán los nuevos centros de peregrinación tan importantes para las economías locales.

En definitiva, con esta nueva aportación Castillo Maldonado nos complementa aún más los estudios relativos a la Tardoantigüedad; el nacimiento y desarrollo de una nueva religión, el cristianismo.

Marta Baiłón García
U.N.E.D.

L. Andrea Berto, *Il vocabolario politico e sociale della* «Istoria veneticorum» *di Giovanni Diacono*, Presentazione di Stefano Gasparri, Padua, ed. Il Poligrafo, 2001, 295 pp.

La *Istoria Veneticorum*, es una crónica veneciana que recorre el periodo comprendido entre la invasión de Italia por los Longobardos y el gobierno ducal de Pietro II Orseolo (991-1008). La escasez de fuentes que reconstruyan este periodo del Ducado realza el valor de este texto. La obra de Juan Diácono ofrece una reflexión de la clase gobernante de Venecia sobre su pasado, elaborada en el momento en que acababa de adquirir un nuevo papel dentro del panorama político, a caballo entre el mundo bizantino y los imperios occidentales. Ha sido editada, traducida y comentada por el propio autor de este estudio[1], L. A. Berto, a quien se deben también otras ediciones de historiadores venecianos de los siglos XI-XIII.

La metodología empleada por Berto para estudiar el léxico político y social contribuye, en palabras de la presentación de S. Gasparri, a otorgar nueva confianza al uso histórico de las fuentes narrativas.

1 Giovanni Diacono, Istoria Veneticorum, ed. e trad. di Luigi Andrea Berto, Instituto storico italiano per il Medioevo, Fonti per la Storia dell'Italia medievale. Storici italiani dal Cinquecento al Millecinquecento ad uso delle scuole 2, Bologna 1999.

Se basa en el modo de trabajo aplicado por A. Chélini al epistolario de Alcuino y por G. Gandino a los escritos de Liutprando de Cremona. Consiste en analizar y estructurar el léxico por temas, teniendo en cuenta las determinaciones contextuales e históricas. En este caso, Berto divide el estudio en los campos de los cargos públicos –con especial detenimiento el Ducado–, las definiciones sociales (*milites, cives, pauperes, servi*), los 'verbos del poder', el parentesco y las edades, y otros ámbitos como el espacio (designación de las poblaciones, comarcas, etc.) y los pueblos (*populus, gens, Venetici*). El mundo de las relaciones políticas y diplomáticas venecianas es en gran medida autónomo, lo que acentúa la oportunidad de un estudio de la nomenclatura de este campo.

El estudio del léxico ofrece resultados sobre la autoría y el texto de la obra. La atribución a Juan Diácono de la *Istoria Veneticorum* –los mss. no incluyen ninguna dedicatoria ni nombre de autor– se basa en la aparición de este personaje dentro de la obra (IV, 39; IV, 55-61), en el desempeño de funciones diplomáticas al servicio de Pietro II Orseolo. Las misiones por él protagonizadas se describen en la crónica con especial riqueza de detalles, vinculable a una observación directa de los hechos. Berto fundamenta sobre argumentos léxicos la autoría única de la obra: la destreza en el manejo de los títulos honoríficos y su manipulación política cuadran bien con la formación de un oficial de la Cancillería de los Duques; Pietro II Orseolo, protector de Juan Diácono, recibe la mayor abundancia de títulos y su reinado se describe en un amplio desarrollo –interrumpido bruscamente en 1008, fecha posible de la muerte de Juan, meses anterior a la del Duque–. Las discontinuidades léxicas en el empleo de los términos *urbs, castrum* o *ducatus* para designar poblaciones concretas, y en otros numerosos ejemplos repartidos por la obra llevan a Berto a postular que el fragmento ausente en el ms. U (Vat. Urbin. 440, del s. XI) ha sido añadido a la tradición textual de la *Istoria* en épocas posteriores y procede de otro autor.

A partir del segundo libro, la *Istoria* se centra en mayor medida en los acontecimientos venecianos, comenzando por el cambio del sistema de gobierno de los tribunos al de Ducado. Las evoluciones de esta última institución se convierten en el hilo conductor de la narración de Juan Diácono. En la primera parte de su estudio, Berto revisa los comentarios que Giovanni Diacono dedica a cada uno de los duques, presenta numerosos ejemplos en los que se advierte que la pretensión del autor no era la de hacer una apología directa de la dinastía de su protector denigrando las anteriores. En la regularidad de los epítetos se advierte no obstante que Giovanni Diácono expresa juicios sobre los personajes mencionados, que se deslizan bajo una aparente imparcialidad. El análisis conjunto de los comentarios permite valorar las omisiones y los términos ambiguos. De los duques más próximos a Juan Diácono, Pedro IV Candiano es descrito como autoritario, Pietro Orseolo es representado como gobernante ejemplar en un periodo de conjuras que acabaron con su destierro en S. Miguel de Cuxá en los Pirineos; Pietro II Orseolo aparece como el duque perfecto, amigo de todos y buen guerrero contra eslavos y musulmanes.

La calificación de *domnus* es distribuida cuidadosamente por Giovanni Diacono, para emitir juicios sin salir de un estilo analítico imparcial; constituye una especie de código comprensible sólo para una elite, que cuenta con paralelos en otros cronistas medievales. En el caso de Pietro II Orseolo, los títulos de *domnus* y *princeps* se asignan cuando el *dux* recibe de los presentes señales de sumisión, empleándose el segundo en los acontecimientos más significativos. *Domnus* no acompaña en cambio a ningún emperador bizantino; para los soberanos occidentales, únicamente lo incluye en dos ocasiones:

para calificar a Carlomagno en su coronación y a Luis II cuando arrebató Bari a los sarracenos. El título de *domnus* se niega también por lo general a los miembros de la familia Candiano.

En el empleo de los títulos bizantinos (*ypatos*, *spatharius*, *protospatharius*, *patricius*, etc.), cuya concesión permite medir la situación de las relaciones entre Venecia y Constantinopla, Juan Diácono intenta reducir la impresión de dependencia de Bizancio que podrían transmitir, acentuando los méritos de los venecianos a los que se otorgan y no empleándolos en ninguna ocasión referidos a los duques, de modo que se evita que parezcan funcionarios bizantinos. Esta práctica se opone al empleo masivo de estos honores que se aprecia en los documentos privados de los Duques, quienes les concedían gran valor. En la *Istoria* se recalca de este modo el deseo de Venecia de lograr un papel preponderante en el exterior: reconoce su inserción en el mundo bizantino, pero niega toda subordinación. Este interés de Juan Diácono es puesto de relieve en diversos pasajes del estudio de Berto. La petición de auxilio contra los sarracenos es expresada en la obra por los bizantinos mediante el verbo *efflagitare*; se omite así cualquier matiz de obligación por parte de Venecia. La descripción detallada de los honores recibidos por los duques venecianos en las cortes bizantinas y occidentales avalora también su prestigio.

El estudio del léxico político permite a Berto localizar numerosas regularidades significativas. El autor de la *Istoria Veneticorum* menciona a todos los emperadores bizantinos de Justiniano a Basilio II empleando el término *imperator* (nunca *basileus*). *Augustus* es poco usado. Los emperadores occidentales no son en cambio citados sistemáticamente; cuando aparecen reciben también el nombre de *imperator*, pero casi nunca el de *augustus*; *cesar* se emplea ocasionalmente, como también *princeps*, para evitar la reiteración de *imperator*. En otros contextos, *princeps* sirve para designar a quien ostenta el mando, sin referencia a un cargo específico; se utiliza también cuando se han de incluir en un nombre genérico *reges* con otros personajes que no lo son. *Dux* es un título definido como *dignitas et honor* —en este orden, que es el que prevalece para J. Diácono—; se aplica a algunos personajes germanos. La relación con Otón III se hace patente por el conocimiento de los *camerarii* de su servicio personal. Diversos personajes, casi todos bizantinos, poseen el título de *patrikios* o *patricius*; y se enumeran también los personajes designados como *marchio* o *comes*. Los contextos en que se emplea permiten rastrear la evolución del cargo de *tribunus* en Venecia que termina convirtiéndose en un mero apellido. Por los pasajes en los que aparecen, puede deducirse que los *iudices* venecianos tenían funciones de gobierno y no de expertos en derecho. Entre los notables bizantinos se encuentran los títulos de esarca, *delongarius*, *imperialis catapanus*, *civitatis prior*, *ductor* y *signifer*. El Diácono emplea *officium* también para los cargos seculares, que se designan en otras ocasiones como *fastigium*.

En el léxico de los grupos sociales se señalan también distribuciones significativas. *Maiores* —también *nobiles*— se usa para nombrar a la aristocracia. No se encuentran otros términos como *primates*, *optimates* o *potentes* frecuentes en obras contemporáneas a la *Istoria*. Escasean los personajes venecianos nombrados como *miles* y como *cives*, designación más frecuente para los extranjeros; se emplean aisladamente otros términos como *habitatores* o *colones* —o también *plebs* como equivalente a *cives*—. Los *pauperes* son mencionados con el sentido de indigentes, objeto de las atenciones de los gobernantes. *Servi* y *ancillae* se mencionan ocasionalmente junto a los *predia* a que estaban vinculados, para nombrar a los siervos, Juan Diácono usa también *vernaculus*, término escaso en los historiadores italianos altomedievales.

En lo que Berto llama «los verbos del poder», encontramos que para referirse a la colación del cargo de Duque, el Diácono usa habitualmente *sublimare*, verbo que no se emplea en el caso de los soberanos bizantinos u occidentales. Se dan también otros verbos como *constituere*, *facere* o *fieri*, que indican el acto de conferir un cargo; *provehere*, y *ordinare* aplicado a cargos laicos, se encuentran tan sólo en el fragmento ausente en el ms. U. Para el ejercicio del gobierno, los términos más frecuentes son *gubernare*, *regere* y *praesse*.

En la sección dedicada a los nombres de parentesco encontramos el análisis de la competencia de términos como *pater*, *genitor*, *filius*, *soboles*, *natus*, *proles* o *puer* —*liberi* aparece una sola vez—. No se emplea *infans*, cuyo ámbito es invadido por *puer*. *Compater* sirve para designar el parentesco espiritual creado entre padrinos y ahijados. *Vir* acompaña a personajes escogidos, habitualmente unido a adjetivaciones positivas.

Juan Diácono no emplea *Venetia* para hablar tan sólo de una ciudad; en ella engloba tanto la décima *regio* de Augusto como las islas del litoral en las que los venecianos de tierra firme se refugiaron huyendo de los longobardos. En este hecho Berto ve una marca más del deseo de independencia de Bizancio, al tratarse de nuevos territorios (*recreaverunt*) incorporados por los venecianos. En ocasiones se usa el plural *Venetiae*. *Ducatus* designa el cargo y la demarcación territorial —dando por hecho que se trata de Venecia—. Un término al que Berto dedica especial interés es el de *patria*. Se encuentra ausente en el fragmento que el ms. U no contiene. *Patria* se emplea con especial frecuencia para hablar de los Orseolo. Los diversos contextos en que aparece indican que revestía una fuerte connotación afectiva.

Al hablar de *imperium*, el Diácono parece distinguir entre la aplicación del término a Bizancio, donde oscila entre la designación de la institución imperial y el territorio, y su uso para hablar del imperio occidental, en cuyo caso predomina la referencia territorial exclusiva. Berto estudia otras áreas interesantes del léxico, como la mención de los diversos pueblos cercanos a Venecia en la que se refleja la imagen externa contemporánea al Diácono. También el paisaje interno de Venecia se encuentra marcado por caracterizaciones léxicas como la que reserva el término *Palatium* para el edificio de los duques.

En las argumentaciones de Berto, la firmeza o la provisionalidad queda patente por los fragmentos citados en apoyo de cada conclusión. Es claro que Giovanni intervino modificando las fuentes también en la narración de sucesos anteriores a su época pero sensibles para la interpretación de los acontecimientos del momento, como se demuestra en el empleo de los términos *honor*, *dignitas*, *palatium* o *patria*. El latín de Giovani Diácono no es clasicista y adolece de las características de su época, pero dispone de suficientes recursos léxicos como para tejer un complejo juego semántico al servicio de intereses diplomáticos y políticos.

En suma, se trata de una obra que proporciona interesantes materiales para la historia veneciana en particular, y abundantes elementos de comparación para el estudio del ámbito sociopolítico altomedieval.

Luis P. TARIN
Universidad Complutense de Madrid

Jesús SALAS ÁLVAREZ, *Imagen Historiográfica de la antigua Vrso (Osuna, Sevilla)*, Sevilla, Diputación Provincial de Sevilla, 2002, 196 pp. + 40 láms. [ISBN 84-7798-185-X.].

Dentro de la colección de Historia de la Diputación Provincial de Sevilla, Jesús Salas presenta una monografía historiográfica dedicada por entero al yacimiento arqueológico de *Vrso* (Osuna, Sevilla), de gran importancia para la Historia Antigua y la Arqueología de nuestro país.

El desarrollo de los estudios de Historiografía de la Arqueología en España, son bastante recientes y presentan un retraso con otros países de nuestro entorno geográfico y cultural, como son los casos de Francia e Italia, tal y como se ha puesto de manifiesto en las distintas publicaciones sobre el tema.

Por ello, la importancia de este trabajo radica en el análisis crítico y la contextualización social e histórica de una serie de documentos inéditos o escasamente valorados hasta la fecha, que abarcan cronológicamente desde el Siglo XVI hasta la actualidad, y que aportan nuevos datos para la investigación histórica, así como líneas de futuro en el estudio del yacimiento.

Pero junto a ello, la obra también aporta, como apéndice final, la transcripción del Diario Local *El Paleto de Osuna*, entre el 29 de Marzo y el 29 de Octubre de 1903. Esta documentación permanecía inédita para muchos investigadores, que hacían mención a ella a través de referencias anteriores. En estos números se recogen las noticias de las excavaciones arqueológicas efectuadas por Pierre Paris y Arthur Engel, durante las que se exhumaron una serie de esculturas ibéricas y un lienzo de la muralla, que sus excavadores atribuyeron al momento de las Guerras Civiles entre los hijos de Pompeyo y Julio César, y que generaron un gran debate historiográfico entre los principales investigadores, que aún sigue vigente en la actualidad, casi cien años después de su realización.

La publicación se estructura en tres grandes apartados. En el primero de ellos, Jesús Salas analiza el estado actual del conocimiento de la realidad arqueológica del yacimiento de *Vrso*/Osuna.

En el segundo apartado, se realiza un análisis historiográfico de los distintos trabajos y publicaciones sobre el yacimiento arqueológico, desde el siglo XVI, momento en que se identificó con la antigua *Vrso* las ruinas que se encontraban en la localidad, hasta la actualidad, interrelacionando la documentación estudiada con los contextos sociales y culturales que los originaron, así como la explicación que en cada momento se dio sobre el pasado de la ciudad.

En este apartado habría que llamar la atención sobre dos cuestiones. En primer lugar, como la aparición, en 1870 y 1873, de una serie de tablas broncíneas conteniendo las leyes de la antigua colonia romana, marcaron la arqueología de Osuna, y dieron a conocer el yacimiento en todo el mundo a través de un intensa producción bibliográfica.

Junto a ello, el autor también aporta, a partir de la publicación de la memoria de P. Paris y A. Engel, una nueva lectura de la intervención arqueológica efectuada en 1903 por la Misión Francesa, llamando la atención sobre el lugar de aparición de los relieves ibéricos exhumados, que hasta el momento presente se asociaban a la muralla exhumada. Y ello conlleva, inexorablemente a una nueva adscripción cronológica del recinto defensivo descubierto, que el autor retrotrae hasta momentos prerromanos, a pesar de que recientes publicaciones sobre el tema siguen sosteniendo la teoría de su pertenencia a las Guerra Civiles de fines de la República Romana.

Para finalizar esta excelente obra, el autor realiza una reflexión sobre la importancia del yacimiento, destacando un hecho contradictorio: la aparición de aquellos elementos arqueológicos que han contribuido a un mayor conocimiento histórico de la antigua ciudad ha provocado un expolio consi-

derable del yacimiento, lo cual repercute inexorablemente en la pérdida de información para futuras investigaciones sobre el lugar.

Santiago Montero
Universidad Complutense de Madrid

Ilaria RAMELLI, *Cronaca del Convegno. Il Contributo delle scienze storiche alla interpretazione del Nuovo Testamento*, Roma, 2-6 ottobre 2002.

Il Convegno, organizzato dal Pontificio Comitato di Scienze Storiche, è stato aperto la sera di mercoledì 2 ottobre dal Presidente del Comitato, Mons. Walter Brandmüller, con un saluto, seguito dalla prima relazione, di Michele Piccirillo (Gerusalemme), dal titolo «Il contesto geografico dei Vangeli e le nuove scoperte archeologiche in Giordania», che ha fornito il quadro geografico, archeologicamente aggiornato, per le successive discussioni.

Giovedì 3 ottobre i lavori della sessione mattutina sono stati aperti da Klaus Rosen, di Bonn, che ha illustrato «Das Neue Testament als historische Quelle», prospettando la corretta metodologia per lo studio storico del Nuovo Testamento e ribadendone il valore storico. Il prof. Georg Lavas, di Atene, ha presentato uno studio di carattere propiamente archeologico su «The "Kathisma" of the Virgin Mary, Jesusalem: archeological findings and their meaning». Étienne Nodet, di Gerusalemme, ha esaminato criticamente la teoria delle due fonti dei Vangeli, svelando «The ideological background of the two-sources theory». Alle varie relazioni del Convegno sono sempre seguite le relative discussioni, o subito dopo i singoli interventi o dopo gruppi di essi.

La ripresa delle attività nel pomeriggio è coincisa con la relazione di Judith Perkins, del St. Joseph College (Connecticut), che ha studiato la tematica della resurrezione negli atti apocrifi degli Apostoli, una presenza topica ricca di connessioni con i romanzi antichi. Sono stati considerati soprattutto gli Atti apocrifi di Pietro e di Giovanni, con riguardo al problema della corporeità di Gesù e della resurrezione del corpo, in opposizione alla visione neoplatonica della resurrezione *dal* corpo. Sempre nel campo della letteratura pocrifa si situa l'intervento di Paolo Liverani (Roma), «Pietro turista. La visita ad Arado secondo le *Pseudo-Clementine, un testo il cui grundschrift risale al 230 d.C. ca., e in cui alcuni dettagli della descrizione del tempio di Arado, con colonne viteae*, identificato grazie a paralleli letterari e numismatici con il tempio di Astarte in quella città fenicia, consentono di istituire paralleli con il testo di Achille Tazio, di un passo del quale il relatore ritiene che l'episodio i Pietro ad Arado nelle *Clementine* sia una parodia. È interessante notare a questo proposito che da un lato nei romanzi antichi del I e II secolo sono presenti probabili parodie del Cristianesimo[1]: qui per converso il primo romanzo cristiano farebbe a sua volta la parodia di un romanzo pagano. La sessione della serata si è conclusa con la relazione, di carattere archeologico, di Carsten Peter Thiede, di Paderborn, «Die Frage nach dem wahren Emmaus im Lichte aktueller Ausgrabungem», dove lo studioso ha presentato Emmaus come un centro di convergenza importante, con l'analisi dei dati emersi dagli scavi recenti e, parallelamente, delle fonti classiche e giudaiche al riguardo. La discussione seguente è stata animata

[1] Mi limito a rinviare al mio libro *Il romanzi antichi e il Cristianesimo: contesto e contatti*, Madrid 2001.

da vari interventi, in particolare da quello di Padre Piccirillo sui mutamenti di prospettiva introdotti dalle novità archeologiche in Tarrasanta.

Dalla sezione archeologica si passa a quella papirologico-epigrafica con i contributi della sessione antemeridiana di venerdì 4: il primo, di Joan Maria Vernet (Betlemme) concerne «L'apporto della papirologia per la datazione del Nuovo Testamento» e, dopo una parte generale sugli sviluppi della papirologia, analizza con minuziosa precisione e serenità di giudizio la questione del discusso frammento qumrânico 7Q5, dichiarandone molto probabile l'identificazione con Mc 6 52-53[2]. Lefonti epigrafiche per la cronologia e il quadro storico del Nuovo Testamento sono oggetto della relazione di G´za Alföldy, dell'Università di Heidelberg: «Zwei römische Statthalter im Evangelium: Publius Sulpicus Quirinius und Pontius Pilatus. Die epigraphishen Zeugnisse», che ha analizzato, in particolare, il *titulus Tiburtinus*, studiando le varie identificazioni del «legatus pro praetore Syriae iterum» in questione, pervenendo alla conclusione che la più probabile sia appunto con Quirinio. Inoltre, ha preso in esame il *titulus Caesariensis* di Pilato, illustrandome le connessioni con l'atteggiamento di Pilato verso Tiberio, a proposito del tempio di questo imperatore citato nell'iscrizione.

Dopo la discussione, la seduta pomeridiana è presieduta da mons. Tarcisio Bertone, che ha portato gli auguri del Card. J. Ratzinger per il convegno, e i lavori sono ripresi nel pomeriggio con la relazione, di carattere prosopografico, di Fabrizio fabbrini, dell'Università di Siena-Arezzo: «Il contributo della prosopografia del Nuovo Testamento e degli ambienti della predicazione apostolica». Il ricco studio è stato aperto con una dichiarazione metologogica di fede nella fonte storica a meno che non ci sia una prova positiva esterna in contrario, la quale dimostri che non è fededegna, e con l'annuncio ella realizzazione di una prosopografia del Nuovo Testamento. Tra le tante tesi sostenute dal Fabbrini e ricordate nell'intervento, menziono solo l'accettazione della notizia tertullianea —rivalutata dalla Sordi— del senatoconsulto del 35 che dichiarò il Cristianesimo «superstitio illicita» e la dimostrazione che Seneca abbia conosciuto necessariamente s. Paolo —il cui primo viaggio a Roma anche lo studioso pone, con la Sordi, subito dopo il 54—, in quanto facente parte, con lo stesso Nerone, del tribunale imperiale. Quest'ultimo dato concorda con quanto ho sostenuto a più riprese circa la probabile conoscenza di Paolo e dei Cristiani da parte di Seneca e la possibilite autenticità di gran parte dell'epistolario tra Seneca e s. Paolo[3], con tesi accolte da Marta Sordi[4].

---

[2] K. Jaroš, *Die Qumranfragmente der Höhle 7 (7Q) im Computertest*, «Aegyptus» 80 (2000) [2002], pp. 147-168, part. 148-154 per 7Q5; p. 154: «Eine absolute Sicherheit kann zwar angesichts der beiden Hilfmaßnahmen nicht erreicht werden, aber sie ist hoch genug, um das Fragment in die offizielle Liste der neutestamentlichen Papyri aufzunehmen und die Bezeichnung von 7Q5 in 7Q Marcus 6, 52-53 zu ändern!».

[3] Cfr. i miei *L'epistolario apocrifo Seneca-san Paulo: alcune osservazioni*, «Vetera Christianorum» 34 (1997), pp. 111-121; *Alcune osservazioni sulle origini del Cristianesimo in Spagna: la tradizione patristica*, «Vetera Christianorum» 35 (1998), pp. 245-256; *Aspetti linguistici dell'epistolario Seneca-San Paolo*, in *Seneca e i Cristiani*, cit., pp. 123-127; *Tracce di presenza cristiana in Spagna in età neroniana?*, in I Congreso Internacional de Historia Antigua, Universidad de Valladolid, *La Península Ibérica hace 2000 años*, bloque temático: *Religión y cultura*, in stampa; *Alcune osservazioni su* credere, «Maia» n.s. 51 (2000), pp. 67-83; *Osservazioni sul concetto di «giorno natalizio» nel mondo greco e romano e sull'espressione di Seneca* dies aeterni natalis, «'Ilu» 6 [2001], pp. 169-181.

[4] Eiusd. *I rapporti personali di Seneca con i Cristiani*, in *Seneca e i Cristiani. Atti del Convegno Internazionale, Univ. Cattolica - Biblioteca Ambrosiana, Milano, 12-14 ottobre 1999*, a c. di A.P. Martina, «Acvum Antiquum» 13 (2000) [2001], pp. 113-122, con risposta alle critiche di M. Buonocore, *Paganesimo e cristianesimo tra i Marci Annaei in Italia?*, «Vetera Christianorum», 37 (2000), 217 sgg.

Ha concluso gli interventi del venerdì Theodor Schmidt-Kaler, dell'Università di Wünrzburg, la cui relazione applica l'astronomia storica ai dati evangelici: «Der Stern von Betlehem im Lichte der historischen Astronomie». Si tratta di un contributo ricco di dati statistici sulla lingua dei Vangeli —articoli, *hapax legomena* etc.— a partire dal lessico della pericope mattaica dei Magi. Ad esempio è stato mostrato come il verbo προάγειν, riferito al corpo celeste, abbia un senso tecnico, in opposizione al moto retrogrado e ai momenti stazionari. È stata anche analizzata l'importanza degli studi astronomico-astrologici all'epoca del Nuovo Testamento e l'incidenza sulla cultura del tempo. È seguita la discussione.

Sabat 5 ottobre Francesco Amarelli, dell'Università di Napoli, ha spostato l'attenzione sul piano storico-giuridico, analizzando "I Vangeli e la vicenda processuale di Gesù»: il professore ha sostanzialmente presentato un volume del 1999 che raccoglie una serie di studi di varî specialisti su *Il processo di Gesù*, in cui questo fatto storico è analizzato da esperti dal punto di vista esclusivmente giuridico, in base alla testimonianza dei Vangeli. Ilaria Ramelli ha quindi illustrato il contributo delle ricerche storico-letterarie allo studio del Nuovo Testamento, soffermandosi soprattuto sulla presenza di accenni alle vicende evangeliche in alcuni romanzieri del i secolo quali Petronio e caritone. Ha mostrato anche la presenza di probabili accenni ai Cristiani in altri autori come Giovenale e Marziale, e in documenti relativi all'area orientale dell'impero, portando anche nuovi argomenti in favore dei rapporti personali intercorsi tra Seneca e s. Paolo. Ha inoltre portato a conoscenza del pubblico una recente ipotesi di Orsolina Montevecchi e sua relativa alla più antica lettera cristiana extra-canonica, scritta probabilmente alla fina del I secolo. Fréderic manns (Gerisalemme), in «La letteratura rabbinica e l'ambiente storico del NT», ha mostrato con alcuni esempi particolarmente calzanti come lo studio del Talmud possa illuminare il Nuovo Testamento.

Dopo la discussione, alla ripresa dei lavori nella sessione pomeridiana, Ramón Trevijano Etcheverría (Salamanca) ha ripreso la questione della valutazione degli apocrifi a livello metodologico, nella relazione «El cambio de perspectiva en la valoración de los apócrifos». All'incontro ha partecipato anche Giovanni Battista Baratta, dell'Osservatorio Astronomico di Roma, che ha studiato la questione della data di nascita di Gesù in «The Nativity, the third millenium, the historical and astronomical testimonies», dove ha sostenuto che Gesù sia nato nel 12 a.C., quando comparve la cometa di Halley e quando ebbe luogo il primo governatorato di Quirinio in Siria e il suo primo censo. A conclucione di tutto il convegno, Prosper Grech (Roma) ha opportunamente puntualizzato «I limiti della storiografia di fronte a Gesù». È seguita la relativa discussione, quindi la chiusura dei lavori è stata coronata dalla celebrazione della Santa Messa in canto gregoriano e polifonia.

ILARIA RAMELLI
Università Cattolica di Milano

M. WHITBY, *Rome at War AD 293-696*, Oxford 2002, Osprey Publishing. Essential Histories-21. 95pp. [ISBN 1-84176-359-4].

El Imperio romano tardío es prolijo en acontecimientos bélicos que nos han transmitido, sobre todo, los textos literarios. Son muchos los siglos de declive del *Imperium romanum*, larga su agonía. Sus protagonistas —brillantes generales y emperadores de espada en mano— se vieron eclipsados por el

torbellino de los acontecimientos, por la rapidez con que se sucedían las batallas, las usurpaciones, las traiciones y los asesinatos. Los emperadores debían luchar en varios frentes: el de la cohesión interna (la fortaleza de «monarquía imperial»), y, al exterior, en el campo de batalla, en dos grandes heridas abiertas que lo emanazaban de muerte: los bárbaros del norte de Europa y los persas en la frontera oriental. Las invasiones de los godos desde mediados del siglo III y su avance hacia la península balcánica, las costas del Mar Negro, Chipre y Asia Menor, era sólo un anuncio de campañas de mayor envergadura. Los persas, igualmente empiezan a «moverse» ya en tiempos de Severo Alejandro, como recuerda Herodiano (VI, 4,5). Herodiano habla de embajadores y el historiador griego Teofilacto habla ya de campañas militares (III, 15,4).

Esta síntesis de Michael Whitby, profesor de Historia Antigua en Warwick (y autor de la importante monografía *The emperor Maurice and his Historian: Theophylact Simocatta on Persian and Balkan Warfare*, 1988), se nos muestra aquí como un buen conocedor del terreno que pisa y de la época. Ha dibujado bien, en lo esencial, el devenir de cuatro siglos de conflictos armados dispersos por la geografía imperial, de Britannia al norte de África, y, en sentido este-oeste, desde Hispania y la Galia hasta la frontera del Tigris.

Parte del estudio en el año 293, en el que se configura la tetrarquía, con Maximiano como coaugusto de Diocleciano, y Constancio y Galerio como césares. Grandes soluciones para grandes males. ¿No es acaso la misma institución tetrárquica exponente de la debilidad del poder imperial? Demasiadas fronteras que guardar, demasiadas guerras, que nos han dejado en la memoria los escritos, verdaderamente épicos, de un Ammiano Marcelino, de un Procopio de Cesarea o de un Jordanes.

Los historiadores de táctica y de estrategia militar tienen abundante materia de estudio en las batallas de Puente Milvio, de Argentoratum, de Hadrianópolis, en las invasiones de los hunos, en las campañas de Heraclio contra los Persas, las batallas y las ambiciones de Belisario, de Teodora y de las grandes damas de la corte... Un mundo complejo, donde las instituciones políticas y militares van a rebufo de los acontecimientos. Y dentro del imperio, los cristianos empeñados en su propia batalla, la *militia Christi*...

Estos son sólo pespuntes de una época larga, complejísima, de cambios vertiginosos, que se nos muesta aquí hilvanada con el hilo grueso de la guerra, que no puede sustraerse (por la fe de muchos emperadores y su *idearium*) a los desastres que provocó la religión. ¿O acaso la oposición Oriente-Occidente sólo admite una lectura política? La religión, o una religión, como es la que enciende la mecha de la «invasión islámica», con la que el autor cierra su libro, es el ejemplo definitivo y la llave que abre la puerta que conduce el occidente romano hacia las sombras del medievo.

Si acaso echa algo en falta el lector es el tratamiento de las armas o el equipo militar del ejército romano bajoimperial. En este sentido hay dos obras que me permito recomendar: la de Pat Southern y Karen Ramsey Dixon, *The Late Roman Army*, Yale University Press, New Haven and London, 1996; y la de Ian P. Stephenson, *Roman Infantry Equipment. The Later Empire*, Tempus, Stroud-Gloucestershire, 2001.

El texto de Whitby introduce bien al lego en este periodo tan prolongado y difícil de la Antigüedad Tardía. La obra se acompaña con buenas ilustraciones, excelentes mapas, un índice de términos, y una bibliografía selecta pero nutrida (de más de 50 títulos) que orienta bien al lector sobre los temas capitales.

Sabino PEREZ YÉBENES
Universidad de Murcia